
John G. Fuller
EL VIAJE
INTERRUMPIDO

Otros Mundos

«Hay otros mundos, pero están en éste»

ELUARD

John G. Fuller

EL VIAJE INTERRUMPIDO

DOS HORAS OLVIDADAS
A BORDO DE UN PLATILLO VOLANTE



PLAZA & JANES, S.A.
Editores

BARCELONA • BUENOS AIRES • MEXICO D. F. • BOGOTA

Título original:
THE INTERRUPTED JOURNEY:
Two Lost Hours "Aboard a Flying Saucer"

Traducción de
JESUS PARDO

Portada de
JUAN B. OCHE

Primera edición: Febrero, 1968

Enrique Granados, 86-88, Barcelona

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de
THE INTERRUPTED JOURNEY : Two Lost Hours "Aboard a Flying Saucer"

Printed in Spain — Impreso en España
Depósito Legal : B. 5.036-1968

INTRODUCCION

El 14 de diciembre de 1963, Mr. Barney Hill se presentó en mi consulta, como habíamos convenido de antemano. Era un día como otro cualquiera. Mr. Hill me había sido enviado por otro psiquíatra. Yo aún ignoraba cuáles eran los problemas de Mr. Hill, pero cuando me presentó a su mujer, que es blanca, me pregunté vagamente si sus dificultades tendrían algo que ver con el carácter racialmente mixto de su matrimonio. A petición suya, vi a los dos juntos y no tardé en advertir que necesitaban ayuda.

Un mes después de su experiencia espacial, el matrimonio Hill había sido interrogado por Walter Webb, conferenciante del Planetarium de Hayden, Boston, y asesor científico del Comité Nacional Investigador de Fenómenos Aéreos. Con ayuda de un ejemplar del informe enviado por Mr. Webb al Comité, los señores Hill me contaron la historia que el lector encontrará en el libro de Mr. Fuller.

A la sazón, no existía indicio alguno de que el carácter mixto de su matrimonio o la experiencia sufrida en el objeto volante no identificado fueran otra cosa que elementos secundarios del problema básico que me expusieron los señores Hill: angustia agobiante, que, en el caso de Mr. Hill, se exteriorizaba abiertamente, pero que, en el de su mujer, adoptaba la forma de constantes pesadillas. Aparte de su valor como noticia de actualidad, la experiencia sufrida en el objeto volante no identificado tenía importancia porque constituía el núcleo mismo de la angustia que, al parecer, había hecho que fracasase el tratamiento psiquiátrico a que se había estado sometiendo Mr. Hill desde hacía algún

tiempo. Este núcleo parecía ser un espacio de tiempo en algún punto del viaje que hicieron los Hill desde Canadá a Portsmouth, en setiembre de 1961. Se sentían constantemente acosados por una angustia implacable en torno a aquel período de unas pocas horas, tenían la sensación de que les había ocurrido algo. Pero, ¿qué?

Propuse a los Hill un sistema de tratamiento y se decidió que lo que más urgía era abrir la puerta que conducía al cuarto oscuro (la amnesia) y que para este tipo de desarreglo lo mejor era la hipnosis. Decidimos comenzar el tratamiento después de las Navidades siguientes; y para celebrar la primera sesión se señaló el día 4 de enero de 1964.

A pesar del elemento fantástico que introducía en el tratamiento la experiencia del objeto volante no identificado, las cosas fueron todo lo bien que cabía esperar con dos pacientes angustiados, pero dispuestos a cooperar con el médico, y no hubo nada de particular hasta que les di de alta, a fines de junio de 1964. Durante este período de tiempo, no vislumbramos nada del drama inminente, que comenzó el 14 de diciembre de 1963, iba a retrotraernos dos años en el tiempo y a llevarnos tiempo adelante hasta este mismo momento, es decir, hasta dos años y medio después, cuando estoy escribiendo esta introducción a un libro que va a dar nueva vida a una serie de sucesos dramáticos que ni siquiera sospeché durante el tratamiento. Fue un drama que culminó en el libro de Mr. Fuller y en esta introducción, que, en cierto modo, es única, pues es la explicación de mi presencia, algo forzada, en escena, como miembro reacio de él.

El tratamiento normal terminó el 27 de junio de 1964 y, desde entonces, hasta fines del verano de 1965, los Hill y yo seguimos en contacto, pues ellos me tenían al corriente de su estado mental con visitas y llamadas telefónicas. No tuve el menor atisbo de la tormenta inminente hasta fines del verano de 1965, cuando recibí una llamada telefónica de un periodista, que parecía saber la historia de los Hill, el tratamiento a que habían sido sometidos y la parte que yo había tenido en él; hasta sabía que habíamos empleado la hipnosis. Me pidió una entrevista, que yo rehusé concederle, y le comuniqué que no estaba dispuesto a hablar del caso de los Hill sin contar con el permiso de ellos por escrito; y que, aun con ese permiso, lo que dijese tendría que depender de mi opinión sobre el efecto que mis palabras pudiesen tener en

su salud mental. Un mes o dos después, Mr. Hill, muy angustiado y lleno de zozobra, vino a decirme que el reportero había ido a pedirle una entrevista y que él y su mujer habían rehusado concedérsela. El reportero aseguraba estar en posesión de datos sobre el caso y amenazaba con publicarlos si no se le concedía la entrevista que deseaba. Les dije que, dadas las circunstancias, yo no podía hacer nada, y que el problema de concederle la entrevista o rehusársela tendrían que resolverlo ellos solos, consultando, como máximo, a algún abogado.

Durante la última semana de octubre de 1965, mientras yo estaba en Washington asistiendo a unas reuniones profesionales, me telefonearon de mi despacho para decirme que se había armado un escándalo mayúsculo. Se estaban recibiendo muchas llamadas para Mr. Hill, bastantes de ellas de gente completamente desconocida. Todo esto parecía guardar relación con la publicación de una serie de artículos en un periódico de Boston. Estos artículos habían sido escritos por el mismo reportero a quien yo había negado la entrevista y, al parecer, sin permiso de los señores Hill. Mis socios y nuestros empleados hicieron lo que pudieron por atender a las llamadas hasta mi regreso. Cuando volví, Mr. Hill me telefoneó y me dijo que aquella serie de artículos le habían producido considerable angustia, aunque aún no los había leído. Decía que habían tergiversado los hechos, y consideraba que eran una violación de su vida privada; quería que le aconsejase y yo sugerí que lo mejor sería consultar a un abogado. Mrs. Hill me dijo que mi nombre salía en los artículos y esto explicaba que se hubieran recibido tantas llamadas telefónicas en mi oficina.

El carácter de estas llamadas me dio una idea bastante clara de la interpretación que el público en general estaba dando a los artículos. Las llamadas telefónicas podrían dividirse, grosso modo, *en cuatro grupos principales:*

El primero: los desesperados. *Gente, al parecer, emocional o mentalmente enferma, que veía en la hipnosis, como la describía el reportero, la solución mágica a sus problemas.*

El segundo: los místicos. *Gente interesada en la clarividencia, la percepción extrasensorial, la astrología y los fenómenos relacionados con estas ciencias. Muchos de los pertenecientes a este grupo creían que la experiencia de los Hill y el empleo de la hipnosis confirmaban sus ideas y creencias.*

Tercero: los correligionarios. *Los espontáneos y los metomentodo, que conocían las respuestas a los misterios de la vida y veían en la experiencia de los Hill y en la hipnosis la confirmación de sus creencias. Lo que movía a la mayoría de éstos era el deseo de que yo les considerase colegas o correligionarios míos, quizá con esperanza de lucro.*

Cuarta: los simpatizantes. *Bastantes telefonearon para comunicarme que lamentaban la* persecución *de que me había hecho objeto el reportero, el cual aludía a mí en todos los artículos, menos en uno, llamándome «un psiquiatra de Boston» o por mi nombre. Citaba mi nombre con bastante sutilidad, y nunca dejaba de decir con elogio que había rehusado faltar a mis deberes para con mis pacientes revelando los detalles del caso. Sin embargo, y esto era lo sutil, la impresión general que dejaban los artículos en la mente del lector era que algunas de las fantásticas revelaciones habían sido hechas en estado hipnótico y emanaban, en cierto modo, de mí; de ahí las llamadas telefónicas y las cartas que recibí de todas partes.*

Después de consultar a sus amigos y abogados, los Hill llegaron a la conclusión de que la mejor manera de contraatacar, tanto a estos artículos como a cualquier otra ofensiva que pudiera avecinárseles, era publicar la verdad. Por aquel entonces, John Fuller había estado investigando apariciones de objetos volantes no identificados en el territorio de New Hampshire y preparaba un libro sobre incidentes acaecidos en la zona de Exeter. Los Hill y yo discutimos el asunto, y ellos me pidieron que pusiera a disposición de Mr. Fuller todos los documentos del caso; particularmente, las cintas magnetofónicas del tratamiento hipnótico, a fin de que pudiera presentar al público la versión auténtica de la historia, tal y como ellos la habían experimentado. El interés del público, lejos de amainar, había ido aumentando, y existía el peligro de que se publicasen otras versiones que sólo sirvieran para aumentar su angustia.

Por razones terapéuticas, todas las sesiones del tratamiento hipnótico habían sido grabadas en cinta magnetofónica. Me dije que, indudablemente, Mr. Fuller querría disponer de todo este material, reproducción literal e irrefutable, y que la actitud de los Hill era perfectamente comprensible.

Los documentos del médico son de su exclusiva propiedad, pero el contenido de los mismos debe ser puesto a disposición de otros cuando el interés del paciente lo requiera. En este sentido, también son propiedad de los pacientes. Después de pensarlo, llegué a la conclusión de que el objetivo principal, o sea la salud emocional y mental de los señores Hill, requería que yo accediese a sus deseos, cerciorándome antes de que iban a ser usados debidamente y no de manera que pudiese ser perjudicial para ellos. Resultó, luego, que tanto Mr. Fuller como yo habíamos tenido la misma idea y que ambos habíamos consultado nuestras respectivas biografías en «¿Quién es Quién?», quedando perfectamente contentos el uno del otro. A continuación, tuvieron lugar varias reuniones entre los Hill, Mr. Fuller y yo, y convinimos en que yo tendría derecho a censurar todos los datos médicos del libro, con el fin de impedir que se produjeran impresiones y conclusiones falsas. También se decidió que el libro no revelaría ningún dato de tipo personal o íntimo que no guardara relación con la experiencia de los Hill durante el período de tiempo afectado por la amnesia.

Mr. Fuller dijo que esperaba recrear las experiencias y reacciones emocionales tan bien evocadas por las cintas magnetofónicas; tarea difícil, ciertamente.

La decisión de entregar las cintas y demás documentos me creaba un problema personal: el del anonimato profesional, que es uno de los cánones de nuestra profesión. En esta cuestión, yo ya había sido víctima de los artículos periodísticos, en los que se mencionaba mi nombre sin permiso mío. Además, el caso Hill no era un mero incidente local, limitado a la ciudad de Boston, pues yo seguía recibiendo cartas y llamadas de otras ciudades; por eso, cuando recibí una solicitud de información de una ciudad tan lejana como Wisconsin, llegué a la conclusión de que ya no me quedaba anonimato que proteger y de que la revelación periodística de mi participación en el caso podría identificarme con ciertas afirmaciones y conclusiones del reportero con las cuales estoy en completo desacuerdo. La mística de la hipnosis y mi papel de «maestro místico», inventado por el reportero, parecía dar a los errores y tergiversaciones una autenticidad que no tenía nada que ver con la realidad de los hechos.

Aunque mi participación en este libro se ha limitado a supervisar el uso de frases y explicaciones médicas, creo que debo aclarar la cuestión de la hipnosis para acabar con ciertas ideas erróneas de la gente, que frecuentemente rodea a la hipnosis como

de un halo arcano y endosa al hipnotizador los ropones del mago Merlín. La hipnosis es un procedimiento útil, usado en psiquiatría con objeto de concentrar toda la atención en algún punto particular en el transcurso de un tratamiento terapéutico. En casos como el de los Hill, puede dar la llave del cuarto oscuro, del período amnésico. En estado hipnótico, salen, a veces, a la superficie experiencias hundidas en la amnesia con mayor rapidez que en el transcurso de un proceso psicoterapéutico normal. A pesar de todo, poca cosa puede obtenerse con la hipnosis que no pueda obtenerse también sin ella. La mística de la hipnosis ha tendido a fomentar la creencia de que la hipnosis es el camino mágico y real hacia la VERDAD. *En cierto modo, es cierto, pero hay que tener en cuenta que la hipnosis es una senda que conduce a la verdad tal y como la entiende el paciente. Esta verdad es lo que él cree que es la verdad, y esto puede guardar o no guardar relación con la verdad final e impersonal. Lo más frecuente es que la guarde.*

Haciendo uso de mis poderes de censor sobre el libro de Mr. Fuller, me he limitado, de la manera más estricta posible, a vigilar el lenguaje médico, teniendo presentes siempre mis observaciones y mis datos. He tratado de eliminar especulaciones peregrinas basadas en mis datos, pero sin inhibir la libertad de expresión e interpretación de Mr. Fuller siempre que mis datos no resultaran tergiversados. A mi modo de ver, esta historia es la documentación parcial de una experiencia humana interesantísima, en un ambiente inusitado y en relación con lo que popularmente se llama «objetos volantes no identificados». Que los objetos volantes no identificados existan o no es de menor importancia para mí que esta experiencia sufrida por dos seres humanos que revela la influencia de experiencias y fantasías anteriores a sus experiencias y reacciones actuales. Para Mr. Fuller aquélla es, naturalmente, de más interés que éstas, de lo cual se deduce que sus razonamientos y elucubraciones son suyas y sólo suyas, basadas en su interpretación de mis datos, las declaraciones de los Hill, sus experiencias anteriores y sus convicciones actuales.

Estoy seguro de que he causado noches de insomnio y muchos momentos de desesperación a Mr. Fuller. También lo estoy de que, en muchas ocasiones, le he hecho sentir que estaba asesinando a un hijo suyo, pero siempre ha aceptado mis críticas con buena voluntad y ha sabido borrar lo erróneo y restaurar lo erróneamente suprimido, de manera que yo pudiese dar el visto bueno al texto. Lo ha sabido hacer tan bien, que hasta yo, que he vivido buena parte de lo que ustedes van a leer, lo encuentro sumamente interesante a mi vez.

BENJAMÍN SIMON, doctor en Medicina.

PROLOGO

Di con la historia de Barney y Betty (ésta casi nunca se sirve de su verdadero nombre, que es Eunice) Hill por pura casualidad, o, mejor dicho, como consecuencia de una serie de incidentes.

Yo sabía muy poco, o nada, sobre la cuestión de los objetos volantes no identificados, hasta que me decidí a investigar cierto caso sorprendente en el que intervino la policía de Exeter, en el Estado de New Hampshire. A consecuencia de esto, escribí un artículo corto en la sección llamada «Trade Winds» («Vientos del Comercio») de la *Saturday Review*. Después, escribí otro artículo más extenso que se publicó en *Look* y de ahí salió, más tarde, el libro titulado *Incidente en Exeter*[1].

Mientras llevaba a cabo mis investigaciones en la parte sur de New Hampshire, conocí a Conrad Quimby, director y editor del periódico de Derry (News Hampshire) *News*, quien me dijo que un matrimonio muy inteligente y fidedigno que él conocía había tenido un encuentro con un objeto volante no identificado en White Mountains, en 1961. Este incidente les había ocasionado una considerable tensión emocional. Quimby me dijo también que el matrimonio siempre se había mostrado reacio a hablar de su caso, excepto con algunos amigos íntimos, porque no querían pasar por chiflados y, además, el tema era tan candente y discutido que temían que dificultase su colaboración con el Movimiento de Derechos Civiles[2].

[1] Publicado también por esta Editorial.

[2] Movimiento norteamericano dedicado a conseguir igualdad de derechos civiles en la práctica (porque en teoría ya los tienen, ya que la constitución se los concede plenamente) para los negros de los Estados del Sur. — *(N. del T.)*

Cuando Mr. Quimby me dijo esto, yo estaba dedicado únicamente a investigar la proliferación de apariciones de platillos volantes que tuvo lugar en 1965, que aún, en el momento de escribir estas líneas, continúa. Como ya había localizado en la zona a más de sesenta personas que habían visto aquel año objetos volantes no identificados tocando casi las copas de los árboles, y como algunos de ellos decían haber sentido esos objetos caerles casi encima del coche, a ocho o diez metros de altura como máximo, comencé a pensar que no sería muy difícil documentar todos los casos que se me presentaban. Tomé nota apresuradamente del de Barney y Betty Hill, diciéndome que lo más probable era que no necesitara hablar con ellos. Si no querían hablar de su caso en público no me correspondía a mí persuadirles contra su propia voluntad y en una cuestión tan personal como aquélla.

Mis investigaciones en la zona de Exeter duraron varias semanas. Al principio, había pensado que la historia de los objetos volantes no identificados podría ser explicada limitando las investigaciones a una sola zona, y llevándolas a cabo con cuidado, diligencia y minuciosidad; de esto podría resultar una explicación racional. Lo cierto, sin embargo, es que no resultó. A medida que aumentaban las pruebas, iba disminuyendo mi escepticismo. Policías, pilotos militares, técnicos del radar, marinos de la Flota, vigilantes de la costa, todos confirmaban los increíbles informes que docenas de ciudadanos de Exeter, gente honrada y competente, me proporcionaba durante largos y penosos interrogatorios.

Me serví de la Comisaría de Policía de Exeter como base de operaciones para llevar a cabo mis investigaciones, ya que todos los nuevos incidentes que surgían en torno a esos objetos volantes no identificados iban a parar naturalmente allí. Hacia el fin de mis investigaciones, llegó a la Comisaría un aviso de que Mr. y Mrs. Hill me agradecerían que fuese a visitarles a su casa de Portsmouth, que está cerca. Como Mrs. Hill trabajaba en obras de beneficencia y sociales en el Estado de New Hampshire, iba con frecuencia a la Comisaría a comprobar casos de auxilio social de los que la policía pudiera tener datos. Los Hill habían dicho al policía que habló con ellos que podrían darme información útil sobre la cuestión de los objetos volantes no identificados.

Aquel mismo día, horas más tarde, hablé con Mrs. Hill, quien

me expresó su convicción de que la cuestión estaba adquiriendo importancia y era necesario examinarla con responsabilidad y competencia. Me dio los nombres de algunas personas del lugar que habían ido a comunicarle apariciones de objetos volantes; gente, me aseguró, de conducta impecable y, en opinión suya, observadores fidedignos.

Pero no me dijo absolutamente nada sobre su propio caso. Era evidente que no quería hablar de él y, como Conrad Quimby ya me lo había advertido, no insistí.

Varias semanas más tarde, apareció una serie de artículos en un periódico de Boston. En ellos se narraba, sin dar el telón de fondo ni preparar al lector con datos preliminares, la historia de Barney y Betty Hill, y se decía que, estando sometidos a hipnosis por un psiquiatra de Boston, habían contado que habían sido raptados, llevados a bordo de un objeto volante no identificado, sometidos a un reconocimiento físico y puestos en libertad con promesa de que no sufrirían a consecuencia de todo aquello. Los Hill aseguraron que los artículos habían sido escritos sin su consentimiento y que ellos no habían facilitado datos al reportero; ambos estaban llenos de angustia e inquietud. Cuando hablé por teléfono con Mrs. Hill, ni ella ni su marido tenían la menor idea de que aquellos artículos iban a ser publicados.

Los artículos destruyeron toda posibilidad de secreto, y los Hill llegaron a la conclusión de que, una vez publicada la historia, lo fundamental era que los datos fueran presentados al público de manera verídica. Los Hill llevaban cinco años guardando el secreto de su caso; así, pues, no se les puede acusar de buscar publicidad.

Me preguntaron si me interesaba la idea de preparar el libro con su colaboración y les respondí que era un caso de máximo interés público. Lo cierto es que, a fin de cuentas, en vez de un solo libro he terminado por escribir dos.

Lo que piensan sobre esto los Hill puede verse leyendo la carta que Betty escribió a su madre a propósito de la publicación de este libro:

Querida madre:

Barney y yo te escribimos para decirte que, por fin, hemos llegado a una decisión por lo que se refiere a nuestra experiencia con el objeto volante no identificado. Como ya sabes, desde el principio de nuestra experiencia hemos estado tratando de dilucidar nuestra posición en este asunto y la responsabilidad que nos atañe.

Al principio, pensábamos que era una experiencia personal, nuestra, y creíamos que no tenía ningún interés público. Algunos que hubieran visto objetos volantes no identificados podrían sentir interés por nuestro caso, pero pensábamos que, en general, la reacción pública sería de aburrimiento, incredulidad y apatía. Personalmente, sentíamos interés por informarnos sobre el tema, pues queríamos dar con la respuesta a muchas preguntas y aún seguimos tratando de encontrarla.

Durante estas últimas semanas, hemos puesto en duda que, en esta cuestión, tengamos derecho a seguir manteniendo el secreto. Sinceramente, pienso que esta actitud nuestra comenzó a experimentar un cambio como resultado de la publicación del artículo que leíste en el periódico y que trata de nosotros. Cuando el reportero vino a pedirnos una entrevista, antes de publicar su artículo, nos negamos a verle o a hablar con él siquiera de nuestra experiencia. Le rogamos que *no* publicase la historia. Teníamos miedo, porque creíamos que nos veríamos rodeados de desprecio, ridículo e incredulidad. El reportero nos dijo que no teníamos derecho a impedir la publicación del artículo, porque, en su opinión, nuestra experiencia era de gran interés público.

Mucho nos asombró comprobar que la reacción del público no fue, ni mucho menos, la que nosotros temíamos. Menos mal que en esta zona han tenido lugar muchas apariciones de esos objetos, están bien documentados y han recibido mucha publicidad. El artículo, por tanto, caía en buen terreno. La reacción del público fue instantánea y todos querían saber más sobre nuestra experiencia. Recibimos llamadas telefónicas de Europa y Canadá y de todas partes de los Estados Unidos. Se pusieron en contacto con nosotros emisoras de Televisión y Radio, nos visitaron periodistas y recibimos cartas de gente de toda clase, desde las escritas con la letra de molde de los niños hasta las de retorcida letra de viejo.

Muchos estudiantes nos escribieron solicitando más detalles, pidiéndonos consejo o libros sobre el mismo tema, pensando, sin duda, en viajes extraplanetarios y en la vida que pudiera haber en otros planetas. Un muchacho nos escribió dándonos las gracias, diciendo que ya había leído los libros cuyos títulos le habíamos mandado y que con la información así obtenida había intervenido en una competición y ganado un premio.

Cuando vamos a visitar una escuela, como solemos hacer de cuando en cuando por causa de nuestras actividades sociales, los maestros nos piden siempre que hablemos de ello a los chicos. Los profesores de las escuelas secundarias siempre nos invitan cuando reúnen a sus discípulos para hablar del tema de los objetos volantes no identificados.

Mucha gente viene a hablarnos de sus experiencias en relación con esos objetos. Una mujer vino a vernos y nos dijo que uno estaba volando sobre su huerta y su marido quería subirse a él. ¿Creíamos nosotros, nos preguntó, que era prudente hacerlo?

Luego, comenzaron los rumores. Fantasías que la gente deseaba desesperadamente creer. ¿Cómo nos fue el viaje? ¿Subimos hasta Venus y Marte? ¿Trataron de darnos curas milagrosas para el cáncer, o las enfermedades del corazón? Y muchas más preguntas por el estilo. ¿Nos salvarían de nosotros mismos y nos ayudarían a resolver nuestros problemas insolubles? ¿Creíamos que esto anunciaba la segunda llegada de Cristo? Y tampoco faltó quien nos hizo esta pregunta: ¿Estaban ustedes borrachos?

Creímos que lo principal es poner en claro lo que ocurrió de verdad, de modo que no haya lugar a malentendidos. Esto, naturalmente, supone publicar la información que obtuvo el doctor Simon durante el tratamiento. Nos hemos puesto de acuerdo con el escritor John G. Fuller para que escriba el libro por nosotros. Como Mr. Fuller creía que la información existente en cinta magnetofónica era necesaria para presentar el caso de la manera debida, pedimos al doctor Simon que se la facilitase.

Esperamos que la publicación de este libro permitirá al lector juzgar por sí mismo y decidir si fue una ilusión, una alucinación, un sueño o una realidad.

Con un fuerte abrazo,

Betty y Barney

Lo único que puedo añadir es que trabajar con los Hill y con el doctor Simon ha sido una experiencia beneficiosa e instructiva. A los tres les apasiona la exactitud y tienen un profundo respeto por la documentación estricta, prefiriendo quedarse cor-

tos a exagerar. Si todo esto se nota en este libro, habré conseguido mi objetivo. Una nota final: casi todo el diálogo que tuvo lugar entre los Hill durante el incidente ha sido tomado directamente de las cintas magnetofónicas donde ellos mismos lo grabaron durante las sesiones hipnóticas a que les sometió el doctor Simon.

Julio, 1966.
Westport, Connecticut.

JOHN G. FULLER

EL VIAJE INTERRUMPIDO

DOS HORAS OLVIDADAS A BORDO DE UN PLATILLO VOLANTE

CAPITULO PRIMERO

Setiembre es el más duro de los meses en White Mountains. Los hoteles hoscos, vestigios de la tradición victoriana, están cerrados o a punto de cerrar; los moteles y los chalets de paso[1] sólo tienen encendidos unas horas sus avisos de neón que anuncian habitaciones libres, pues sus dueños acababan cansándose y apagándolo para irse a dormir temprano. Las laderas de New Hampshire, tan populares entre los esquiadores, están ahora libres de nieve y de esquiadores, y las pistas de esquiar parecen grandes hendiduras de color pardusco junto a los funiculares inmóviles. El éxodo del «Día del Trabajo» ha liberado de tráfico casi todas las carreteras; pocos son los remolques y los automóviles con el techo cargado de equipaje que pasan por allí camino de Boston o de Nueva York. El invierno está ya echándose encima de las laderas frías y hostiles del monte Washington, en cuya cima hay un observatorio meteorológico que registra los vientos más veloces a que ha sido expuesta jamás montaña alguna en el mundo entero. Por allí andan a su placer los osos y las zorras. Dentro de algunas semanas, los cazadores, con sus guerreras escarlata o naranja brillante, llegarán en busca de venados o guacos, o de cualquier cosa que se les ponga a tiro y sea legalmente cazable. Los esquiadores vendrán más tarde, sedientos de nieve y ron caliente, y con ellos volverá la alegría del verano. Y, entonces, White Mountains cobrará nueva vida.

Era un triste día de mediados de setiembre del año 1961, el

[1] «Overnight cabins»: literalmente, «cabinas de una noche», lugares donde el viajero descansa una noche y prosigue luego su viaje en automóvil. — *(N. del T.)*

19 de setiembre, para ser exactos. Aquel día, Barney Hill y su mujer, Betty, comenzaron el largo viaje desde la frontera canadiense por la carretera U.S. 3, cruzando White Mountains, camino de Portsmouth, donde viven. La radio del coche, un «Chevrolet» Bel Air, modelo 1957, no descapotable, había advertido con toda claridad que un huracán que llegaba de la costa podría pasar por New Hampshire, suceso que en años anteriores había descuajado árboles y cubierto las carreteras de cables eléctricos de alta tensión. No habían llevado suficiente dinero para pagar los extras de su viaje de recreo, y lo poco que les quedaba había ido mermando peligrosamente durante el viaje que hicieron, sin prisas, a las cataratas del Niágara, volviendo luego por Montreal, ya camino de casa.

Pasaron por la aduana canadiense-norteamericana sobre las nueve de aquella noche, zigzagueando, luego, por la solitaria carretera que cruza las altas montañas del noroeste del Estado de Vermont, territorio del que se dice que ha amenazado separarse no sólo del Estado de Vermont, sino también de los Estados Unidos. El tráfico rodado era escaso; los Hill vieron muy pocos coches hasta que llegaron a las deseadas luces de Colebrook, media hora después; Colebrook es una antigua colonia de New Hampshire, fundada en 1770, que yace a la sombra del monte Monadnock, justo al otro lado del río, según se sale de Vermont. Las luces del pueblo, aunque fueron un alivio para ellos, después de las interminables vueltas y revueltas de la carretera, eran pocas. Una, solitaria, anunciaba la existencia de un solo restaurante, y ellos, pensando que quizá fuera aquélla la última oportunidad que se les presentaba de tomar algo caliente, decidieron dar la vuelta, porque ya lo habían pasado de largo.

El restaurante casi estaba vacío. Algunos chicos jóvenes se agrupaban en un rincón. Sólo una mujer, la camarera, pareció advertir que, en el restaurante silencioso, había entrado una pareja racialmente mixta: Barney, apuesto descendiente de un etíope libre, cuya abuela, nacida durante los años de la esclavitud, había sido educada en la casa del dueño de la plantación, de quien era hija Betty, cuya familia había comprado tres solares en York, Estado de Maine, en 1638, con la consecuencia de que uno de los compradores fue despedazado por los indios. A ambos les tenía sin cuidado la curiosidad que sus respectivos colores despertaban en los lugares públicos y ya ni siquiera la notaban, ni se sentían cohibidos por ella. El principal lazo que les unía desde que se conocieron era una serie de intereses intelectuales mutuos; juntos recorrían el Estado de New Hampshire defendiendo la causa de los derechos civiles. Barney había sido presidente de acción política del NAACP[1] y, ahora era jefe del departamento de agravios legales de la NAACP en Portsmouth; también era miembro del comité asesor de la Comisión de Derechos Civiles del Estado de New Hampshire y del comité directivo del Programa de Auxilio Social del Condado de Rockingham. Tanto él como su mujer muestran con orgullo el diploma que recibieron, por sus obras sociales, de manos de un dignatario estatal. Betty, ocupada en trabajos sociales en el Estado de New Hampshire, se dedica, después de las horas de trabajo, a sus cargos de subsecretaria y coordinadora de actividades comunales de la NAACP, y enlace entre las Naciones Unidas y la Iglesia Unitaria-Universalista a que pertenecen ambos en Portsmouth.

Pero lo que iba a ocurrirles a ambos en la noche del 19 de setiembre de 1961 no tenía nada que ver con su bien avenida vida matrimonial, ni con su entusiasmo por el progreso social. Sentados en la barra del restaurante de Colebrook, mientras Barney comía una hamburguesa y Betty un pastel de chocolate, ninguno de los dos tenía la menor idea de lo que les esperaba. Estuvieron allí poco tiempo, el necesario para fumar un cigarrillo y tomar una taza de café negro; luego, continuaron por la carretera U.S. 3, de regreso al hogar.

La distancia de Colebrook a Portsmouth es de doscientos setenta y cuatro kilómetros, y la carretera U.S. 3 es extraordinariamente suave y fácil, teniendo en cuenta lo profundo de las gargantas que tiene que sortear. Más al Sur, cerca de Plymouth, hay unos cuarenta y ocho kilómetros de autopista, capaz, entonces, para cuatro vehículos y, actualmente, para más, donde se puede aumentar la velocidad sin riesgo hasta unos cien kilómetros por hora. En las otras carreteras, Barney Hill solía llegar hasta ochenta y noventa kilómetros por hora, aunque, hay que reconocerlo, esta última velocidad era algo excesiva.

[1] NAACP es la sigla de la «National Association for the Advancement of Colored People» (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color); el cargo de Barney en Portsmouth consistía en recoger quejas de abusos cometidos contra gente negra deseosa de ejercer sus derechos civiles, y pasarlas a la autoridad central del Estado. *(Nota del traductor.)*

El reloj que se levanta sobre el restaurante de Colebrook marcaba las diez y cinco minutos cuando salieron.

—Por lo que veo —había dicho Barney a Betty al subir ambos al coche—, llegaremos a casa a las dos y media de la madrugada. Lo más tarde, a las tres.

Betty asintió. Tenía confianza en la manera de conducir de Barney, aunque, a veces, le reñía por ir a excesiva velocidad. Era una noche clara y brillante, con luna casi llena. Las estrellas relucían, como ocurre siempre en las montañas de New Hampshire cuando el cielo está libre de nubes, cuando la luz de las estrellas parece iluminar las cimas de las montañas con una extraña incandescencia.

El coche corría suavemente hendiendo el aire nocturno; la carretera serpenteaba por el terreno llano de la parte superior del valle del río Connecticut, vieja tierra de pieles rojas y madereros, llena de historia y leyendas. Los cincuenta kilómetros al sur de Northumberland, donde los seguidores de Rogers se reunieron después del saqueo de Saint Francis, pasaron en seguida. Betty, entusiasta observadora del paisaje, gozaba del fulgor de la luna, que se reflejaba en el valle y las montañas lejanas, tanto al este de New Hampshire como al otro lado del río, en Vermont, al oeste. *Delsey*, la ruidosa perrita de los Hill, estaba silenciosa en el suelo del coche, junto a los pies de Betty. Cruzaron Lancaster, una aldea con una amplia calle mayor y bellas casas anteriores a la revolución[1], oscuras todas en aquella noche de setiembre. La U. S. 3 continúa hacia el Sur, mientras el río Connecticut tuerce hacia el Oeste, ampliando el territorio del Estado de New Hampshire y reduciendo el de Vermont. Aquí, el valle amplio y suave ofrece un camino más incierto a través de las montañas de picos como filos de Pilot Range, descrita elocuentemente por un escritor, que la llama «gran muralla serpenteante que hace fantásticos juegos de luz y sombra con ayuda del sol, y que, al anochecer, adquiere los tonos más tiernos del color amatista oscuro».

Pero, ahora, no había ni sol ni color amatista; sólo había la luna luminosa, muy brillante y muy grande, y una carretera negra que parecía completamente desierta. A la izquierda de la luna, un poco debajo de ella, se veía una estrella muy brillante, «quizás un planeta», pensó Betty, a juzgar por su brillo constante. Justo al sur de Lancaster, aunque no consigue recordar la hora exacta, Betty vio con cierta alarma que encima de aquel planeta había aparecido otra estrella o planeta más grande. Estaba segura de que cuando miró la vez anterior no la había visto allí. Pero lo más curioso es que el nuevo visitante celestial parecía cada vez más grande y más brillante. Lo observó durante unos momentos, sin decir nada a su marido, que seguía sorteando curvas a través de las montañas. Por fin, en vista de que la extraña luz persistía, dio un suave codazo a Barney, quien aminoró un poco la velocidad y se asomó por la ventana derecha para verla.

—Cuando miré por primera vez —dijo más tarde Barney Hill— no me pareció que fuera nada de particular. Sólo se me ocurrió pensar que tenía cierto interés haber visto un satélite. Evidentemente, había cambiado de trayectoria y, ahora, parecía ir siguiendo la curva de la Tierra. Estaba bastante lejos, quiero decir que parecía una estrella en movimiento.

Siguieron su camino, mirando con frecuencia aquel objeto brillante, encontrando difícil decidir si se movía o si era el movimiento del coche lo que *daba la impresión* de que estaba moviéndose. El objeto desaparecía detrás de árboles o de la cima de una montaña para reaparecer de nuevo en cuanto pasaba la obstrucción. *Delsey* empezaba a mostrarse ligeramente inquieta y Betty dijo que quizá fuera mejor parar y dejarla bajarse del coche, aprovechando la oportunidad para observar mejor aquel objeto. Barney, entusiasta observador de aeroplanos, que, a veces, llevaba a sus dos hijos (habidos de un matrimonio anterior) a ver amerizar y despegar hidroaviones de pruebas en el lago Winnipesaukee, accedió y frenó el coche, aparcándolo a un lado de la carretera, donde gozarían de una visibilidad razonablemente libre de interferencias.

Había un bosque cerca, y Barney, persona algo inquieta y nerviosa, dijo que había que tener cuidado con los osos, siempre posibles en aquel territorio. Betty, que raras veces se preocupa o se rompe la cabeza por nada, se echó a reír y la cosa acabó así; puso el collar a *Delsey* y la llevó por el borde de la carretera. En aquel momento, pudo comprobar que la estrella o luz, o lo que fuese, se movía; no cabía la menor posibilidad de duda. Cuando Barney se reunió con ella, en la carretera, Betty le dio la correa de *Delsey* y volvió al coche. Cogió del asiento delantero

[1] Anteriores a la Guerra de Independencia norteamericana. — *(N. del T.)*

unos gemelos marca «Crescent», de siete por cincuenta, que había llevado para ver mejor el paisaje, y, sobre todo, las cataratas del Niágara, que Betty Hill nunca había visto hasta entonces. Barney, viendo que aquella luz *estaba* moviéndose, llegó a la conclusión de que se trataba de un satélite errante.

Betty se llevó los gemelos a los ojos y los enfocó cuidadosamente. Lo que ambos estaban a punto de ver iba a cambiar para siempre el curso de sus vidas. Y, según ciertos observadores, iba a cambiar también el curso de la Historia del mundo.

La idea de irse de viaje había sido espontánea, y se le había ocurrido primero a Barney. Desde hacía algún tiempo, le había estado tocando el turno nocturno de la oficina de Correos de Boston, donde trabajaba como ayudante del expedidor. Le gustaba aquel trabajo, aunque no las horas ni el largo viaje nocturno desde Portsmouth a Boston: unos cien kilómetros de ida y otros cien de vuelta todas las noches. Esto era particularmente fatigoso, pues no había trenes ni autobuses a la hora en que él tenía que empezar el trabajo. La fatiga de estos doscientos kilómetros diarios de viaje, pensaba Barney, habían enconado su úlcera, que estaba siendo sometida a tratamiento médico.

Una noche, el 14 de setiembre de 1961, mientras se dirigía al trabajo, comenzó a pensar en hacer un viaje de descanso. Betty iba a tener una semana de vacaciones, y bien la necesitaba, pues era encargada de Auxilio Social en el Estado y tenía que bregar con ciento veinte casos distintos al mismo tiempo. Con un poco de suerte, Barney podría conseguir que le diesen parte de sus vacaciones en la misma fecha y descansar así, mientras le facilitaban los primeros resultados del examen a Rayos X que el médico había hecho de su úlcera. Durante aquella noche, mientras trabajaba, la idea fue cobrando forma en su mente. Le fue gustando más y más, mientras seguía con su rutina de siempre, en pie delante de los cuarenta encargados de seleccionar las cartas, gritando los números de las ciudades o sectores urbanos de que se compone Boston. Los empleados, mientras, iban echando las cartas a los buzones correspondientes, de donde caían a un clasificador móvil, del que otros empleados las pasarían a cestos para llevarlas a los montacargas, camino del mundo exterior. Barney, cuyo índice de inteligencia es muy alto, podía hacer cosas

mucho más difíciles, pero, como les ocurre a muchos funcionarios administrativos, encontraba que la monotonía de este trabajo resultaba más que compensada por las ventajas que da trabajar para el Estado. Además, era un empleo seguro, que le dejaba tiempo sobrado para sus obras sociales, mucho más satisfactorias y difíciles.

Salió de la oficina de Correos de Boston a las siete y treinta minutos, y fue en coche a Portsmouth, pensando sorprender a Betty con su idea. La idea por sí sola le hacía sentirse mejor. Aunque las duras realidades del invierno de New Hampshire eran cada vez más inminentes, las carreteras aún se encontraban libres de nieve y fáciles, y el tráfico sería escaso, ideal para ir de viaje sin prisas.

Planearon el viaje aquella misma mañana, mientras tomaban café caliente. Betty aceptó la idea sin discusiones. Pero en su presupuesto no había dinero para el viaje. Lo que más pesaba a Barney era que sus dos hijos no pudieran ir con ellos, porque ambos se habían unido fácilmente a su segundo hogar, con afecto mutuo y espontáneo entre ellos y Betty, cosa que Barney atribuía, con cierto humor avieso, a lo buena cocinera que era Betty.

La armonía total de aquel matrimonio racialmente mixto había sido conseguida con notable falta de esfuerzo. Betty estaba tan orgullosa de su liberalismo como de su viejo linaje de Nueva Inglaterra. *En mi familia* —escribió en cierta ocasión, en una tesis— *parece existir la creencia de que el objeto de nuestra vida es salvar el abismo entre el pasado y el futuro; por encima de este puente fluye todo el pasado, bueno o malo, para influir en el futuro, y el futuro del mundo depende de la individualidad y resistencia de ese puente.*

A través de toda la historia de su familia, como indica la misma Betty, sus miembros han luchado por causas impopulares. Los de la rama apellidada Dow eran cuáqueros en 1672; fueron agredidos, golpeados y expulsados de Salisbury, Estado de Massachussetts, les robaron cuanto poseían y les incendiaron las casas. Antes de la guerra civil, eran entusiastas abolicionistas y se pusieron del lado de John Greenleaf Whittier cuando el pueblo de Amesbury, en el mismo Estado, le quemó la imprenta.

—El día más feliz de mi vida —dijo Betty en cierta ocasión— fue el día en que aprendí a leer. A partir de entonces, dejé de aburrirme.

Fue estudiante muy aplicada en la escuela (un edificio de una sola habitación) a que asistió en Kingston, New Hampshire. Con un solo maestro para los seis grados, Betty pudo ir progresando a su propio ritmo. Aún se acuerda de cuando enseñaba a dividir a los alumnos de cuarto grado estando ella todavía en el tercero, y también de que ganaba todas las competiciones, concursos de ortografía, papeles dramáticos y premios. Era una niña muy enérgica, a veces traviesa, siempre llena de proyectos para ganar dinero; recogía prímulas, fresas silvestres, frambuesas y arándanos que luego vendía con mucha ganancia. Era tan ávida lectora que su madre tuvo que prohibirle leer más de un libro diario. Cuando Betty cumplió los once años, en plena depresión económica, su madre echó a un lado las tradiciones familiares y fue a trabajar a una fábrica. Al principio, esto iba a ser provisional y sólo unas horas al día. El padre de Betty, el que ganaba el dinero, había caído enfermo, los ahorros habían ido gastándose y la herencia de su madre desapareció en un desfalco. Pero los organizadores sindicales que llegaban por aquel entonces a las ciudades industriales de Nueva Inglaterra acabaron dominando a la madre de Betty, dama llena de prejuicios linajudos[1]. Se unió a ellos y les ayudó a organizar y dirigir huelgas, acabando por formar parte del comité ejecutivo de un sindicato. Betty se sentía orgullosa de su madre, la veía a la cabeza de los grupos de huelguistas y temía que fuera víctima de alguna agresión o detenida por la policía. Durante este tiempo, la mesa familiar gemía, no bajo el peso de la comida, sino bajo las discusiones entre un tío que estaba ayudando a organizar un sindicato en Lynn, un amigo de la familia que estaba haciendo lo mismo en Lawrence, y la madre de Betty, que era fanática y exclusiva seguidora de la Federación Norteamericana del Trabajo. Aquellas escenas, con tanta huelga, tanta elección y tanto festejo, emocionaban a la pequeña Betty. Su padre, que ahora trabajaba en una fábrica de zapatos propiedad de otro tío, se mantenía estoicamente neutral.

Betty tuvo muy poco contacto por entonces con gente de color. En New Hampshire no había muchos negros, pero de pequeña vivió precisamente enfrente de un matrimonio mixto y oyó

[1] Para entender esto hay que tener en cuenta que Nueva Inglaterra es la cuna de las primeras familias dirigentes de los Estados Unidos y, ahora, es sinónimo de tierra de esnobs y aristócratas venidos a menos. — *(N. del T.)*

las frases venenosas con que sus condiscípulos zaherían, a sus espaldas, a la mujer negra. Más tarde, se sintió impresionada por algo que oyó decir a su madre: que hay gente a quien no son simpáticos los negros, pero es un error porque los negros son personas como los demás; si Betty oía a alguien insultar a los negros, su deber era defenderles sin la menor vacilación.

Y eso fue lo que hizo. Mientras ella estudiaba segundo curso en la Universidad de New Hampshire, donde cursaban sus estudios desde 1937, ingresó una chica negra de Wilmington, Estado de Delaware, ante la consternación de profesores y estudiantes. En los años treinta, la integración racial era un problema incluso en las Universidades de los Estados del Norte. Betty solía encontrar a Ann siempre sola en el pasillo o en el cuarto de fumar, despreciada por los demás estudiantes; no dijo nada al principio, pero se sentía indignada. Cuando Ann salía del cuarto de fumar, las otras chicas solían comentar en voz alta que lo mejor sería que se fuese a su casa de una vez y, entonces, Betty se sentía hervir de indignación. Por fin, en una de estas ocasiones, se levantó, fue hacia Ann y la invitó a ver su alcoba.

Así comenzó la integración de Ann, pero el proceso fue largo y duro. A veces, Betty tenía que impedirle casi por la fuerza que se fuese de la Universidad. Tenía que forcejear con Ann para que dejase de hacer las maletas. Ann acabó con muy buenas notas, fue a la Universidad de Harvard y, ahora, es profesora en una Universidad del Sur.

Aunque las raíces del matrimonio de Betty y Barney yacen quizás en la actitud mental que refleja este incidente, los problemas raciales de su vida cotidiana son mínimos. Barney, a veces, parece temer que no le dejen entrar en sitios públicos, como hoteles, restaurantes o mítines. Pero la gente les tiene simpatía, todos les aceptan y su vida social privada es casi demasiado activa.

—Para mí —dijo Betty, en cierta ocasión, a una amiga—, esto tiene la misma importancia que si fulano tiene los ojos azules o negros. Todo el mundo quiere conocernos, todos quieren invitarnos a sitios. Tenemos incluso que limitar nuestra vida social, porque, si no, no haríamos otra cosa que ir de un sitio a otro sin cesar.

El viaje que iba a dejar tan profunda huella en sus vidas fue planeado con rapidez y tranquilidad. La falta de dinero contante

fue compensada en parte por Betty, que tuvo la idea de pedir prestada a un amigo una nevera de automóvil; de esta manera, reducían el gasto de tener que comer en restaurantes durante el viaje. Barney, olvidando por el momento el régimen a que le tenía sujeto su úlcera, bebió un vaso de zumo de naranja, comió seis tajadas de tocino y dos huevos pasados por agua mientras estudiaba los mapas de las carreteras por donde tendrían que ir. Irían sin prisa, evitando los atajos, visitarían las cataratas del Niágara, pero sin dedicarles demasiado tiempo; luego, irían por Montreal y, de allí, regresarían a Portsmouth. Mientras Betty salía a comprar provisiones, Barney fue a echar la siesta para recuperar fuerzas después de realizar su trabajo nocturno en la oficina de Correos de Boston.

Por la tarde, terminaron de hacer casi todo el equipaje, llenaron la nevera del automóvil de comida y la pusieron a congelar; a las ocho de aquella noche, estaban ya en la cama. La aguja del despertador señalaba las cuatro de la madrugada.

Barney, madrugador inveterado, fue el primero en levantarse, pero, pocos momentos después, Betty ya tenía el café hirviendo y sólo les faltaba terminar de hacer el equipaje. Llenando el baúl del coche, Barney cogió un saquito de abono de hueso y lo apartó, sin sacarlo de allí; Betty había comprado el abono para usarlo en el jardín, durante las vacaciones, y casi daba igual dejarlo donde estaba porque ocupaba poco espacio. Más tarde, comprobarían que este artículo tan corriente en toda casa con jardín iba a ser causa de insólita especulación y examen.

Era una mañana clara y estimulante, característica de New Hampshire; se pusieron en marcha, anotando los kilómetros en el velocímetro para perder, luego, la tira de papel, cosa que siempre le ocurría a Barney. Tomaron la carretera n.º 4, hacia Concord, llenos de optimismo. Barney, al volante, rompió a cantar roncamente. *Oh, what a beautiful morning!*[1] Betty, a quien gustaba oír cantar a Barney, sonrió. Barney, que quería complacer a Betty, devolvió la sonrisa. No había el menor indicio de lo que iba a ocurrir; y también es cierto que no podía haberlo. Ningún incidente de esta índole iba a quedar tan bien documentado.

[1] ¡Oh! ¡Qué mañana más bella!

El objeto que vieron en el cielo, cerca de la carretera n.º 3, cuatro noches más tarde, al sur de Lancaster, New Hampshire, continuó su errática trayectoria, mientras ellos pasaban por Whitfield y por la aldea de Twin Mountain. Se detuvieron brevemente varias veces y para entonces ya Barney estaba francamente perplejo. Su única teoría, aparte de que se tratase de un satélite, era que fuese una estrella, pero fue inmediatamente descartada porque habían comprobado que se movía, cambiando de trayectoria de la manera más extraña. En una de las paradas, pocos kilómetros al norte de Cannon Mountain, Betty había dicho:

—Barney, si crees de verdad que eso es un satélite o una estrella es que has perdido el juicio.

A simple vista, Barney comprendía que Betty tenía razón. Era evidente ahora que no se trataba de un objeto celestial; de eso, estaba seguro.

—Nos hemos equivocado, Betty —dijo—. Es un avión comercial. Probablemente, va a Canadá.

Volvió a subirse al coche y continuaron el viaje.

Betty, que estaba sentada atrás, siguió observando el objeto, mientras Barney conducía hacia la carretera n.º 3. Ella pensaba que cada vez se volvía más brillante y mayor, y su perplejidad y curiosidad iban aumentando. Barney lo veía, a veces, por el parabrisas, pero lo que más le preocupaba ahora era que algún coche se le echase encima por una de las curvas, muy frecuentes en aquel trayecto del camino. La idea de que aquello era un avión comercial camino de Canadá le tranquilizó; por un momento, había temido que se tratase de algún fenómeno inexplicable. La carretera estaba completamente desierta: llevaban kilómetros sin ver un solo coche o camión; estaban completamente solos en aquellas profundidades a altas horas de la noche. Hay gente en el norte de New Hampshire capaz de dejarse matar antes que arriesgarse de noche por esas carreteras; este temor o, más bien, superstición, es antiguo. En invierno, hay un grupo espontáneo, llamado «Los Angeles Azules», que patrulla las carreteras en busca de automóviles congelados o averiados. Es lo más fácil del mundo morirse de frío en esos parajes solitarios, y la policía del Estado no puede, materialmente, vigilar todo el territorio, dada su extensión, con la frecuencia y asiduidad que haría falta.

Barney, cada vez más preocupado y perplejo a pesar de sus consoladoras teorías, esperaba ver de un momento a otro algún policía motorizado o, por lo menos, otro automóvil, para detenerse un momento y cambiar impresiones con el conductor.

Hacia las once, se acercaban ya a la enorme y sombría silueta de Cannon Mountain, que se levantaba al Oeste, a su derecha. Barney aminoró la velocidad junto a un apartadero, desde donde se veía un vasto paisaje hacia el Oeste, y se puso a observar la extraña luz móvil. Con gran asombro, advirtió que había dado una vuelta brusca, del Norte, su dirección hasta entonces, al Oeste, completando luego el giro y dirigiéndose directamente hacia ellos. Barney frenó bruscamente el coche, y lo llevó hacia el apartadero.

—Sea lo que sea, Barney —dijo Betty—, lo importante es que sigue allí arriba y que continúa siguiéndonos y que, además, se nos está echando encima

—Por fuerza tiene que ser un avión —dijo Barney. Estaban los dos en el apartadero, mirando la luz, que cada vez era más intensa—. Un avión de pasajeros.

—¿Daría vueltas de esa manera un avión de pasajeros? —preguntó Betty.

—Pues, entonces, será una avioneta. Eso es, una avioneta con cazadores que se ha perdido.

—No es la temporada de caza —dijo Betty, mientras Barney le quitaba los gemelos de la mano—. Y, además, no se oye absolutamente nada.

Tampoco Barney oía nada, aunque sentía desesperados deseos de oír algo.

—Puede ser un helicóptero —dijo, enfocando los gemelos. Estaba seguro de que no lo era, pero buscaba mentalmente cualquier explicación que tuviera sentido—. El viento estará llevando el ruido en dirección contraria.

—No hace viento, Barney Esta noche no hace viento, de sobra lo sabes.

Con ayuda de los gemelos, Barney distinguía ahora una sombra parecida al fuselaje de un avión, aunque no veía las alas. También creyó ver una serie de luces parpadeando a lo largo del fuselaje, si es que era un fuselaje, alternativamente. Cuando Betty le cogió los gemelos, el objeto pasó por delante de la luna, de perfil. Parecía estar emitiendo unos finos dardos de luz de colores diversos que giraban en torno a un objeto cuya forma, a aquella distancia, recordaba la de un cigarro puro. Justo un momento antes, había cambiado de velocidad, de lenta a rápida y, ahora, la aminoraba de nuevo, pasando por delante de la luna. Las luces seguían parpadeando persistentemente: rojo, ámbar, verde, azul. Betty se volvió hacia Barney, diciéndole que volviera a mirar.

—Por fuerza tiene que ser un avión —dijo Barney—. Quizás un avión militar. Un avión de reconocimiento. A lo mejor, es un avión que se ha perdido.

Estaba empezando a sentirse irritado o, mejor dicho, a desahogar su irritación en Betty, que rehusaba aceptar una explicación racional. En cierta ocasión, varios años antes, en 1957, la hermana y los padres de Betty le habían dicho que habían visto con toda claridad un objeto volante no identificado en Kingston, New Hampshire, donde vivían. Betty, que tenía plena confianza en la buena fe de su hermana y en su capacidad de observación, la creía. Barney ni lo creía ni dejaba de creerlo; aquel tema le dejaba indiferente, no le interesaba ni poco ni mucho. En cierto modo, después de oír aquella historia, se sentía más escéptico sobre la existencia de esos objetos volantes. Se dijo que Betty, por primera vez en cinco años, se disponía a mencionar de nuevo la visión de su hermana; pero no fue así.

Junto a ellos, la perrita gemía y daba muestras de miedo. Betty dio los gemelos a Barney, cogió a *Delsey*, la llevó al coche, y la encerró en él. Barney volvió a enfocar los gemelos, lamentando no poder cambiar impresiones con algún otro conductor. Sobre todo, lo que él quería era oír algún ruido. El zumbido de una hélice o el silbido de un avión de propulsión a chorro. Pero no se oía nada. Por primera vez, sintió que estaba siendo observado, que el objeto se estaba acercando de verdad a él y tratando de rodearle. «Si fuese un avión militar —pensaba—, no haría esto.» Y su mente retrocedió en el tiempo, a unos años antes, cuando un avión de propulsión a chorro le pasó zumbando muy cerca, rompió la barrera del sonido y rasgó el aire con una explosión.

Volviendo al coche, Barney le dijo a Betty que le parecía que aquel avión les había visto y estaba jugando a asustarles. Hizo cuanto pudo para que Betty no advirtiese que tenía miedo, pues esto, ni a sí mismo le gustaba confesárselo.

Continuaron conduciendo hacia Cannon Mountain a una velocidad de sólo ocho kilómetros por hora, mientras el objeto se

movía de manera desconcertante en el cielo. La única luz que veían desde hacía mucho tiempo en la cima de la montaña relucía en la punta del funicular silencioso y cerrado, o quizás no fuera un funicular, sino un restaurante. Se detuvieron de nuevo al pie de la montaña, momentáneamente, mientras el objeto daba una vuelta brusca y desaparecía. En el mismo instante, se apagó inexplicablemente la luz de la cima de la montaña. Betty miró el reloj de pulsera al mismo tiempo, preguntándose si habrían cerrado el restaurante. No veía bien la esfera del reloj a la luz de los mandos del coche, de modo que no pudo averiguar la hora exacta. Se dijo que, si había gente allí arriba, tenía que estar viendo muy claramente aquel objeto.

Cuando el coche arrancó de nuevo, pasando junto a la silueta oscura del Viejo de la Montaña, el objeto volvió a aparecer, deslizándose silencioso y lento, paralelo al coche, al Oeste, del lado de Vermont. Allí había más árboles y era más difícil observar ininterrumpidamente el objeto, que seguía deslizándose por encima de las copas. Allí estaba, moviéndose al mismo ritmo que ellos. Cerca del apartadero, desde donde se ve un torrente que es atracción turística, se detuvieron de nuevo y, entonces, casi pudieron verlo con toda claridad; pero en seguida volvieron a interponerse los árboles.

Un poco más allá del torrente, pasaron junto a un pequeño motel, el primer signo de vida que veían desde hacía muchos kilómetros. Aquel edificio acogedor les reanimó algo, aunque Barney, con los ojos fijos ya en las curvas de la carretera ya en el objeto que surcaba el cielo, apenas se fijó en él. Betty vio un signo luminoso de la AAA[1] y la luz de una ventana solitaria. Un hombre estaba en la puerta de una de las casucas, y Betty pensó que sería facilísimo resolver aquel problema allí mismo parando y yendo a pasar la noche al motel. Estaba pensando esto, pero no se lo dijo a Barney. Su curiosidad por aquel objeto se había vuelto irreprimible y estaba decidida a averiguar lo que era. Ya Barney estaba empezando a irritarla, tratando de negar incluso su existencia. Barney concentraba su atención en las curvas, por si algún otro coche venía en dirección opuesta, tratando, al mismo tiempo, de no perder de vista el objeto, que, ahora, había dado otra vuelta y estaba casi enfrente de ellos, sobre la carretera.

[1] American Automobile Association. — *(N. del T.)*

Para entonces, ya se veía que estaba sólo a unos cientos de metros de altura y era enorme. Desde más lejos, le había parecido a Betty que giraba sobre sí mismo; ahora, estaba inmóvil y el juego de luces había cambiado: ahora, en vez de una serie de luces parpadeantes y multicolores se veía un brillo blanco y continuo. A pesar de las vibraciones del coche, Betty se llevó los gemelos a los ojos y volvió a mirar.

Contuvo el aliento súbita e involuntariamente, porque vio, con toda claridad, una doble hilera de ventanas. Sin los gemelos, parecía más bien una franja continua de luz, pero ahora no cabía la menor duda de que se trataba de un vehículo volante de enormes proporciones, aunque era imposible calcular su tamaño por no saber ni la altitud ni la distancia exacta que mediaba entre ellos. Luego, lentamente, una luz roja se encendió en el lado izquierdo del objeto, seguida de otra parecida en el derecho.

—Barney —dijo Betty—, la verdad es que no sé por qué tratas de no mirarlo. Para el coche y míralo.

—Cuando frene, ya habrá desaparecido —dijo Barney.

Pero no había la menor convicción en sus palabras.

—Barney, tienes que *parar*. No volverás a ver una cosa como ésta en toda tu vida.

Barney miró por el parabrisas y pudo verlo ahora con toda claridad: estaba a unos sesenta metros de altura, pensó, y seguía acercándose. Una curva que hacía la carretera a la izquierda situó al objeto a la derecha del coche, pero la distancia siguió siendo la misma. A la derecha, no lejos del sur del lugar llamado Indian Head, donde otro histórico rostro de piedra contempla las montañas y los valles, Barney vio dos «wigwams»[1] comerciales de imitación en un sitio donde había un centro turístico, ahora cerrado, llamado Natureland. Allí, durante el verano, cientos de chicos correteaban al sol con sus padres. En aquel momento, sin embargo, estaba silencioso como una tumba.

Barney paró el coche casi en el centro de la carretera, sin pensar, debido a su incertidumbre y perplejidad, que pudiera echársele encima algún otro automóvil.

—Bueno, dame los gemelos —dijo.

A Betty le irritó el tono de su voz. Parecía como si estuviera llevándole la corriente.

[1] El «wigwam» es la tienda o vivienda de los indios norteamericanos. — *(N. del T.)*

Barney bajó del coche, con el motor aún en marcha, y apoyó el brazo en la portezuela. El objeto había dado otra vuelta, esta vez en dirección a ellos, y se cernía silencioso en el aire a la distancia de una manzana de casas y a la altura de dos árboles puestos uno encima del otro. Estaba inclinado y, por primera vez, pudieron ver su verdadera forma: era como una torta luminosa. Pero las vibraciones del motor le impedían estarse quieto, y la visión se desdibujaba. Se apartó un poco del coche para ver mejor.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —preguntó Betty.

Por primera vez en todo aquel tiempo su voz parecía llena de excitación. Barney confesó luego con toda franqueza que sintió miedo, quizá porque Betty se excitaba muy raras veces y quizá, también, por la proximidad de aquel objeto extraño y completamente silencioso, que desafiaba casi todas las leyes de la aerodinámica.

—Es un aeroplano o algo por el estilo —cortó Barney.

—De acuerdo —dijo Betty—, es un avión. Pero, ¿cuándo has visto tú un avión con *dos* luces rojas? Yo siempre creí que los aviones tenían una luz roja y otra verde.

—Es que no pude verlo bien —dijo él—, el coche vibraba y hacía temblar los gemelos.

Se apartó unos pasos más y volvió a enfocarlo.

Mientras lo hacía, el enorme objeto —su diámetro tenía la misma anchura que la distancia entre dos de los postes del teléfono a lo largo de la carretera, como dijo más tarde Barney— dio silenciosamente una vuelta completa sobre la carretera, quedando a sólo unos treinta metros de distancia de ellos. La doble hilera de ventanas era ahora perfectamente visible.

Barney estaba muy asustado, pero, sin saber por qué, cruzó la carretera, se adentró luego por el campo, y avanzó directamente hacia el objeto. Ahora, el enorme disco estaba inclinado en ángulo hacia Barney; dos proyecciones, semejantes a aletas de pez, salían por ambos lados, y tenían luces rojas en los extremos. Las ventanas parecían convexas, en torno al vehículo, en torno al perímetro del disco grueso y en forma de torta. Seguía sin oírse el menor ruido. Lleno de agitación, pero poseído aún de un irresistible impulso de acercarse más y más al vehículo, Barney continuó avanzando por el campo, llegando a sólo quince metros de distancia de él, que había descendido hasta la altura de las copas de los árboles.

Barney no calculó su tamaño, pero se dijo que era tan grande como un avión de pasajeros de propulsión a chorro, o mayor quizá.

De nuevo en el coche, Betty no advirtió al principio que Barney se alejaba de ella. Estaba pensando que no era prudente estacionar el coche allí, en mitad de la carretera, aunque no hubiese curvas cerca. El coche no estaba ni a la izquierda ni a la derecha, estaba precisamente sobre la línea blanca que marcaba el centro de la carretera. Pensó que lo mejor sería estar alerta, por si aparecían faros delante o detrás del coche, mientras lo llevaba a un lado. Es lo que estaba haciendo cuando, de pronto, se dio cuenta de que Barney había desaparecido campo adentro. Instintivamente, llamó:

—¡Barney! —gritó—. ¡Barney, idiota, vuelve aquí! —Si no volvía en seguida, se dijo, ella iría misma a buscarle—. ¡Barney! ¿Qué te pasa? ¿Es que no me oyes?

No recibió respuesta y empezó a bajarse del coche; la portezuela del lado del volante estaba abierta.

En pleno campo, cerca de un puesto de verduras cerrado, junto a un manzano nudoso, estaba Barney con los gemelos en el rostro; luego, se quedó muy quieto.

Detrás de las ventanas, Barney veía figuras, por lo menos, media docena de seres vivos. Parecían estar apoyados contra las ventanas transparentes, mientras el objeto descendía hacia él. Estaban agrupados, mirándole. Advirtió vagamente que iban de uniforme. Betty, a casi sesenta metros de distancia de su marido, le gritaba desde el coche, pero Barney no recuerda haberla oído.

Se diría que los gemelos se le habían pegado a los ojos. Luego, como obedeciendo a alguna señal inaudible e invisible, todos los tripulantes del disco se apartaron de la ventana, y se colocaron frente a un gran tablero situado a unos pasos de distancia de la hilera de ventanas.

Sólo quedó uno, mirando a Barney; era, sin duda, uno de los jefes. Con ayuda de los gemelos, Barney vio cómo los otros se movían en torno a lo que parecía un centro de mandos, en el fondo. Lentamente, el vehículo fue descendiendo, unos centímetros cada vez. Las aletas con las luces rojas en la punta aún salieron más a ambos lados; y de la parte inferior también salió algo que quizá fuera una escala, pero Barney no estaba seguro de ello.

Barney reajustó los gemelos, enfocándolos sobre el único ros-

tro que seguía pegado a la ventana. En este instante, su memoria pareció debilitarse y recuerda muy vagamente los acontecimientos. Aunque ignoraba el motivo de esa idea, estaba seguro de que iba a ser capturado. Trató de apartarse los gemelos del rostro, pero no lo consiguió. A medida que su visión iba haciéndose más clara, los ojos del único miembro de la tripulación que seguía mirándole fijamente se le clavaban en el cerebro. Barney nunca había visto unos ojos como aquéllos. Haciendo uso de toda su energía, se arrancó, por fin, los gemelos del rostro y fue corriendo y gritando hacia donde estaban Betty y el coche. Arrojó los gemelos al asiento, dando casi con ellos a Betty, que se había quedado sentada al verle correr por la dura superficie de la carretera, aunque ya iba a bajarse del coche.

Barney estaba al borde de la histeria. Puso el coche en marcha y arrancó a toda velocidad, gritando que estaba seguro de que iban a ser capturados. Ordenó a Betty que mirase por la ventanilla para ver dónde estaba aquel objeto. Betty miró y no vio nada. El objeto había desaparecido. Alargando el cuello, miró encima del coche, pero tampoco vio absolutamente nada. El extraño vehículo se había desvanecido. Pero también habían desaparecido las estrellas, que, unos segundos antes, brillaban tanto. Barney seguía chillando que estaba seguro de que el disco estaba precisamente encima de ellos.

Betty volvió a mirar, pero lo único que veía era la más completa oscuridad. Se asomó a la ventanilla trasera, pero tampoco vio nada, excepto las estrellas, que eran perfectamente visibles por aquella ventanilla.

En aquel momento, oyeron un «bip-bip» extraño, como producido electrónicamente. Todo el coche parecía vibrar con él. Era un ritmo irregular: «Bip... bip... bip, bip, bip», que parecía salir de detrás del coche, de la parte trasera del cuerpo del vehículo.

Barney preguntó:

—¿Qué ruido es ése?

Betty respondió:

—No lo sé.

Ambos comenzaron a sumirse en una extraña y cosquilleante somnolencia. A partir de aquel momento, quedaron como cubiertos por una especie de neblina.

Algo más tarde, aunque no supieron decir exactamente cuándo, el «bip-bip» volvió a sonar. Sólo advertían que eran dos soni-

dos paralelos, separados entre sí por un espacio de tiempo de cuya longitud no tenían la menor idea, como tampoco la tenían de lo que había sucedido, ni del tiempo que había tardado en suceder.

A medida que el segundo «bip» se iba haciendo más sonoro, los Hill fueron recuperando lentamente la conciencia. Aún estaban en el coche, y el coche estaba en movimiento, con Barney al volante. Ambos estaban silenciosos, entumecidos, y como sonámbulos. Al principio, siguieron el viaje en silencio, mirando a la carretera para ver dónde estaban. Un letrero les indicó que estaban cerca de Ashland, a unos cincuenta y seis kilómetros al sur de Indian Head, donde había sonado por primera vez el inexplicable «bip». En aquellos primeros instantes de consciencia, Betty recuerda vagamente haberle dicho a su marido:

—¿Qué? ¿Crees, ahora, en los platillos volantes?

Y Barney recuerda haber respondido:

—¡No digas tonterías! Naturalmente que no.

Pero ninguno de los dos consigue recordar más detalles que éste, hasta que llegaron a la autopista nueva: U.S. 93. Poco después de entrar en ella, Betty despertó súbitamente de su somnolencia y señaló un letrero que decía:

CONCORD — DIECISIETE MILLAS [1]

—Aquí es donde estamos, Barney —dijo—. Ahora, ya lo sabes.

También Barney recuerda que su mente se aclaró en aquel momento. Ni siquiera recuerda haberse sentido inquieto o turbado durante los cincuenta y seis kilómetros que median entre Indian Head y Ashland, de cuyo trayecto no parecía recordar nada.

Siguieron hacia Concord, sin decirse apenas palabra. Sin embargo, decidieron que la experiencia sufrida en Indian Head era tan extraña, tan increíble, que lo mejor era no hablar de ella con nadie.

—Además, nadie lo creería —dijo Barney—. Apenas consigo creerlo yo mismo.

Betty asintió. Cerca de Concord, buscaron un sitio donde tomar una taza de café, pero no había nada abierto. Aún confusos y sin hablar, continuaron conduciendo. Volvían ahora hacia el Este,

[1] O sea, unos veintisiete kilómetros.

por la carretera n.º 4, cruzando el Estado, hacia el océano y, por lo tanto, hacia Portsmouth.

Justo en las afueras de Portsmouth, vieron que la aurora rayaba de blanco el cielo hacia el Este. Condujeron por entre las calles de la ciudad dormida, en la que aún no se movía nadie. Pero los pájaros gorjeaban ya y era casi de día cuando llegaron a casa. Barney miró el reloj, pero éste se había parado, y, poco después, Betty vio que también se había parado el suyo. Dentro de la casa, el reloj de la cocina marcaba las cinco y unos minutos de la madrugada.

—Parece que hemos llegado a casa un poco más tarde de lo que habíamos previsto —dijo Barney.

Betty llevó a *Delsey* para que diese su paseo matutino mientras Barney descargaba el coche. Los pájaros cantaban ahora en coro, formando un sonoro telón de fondo para los pensamientos de Betty, obsesionada aún por lo ocurrido aquella noche. Barney también estaba pensativo. Hablaron poco. Por alguna razón que ella misma no se supo explicar, Betty pidió a su marido que llevase el equipaje al cobertizo de atrás, en lugar de entrarlo en la casa. Barney lo hizo así y, luego, fue a ver si se había dejado algo en el coche. Al recoger los gemelos, notó por primera vez una cosa inusitada: la correa que la noche anterior había rodeado su cuello estaba ahora rota por la mitad; la ruptura era limpia y reciente.

Desde Concord hasta allí, durante el silencioso viaje, Betty y Barney habían mirado al cielo a intervalos regulares, preguntándose si aquel extraño objeto reaparecería. Incluso después de entrar en su casa, un edificio de esquinas rojas, rodeado de un pequeño jardín, situado en el centro de Portsmouth, iban los dos, sin darse cuenta, a la ventana de cuando en cuando, para mirar el cielo matutino.

Ambos notaban una sensación extraña, viscosa. Se sentaron en la cocina, ante una taza de café, pero, antes, Barney había ido al baño para examinarse el bajo vientre, que, sin que él supiese por qué, le picaba. Dos años después, seguía sin explicarse qué le movió a hacer esto.

Cuando salió del baño, pasaron revista de nuevo a lo sucedido y volvieron a prometerse no hablar de ello con nadie. La segunda parte del viaje les resultaba extrañamente vaga; no conseguían recordar casi nada del trayecto entre Indian Head y Ashland. Recordaban fragmentariamente haber cruzado Plymouth, justo antes de la segunda serie de «bips». A Barney le inquietaba y confundía que el extraño vehículo no hiciese ruido. Trataba de clasificarlo mentalmente como un aeroplano, a pesar de su aspecto inusitado y de la sensación extraterrestre de que les había llenado a los dos.

Recordaban distintamente dos series de «bips», pero el intervalo entre ambas les tenía perplejos. Betty, reconfortada por una taza de café bien cargado, recordó muy vagamente algunas de las cosas que habían ocurrido después de pasar Indian Head. Recordaba haber visto en la carretera un letrero que dividía a las ciudades de Lincoln y North Woodstock, pero era una impresión momentánea y fragmentaria. Recordaba, también, haber pasado junto a una tienda en la ciudad de North Woodstock, pero era una impresión aislada. Los dos recordaban muy vagamente una forma lunar grande y luminosa que parecía tocar la carretera, como posada bajo los pinos. Betty, haciendo esfuerzos por recordar, creía que Barney había dado una vuelta brusca, saliendo de la carretera n.º 3, pero no conseguía localizar el sitio. Cuando los dos vieron el objeto en forma de luna, Barney recordaba vagamente haber dicho a Betty:

—¡Otra vez, santo Dios!

Betty recuerda la reacción que experimentó cuando Barney negó que aquello pudiera ser un objeto volante no identificado. Pensó: «Barney es así, cuando le asusta alguna cosa u ocurre algo que no le gusta, se encoge de hombros y se dice que no ha ocurrido nada.» Hasta cierto punto, el mismo Barney reconoce que esto es verdad.

Ambos están de acuerdo en que volvieron a la plena posesión de sus sentidos en la carretera U.S. 93, junto a un letrero donde ponía que faltaban unas veintisiete millas para llegar a Concord. Antes de esto, sólo recuerdan una cosa: la imagen fragmentaria de las calles oscuras de Plymouth, unos diez kilómetros al norte de Ashland, donde tuvo lugar la segunda serie de «bips».

—Cuando llegamos a nuestra casa —dijo Barney más adelante— y Betty salió a pasear al perro por el patio, me bajé del coche y empecé a sacar lo que había en él. Betty me dijo que tirase al cubo de la basura la comida que quedaba en la nevera y que pusiera las demás cosas fuera de la casa. Yo tenía mucha prisa por terminar de ponerlo todo en el cobertizo de atrás para poder ir a tomar un baño; en cuanto me vi en el baño, cogí un

espejo y me puse a examinarme el cuerpo. Y no sé por qué, la verdad, ni lo sabía tampoco entonces, pero me sentía como sucio. Era una suciedad diferente de la que suele acumulársele a uno en el cuerpo a consecuencia de un viaje. Algo viscoso. Betty y yo fuimos a la ventana y, entonces, abrí la puerta trasera y ambos miramos al cielo. Fui, luego, a la alcoba y miré a mi alrededor. No sé cómo describirlo, era como si alguien flotase en la atmósfera. No quiero decir que ese alguien estuviese allí, con nosotros, era más bien la sensación de que había ocurrido algo muy extraño.

Inmediatamente después de un desayuno ligero, se metieron en la cama, y durmieron de un tirón. Tenían la esperanza de que el incidente se desvaneciese rápidamente de su memoria y pasase a ser tan sólo una de esas interesantes anécdotas que algún día le gusta a uno contar a la gente. No sabían que, por el contrario, iba a afectar profundamente sus vidas durante muchos años.

CAPITULO II

Cuando se despertaron, eran ya casi las tres de la tarde. Durmieron, pero no soñaron; se sentían muy aliviados de verse de nuevo en su casa, bañados y descansados. Barney, echado en la cama, con los ojos abiertos, volvió a recordar la extraña experiencia de la noche anterior. Lo que más le desconcertaba y confundía era la falta completa de ruido de aquel objeto volante mientras duró el incidente; también le dejaba perplejo el hecho de que no tuviera ninguna característica que le permitiese relacionarlo con un avión normal. Lamentaba profundamente que no hubiese pasado por allí ningún policía estatal[1] o algún camión, porque, entonces, habría podido compartir su experiencia con alguien. Aún tenía la sensación de que en algún sitio, no sabía a punto fijo dónde, había *alguien*, una presencia vaga e indefinida. Muy vagamente, le parecía haber encontrado un obstáculo que le impedía el paso en la carretera, la noche anterior. Pero era una impresión desdibujada e indistinta.

La vuelta a la consciencia, después de oír el extraño sonido electrónico, fue muy lenta. Antes de que su mente se viera de nuevo completamente despejada, Barney tuvo un nuevo instante de percepción: se vio como en un relámpago saliendo de la carretera n.º 3 y entrando en la 104, para tomar el atajo de Concord. Pero el letrero que decía: «CONCORD — DIECISIETE MILLAS» seguía siendo, tanto para él como para Betty, el símbolo de su vuelta a la normalidad. Aquella tarde, mientras yacía en la cama,

[1] Recuérdese que en Norteamérica hay tres clases de policías: urbanos, del Estado (estatales) o de la Unión (federales). — *(N. del T.)*

despierto, sentía que la razón de que él y Betty hubieran hablado tan poco durante la parte final del viaje fue que ambos, o él por lo menos, experimentaba un suave entumecimiento mental. Apartó rápidamente de su mente las figuras vivas que había visto a bordo del extraño objeto volante; no quería pensar en ellas.

Al despertarse, Betty se puso a pensar, antes que en ninguna otra cosa, en lo ocurrido la noche anterior. No conseguía apartar de su mente el viaje de regreso ni la experiencia sufrida. Pasaría el resto del día moviendo incrédulamente la cabeza. Una de las primeras cosas que hizo aquella tarde al levantarse de la cama (aunque nunca ha conseguido explicarse por qué) fue coger el vestido y los zapatos que había llevado puestos la noche anterior y guardarlos en el rincón más apartado de su armario. Desde entonces, no se los ha vuelto a poner.

Barney, al levantarse, pasó revista a la ropa que había llevado puesta la noche anterior y quedó algo sorprendido al comprobar que sus mejores zapatos estaban muy gastados en la parte superior de las puntas relucientes. También le sorprendió ver que los bordes de las perneras de sus pantalones y también sus calcetines estaban cubiertos de agujas de pino; pero, de pronto, se acordó, como en una inundación de recuerdos, de haberse adentrado solo en el campo, en Indian Head. Barney, a quien gusta mucho ir bien vestido, no consiguió comprender, sin embargo, que lo que se le hubiese desgastado fuera *la parte superior* de los zapatos. Acabó por decirse que, yendo por el campo, habría rozado sin duda alguna roca con los zapatos, aunque no sabía cómo pudo haber ocurrido tal cosa, y se encogió de hombros. Más adelante, iba a descubrir la posible causa.

El súbito recuerdo del incidente del campo, junto a Indian Head, le indujo a ir a la puerta trasera de la casa y mirar de nuevo al cielo. Estaba esperando algo, pero no sabía qué. Hizo un gran esfuerzo por recordar lo ocurrido después de llevarse los gemelos al rostro y echar a correr, de vuelta al coche, pero sin éxito. Le era completamente imposible pasar de allí.

Cuando se sentaron a desayunar, por segunda vez en el mismo día, habló de esto con Betty, quien le preguntó repetidas veces por qué había vuelto corriendo al coche y por qué había temido ser capturado. ¿Y cómo no había oído sus gritos, pidiéndole que volviera al coche? Más tarde, en el transcurso de uno de los numerosos viajes que hicieron a aquel lugar, descubrieron que era difícil oír gritos a la distancia que, según el cálculo de Barney, tenía que haber habido entre los dos cuando él se adentró, solo, por el campo. Además de todo esto, Barney se notaba un escozor inexplicable en la parte posterior del cuello.

Su decisión de no hablar absolutamente con nadie de su experiencia comenzó a debilitarse aquel mismo día, durante la comida de la tarde. Barney trataba de resistirse, pero Betty, recordando la experiencia de su hermana con un objeto volante no identificado varios años atrás, quería contarle la suya. Barney accedió a regañadientes, aunque estaba convencido de que lo mejor sería tratar de olvidar por completo el incidente.

Betty fue al teléfono y llamó a su hermana, sintiendo cierto alivio ante la posibilidad de desahogarse, contando lo sucedido a un interlocutor amigo. Su hermana, Janet Miller, vivía muy cerca, en Kingston, con su marido y sus hijos; el marido era jefe de los exploradores de la localidad y aficionado a la astronomía. Tratando de no ponerse nerviosa, Betty se puso a contar lo ocurrido la noche anterior. Janet, que creía firmemente en los objetos volantes no identificados por haber visto ella misma uno, se excitó mucho y confirmó la sospecha de Betty de que el coche o la ropa pudieran habérseles contaminado con radiactividad si el objeto volante se había cernido justo sobre ellos. Hasta aquel momento, la sospecha latente que sentía Betty de haber sido víctima de alguna especie de contaminación había sido puramente instintiva; pero, ahora, comenzaba a preguntarse si no existirían motivos concretos para creer en tal posibilidad. Janet recordó a Betty que un vecino suyo, en Kingston, era médico y dijo que iba a preguntarle qué huella podría haber dejado aquel objeto volante si se hubiese acercado mucho al coche. Unos momentos más tarde, Janet volvió al teléfono y dijo a Betty que, según el médico, cualquier brújula acusaría la existencia de radiactividad si la aguja se agitaba como loca, sin parar en ningún punto de la esfera, al entrar en contacto con el exterior del coche.

Al oír parte de la conversación de Betty con su hermana, el escepticismo de Barney aumentó; mientras ella iba por la casa, buscando la brújula barata que solían usar cuando iban de viaje, Barney parecía dispuesto a hacerse el remolón.

—Pero, ¿dónde está? —preguntó Betty, llena de impaciencia por encontrarla y salir a tocar con ella el coche.

—La puse en el cajón —respondió él.

—¿En qué cajón? —volvió a preguntar Betty.

Aquello sólo servía para impedir que Barney consiguiese desechar el incidente de su mente para siempre.

—No sé, búscala tú —dijo.

Betty se sentía cada vez más irritada.

—Gracias, hombre —dijo—. La verdad es que es una suerte contar con tu ayuda.

—Pero, ¿para qué quieres la brújula? —preguntó él—. No te hace falta para nada.

—Ésa es tu opinión —replicó Betty—. Guárdatela y dame la brújula.

Barney acabó cediendo y encontró la brújula. Betty salió corriendo y vio que llovía. Pasó la brújula por la superficie húmeda del automóvil y la aguja no pareció reaccionar de manera notable, pero cuando la pasó por la parte posterior notó una cosa extraña: por la superficie metálica había una docena o más de manchas brillantes, cada una de ellas perfectamente circular y del tamaño aproximado de un dólar de plata. Estaban muy bien dibujadas y pulidas, en contraste con la superficie mate del coche, como si la pintura hubiese sido cuidadosamente esparcida con un patrón circular. En aquel momento, Betty recordó los extraños «bip-bip», oídos la noche anterior y procedentes de la parte trasera del coche; en el estado de nerviosismo en que se encontraba a consecuencia de haber hablado con su hermana, se sintió extrañamente emocionada al ver aquellos círculos brillantes justo en aquel sitio.

Pasó la brújula cuidadosamente sobre uno de los círculos. La aguja se agitó inmediatamente. Betty casi se dejó dominar por el pánico, pero consiguió sobreponerse y siguió pasando la brújula por uno de los lados del coche, donde no había ningún círculo. La aguja reaccionaba allí de un modo normal, señalando una dirección. Rápidamente, Betty llevó la brújula de nuevo a los círculos relucientes, y de nuevo volvió a perder el control. Entró corriendo en la casa.

—Barney —dijo—, *tienes* que salir y ver lo que ocurre. La parte posterior del coche está llena de círculos brillantes, y en cuanto les aplico la brújula, la aguja se vuelve loca.

Barney repitió que eran imaginaciones suyas y rehusó salir a mojarse.

Entretanto, una pareja a quien los Hill tenían alquilado uno de los pisos de su casa bajó al vestíbulo; al ver que Betty parecía disgustada por algo, preguntaron qué pasaba, y ella, muy excitada, les contó toda la historia del objeto volante, añadiendo que estaba tratando de convencer a Barney de que saliera a ver los círculos brillantes y la reacción de la brújula en cuanto la acercaba a ellos. Entonces, Barney, aunque a desgana, salió con la pareja, mientras Betty telefoneaba a su hermana para contárselo. Janet, en tanto, había hablado con el antiguo jefe de la policía de Newton, New Hampshire, que estaba de visita en su casa aquel día, el cual aconsejó que los Hill pusieran su caso en conocimiento de la Base Aérea de Pease, en Portsmouth, un centro del Alto Mando Aéreo Estratégico que, durante aquellos últimos meses, había estado recibiendo continuamente informes sobre apariciones de objetos volantes no identificados. El jefe de la policía había recibido instrucciones en este sentido en cuanto las apariciones de objetos volantes comenzaron a proliferar en el Estado de New Hampshire.

Barney volvió al cuarto de estar pocos minutos después, antes de que Betty terminara de hablar por segunda vez con su hermana.

—¿Qué hizo la brújula? —preguntó Betty.

—Nada de particular, lo que todas las brújulas —respondió él—. Se agitó un poco al acercarse a la llanta de recambio, pero nada de particular.

Betty le miró fríamente.

—Bueno, vamos a ver, ¿por qué crees que se agitó al acercarla a la parte posterior?

—No sé —respondió Barney.

—Me explico que se agitase al tocar el acumulador. Pero, ¿por qué al acercarse a la llanta de recambio? La verdad, Barney...

—No sé —dijo Barney—, a lo mejor es por el metal. A mí no me pareció que reaccionase de manera extraña.

—¿Y qué me dices de los círculos brillantes? —preguntó Betty—. ¿Los viste?

—Sí —dijo Barney.

—Bueno, ¿qué me dices de ellos?

—Nada, algo que chocaría con el metal.

Betty quedó convencida de que Barney estaba tratando de negarse a sí mismo que hubieran tenido aquella experiencia nocturna y no se explicaba tal actitud. (Más adelante, Barney reco-

noció que la experiencia había sido para él una pesadilla tan abrumadora, tan increíble, que sentía desesperados deseos de apartarla enteramente de su mente y olvidarla. En aquel momento, le irritaba que Betty persistiera en sus investigaciones.)

Una vez más, Barney rehusó ceder cuando ella le pidió que la acompañara al coche para comprobar de nuevo la reacción de la brújula en contacto con los círculos brillantes. Lo que hizo fue insistir en que lo mejor era no seguir el consejo de Janet de comunicar lo sucedido a la Base Aérea de Pease.

—Bueno, ya que te empeñas —dijo, por fin—. Pero si llamas a la Base Aérea, haz el favor de no complicarme en el asunto.

A Betty le obsesionaba la idea de que pudieran haberse contaminado de radiactividad, pero, al mismo tiempo, comprendió que esto podría parecerles ridículo a los oficiales de la Base Aérea. A pesar de todo, telefoneó a la policía de la Base y, después de haber sido puesta con varios departamentos por la centralita, consiguió dar con un oficial que pidió detalles.

Betty le explicó la historia de manera general, porque la reacción del oficial era de incredulidad. Evitó demostrar timidez o confusión, y omitió detalles, como el de las dos filas de ventanas que había visto, pensando que con mencionarlos sólo conseguiría aumentar el escepticismo de su interlocutor. Dijo, sin embargo, que el objeto tenía como unas aletas que parecían salir de ambos lados, con luces rojas en la punta. Entonces, el oficial pareció más interesado; y cuando Betty le dijo que su marido había tenido oportunidad de examinar con más detalle que ella aquella parte del misterioso vehículo, pidió hablar con él.

Barney no mostró entusiasmo alguno por ponerse al teléfono, pero ya parecía más tranquilo y acabó por hacerlo. Cooperó con el oficial cuanto pudo, dando todos los detalles que recordaba, pero, pusilánime, rehusó mencionar a los seres vivos que había visto con toda claridad en el interior. En el transcurso de la conversación, el oficial le dijo que le había puesto en contacto con otra línea de la base, y que lo que decía estaba siendo interceptado. Ni Betty ni Barney tenían ningún deseo de verse envueltos en situaciones desagradables. Betty decía que los oficiales sólo habían mostrado indiferencia, pero Barney, por el contrario, sostenía que estaban sumamente interesados, que no habían dado muestras de impaciencia y que lo que les intrigaba eran las aletas con luces rojas. Para los oficiales de la Base Aérea era éste un detalle nuevo, a pesar de los muchos informes que habían recibido e investigado sobre objetos volantes no identificados.

La conversación telefónica produjo cierto cambio en la actitud de Barney. De su conversación con el oficial, Barney sacó en limpio que había habido otros informes, algunos de los cuales eran semejantes al suyo, de modo que no había motivos para temer que le acusaran de loco si contaba algo que a él le parecía inexplicable. Sin embargo, ambos decidieron no hablar a nadie de los círculos brillantes, y Barney, por su parte, siguió resuelto a callarse lo de los seres vivos que había visto a bordo del objeto volante, detrás de la ventana convexa. Esto, a su modo de ver, podía ser causa de que la gente recelase de la veracidad del incidente y ya tenía él bastantes dudas sobre este detalle. Lo que más le asustaba era pasar por tonto.

Al día siguiente, su preocupación a este respecto disminuyó algo porque la Base Aérea de Pease les telefoneó pidiendo más información. Esto dio a Barney más seguridad en sí mismo y en su experiencia nocturna, pero aun así rehusó dar aquellos detalles.

Quien les telefoneó fue el comandante Paul W. Henderson, de la escuadrilla de bombarderos número 100, estacionada en la Base de Pease; el comandante dijo a los Hill que se había pasado la noche en vela preparando el informe y que quería completarlo con algunos detalles más. Les dijo, también, que quizá tuviera que volverles a llamar más tarde, aunque después de esta segunda conversación los Hill no volvieron a saber de él. Su informe oficial al «Libro Azul del Proyecto» *(Project Blue Book)*, que es el nombre del departamento del centro aéreo de Wright-Paterson, Estado de Ohio, donde se clasifican y cotejan los miles de informes sobre apariciones de objetos volantes no identificados que llegan de todo el país, indica que los Hill no tenían razón alguna para temer quedar en ridículo cuando, con tanta aprensión, comunicaron telefónicamente su experiencia a la Base Aérea de Pease.

INFORME NÚMERO 100-1-61

En la noche del 19 al 20 de setiembre, entre las 20/001 horas y las 20/0100 horas, los señores Hill, viajando por la zona sur de la carretera n.º 3 cerca de Lincoln, New Hampshire, observa-

ron por el parabrisas del coche un objeto extraño en el cielo. Les llamó la atención por su forma y la intensidad de su luminosidad, que destacaba entre las estrellas. El cielo estaba claro y la noche era serena a aquella hora.

A. Descripción del objeto.

1. Franja continua de luces, forma de cigarro puro inalterable, a pesar de los cambios de dirección. (Ni Mr. ni Mrs. Hill recuerdan haber mencionado la forma de disco del vehículo a poca distancia.)

2. *Tamaño:* Cuando lo vieron por primera vez, parecía ser del tamaño de una moneda de cinco centavos a un brazo de distancia. Más tarde, cuando parecía estar a unos treinta y cinco metros de altura sobre el coche, les pareció del tamaño de un plato sopero a un brazo de distancia.

3. *Color:* El único color que pudieron distinguir fue el de la franja de luces, comparable en intensidad y color a un filamento de lámpara incandescente. (Véase lo referente a las «luces de la punta de las alas».) (Barney, que, en aquel momento, parecía deseoso de quitar importancia al incidente, se mostró reacio a dar su impresión exacta sobre el tamaño del objeto volante.)

4. *Número de objetos volantes no identificados:* Uno.

5. *Formación:* Ninguna.

6. *Detalles o cosas de interés:* Véase apartado número uno. Durante el período de observación, las alas parecieron emerger del cuerpo del objeto; al parecer, tenían forma de V y luces rojas en los extremos. Más tarde, esas alas aún parecieron alargarse más.

7. *Cola, estela o escape:* No vieron ninguno.

8. *Sonido:* Ninguno, aparte del mencionado en el apartado D.

B. Descripción de la trayectoria del objeto.

1. Fue visto por primera vez a través del parabrisas del coche. El tamaño y la luminosidad del objeto les llamó la atención por ser superior a los de las estrellas visibles en aquel momento.

2. *Angulo de elevación al ser visto por primera vez:* Unos cuarenta y cinco grados.

3. *Angulo de elevación al desaparecer:* No fue observado, por serles imposible a los señores Hill precisar el momento de su desaparición.

4. *Línea de vuelo y maniobras:* Véase apartado D.

5. *Cómo desapareció el objeto volante:* Véase apartado D.

6. *Duración de la observación:* Aproximadamente, treinta minutos.

C. Cómo fue observado.

1. Desde el suelo, visualmente.

2. Con gemelos, en algunos momentos.

3. La primera observación tuvo lugar desde el interior del coche, tanto en marcha como parado. El objeto fue observado tanto desde dentro como desde fuera del coche.

D. Situación y detalles.

(Aquí, el informe relata los detalles generales de la observación, entre ellos el extraño sonido «bip-bip», que, como los Hill explicaron al que les interrogó, «parecía como si alguien hubiese dejado caer un diapasón». Por las dificultades normales que se producen en una conversación telefónica, hubo que omitir muchos detalles, entre otros, el de las luces multicolores obser-

vadas por Betty, y también, naturalmente, el de las figuras vivas que vio Barney, de las que éste no quería hablar a nadie.)

El informe concluye: *En el transcurso de una conversación posterior, Mr. Hill me dijo que, al principio, no había querido hablar a nadie del incidente, pero ya que él y su mujer lo habían visto juntos, pensaba que, en realidad, lo mejor era informarnos de él. Dice que, ahora, le parece increíble y se siente algo estúpido, pues no acaba de creer que tal cosa pudiera ocurrirle. Afirma, por otra parte, que ambos vieron realmente lo que dicen, y este hecho, a su modo de ver, da cierta verosimilitud al incidente.*

La información aquí contenida fue obtenida por medio de una conversación telefónica entre los que observaron el objeto volante y el firmante. Es imposible precisar hasta qué punto son fidedignos los observadores, y aunque su veracidad y seriedad parecen suficientes, no podemos garantizarlas por ahora.

Esforzándose por dar con un término medio satisfactorio entre la fantasía y la realidad, Barney sugirió a Betty que los dos, por separado, diseñasen su impresión particular del objeto volante. Betty accedió. Encerrados cada uno en un cuarto distinto, hicieron sus diseños, que luego compararon, comprobando que eran notablemente parecidos.

Aunque Barney vio que su confianza en sí mismo era mayor a consecuencia de su conversación con el comandante de aviación, seguía sin acabar de convencerse de la existencia de los objetos volantes no identificados. Le preocupaba verse incapaz de justificar lo que había visto con sus propios ojos ante su convicción de que tales cosas no podían existir. Betty, por su parte, también se mostraba cauta, a pesar de que creía lo que su hermana decía haber visto, como también creía en el objeto que durante tanto tiempo había estado ante sus ojos en la carretera n.º 3. Barney dijo a su amigo que su reacción era semejante a la del que ha visto una cosa que prefiere no recordar. Con el tiempo, esta ambivalencia iba a molestarle mucho, repercutiendo en su úlcera, que comenzó a empeorar, a pesar de que hasta entonces había ido mejorando considerablemente.

Mientras que Barney trataba de apartar de sí el incidente, la curiosidad de Betty no hacía sino agudizarse. Dos días después, fue a la Biblioteca Municipal para buscar cuanta información

hubiera allí sobre los objetos volantes no identificados, que, según había podido comprobar, eran tomados bastante a la ligera por la Prensa. Como la mayoría de las personas inteligentes, Betty no había llegado aún a una conclusión precisa sobre la cuestión. Antes del incidente nocturno, ella ya había pensado que tenía que haber algo de verdad en aquel fenómeno, pero carecía por completo de datos. En la biblioteca, descubrió que existían pocos datos sistematizados, aunque vio un libro titulado *The Flying Saucer Conspiracy (El Complot contra los platillos volantes)*, por el comandante Donald Keyhoe, que encontró interesante. Se lo llevó a casa y lo leyó de un tirón. Barney, aunque su punto de vista era ahora menos firme que antes de haber hablado con los oficiales de la Base Aérea, rehusó leerlo, atribuyendo este resto de resistencia al deseo, aún vivo, de evitar una renovación del dolor y de la confusión que le había causado el incidente. Insiste en que no lo hizo por tozudez o arbitrariedad.

Según descubrió Betty, la tesis del comandante Keyhoe era que la aviación norteamericana estaba haciendo todo lo posible por desacreditar los objetos volantes no identificados, en lugar de examinar el problema de una manera científica y abierta. El comandante Keyhoe, que estudió en la Universidad de Annapolis y fue comandante de Marina, había contribuido a fundar en Washington un organismo conocido por el nombre de Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, con objeto de cotejar y analizar todos los informes de apariciones de objetos volantes no identificados; de esta manera, pretendía dar con una solución al misterio y preparar a la opinión pública, si hiciese falta, para aceptar la existencia de vehículos aéreos extraterrestres de origen desconocido. El Comité (conocido por NICAP) del comandante Keyhoe había llegado a la conclusión de que sólo existían dos explicaciones básicas posibles de las apariciones de objetos volantes no identificados que llegaban continuamente, año tras año, de todos los puntos del Globo: la primera, ilusiones ópticas tan numerosas y extendidas que resultaban inexplicables y constituían por sí solas un objeto de estudio científico urgente; la segunda, que la gente, en efecto, veía en la atmósfera objetos volantes pilotables. Los miembros del Comité, muchos de los cuales son hombres de ciencia conocidos, profesores, técnicos, pilotos y ex oficiales militares de alta graduación, arguyen que la segunda hipótesis es la más razonable y está basada en

observaciones empíricas. En su estudio, cuidadosamente documentado, *The UFO Evidence (Pruebas a favor de los objetos volantes no identificados)*, el Comité analiza quinientos setenta y cinco informes, algunos de técnicos y los demás completamente fidedignos, procedentes de Norteamérica, Puerto Rico, México, Canadá y otros países. Los investigadores del Comité, que son todos voluntarios, tienen instrucciones de documentar cada caso de la manera más detallada y concienzuda, y de poner en duda, siempre que sea humanamente posible, cualquier informe irresponsable, procedente de los fanáticos que siempre surgen en estos casos y que, por ese camino, suelen buscar fama o provecho. Entre los que dirigen el Comité están las siguientes personalidades: el doctor Charles P. Olivier, profesor de Astronomía de la Universidad de Pennsylvania y presidente de la «Sociedad Norteamericana de Meteoros» («American Meteor Society»); J. B. Hartranft, hijo, presidente de la «Asociación de Propietarios y Pilotos de Aviones» («Aircraft Owners and Pilot Association») y ex teniente coronel del Cuerpo Aéreo del Ejército; Dewey Fournet, ex comandante de la aviación norteamericana, encargado de la investigación oficial de los objetos volantes no identificados (lo que se llama «Project Blue Book»); el profesor Charles A. Maney, jefe del departamento de Física del «Defiance College», Estado de Ohio, y otros.

Después de haber leído el libro del comandante Keyhoe, Betty se sintió más segura de sí misma y de su experiencia. Sin perder tiempo, se sentó y escribió la siguiente carta al comandante:

Portsmouth, New Hampshire
26 de setiembre de 1961

Comandante D. Keyhoe
Muy señor mío:

Le escribimos esta carta por dos motivos. Queremos preguntarle si ha escrito usted más libros sobre los objetos volantes no identificados, además del titulado The Flying Sauces Conspiracy. *Si lo ha hecho, le agradeceríamos nos envíe el nombre de la editorial, ya que no hemos conseguido encontrar información alguna sobre este tema, posterior al mencionado libro. Le incluimos un sobre con dirección y franqueo para que le resulte más cómodo.*

Mi marido y yo estamos ahora sumamente interesados en este

tema porque acabamos de sufrir una terrible experiencia que no parece diferir de otras de las que nos hemos enterado. Hacia medianoche, el 20 de setiembre (el hecho de que fuese medianoche puede cambiar la fecha al 19; Betty Hill prefiere el 20), íbamos en coche por una parte de la Zona Forestal Nacional, en White Mountains, New Hampshire. Es un territorio desierto y sombrío. Al principio, vimos un objeto brillante en el cielo, que parecía moverse rápidamente. Paramos el coche y nos bajamos para observarlo más de cerca con gemelos. De pronto, giró del Norte al Sudoeste y pareció seguir una trayectoria bastante desconcertante. Seguimos conduciendo y, luego, nos paramos de nuevo para volver a mirarlo, observando la siguiente línea de vuelo: el objeto giraba y sólo parecía iluminado por un lado, lo que producía la impresión de que estuviese parpadeando.

A medida que iba acercándose a nuestro coche, vimos que tenía forma de torta, rodeada de ventanas en la parte delantera, a través de las cuales se veían luces azulblancas. De pronto, aparecieron luces rojas a ambos lados. En aquel momento, mi marido estaba en plena carretera, observándolo cuidadosamente. Vio alas que salían de cada lado y las luces rojas estaban en los extremos de las mismas.

Según el objeto volante iba acercándose, mi marido comenzó a ver su interior, aunque no con demasiada claridad. Vio varias figuras que corrían de un lado a otro, como haciendo preparativos apresurados. Una figura nos observaba desde atrás de una ventana. Desde donde estábamos, las figuras parecían del tamaño de un lápiz, más o menos, a la distancia de un brazo humano, y daban la impresión de llevar una especie de uniforme negro y reluciente.

En este momento, mi marido se sintió poseído de pánico y volvió al coche, histérico, riendo y repitiendo que iban a capturarnos. Puso en marcha el coche, cuyo motor no había parado, y en cuanto nos pusimos en movimiento oímos unos sonidos como zumbidos, algo así como «bip-bip», que parecían proyectados contra la parte trasera del coche.

No vimos levantarse el objeto, pero tampoco volvimos a verlo, aunque a unos cincuenta kilómetros más al Sur fuimos bombardeados de nuevo por aquellos sonidos.

Al día siguiente, informamos a un oficial de las Fuerzas Aéreas, quien pareció muy interesado por los detalles de las alas y las

luces rojas. No le comunicamos lo que mi marido había visto en el interior del objeto, por parecernos demasiado fantástico.

Ahora, estamos buscando cualquier pista que ayude a mi marido a recordar qué fue lo que vio que le causó tanto pánico. Sobre esto, él no recuerda nada en absoluto. Todos los esfuerzos que hace por recordar le dejan muy asustado. Este objeto volante era, por lo menos, tan grande como un cuatrimotor, volaba en completo silencio y las luces del interior no se reflejaban en la tierra. No parece que los sonidos «bip-bip» hayan causado desperfecto alguno en nuestro coche.

Esta experiencia nos ha asustado mucho a los dos, pero al mismo tiempo nos ha fascinado. Sentimos grandes deseos de volver al lugar donde ocurrió, por si así podemos establecer contacto de nuevo con el objeto. Comprendemos que la posibilidad es pequeña y que mejor sería informarnos de cuanto se haya sabido sobre este tema en los últimos seis años.

Por cualquier libro que usted nos recomiende le quedaremos muy agradecidos. Su libro nos ha sido muy útil y nos ha dado la seguridad de que no somos los únicos que han sufrido tan interesante y aleccionadora experiencia.

Suya afectísima.

Firmado: BETTY HILL

A medida que iba creciendo la seguridad íntima de Betty Hill, gracias al estudio de las publicaciones del Comité del comandante Keyhoe, crecía también su deseo de revelar más detalles. Por primera vez, se atrevió, en esta carta que reproducimos, a mencionar lo que le había dicho Barney sobre las figuras vivas del interior del objeto volante, aunque éste se lo permitió muy a regañadientes. La tendencia de Betty a desahogarse revelando cuanto pensaba sobre el incidente les fue muy útil, porque Barney acabó por comprender que tratar de suprimir los hechos podría ser incluso perjudicial para su equilibrio mental.

Unos diez días después del incidente, Betty comenzó a tener una serie de sueños muy vívidos. Continuaron durante cinco noches consecutivas. Era la primera vez en su vida que recordaba sueños con tanto detalle e intensidad. Dominaron toda su vida diurna durante aquella semana y continuaron obsesionándola después, aunque al cabo de cinco días cesaron bruscamente para

nunca más volver. Eran tan terribles y de tal magnitud que no se atrevía a contárselos ni siquiera a Barney, que había tenido que trabajar durante aquellas cinco noches, no estando, por tanto, con ella cuando los sueños tuvieron lugar. Betty acabó por hablarle de sus pesadillas; Barney se mostró solícito, pero no dio demasiada importancia al asunto, de modo que no se volvió a hablar de él y Betty tampoco volvió a mencionarlo.

Algunas semanas más tarde, tuvo lugar otro incidente desconcertante que ni Barney ni Betty consiguieron explicarse. Iban en coche por los alrededores de Portsmouth, por una carretera que cruzaba una zona muy poco poblada. Frente a ellos, vieron un automóvil inmóvil que obstruía el paso. Un grupo de gente estaba junto al coche y Barney comenzó a aminorar la velocidad, para evitar un accidente.

De pronto, Betty se sintió dominada por el miedo. No consiguió explicar el motivo, ni siquiera a sí misma.

—¡Barney —dijo—, Barney, no pares, por favor, no vayas más despacio, sigue, sigue!

Y ella misma, como sin darse cuenta, se puso a abrir la portezuela del lado donde estaba sentada, dominada por un impulso casi incontrolable de bajarse de un salto y echar a correr.

Barney pareció sobresaltado y quiso saber qué le pasaba. Betty estaba al borde del pánico. Sin hacer más preguntas, Barney aceleró cuanto le fue posible, aunque la carretera estaba llena de gente, y Betty no tardó en recobrar el equilibrio mental. Lo que le preocupó en este caso fue que ella no era temperamental en circunstancias normales; hasta entonces, nunca había experimentado aquella sensación. El impacto de este inexplicable incidente persistió en ambos durante muchos días, como también persistió en Betty el efecto de sus pesadillas.

Advirtiendo que Barney estaba tratando de apartar definitivamente de su mente el incidente del objeto volante no identificado, Betty se abstuvo de hablar con él de sus pesadillas. Pero comenzó a contárselas a algunos amigos íntimos, uno de los cuales, que se dedicaba, como ella, a obras sociales, le dijo que debía escribir aquellos sueños. Pensando que quizás así se aliviasen algo sus preocupaciones, Betty siguió este consejo.

Lo sueños eran inusitados, tanto en cuanto al tema como en cuanto a los detalles. Revelaban que Betty había encontrado un extraño obstáculo en una solitaria carretera de New Hampshire

y que un grupo de hombres se había acercado al coche. Los hombres todos iban vestidos igual. Cuando llegaron al coche, Betty había caído en un estado de inconsciencia. Cuando se despertó, vio que Barney y ella eran llevados a bordo de un vehículo completamente insólito, dentro del cual Betty tuvo que someterse a un concienzudo reconocimiento físico llevado a cabo por seres humanoides inteligentes. A Barney se le llevaron por un pasillo que rodeaba todo el vehículo, indudablemente para someterle a un reconocimiento parecido. En el sueño se aseguraba a ambos que no sufrirían daño alguno y que volverían a ser puestos en libertad sin que en sus memorias quedase recuerdo consciente de tan extraño suceso.

Betty escribió sus sueños con todo detalle, con una minuciosa descripción del vehículo y de los seres humanoides.

Este escrito iba a tener importancia en lo que sucedió dos años después, importancia que ella ahora no podía prever a causa de la perplejidad que le había producido el incidente que había sufrido en compañía de su marido.

CAPITULO III

El 19 de octubre de 1961, Walter Webb, profesor del «Planetarium» de Hayden, Boston, echó una ojeada al correo de la mañana y vio una carta de Richard Hall, secretario entonces y actualmente subdirector del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, en Washington. Como asesor científico del Comité, Walter Webb investigaba a veces los informes más serios y fidedignos de apariciones de objetos volantes no identificados que llegaban de Nueva Inglaterra, y preparaba documentos detallados para que los estudiasen en Washington, si el caso lo merecía. Con la carta de Hall, llegaba copia de la que Betty Hill había escrito al comandante Keyhoe; Hall indicaba a Webb la conveniencia de recorrer en coche los cientos treinta kilómetros que hay del norte de Boston a Portsmouth, para investigar aquel caso sobre el terreno.

Webb, que había entrado a formar parte del Observatorio Smithsoniano Astrofísico, en Cambridge, Estado de Massachussetts, poco después de haber salido de la Universidad, en 1956, había estado interesándose por la cuestión de los objetos volantes no identificados desde 1951, cuando, siendo asesor en un campamento de muchachos en el Estado de Michigan, había visto uno mientras estaba adiestrando a unos muchachos en el empleo del telescopio. Aunque, por causa de su trabajo en el programa de localización de satélites del Observatorio Smithsoniano, había tenido que pasarse meses enteros fotografiando satélites contra un telón de fondo de estrellas desde una montaña volcánica en Hawai durante el Año Geofísico Internacional, él, personalmente,

no había tenido hasta entonces la oportunidad de observar ningún otro objeto volante no identificado desde aquel que vio con el telescopio en el campamento de muchachos; aunque había quedado totalmente convencido de que tales objetos existían, el intenso interés que sentía ahora por ellos databa del verano de 1952, cuando tuvo lugar en Washington una serie de apariciones que luego se hizo famosa y que fue registrada por varias centrales de radar y confirmada por observadores competentes, tanto en el aire como desde tierra. La aviación norteamericana ocultó en seguida muchos detalles de este suceso, haciendo también imposible cualquier investigación seria del fenómeno. La aparición observada por Webb en compañía de sus muchachos coincidía en sus principales detalles con muchas otras comunicadas al Comité. Era una serena noche de verano, y los tres miembros del grupo vieron un objeto anaranjado que iba de Este a Oeste, sobre las colinas situadas al Sur, más allá del Big Silver Lake, en Michigan. Al principio, sospecharon que quizá se tratase de un avión corriente, pero sus movimientos rompían todas las leyes de la aerodinámica: el objeto se movía de una manera extraña, ondulante, siguiendo una trayectoria semejante a la de la ola marina sobre las lejanas colinas, con altibajos suaves, como dibujando el contorno de una campana a lo largo de las cimas.

La primera reacción de Webb ante la carta de Richard Hall fue de recelo. En aquel caso, se mencionaba a seres vivos que se movían en el interior del vehículo, y Webb se mostraba escéptico sobre este tipo de informes. Anteriormente, había habido una serie de historias de este tipo, todas ellas procedentes de gente completamente irresponsable, incapaz de aducir documentación racional alguna y que insistía en hablar de tales incidentes de la manera más exagerada. Webb había decidido no participar en ninguna de aquellas farsas.

Fue, sin embargo, a Portsmouth el 21 de octubre de 1961, aunque seguía mostrándose escéptico. Sopesaba el carácter sensacional de la historia de los Hill y la posibilidad de que buscasen publicidad, estuviesen de broma o sufriesen aberraciones. Por otra parte, pensaba que la carta de Betty Hill parecía de persona culta y tenía todo el aire de ser la narración sincera y directa de una experiencia aterradora, que les había sucedido a dos personas. Se abstendría de juzgar hasta después de la entrevista, que, según Webb decidió, sería concienzuda e implacable,

poniendo especial cuidado en cogerles en contradicciones y faltas de lógica. Como estaba seguro de que conseguiría ponerles en evidencia si habían inventado la historia y no vacilaría en hacerlo si veía la menor posibilidad de ello.

Llegó a la casa de los Hill hacia el mediodía. Barney experimentó cierto alivio al ver que el visitante era un hombre inteligente que no trataría de ponerles en ridículo y que mostraba verdadero interés por conocer los detalles del incidente. Barney había llegado a una tesitura en que le repugnaba oír la expresión «platillo volante», aunque las referencias de Webb a «objetos volantes no identificados» le resultaban tolerables. Más aún, esperaba aprender de Webb más detalles sobre ese tema, conseguir, quizás, así, alguna respuesta, por vaga que fuese, al misterio que todavía le inquietaba.

A Betty, Webb le pareció un profesional ducho y experimentado en el arte de interrogar a la gente.

La entrevista comenzó poco después del mediodía y continuó, apenas sin interrupciones, hasta las ocho de la noche.

—Quedé tan asombrado e impresionado por Mr. y Mrs. Hill y por lo que me contaron —dijo más tarde Walter Webb—, que nos olvidamos del almuerzo y seguimos trabajando sin parar durante toda la tarde y el comienzo de la noche. Les interrogué primero, juntos, luego, por separado, y, después, juntos otra vez; volví a repetir los interrogatorios una y otra vez, traté de hacerles tropezar en algún detalle, pero me fue imposible, sencillamente imposible. Su historia no tenía fallos. Me parecieron una pareja sincera y veraz, que volvía a casa de un pequeño viaje de placer, muy tarde, por una carretera desierta, cuando, de pronto, descendió sobre ellos algo completamente desconocido e inidentificable. Algo completamente ajeno y extraño a sus vidas.

Los Hill dieron a Webb diseños que, aunque habían sido hechos separadamente por ambos, eran idénticos. A medida que iba terminando la entrevista, Barney sintió, casi sin advertirlo, que estaba reviviendo el incidente. Se veía en pie en plena carretera, frente al enorme objeto.

—Fue un duro interrogatorio —dice Barney, cuando describe su entrevista con Webb—. Comenzó haciéndonos preguntas y pasando revista con todo detalle a nuestra experiencia. Primero, tuvimos que contarle la historia propiamente dicha. Luego, quiso volver sobre ella y ampliar determinados puntos, de modo que

salieran a relucir los detalles. Entonces, tropezamos con esta cortina que me oculta lo que ocurrió después de llevarme los gemelos a los ojos; es allí donde me atasco. Esta vez, como todas las anteriores que he tratado de reconstruir el incidente, me fue imposible seguir adelante; me invadió una sensación helada, como mágica, como cuando uno está solo en el cine viendo una sesión nocturna. Sentí los escalofríos que se experimentarían al ver un fantasma errando por la casa encantada. Siempre experimentaba un estremecimiento al llegar a ese momento, igual durante la entrevista con Webb que cuando lo reconstruía a solas. Me estremecía y me ponía a mirar a mi alrededor, en la estancia, aunque estaba seguro y cómodo en mi propia casa.

Walter Webb llevaba consigo una mapa y lo utilizó cuidadosamente para reconstruir el horario del viaje de los Hill. Por la razón que fuese, los Hill, aunque hablaron a Webb con todo detalle sobre los círculos relucientes que habían encontrado en su automóvil, se olvidaron de enseñárselos, y a Webb también se le olvidó recordarles que quería verlos. Ninguno de los tres se explica este descuido, aunque Webb dijo:

—He tratado de recordar si llegué a ver esos círculos plateados que los Hill dicen haber visto en su coche inmediatamente después del incidente, pero no me acuerdo. Estoy seguro de que no salí a echar una ojeada al coche. Sabía lo de los círculos, de modo que es un fallo profesional por parte mía. Quizá pensé que carecía de importancia. De hecho, en mi primer informe sobre el caso di muy poca importancia tanto a los círculos como a los ruidos. Los mencioné rápidamente, como si dijera: pasa esto, pero no hagan ustedes caso. Y pasé, sin más, al detalle siguiente. No recuerdo haber salido a comprobar su existencia.

—Si no recuerdo mal —dijo Barney, luego—, lo que ocurrió es que nos metimos en tal cantidad de detalles, como, por ejemplo, la posición de la luna cuando nos fijamos en ella, la localización de las estrellas y el tiempo que hacía y otras cosas por el estilo, que se nos olvidó por completo recordar a Webb que saliera a ver los círculos.

Al final de la sesión, Webb dijo a los Hill que lo mejor sería rehacer el viaje para localizar el lugar exacto en que había ocurrido el suceso, las paradas que hicieron entre Lancaster e Indian Head y el sitio exacto, cerca del torrente y de Indian Head, donde tuvo lugar el encuentro más próximo. Los Hill accedieron, y

Barney perdió todo su recelo y se mostró dispuesto a revisar el incidente sobre el terreno. Este fue el resultado del intenso interrogatorio a que le sometió Walter Webb.

Mientras regresaba en el coche a Boston, Webb fue examinando mentalmente el caso. Se sentía muy impresionado por lo que había oído. Sus temores de que se tratase de una broma o de una aberración se habían desvanecido, así como sus recelos sobre la sinceridad de los Hill.

—Ya había leído casos como aquél —dijo Webb más tarde—, pero aquélla fue la primera vez que veía las caras de gente fidedigna que aseguraba haber visto a los tripulantes de un objeto volante no identificado. Naturalmente, en estos casos hay que andarse con mucho cuidado; con muchísimo cuidado. Lo que más me impresionó fue que los Hill trataban de *quitar importancia* a los aspectos más sensacionales del incidente. No era publicidad lo que buscaban. Querían que yo les guardase el secreto de todo esto, que sólo se lo comunicara al Comité. Y la actitud incrédula de Barney ante la posibilidad de que existieran objetos volantes era muy convincente. Aquí hay dos personalidades distintas: Barney, persona sumamente cuidadosa, científica y veraz, y Betty, que es quien lleva la voz cantante. Pero tampoco ella trató de exagerar.

Cinco días después, Webb preparó un informe para el Comité, en Washington, revisando el incidente con el más minucioso detalle, citando las direcciones de la brújula, la posición de la luna y los planetas, y el tiempo que hacía y describiendo cuidadosamente el objeto volante; junto con el informe, envió los esbozos que le habían dado los Hill.

El informe, que era largo, terminaba así:

Mi opinión, después de interrogar a esta pareja durante más de seis horas y de estudiar sus reacciones y caracteres, es que contaban la verdad y que el incidente ocurrió exactamente como ellos me lo contaron, excepto ciertos puntos dudosos de poca importancia y algunos detalles técnicos en los que es imposible ser exacto siempre (por ejemplo, la hora exacta, la visibilidad, el tamaño aparente del objeto y sus tripulantes, distancia y altura del objeto, etc.). Aunque sus respectivas profesiones no les han preparado para ob-

servar las cosas científicamente, quedé impresionado por su inteligencia, aparente sinceridad y evidente deseo de dar los datos con exactitud y de quitar importancia a los detalles más sensacionales de su experiencia. Por lo que se refiere a los objetos volantes no identificados, Mr. Hill había sido un completo escéptico hasta que apareció el que nos ocupa. De hecho, esta experiencia ha desconcertado de tal manera su razón y su sensibilidad, que su mente, indudablemente, está ahora tratando en vano de reajustarse. En la conversación que sostuvo conmigo (y en las que ha tenido con su mujer desde el incidente) sufría como una amnesia siempre que mencionaba al «jefe» que le miraba desde detrás de la ventana. Asegura que no estaba lo bastante cerca para ver los rasgos faciales de aquellos seres, aunque dijo que uno de ellos había vuelto la cabeza por encima del hombro, sonriéndole, y que «el rostro del jefe era inexpresivo». A pesar de todo, mi opinión es que esta amnesia de Mr. Hill no tiene mucha importancia (más adelante, esto fue puesto seriamente en duda). Creo que la experiencia, en su conjunto, fue tan fantástica e increíble para el mismo que la sufrió, y a esto hay que añadir el miedo muy real y tangible a ser capturado, que, sumándose a otros miedos imaginarios, ha forzado a su mente a negarse a creer lo que vieron sus ojos, de donde ha resultado una especie de amnesia.

Como es de suponer, ni Mr. Hill ni su esposa dudan ya de la existencia de los objetos volantes no identificados. Ambos se muestran ahora sumamente interesados por este tema y quieren saber más sobre él; leen cuanto pueden. Hacia el final de nuestra entrevista, me hicieron muchas preguntas sobre la posible naturaleza y origen de esos objetos...

Conviene tener en cuenta que no se produjeron desarreglos electromagnéticos, como, por ejemplo, fallos del motor o de los faros (como suele ocurrir en ciertos informes de observación próxima de objetos volantes no identificados). Sin embargo, los sonidos «bip-bip», que parecen una especie de clave, y su impacto contra la parte trasera del coche (un modelo no descapotable de 1957, con dos puertas) son un detalle inexplicado de este caso. Los testigos tampoco notaron ningún efecto fisiológico, como calor, quemaduras, parálisis o conmociones mentales o nerviosas. El perro no pareció alarmarse en ningún momento durante el incidente (a los Hill, en este punto, se les había olvidado mencionar a Webb la extraña conducta de Delsey *en varios instantes). No había ningún otro objeto volante en el cielo. Añadiré, aunque no guarda relación con el caso que nos ocupa, que el incidente tuvo lugar un día antes de que las lluvias y vientos del huracán llamado «Ester» cayesen sobre Nueva Inglaterra.*

En New Hampshire ha habido bastantes informes sobre objetos volantes no identificados en estos últimos años. Por ejemplo, en 1960, nuestro Comité registró siete apariciones, seis de las cuales tuvieron lugar en la zona de White Mountains, sobre todo, en torno a Plymouth. Es particularmente interesante recordar los objetos en forma de cigarro puro vistos en abril, dos veces desde Plymouth (el 15 y el 25) y, una vez, desde West Thornton (el 28). Consulten el Boletín Especial del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos de mayo de 1960, página cuatro. Otro «cigarro puro» fue visto en la misma zona, cerca de Rumney, el 24 de agosto. Véase el documento del caso en los archivos del Comité...

Hará unos ocho años, la hermana de Mrs. Hill, Janet, iba en coche, de Kingston, New Hampshire, a Haverhill, Massachussetts, por la carretera n.º 125, cuando vio, cerca de Plaistow, New Hampshire, un objeto grande y reluciente en el cielo, y otros menores que volaban en torno a él. Corrió a una casa cercana e hizo ver a otras personas aquella extraña aparición. Todos ellos vieron cómo los objetos menores entraban en el más grande, que, entonces, ganó altura y desapareció.

N. W. N. Webb
10/26/61

En su calidad de asesor científico del comité, Webb conocía bien los archivos de esta organización y, naturalmente, tenía acceso a ellos. Bajo la dirección del comandante Keyhoe, que ha estudiado en la Academia Naval Norteamericana y ha sido piloto del Cuerpo de Marina, la organización insiste continuamente en declarar que nunca acepta informes absurdos sobre objetos volantes no identificados y que tiene dadas órdenes a sus representantes regionales de que procuren desacreditar sistemáticamente todos los casos que les son presentados. Siempre que es posible, el Comité sólo concentra su atención en informes procedentes de pilotos, técnicos de radar, policías, maquinistas, técnicos de todas clases y ciudadanos competentes y responsables. La lucha

del comandante Keyhoe contra el obstruccionismo de la aviación dura ya más de una década. En el curso de sus investigaciones, el comité recibe más de cuarenta mil cartas al año, muchas de las cuales son informes sobre nuevas apariciones que tienen lugar continuamente por todo el país y en el mundo entero.

Comenzando en la primavera de 1965, cuatro años después del incidente de los Hill, estos informes de vuelos bajos y semiaterrizajes de objetos volantes no identificados aumentaron de tal manera que la organización se vio abrumada por la documentación que recibió sobre estos fenómenos. En las apariciones ocurridas en Oklahoma, Texas y Nuevo México durante el mes de agosto de 1965 estuvieron mezclados casi cuarenta miembros de la Patrulla de Autopistas Estatales, cuyos teletipos, durante tres noches seguidas, no hicieron otra cosa que cursar mensajes sobre objetos volantes no identificados, enviados por oficiales de la Patrulla y por ciudadanos fidedignos; estos informes fueron corroborados por las centrales de radar de las Bases Aéreas de Carswell y Tinker. En Exeter, New Hampshire, dos policías veteranos encontraron un enorme objeto volante no identificado que volaba a poca altura, tan bajo, que uno de los agentes se bajó de la motocicleta y sacó la pistola. Durante el otoño y el invierno de 1965 a 1966, cientos de personas de esa zona comunicaron experiencias parecidas, que fueron documentadas con interrogatorios registrados en cinta magnetofónica; de todo ello resultaron pruebas abrumadoras de la existencia de esos objetos.

Las apariciones que tuvieron lugar en el Estado de Michigan, en marzo de 1966, en las que estuvieron complicados policías y cientos de testigos veraces, pusieron este problema sobre el tapete de la actualidad más candente, llegando el senador republicano Gerald Ford a pedir una investigación a fondo del Congreso norteamericano. Las declaraciones del doctor J. Allen Hynek, presidente del departamento de Astronomía de la Universidad del Noroeste y director del Observatorio de Dearborn, fueron tergiversadas por la Prensa; los periódicos dijeron que el doctor Hynek creía que, según sus investigaciones, estas apariciones de objetos volantes podrían ser resultado de combustiones espontáneas de gas metano, pero lo que él había dicho en realidad era que dos de las apariciones podían ser atribuidas a este fenómeno, pero que estos dos casos concretos no explicaron, ni mucho menos, los cientos de apariciones notificadas por gente digna de toda confianza, que continuaban produciéndose en el mundo entero. En sus declaraciones, el doctor Hynek dijo que convenía formar cuanto antes un comité de hombres de ciencia que estudiase a fondo esta cuestión, mas esto fue omitido por casi todos los periódicos.

Pero cuando Walter Webb, en 1961, estaba tratando de completar el rompecabezas que era para él el caso Hill, ninguna de estas pruebas recientes y sorprendentes había salido aún a la luz pública, aunque había miles de otros casos en los archivos, no tan bien conocidos del público en general porque la Prensa se mostraba reacia a publicarlos y porque la reacción contra el secreto de que las Fuerzas Aéreas norteamericanas quería rodearlos aún no era tan fuerte.

Webb conocía también las investigaciones del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, con sede en Tucson, Estado de Arizona, otro grupo no comercial, con tendencia a tomar más en serio la posibilidad de que seres inteligentes tripulasen objetos volantes no identificados que se cernían a poca altura o incluso aterrizaban. APRO, como se llama, en forma abreviada, esta organización, está dirigida por L. J. Lorenzen, ingeniero del Observatorio Nacional de Kitt Peak, Tucson. Entre sus asesores están el doctor Frank Salisbury, profesor de Fisiología Vegetal de la Universidad estatal de Colorado; el doctor R. Leo Sprinkle, profesor adjunto de Psicología de la Universidad de Wyoming; H. C. Dudley, presidente y profesor de Física de la Universidad del Mississippi Sur; el doctor James A. Harder, profesor asociado del Colegio de Ingeniería de la Universidad de California, en Berkeley, y otros.

El doctor Dudley dijo en cierta ocasión:

—Mi opinión es que debemos sentir cierta curiosidad científica para ver lo que haya de físico en los fenómenos que tanta gente llama con el nombre de «objetos volantes no identificados». Decir que todos estos fenómenos son aberraciones psicológicas es una estupidez. Estamos ante una serie de fenómenos físicos que necesitan explicación. Por lo tanto, lo mejor es profundizar en el problema con buena fe y de manera científica. Que los datos de que disponemos nos den la respuesta que buscamos.

El doctor Harder, de la Universidad de California, añadió:

—Creo que las pruebas de que disponemos sobre la existencia de objetos volantes no identificados son más que suficientes para disipar cualquier duda razonable, y que el fenómeno merece la

atención del mundo científico, a pesar de organizaciones de lunáticos que tienden a desacreditarlo.

Entre los organismos con los que están asociados los miembros de la APRO podemos citar los siguientes: la Sociedad Física Norteamericana, la Asociación Psicológica Norteamericana, la Fundación Nacional de Ciencia, el Instituto de Salud Pública y la NASA.

Entre los informes de la APRO (documentados en el libro de Coral Lorenzen, titulado *The Great Flying Saucer Hoax (La gran broma de los platillos volantes*, editorial William Frederick, 1962), Walter Webb halló una serie insólita de fenómenos investigados por el doctor Olavo Fontes, en Brasil. El doctor Fontes, representante de la APRO en ese país, es doctor en Medicina y primer vicepresidente de la Sociedad Brasileña de Gastroenterología y Nutrición. Webb descubrió en los informes enviados por el doctor Fontes que en Ponta Poran, Brasil, habían tenido lugar varias apariciones de objetos volantes no identificados durante un período de dos meses y medio, de diciembre de 1957 a marzo de 1958. Estos fenómenos interesaron a Webb en relación con el caso Hill, por la tendencia persistente de los objetos volantes mencionados en ellos a seguir la pista a individuos y vehículos, más o menos como el que había seguido al coche de los Hill, en New Hampshire. En su mayoría, los objetos vistos en Brasil tenían forma parecida a la del planeta Saturno, cosa que ocurre con frecuencia en casos de apariciones de objetos volantes no identificados, aunque las formas de cigarro puro y platillo sean más frecuentes. Durante estos dos meses y medio, los objetos que aparecieron en Brasil persiguieron con extraños zumbidos a coches y a camiones, casi siempre por carreteras desiertas de los alrededores de Ponta Poran. La forma de conducirse de estos objetos indujo a pensar que lo que querían sus tripulantes era descubrir la reacción de los seres humanos ante su proximidad.

El primer incidente registrado tuvo lugar cerca de Ponta Poran, en la frontera del sudoeste del Brasil, territorio que es una meseta cubierta de bosques y conocida por el nombre de Mato Grosso. Ocurrió, aproximadamente, a las seis y treinta minutos de la tarde del 21 de diciembre de 1957; una granjera, su criada y conductora y sus tres hijos pequeños iban en un jeep a la ciudad. Dos objetos relucientes, que volaban juntos, se les acercaron y se deslizaron a un lado de la carretera; oscilaban de una manera extraña. Parecían esferas metálicas, de unos cinco metros de diámetro, rodeadas de un anillo giratorio. La parte superior de estos objetos era de un rojo llameante; la inferior, de un blanco plateado. Ambos relucían cegadoramente, pero con intensidad variable.

Durante dos horas, ambos objetos siguieron al jeep, adelantándosele y rodeándole, luego, repetidas veces. Las dos veces que el jeep se paró, uno de los objetos descendió hasta casi tocar el suelo, mientras que el otro se cernía a cierta altura. Cuando el jeep llegó a la ciudad de Ponta Poran, ambos objetos se elevaron a gran altura y desaparecieron.

El 19 de febrero, dos apariciones tuvieron lugar cerca de la ciudad; una de ellas, a las cuatro de la madrugada, y la otra, a las diez y media de la noche. La de madrugada tuvo por blanco a la misma familia, pero, esta vez, el objeto descendió hasta casi tocar la carretera y se situó delante del jeep, mientras su reluciente color rojo disminuía y se volvía de un color plateado. Los que estaban en el jeep se asustaron igual que Barney Hill en el campo, cerca de Indian Head, ya que temían ser capturados de un momento a otro. El jeep dio la vuelta y volvió a toda velocidad a Ponta Poran, donde el objeto ascendió de nuevo a gran altura y se cernió sobre la ciudad durante media hora más. Otros seis testigos se subieron a dos jeeps y fueron al trecho solitario de la carretera donde el objeto volante había sido visto por primera vez. El objeto les siguió, pero manteniéndose a distancia, de nuevo a gran altura. A las seis de la madrugada, se elevó a extraordinaria velocidad y desapareció en seguida.

Aquella noche, cuatro de los ciudadanos más respetables de la ciudad (un profesor, un estudiante de Derecho, un notario y un funcionario fiscal) fueron al punto de la carretera donde el objeto volante se había cernido a tan poca altura. A las diez y treinta minutos, el objeto brillante y rojizo descendió hacia ellos, oscilando de un lado al otro. Pero apareció otro objeto semejante, como para unirse a él y entonces el grupo se asustó y volvió rápidamente a la ciudad.

El 3 de marzo, ocurrió un incidente parecido: el objeto acabó por cernerse sólo a unos metros de altura, en plena carretera y delante del jeep. Cuando el conductor trató de atropellarle, el objeto se elevó de súbito y desapareció. (Es interesante mencionar que más de una docena de incidentes sorprendentemente

parecidos a estos fueron observados en Exeter, Estado de New Hampshire, y en muchos otros lugares de los Estados Unidos, entre 1965 y 1966.

Lo que interesaba a Webb era que estas historias, y otras muchas como éstas, sacadas de los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos y la APRO, guardaban mucha semejanza con el caso Hill, aunque habían ocurrido en diversas partes del mundo y a personas que no se conocían entre sí, ni se habían comunicado sus experiencias.

El 2 de noviembre de 1961, Webb escribió a los Hill agradeciéndoles su cooperación e indicando que había enviado un extenso informe al comité. Ninguno de los tres sospechaba entonces que iba a haber otro informe más extenso aún, obra también de Webb y muy superior en interés e importancia.

Aproximadamente un mes antes de que Webb enviara su informe al comité, Robert Hohman, escritor especializado en temas científicos y de ingeniería, empleado en una de las empresas más importantes de la industria electrónica norteamericana, y C. D. Jackson, ingeniero de la misma compañía, fueron a Washington con objeto de asistir al duodécimo Congreso Astronómico Internacional. Ambos trabajaban en asuntos relacionados con el programa de exploración del espacio exterior y preparaban un informe sobre tres investigadores: Nikola Tesla, David Todd y Marconi, el padre de la Radio. En su informe, examinaban los datos experimentales en que habían basado sus investigaciones estos hombres de ciencia y respondían a esta pregunta, formulada por el director de Investigación de Defensa e Ingeniería:

—¿Qué investigaciones se llevan a cabo para seguir ampliando los adelantos científicos del pasado... y para evitar innecesarias repeticiones?

El informe demostraba con pruebas y razonamientos deductivos que Tesla, Todd y Marconi habían observado en el laboratorio datos y fenómenos relacionados entre sí, que parecían indicar que se habían recogido comunicaciones interplanetarias entre 1899 y 1924. Mostraban, también, que, durante este mismo período, el teórico ruso Konstantin Tsiokovski dedujo la existencia de un tipo de inteligencia existente independientemente de cualquier influencia terrestre. El informe examinaba la posibilidad de señales de radio idénticas en nuestra época, procedentes de Tau Ceti, un cuerpo celeste situado a unos 11,8 años luz de distancia de la Tierra.

Por ser técnicos y por estar ocupados en trabajos científicos muy avanzados, tanto Hohman como Jackson sentían gran interés por los datos existentes sobre objetos volantes no identificados acumulados en los archivos del comité; por ese motivo, comieron un día con el comandante Keyhoe durante el Congreso Astronáutico. A Hohman se le ocurrió decir al comandante que, últimamente, no había oído mencionar muchos incidentes relacionados con esos objetos, y preguntó si el fenómeno no estaría perdiendo frecuencia. Entonces, el comandante les habló de la carta que el matrimonio Hill había enviado al comité, uno de los casos más interesantes que se habían presentado desde hacía tiempo. Inmediatamente, Hohman y Jackson mostraron interés, pero la historia parecía tan increíble que la aceptaron con ciertas reservas. Por otra parte, si en aquella historia había algo de verdad, ellos querían investigarla con absoluta buena fe.

Durante varias semanas, discutieron la idea y, por fin, se pusieron en contacto con Walter Webb, que ya había terminado su informe. Les envió una copia, que ellos estudiaron cuidadosamente. Conocedores de la fama de exacto y veraz que tenía Webb, el informe les impresionó profundamente. Su estudio del carácter y de la competencia del matrimonio Hill les indujo a poner en seguida en práctica su idea; el 3 de noviembre de 1961, escribieron la siguiente carta a los Hill:

Sres. Hill.
Muy señores nuestros:

Les escribo esta carta para presentar a Mr. **C. D.** *Jackson y para presentarme, también, a mí mismo. El motivo que nos induce a ello es el interés que tenemos en su reciente experiencia del 19 al 20 de setiembre de 1961.*

El comandante Donald Keyhoe, con quien almorzamos durante el Duodécimo Congreso Internacional Astronáutico, que tuvo lugar en Washington del 4 al 5 de octubre de 1960, nos habló de la participación de ustedes en este suceso. También la conocemos, de manera más específica, por mediación de Mr. Webb, representante del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, en la zona de Boston.

Aunque lo que principalmente nos interesa de esta cuestión es tratar de aclarar el origen de esos objetos volantes de acuerdo con la teoría del profesor alemán Hermann Oberth, intentamos también, como es natural, comprender el significado del fenómeno en general. Su reciente experiencia quizá podría sernos útil a este respecto.

Mr. Jackson y yo querríamos visitarles a ustedes donde y cuando les resulte más cómodo. Somos gente madura, especialistas de una importante empresa electrónica y de ingeniería. Nuestras preguntas serán objetivas. Por haber manejado toda clase de literatura militar no secreta relacionada con este tema desde 1947, quizá podremos responder satisfactoriamente a cuantas preguntas deseen hacernos, al mismo tiempo que llevamos a cabo nuestras investigaciones sobre su caso.

En principio, podríamos visitarles en Portsmouth, New Hampshire, durante la semana que comienza el 13 de noviembre de 1961; a ser posible, preferiríamos que fuese el 18 y el 19 de esa semana.

Suyo afectísimo,

ROBERT E. HOHMAN

Hohman y Jackson vieron por fin a los Hill en la casa de éstos, en Portsmouth, una semana después de la fecha sugerida por ellos. Llegaron el 25 de noviembre con objeto de pasar revista a la extraña experiencia nocturna. También estaba allí de visita el comandante James McDonald, oficial de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, que acababa de retirarse del servicio activo y era amigo íntimo del matrimonio. Más adelante, en 1962, Barney y Betty Hill asistieron, en calidad de testigos, a la boda del comandante con una de las mejores amigas de Betty, que se dedicaba, como ella, a obras sociales. Cuando el comité decidió investigar de nuevo el carácter y la honradez de los Hill, el comandante McDonald respondió por ellos sin reservas.

El grupo (Betty y Barney Hill, Robert Hohman, C. D. Jackson y el comandante McDonald) celebró una larga sesión, que comenzó al mediodía y duró casi hasta medianoche.

Los Hill quedaron impresionados por la actitud eficiente y profesional de Hohman y Jackson, y Barney pensó de nuevo, con sorpresa, en la importancia que se daba a un tema sobre el que él

aún tenía sus dudas, a pesar de su propia y traumática experiencia.

Hohman y Jackson les interrogaron sobre muchos detalles de su caso que dejaron perplejo a Barney; le sorprendió, sobre todo, que le preguntaran si había nitrato o algún derivado nítrico en el coche.

—Lo único que se me ocurrió que pudiera tener que ver con el nitrato —explicaba Barney más tarde— era pólvora. En el coche tenía alrededor de una docena de balas que me quedaban de un viaje que hice al Sur, donde estuve haciendo ejercicios de tiro al blanco en la finca de mi tío. Pero aparte de esto, no se me ocurrió nada. Me dijeron que el motivo de la pregunta obedecía a que varios casos de apariciones próximas de objetos volantes no identificados habían tenido lugar en zonas rurales, donde la gente estaba expuesta al contacto con nitratos o abonos nítricos; entonces, recordamos que Betty había dejado el abono de huesos molidos en el coche, antes de emprender el viaje y, luego, no se preocupó de sacarlo. ¿Quién sabe? Quizá tenga importancia, quizá no la tenga. Resultó gracioso que fueran ellos quienes lo mencionasen, cuando a nosotros se nos había olvidado por completo. Nos hicieron, también, una serie de preguntas que me dieron que pensar, como, por ejemplo, si teníamos algo nuevo en el coche, algún objeto nuevo que hubiese desaparecido. Por lo visto, se habían recibido informes de personas que entraron en contacto próximo con objetos volantes y a quienes les habían desaparecido cosas recién compradas; nos preguntaron si a nosotros nos había desaparecido algo, pero nuestra experiencia había ocurrido hacía ya dos meses y, aunque teníamos muchas cosas en el auto, ya no nos acordábamos.

»Otra de las preguntas que nos hicieron fue: "¿Por qué decidieron ir de viaje?" Quizás esta pregunta no esté tan falta de base como puede parecer a primera vista. Pensándolo un poco, no es tan absurda. Primero: no habíamos hecho preparativos para el viaje; aquella noche, yo había ido a Boston, había hecho mi trabajo normal, y había vuelto a Portsmouth el mismo día. Mientras trabajaba, tomé la decisión de ir con Betty a ver las cataratas del Niágara y volver, luego, por Montreal. Betty no trabajaba aquella semana; así, pues, lo único que tuve que hacer fue pedir unos días de vacaciones después del fin de semana. Luego, hicimos las maletas y salimos a la mañana siguiente.

Los comentarios de Betty Hill son parecidos a los de su marido:

—Fue tan espontáneo como les ha explicado mi esposo. No llevamos más dinero que el que teníamos en el bolsillo. Los sábados, cierran los Bancos, de modo que ni siquiera pudimos ir a cobrar un talón. Creo que entre los dos no tendríamos ni siquiera setenta dólares. Así, pues, las preguntas que nos hicieron tenían interés, aunque sólo fuera porque a nosotros ni siquiera se nos había ocurrido. Nos dieron mucho que pensar al hablarnos de la remota posibilidad de que exista vida en Alpha Centauri o Tau Ceti, cuerpos celestes de cuya existencia no tenía la menor idea. No creo haber oído mencionar sus nombres siquiera. Sus preguntas parecían tan alejadas del tema que nos ocupaba que yo no veía qué relación podían guardar con nuestra experiencia. Y, luego, nos hablaron del nitrato. En aquel momento, yo tenía muchas plantas en casa. En el mismo cuarto de estar había un aguacate tan alto que ya tocaba el techo. Examinaron el cuarto, miraron las plantas y me preguntaron qué tipo de abono usaba y cosas por el estilo.

»Y mientras tanto, estaban reconstruyendo mentalmente nuestro viaje. Uno de ellos preguntó: "¿Por qué tardaron tanto tiempo en regresar?" Dijeron: "Fíjense, recorrieron esta distancia y tardaron tantas horas. ¿Dónde las pasaron?" Bueno, pues cuando nos dijeron esto, creí que iba a desmayarme, me asusté y hasta dejé caer la cabeza sobre la mesa. Empecé a recordar el viaje, recordando o tratando de recordar aquel vago momento en que pareció que la luna estuviese a flor de tierra. Ellos trataron de reconstruir el horario y dijeron: "No pudieron ver la luna a flor de tierra, porque a esa hora..." Ambos sabían a qué hora se había puesto la luna aquella noche. Se había puesto bastante pronto. Es decir, que no encajaba en nuestro horario. Nos dijeron que comprobásemos en qué sitio se había puesto la luna a esa hora aquella noche, porque, al parecer, lo que vimos o creímos ver no era la luna. Luego, se interesaron por el tiempo que faltaba. La verdad es que me quedé muy preocupada por ello...

—De súbito, me sentí como petrificado —añadió Barney—, cuando advertí, por primera vez, que, a la velocidad a que suelo conducir, hubiéramos debido llegar a casa por lo menos dos horas antes. Normalmente, tardo menos de cuatro horas en venir de Colebrook hasta aquí, y sabemos que aquella noche salimos a las diez y cinco. Eso, aun contando con la parada que hicimos en la carretera y teniendo en cuenta que nunca estuvimos parados más de cinco minutos. Me desconcertó pensar que salimos de Colebrook a las diez y cinco de la noche y llegamos a casa al amanecer, o sea, sobre las cinco de la madrugada. Es decir, que tardamos casi siete horas en lugar de menos de cuatro. Aun suponiendo que parásemos más tiempo, siguen sobrando dos horas.

Aquella tarde, a los ojos del grupo reunido en el cuarto de estar de los Hill, esas dos horas se convirtieron en un misterio importante. Los Hill intentaron resolverlo, pero lo cierto es que les fue imposible explicar qué habían hecho durante ese tiempo; tampoco recordaban lo ocurrido durante los cincuenta y seis kilómetros que hay entre Indian Head y Ahsland. Ahora, se sentían más perplejos y confusos que nunca. Por primera vez, comprendían claramente que tenían que aceptar la existencia de un período de amnesia simultánea, entre la primera serie de «bip-bip» contra la parte trasera del coche y la segunda serie, que tuvo lugar cerca de Ashland, o sea cincuenta y seis kilómetros más al Sur. Lo que preocupaba a todos era que si ya es bastante improbable que una persona sea víctima súbitamente de un ataque de amnesia, lo es mucho más que dos personas inteligentes la experimenten juntos y en tan fantásticas circunstancias.

Como veterano del servicio de contraespionaje de la Aviación, el comandante James McDonald se estrujó el cerebro, buscando alguna respuesta racional. Los objetos volantes no identificados son tema frecuente de conversación entre aviadores, mucho más frecuente de lo que podría pensarse al leer las lacónicas declaraciones oficiales que emanan del Pentágono. Oficialmente, la Aviación norteamericana exige a sus oficiales que no comuniquen esos incidentes al público; cualquier información relativa a ellos tiene que ser canalizada por el departamento tecnológico extranjero de la Base Aérea de Wright-Patterson, Ohio; cualquier información oficial tiene que emanar sola y exclusivamente del ministro de Aviación[1], en el Pentágono. Pero, a pesar de todo, muchos pilotos militares y técnicos de radar se van de la lengua, y los que han estado en contacto directo con objetos volantes hablan de velocidades increíbles, vueltas en ángulo recto y maniobras que ningún avión conocido podría imitar. Se dice, incluso, que se han em-

[1] Traducción aproximada de «Secretary of the Air Force». — *(N. del T.)*

pleado las armas más modernas para derribar esos objetos volantes, pero sin obtener el menor éxito.

El comandante McDonald no había tenido que ver directamente con la cuestión de los objetos volantes no identificados durante los años en que desempeñó el cargo de oficial de Aviación, pero los tomaba profundamente en serio. Opinaba que había que examinar la cuestión con completa imparcialidad, juzgando cada caso según sus circunstancias y teniendo sólo en cuenta los incidentes relatados por los mismos que participaron en ellos. También opinaba que muchos de los informes sobre objetos volantes no identificados eran sinceros errores del que decía haberlos observado: por ejemplo, confundir el planeta Venus, visto a través del parabrisas, o el fuego de Santelmo, o estrellas fugaces, con objetos volantes no identificados. Por otra parte, comprendía también que, en muchos casos, los observadores eran técnicos de cuya veracidad no podía dudarse, cuyos encuentros con esos objetos habían sido claramente observados y eran inexplicables según las leyes aerodinámicas. Comprendía la absoluta probabilidad de los fenómenos, y que los informes fidedignos no eran ni faltos de realismo ni absurdos, como también que la existencia de vida en otros planetas no sólo es posible, sino completamente probable. Los programas de exploración espacial cuentan ya con la posibilidad de enviar proyectiles a Venus y de aterrizar con éxito en la Luna, de modo que no existe motivo para que otros no estén disponiéndose a llegar a la Tierra.

Al comandante le interesó mucho el interrogatorio de Hohman y Jackson y el cuidado que ponían en los detalles y en la manera de formular sus preguntas. Pero lo más crítico de todo era el intervalo de dos horas afectado por la doble amnesia: ¿Qué habría ocurrido? ¿Qué ocurrió?

Cuando la discusión se concentró en ese punto crítico, el problema se redujo a encontrar el modo de descubrir lo que ocurrió durante el tiempo perdido, una manera de penetrar en el tenaz telón que había comenzado a bajar cuando Barney Hill miró con los gemelos, bajando del todo cuando sonó la primera serie de «bip-bip» estando el coche en marcha. No sólo faltaban dos horas, sino también un trecho de cincuenta y seis kilómetros de carretera, durante las cuales tampoco había sucedido nada.

Fue entonces, en aquella reunión, cuando el comandante McDonald sugirió la posibilidad de recurrir a la hipnosis.

Durante sus años de aviador, se había familiarizado ligeramente con el arte de hipnotizar y consideraba que era muy útil en manos de un médico competente. Sin embargo, no ignoraba lo peligroso que puede ser en manos de hipnotizadores de teatro o gente poco experimentada. Sabía que la hipnoterapia y el hipnoanálisis han sido usados en casos de amnesia, con resultados a veces sorprendentemente eficaces, curando por completo a soldados que sufrían de «neurosis bélica» (lo cual suele recibir también el nombre de «fatiga de batalla»). En cierto modo, arguyó el comandante McDonald, los Hill habían sufrido un trauma violento, muy semejante al del soldado que no puede hacer frente a la batalla, circunstancia que suele producir amnesia temporal y que, muchas veces, ha sido tratada con éxito mediante la hipnosis médica.

Cuando el comandante McDonald aconsejó recurrir a la hipnosis, los demás se interesaron inmediatamente en ello. Hohman y Jackson ya no tenían la menor duda sobre la honorabilidad y veracidad de los Hill, pero comprendían que tan extraño caso requería más documentación. El comandante McDonald, que había hablado del caso frecuentemente con los Hill, estaba seguro de su sinceridad y deseaba ayudarles a vencer las dudas y temores que les atormentaban. En varias ocasiones, Barney había dicho a McDonald:

—Jim, ¿cómo puedo estar seguro de que todo eso ha ocurrido en realidad? ¿Cómo sé que no ha sido una ilusión? Estoy en una situación terrible, porque sé que todo es cierto y, sin embargo, yo mismo no acabo de creerlo. Este asunto me preocupa de tal manera que mis úlceras están empeorando ahora que empezaban a curárseme.

Todos convinieron en que recurrir a la hipnosis médica era buena idea, pero el problema que se planteaba ahora era dar con un médico adecuado que también considerase que la hipnosis era el tratamiento adecuado.

Era evidente que había que ir al psiquíatra más competente, pero a nadie se le ocurría ningún nombre. Hohman, Jackson y el comandante McDonald dijeron que buscarían uno, y los Hill pensaron también que no era una mala idea.

—A mí me pareció una gran idea —dijo Betty más adelante—, porque en cuanto empezaron a hablar de hipnosis me acordé de mis sueños y fue ésta la primera vez que se me ocurrió preguntar-

me si no serían algo *más* que meros sueños. La idea de mis sueños me preocupó en aquel momento. Me dije: Bueno, si me someto a la hipnosis, me enteraré de una vez. ¡Santo Dios, pensé, a lo mejor mis sueños son algo que ha ocurrido de verdad! Y también pensé en la extraña sensación que me había invadido yendo con Barney en el coche, cuando él aminoró la velocidad porque había otro coche en mitad de la carretera. El pánico se apoderó de mí en aquel instante. Y cuando hablaron de la hipnosis, también me acordé de aquel incidente. Y pensé para mis adentros: ¿Por qué habré reaccionado de esta manera tan rara? Jamás me había ocurrido nada semejante.

—Mi reacción —añadió Barney— fue, primero, preguntarme cuáles son los efectos de la hipnosis, la experiencia en sí. ¿En qué consistirá sumirse en estado hipnótico? Aunque no lo dije en voz alta, no me entusiasmó mucho la idea de someterme a ese tratamiento, a menos que fuera a manos de alguien que mereciera toda mi confianza. Pero lo que puso fin a mi aprensión fue que esto podría acabar de una vez con la preocupación absurda que Betty experimentaba por sus sueños. También me dije que, a lo mejor, la hipnosis conseguía penetrar en la amnesia que me invadió en Indian Head y en todo el trecho de viaje que faltaba en mi memoria, los cincuenta y seis kilómetros que hay entre Indian Head y Ashland. Así, pues, me dije que quizá de este modo podría enterarme de lo que había olvidado y, de paso, acallar la preocupación que Betty experimentaba por sus sueños. Poder decir: Ya ves, Betty, no son más que *sueños*. No tienen nada que ver con la aparición de aquel objeto volante.

»Betty seguía preguntándome qué habría pasado entre las dos series de "bip-bip". Yo creía que lo más probable era que no hubiera pasado nada. Lo único que yo quería era ir más allá del momento en que me quedé en pie en la carretera, mirando a aquellos seres que había dentro del objeto, al que me miraba fijamente con aquellos ojos. Me dio la impresión... una impresión ahora muy vaga en mi memoria, pero que, a pesar de ser vaga, persiste... Me dio la impresión de que el que me miraba tenía que ser una persona muy eficaz y que no se andaba con pamplinas. Éstos eran los pensamientos que bullían en mi mente. Y quería descubrir el efecto que pudiera tener aquella persona en mí; y ésta era, también, la razón que me hizo aceptar el consejo de Jim McDonald.

Aún transcurriría algún tiempo antes de que los Hill pudieran poner el consejo en práctica. Entretanto, experimentaron una mayor necesidad de volver al lugar del incidente, como les había aconsejado Walter Webb que hicieran, para revivir la experiencia nocturna y tratar de captar los fugaces retazos de sus recuerdos.

CAPITULO IV

Hasta después de las vacaciones, los Hill no pudieron pensar siquiera en volver al lugar del incidente. El inevitable caos navideño les ayudó a dejar a un lado sus persistentes dudas e incertidumbres, aunque sólo fuese por el momento.

Por fin, en febrero de 1962, comenzaron una serie de peregrinaciones que durarían muchos meses y en todas las estaciones del año. Al principio, iban dos o tres veces al mes; luego, dejaron pasar varias semanas sin ir. Pero siempre que volvían se formulaban la misma pregunta, para la que aún no encontraban respuesta: ¿Qué ocurrió durante el inexplicable ataque de amnesia? ¿Dónde aparcó Barney el coche? Y, ¿qué ocurrió cuando hubo aparcado?

La idea de la hipnosis fue desechada por el momento. Ni Hohman ni Jackson ni el comandante McDonald habían conseguido encontrar un psiquíatra, y Betty, sobre todo, tenía la esperanza de que sus viajes al lugar del incidente condujesen a una concatenación de recuerdos que les diera la clave del enigma.

Barney volvía a mostrarse contradictorio acerca de los viajes. Betty conseguía vencer su resistencia sugiriendo que cada vez fuesen a comer a un restaurante distinto; sabía que aquella era una de sus debilidades. Otras veces, llevaban la comida en el coche para economizar y poder permitirse el lujo de una gran comida en el próximo viaje.

A veces, salían de Portsmouth a las tres de la tarde, en sábado, iban por la carretera n.º 4 hacia Concord y, luego, torcían hacia el Norte, por un atajo, para llegar de anochecido a la carre-

tera n.º 3. Se decían que, cuando hubiese oscurecido, la zona estaría igual que la noche del encuentro y el paisaje, entonces, quizá les estimulara los sentidos si encontraban el trozo de carretera que recordaban vagamente haber cruzado durante el período de amnesia.

En cierta ocasión, durante el transcurso de aquel invierno, Betty, con un relámpago de intuición, recordó vagamente un restaurante que le pareció era el que habían visto cerca de Ashland poco después de que la segunda serie de «bip-bip» les volviera a sus sentidos. Se habían detenido junto a aquel restaurante, pues era el primer lugar iluminado que veían en muchos kilómetros. Pero resultó que la luz no era más que una medida de precaución y no pudieron tomar la taza de café caliente que tanto deseaban. Recorrieron varias ramificaciones que salían de la carretera principal a lo largo de la carretera n.º 3, pero no encontraron ningún restaurante; riñeron y discutieron sobre el camino seguido en aquella ocasión y sobre qué derivación de la carretera n.º 3 pudo haber sido aquélla, pero la memoria no les ayudó.

Pararon varias veces en Cannon Mountain, Indian Head y Lancaster esperando que la repetición les estimulase la memoria, pero ni siquiera consiguieron ponerse de acuerdo sobre el lugar en que habían parado antes de que les afectara la amnesia, aunque, en términos generales, sabían por dónde habían ido. Llevaron consigo los gemelos, pero la esperanza de volver a ver el objeto era muy leve.

Lo más frecuente era que planearan el viaje de manera sistemática, torciendo hacia el Norte por la Carretera U.S. 3, hasta llegar a un lugar, algo más allá de Cannon Mountain; entonces, daban la vuelta y regresaban a Portsmouth, la misma noche. A veces, hacían excursiones por varios sitios aledaños, con ánimo de encontrar la ruta perdida, pero aun así seguía resultándoles inexplicable haber tardado tantísimo tiempo en llegar a Portsmouth la noche del incidente.

En una ocasión, pararon junto a un pequeño restaurante, cerca de Woodstock, donde varias personas les dijeron que se habían producido frecuentes apariciones de objetos volantes por la carretera n.º 3 y que, en algunas ocasiones, los objetos habían permanecido en el aire durante más de una hora. Siempre se había informado a la Aviación, pero ésta no pareció interesada en los casos.

Los Hill no experimentaban miedo en el transcurso de estos viajes; el atractivo del misterio era mayor que el temor a una nueva experiencia. Aparcaban en algún recodo alto, desde donde se veía el paisaje montañoso y los valles a la luz de la luna, se sentaban y miraban a las estrellas, como si esperaran que ellas les proporcionaran alguna pista que les permitiera recordar.

—Una noche de invierno —recuerda Barney—, nos encontramos en una carretera que parecía no conducir a ningún sitio, una carretera montañosa y solitaria, y me llamé idiota a mí mismo por haberme metido por ella. A medida que íbamos penetrando en el valle, la carretera estaba cada vez más cubierta de nieve. Hacia medianoche, traté de dar la vuelta, esperando salir de allí y no exponerme a quedarme inmovilizado en la nieve; estaba furioso con Betty, que me había obligado a ir por las montañas. Pensé: ¿por qué me meto en estos jaleos? ¿Por qué no olvidar todo el asunto? O si no puedo olvidarlo, ¿por qué tengo que hacer todo este esfuerzo por revivirlo, como si así pudiese recordar las dos horas olvidadas? La verdad es que ignoro cómo podíamos sentirnos tan libres de temores. Creo que esperaba vagamente ver de nuevo el objeto volante. No estoy seguro de ello. Desde luego, lo deseaba. Lo que encontré más interesante en todos estos viajes fue que Betty y yo nunca parecíamos ponernos completamente de acuerdo. Disputábamos y hasta llegábamos a reñir. Por ejemplo, Betty insistía en que tomase una curva a la derecha y yo me empeñaba en tomarla a la izquierda. Pero lo que aún me preocupa es esto: ¿por qué experimenté tanto miedo aquella noche, en Indian Head y, sin embargo, nunca sentí el menor temor en volver a las montañas, aunque fuera de noche? No sé qué responderme cuando me hago esta pregunta.

Los viajes de regreso resultaban estériles. El eterno telón de olvido persistía, y borraba cualquier recuerdo de la mente de Barney a partir de Indian Head. El mismo velo negro se extendía ante Betty a partir de la extraña serie de «bip-bip», cuando se alejaban a toda velocidad de Indian Head, con Barney, al parecer dominado por una tremenda angustia, al volante. Siempre aquel obstáculo, aquel vacío entre Indian Head y Ashland.

La idea de recurrir a la hipnosis no fue abandonada por mucho tiempo. Mientras los Hill trataban de volver a adaptarse a una

vida tranquila y rutinaria, mencionaban a veces su experiencia cuando se reunían con sus amigos íntimos. Betty seguía obsesionada por sus sueños tan claros y desconcertantes. Y es que Betty encontraba cierto alivio en desahogarse contándoselos a sus amigos íntimos. Barney seguía intentando olvidar por completo el incidente, excepto cuando volvían en coche al lugar donde había ocurrido, y aconsejaba a Betty que olvidase sus sueños.

Un día de marzo de 1962, Betty había almorzado con Gail Peazody, una amiga suya que era Delegada de Libertad Vigilada de Menores de Edad y en quien ella tenía completa confianza. Le habló de la hipnosis y Gail inmediatamente recomendó un psiquíatra a quien ella conocía y que era director de un sanatorio privado de Georgetown, Massachussetts, a unos dieciséis kilómetros de distancia de Portsmouth.

El 12 de marzo de 1962, Betty escribió a máquina la siguiente carta, dirigida al médico:

Patrick J. Quirke, doctor en Medicina.
222, West Main Street.
Georgetown, Massachussetts.

Muy señor mío:

Estamos tratando de obtener los servicios de un psiquiatra que sepa servirse del hipnotismo, y querríamos saber si podríamos ir a verle a usted un sábado por la mañana. Mi marido y yo trabajamos, pero nuestro horario de trabajo nos deja libres ese día. Si no pudiera vernos un sábado, podríamos quedar para cualquier otro día que a usted le convenga.

El motivo que nos induce a solicitar esta entrevista con usted es insólito. Le incluimos un boletín del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, en el que podrá leer una breve reseña de lo que nos ocurrió del 19 al 20 de setiembre del año pasado. Nos interrogaron luego sobre ello C. D. Jackson y Robert Hohman (permítanos que no citemos el nombre de la empresa donde trabajan estos dos señores).

Existen muchos detalles desconcertantes que quizá la hipnosis consiguiera aclarar. Hasta ahora, no hemos divulgado nuestra experiencia, excepto a los representantes del comité y a algunos amigos íntimos.

Poseemos una copia completa del informe escrito por Mr. Walter Webb, del «Planetario» de Hiyden, que tendríamos mucho gusto en enviarle a usted. Si no dispone de tiempo para vernos personalmente, o si nuestro caso no le interesase, le rogamos nos facilite el nombre de otro psiquiatra que estuviera dispuesto a ayudarnos.

Suyos afectísimos,

EUNICE y BARNEY HILL.

La entrevista tuvo lugar el 25 de marzo de 1962, a las once de la mañana.

El sanatorio de que era director el doctor Quirke es conocido por el nombre de Baldpate y está en un edificio que solía ser una posada, la misma que inspiró la famosa obra teatral titulada *Seven Keys to Baldpate*[1]. Se halla situado en la cima de un monte desde donde se domina gran parte del paisaje de Massachussets; es un retiro para pacientes mentales que quieren curarse en un ambiente cómodo y casero. Los Hill quedaron muy impresionados por los cuadros, la chimenea y la atmósfera grata del lugar, que no era, ni mucho menos, lo que ellos habían temido.

—Me sentí completamente a gusto todo el tiempo —dijo Barney—. El médico se sentó frente a nosotros, que estábamos en sillas comodísimas y sentíamos gran alivio por poder cambiar impresiones con él sobre nuestra experiencia, sobre todo, porque no nos dio la impresión de creer que estaba hablando con dos víctimas de una evidente alucinación. Advertimos que nos observaba profesionalmente. Reconoció desde el principio que nuestra experiencia era única, pero creía que quizá pudiéramos ir recordando gradualmente algunos de los detalles olvidados, ya que lo más probable era que nosotros mismos, inconscientemente, hubiéramos suprimido parte de nuestra experiencia como medida de autoprotección. Opinó que aún no era tiempo de explorar mi amnesia y estudiar las inquietantes reacciones de Betty, por lo menos de una manera brusca.

La decisión final y mutua fue esperar aún cierto tiempo. Pero si el problema no se resolvía por sí solo, habría que someterse a terapéutica psiquiátrica. Los Hill quedaron muy aliviados al

[1] *Siete llaves para Baldpate.* «Baldpate» significa literalmente en inglés: «Cráneo calvo».

comprender que el doctor Quirke no les creía víctimas de alucinación simultánea, posibilidad ésta que les había inquietado bastante a ambos.

El largo trayecto de Portsmouth a Boston, el trabajo nocturno, la separación de sus hijos, que vivían ahora en Filadelfia con su ex esposa, la incertidumbre sobre la experiencia de Indian Head y el problema de sus úlceras, todo esto comenzaba a hacer mella en Barney. Su estado aún se complicó más por causa de la tensión sanguínea, creando un círculo vicioso que le impedía curarse la tensión si no resolvía antes los demás problemas, y viceversa. Otro síntoma inquietante, aunque de menor importancia, comenzó también a manifestarse por entonces: empezaron a salirle una serie de verrugas en la zona de la ingle, que formaban un círculo casi perfecto geométricamente. Eran un problema secundario, pero que contribuía a aumentar sus preocupaciones.

En el verano de 1962, la fatiga y el malestar general de Barney le indujeron a ponerse en manos de un psiquíatra para que le hiciera un examen general, sin tener en cuenta la experiencia traumática que Betty y él habían sufrido en White Mountains. La verdad era que Barney no relacionaba esta necesidad que sentía de someterse a tratamiento con el incidente del objeto volante no identificado; lo que le preocupaba más, la verdadera base de su problema, a su modo de ver, era el conflicto que suponía sus relaciones con sus hijos, pues la distancia entre Portsmouth y Filadelfia le impedía atenderles como un buen padre.

El médico que le curaba la hipertensión y las úlceras le recomendó a un psiquíatra conocido, que vivía en Exeter, New Hampshire, no lejos de Portsmouth; el doctor Duncan Stephens comenzó, pues, a someter a Barney a un largo tratamiento, en el verano de 1962.

Al principio, Barney omitió por completo el incidente de Indian Head. No le dio importancia en sus conversaciones con el doctor Stephens, porque le parecía una causa secundaria de la inquietud que le consumía; apenas un pequeño factor de su estado de ánimo en general. Con el doctor Stephens sólo trató de sus problemas emocionales y sociales.

El médico indicó a Barney que, en su caso, había muchas facetas insólitas e interesantes, una de las cuales era su matrimonio

mixto en una ciudad de Nueva Inglaterra, detalle sociológico de gran interés; le explicó que tanto él como Betty habían llegado a un equilibrio notable y que la aportación que ambos, a fuerza de buena voluntad y honradez, habían hecho a la vida de la comunidad era digna de elogio.

Barney comprendió que el médico estaba tratando de investigar en su vida anterior, de explotar sus experiencias juveniles, con objeto de ayudarle a comprender la influencia de sus primeros años, que imprimieron carácter a los años siguientes. Durante el tratamiento, Barney fue advirtiendo cada vez con mayor claridad los conflictos y problemas especiales que se derivan del hecho de pertenecer a un grupo racial minoritario.

A través de su historia familiar corría una línea ininterrumpida de relaciones interraciales. La abuela de su madre había nacido en la época de la esclavitud, y su padre había sido el dueño blanco de la plantación; siendo de tez clara, había sido educada en la casa de los señores y cuidada por sus hermanas, aunque legalmente, era una esclava. Cuando se casó, el dueño de la plantación dio a su marido doscientos cincuenta acres de tierra, que sus hijos heredarían.

Con el tiempo, la finca fue aumentando su rentabilidad, y la heredó el tío de Barney, que cuidó de la educación de éste y de la de dos de sus hermanos, niño y niña, durante una larga enfermedad de su madre, que vivía en Filadelfia. En este tiempo, el joven Barney comenzó a considerar que sus tíos eran, en realidad, sus padres. Cuando su madre se restableció por fin, le costó un gran esfuerzo abandonar a sus tíos y la bella finca de Virginia. Esta sensación fue recíproca, ya que los tíos no tenían hijos y se ofrecieron a educar a Barney y a pagarle sus estudios universitarios.

A pesar de todo, Barney volvió a Filadelfia, a la casa de sus padres, a las calurosas calles asfaltadas y a las casas en fila de la ciudad, cercadas de verjas y vallas. Su padre era un pobre trabajador. También él provenía de una mezcla de razas, pues su abuela paterna había sido de tez clara, hija de padre negro y madre blanca; su abuelo era un etíope libre.

Durante los sombríos años de la depresión económica, la familia de Barney Hill nunca se vio privada de comida y techo, aunque a muchos de sus vecinos les faltaron ambas cosas.

—Recuerdo clarísimamente unas Navidades —rememora Bar-

ney—. Mi padre dijo que no creía que Papá Noël pudiera visitarnos aquel año, porque, según los periódicos, una tormenta le había estropeado el trineo, en el Polo Norte. Mis hermanos y yo escuchamos estas palabras con tristeza y yo fui a acostarme. Me desperté sobre las cinco de la madrugada y vi que la puerta de mi alcoba, que daba al recibimiento, estaba cerrada con una cuerda. Fui al cuarto contiguo, donde dormían mis hermanas, y vi que también allí la puerta estaba atada. Conseguí introducirme por la abertura y desatar la cuerda, y los cuatro bajamos corriendo las escaleras. En el cuarto de estar vimos todos los juguetes que habíamos pedido, en torno a un precioso árbol de Navidad. Mis padres bajaron también, y fingieron gran sorpresa: «¡Qué extraño! —comentó mi padre—. A pesar de todo, vino Papá Noël. Tiene que haber sido él quien hizo tanto ruido por el tejado.» A nuestros padres les encantaba darnos estas sorpresas.

Aunque los padres de Barney crearon en su hogar un ambiente de amor y armonía familiar, Barney conoció los inevitables conflictos y presiones a que está sometido necesariamente el negro.

—En cierta ocasión, en el colegio —recuerda Barney—, cuando llegó el momento de escoger el curso que queríamos seguir cada uno de nosotros, yo dije a mi asesor que mi afán era llegar a ser ingeniero, pero él me advirtió que mejor sería escoger otra carrera, porque en aquélla los negros tenían muy poco porvenir. Esto me desanimó y comencé a tener malas notas. Pensé que quizás encontrase mejor porvenir en el Ejército. Así, pues, cuando Norteamérica comenzó a reorganizar las fuerzas armadas en tiempo de paz, decidí sentar plaza. Siempre pensé que es perfectamente legítimo defenderse contra un agresor cuando haga falta; es una idea que me inculcó mi tío.

Esta actitud le fue muy útil en las turbulentas calles de Filadelfia. En cierta ocasión, Barney oyó decir a un amigo que unos muchachos habían amenazado con pegarle una paliza en cuanto le vieran en su calle. En menos de una hora, Barney fue en bicicleta a la casa de uno de estos chicos, en la que sabía que solía reunirse la pandilla. Entró en el patio y dijo:

—Tengo entendido, muchachos, que me estáis buscando.

Uno de ellos se adelantó y respondió:

—Sí, es verdad.

Se pegaron y Barney le administró una soberana paliza. Cuando terminó, se volvió a los demás y les dijo:

—Estoy dispuesto a pegarme con todos vosotros juntos o uno a uno, porque quiero que sepáis que pienso salir de mi calle todas las veces que me dé la gana.

Y, a partir de entonces, no hubo más incidentes en el barrio.

Barney estuvo tres años en el Ejército; tuvo un incidente parecido con un matón y consiguió achantar a un soldado que pesaba treinta libras más que él en un reñido combate de boxeo. Barney, su hijo de un matrimonio anterior, nació mientras él estaba en el frente, durante la Segunda Guerra Mundial; el segundo, Darrel, después de irse del Ejército.

Tanto durante el tratamiento médico como después de él, Barney fue escudriñando éstas y otras escenas de su vida pasada con curiosidad cada vez mayor. A medida que iba haciéndolo, sentía más deseos de averiguar por qué había reaccionado con tanta violencia ante el objeto volante que se cernía sobre él en Indian Head. Lo que intrigaba más a Barney de aquel incidente era que él no solía asustarse con facilidad, y nunca temía enfrentarse con una crisis. Esta actitud se reflejó, por ejemplo, en la serenidad con que cruzó la carretera y se adentró por el campo, con sus gemelos, acercándose al enorme objeto volante en la noche del 19 de setiembre de 1961. Sólo cuando se llevó los gemelos a los ojos y los enfocó sobre el extraño vehículo se sintió poseído del terror y echó a correr de nuevo hacia el coche. Este pánico inexplicable, que era, como él sabía perfectamente, ajeno por completo a su carácter, le tenía preocupado, aumentando la angustia que le producía aquel telón impenetrable que descendía sobre su memoria a partir de aquel momento y durante las dos horas siguientes.

En el transcurso de un año, desde el verano de 1962 hasta el verano de 1963, Barney continuó tratando de resolver su problema con ayuda del doctor Stephens, pero sin dar importancia al incidente del objeto volante y sólo pensando en él muy de cuando en cuando. Barney, al principio creía, y en esto el doctor se mostraba de acuerdo con él, que aquel incidente no guardaba relación con su caso y era, como máximo, secundario, un susto inesperado en un período reciente de su vida, y no una causa profunda y persistente de sus síntomas. Además, Betty ya no se sentía tan angustiada como antes, aunque la claridad con que recordaba sus sueños seguía excitando su curiosidad. Siguiendo el consejo del doctor Quirke, ambos decidieron descansar una

temporada y, por el momento, renunciar a la idea de servirse de la hipnosis como medio de aclarar sus recuerdos.

Un día de setiembre de 1963, los Hill fueron invitados por los feligreses de su parroquia a relatar (por primera vez ante un auditorio) la aventura que les había ocurrido en White Mountains. Habían hablado del incidente con el pastor de la iglesia, el cual, al igual que otros de la parroquia, sentía cada vez mayor curiosidad por el tema de los objetos volantes no identificados, cuyas apariciones crecían en número en todo el territorio de Nueva Inglaterra y, sobre todo, en New Hampshire y Vermont. Debido a estas noticias, Barney y Betty se dijeron que quizá la gente escuchase ahora su historia sin la incredulidad que les era habitual. La perspectiva les inquietaba algo, aunque Betty ya casi estaba convencida de que su experiencia tenía que ser divulgada. Si, después de todo, resultaba ser un hito importante en la historia de aquel fenómeno, no tenían derecho a guardarla como un secreto.

En la reunión de la parroquia había sido invitada a hablar otra persona, el capitán Ben Sweet, de la cercana Base Aérea de Pease, hombre conocido en el Estado por sus estudios hipnóticos; esto, junto con la historia que iban a contar los Hill, contribuiría a dar interés a la reunión parroquial.

—El capitán escuchó nuestra historia, o, mejor dicho, lo que pudimos contar de ella, teniendo en cuenta la amnesia que se produjo en Indian Head, y, luego, mostró interés por la súbita desaparición de dos horas, como si el tiempo hubiera sido cortado en aquel momento de un tijeretazo —recuerda Barney—. Nosotros le dijimos que Hohman, Jackson y el comandante McDonald habían recomendado la hipnosis, y el capitán, como hombre ducho en la materia, convino en que podía dar buen resultado, sobre todo, si nos poníamos en manos de un psiquíatra. Como él no era profesional, no se atrevía a intentarlo. También nosotros comprendíamos lo peligroso que es tomar la hipnosis a la ligera, pero las palabras del capitán reavivaron nuestro interés por la idea, que habíamos olvidado durante algún tiempo.

En la siguiente sesión que tuvo con el doctor Stephens, Barney le habló de esto. El médico le dijo que aunque el incidente del objeto volante podía ser tan sólo un detalle de poca importancia, era mejor explorarlo también, por si daba alguna pista nueva. El doctor Stephens asimismo le dijo a Barney que la alucinación simultánea y, por supuesto, la amnesia simultánea, son fenómenos sumamente improbables, aunque existe un raro fenómeno psicológico conocido por el nombre de *Folie à deux*, en que dos personas caen simultáneamente en un estado psicótico, víctimas ambas de las mismas fantasías. Esto parecía poco probable en su caso, porque Barney no acusaba casi ningún síntoma de este fenómeno. Aparte de la mera posibilidad de esta sola experiencia traumática, no se notaban en sus relaciones cotidianas como marido y mujer durante todo el período de su vida matrimonial los síntomas que suelen acompañar a los casos de alucinación simultánea.

El doctor Stephens aconsejó consultar al doctor Benjamín Simon, conocido psiquíatra y neurólogo de Boston. El doctor Simon había estudiado en la Universidad de Stanford, recibiendo, luego, el doctorado en la escuela de Medicina de la Universidad de Washington, en Saint Louis. Cuando estudiaba en la Universidad de John Hopkins, el doctor Simon comenzó a interesarse por la hipnosis una vez que sirvió de conejo de Indias en unos experimentos realizados en el departamento de Psicología. En el transcurso de sus estudios psiquiátricos y neurológicos, adquirió gran habilidad en la técnica y los procedimientos hipnóticos; en Europa, en 1937 y 1938, con una beca de la Fundación Rockefeller, perfeccionó estos conocimientos, que iban a serle tan útiles unos años después.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el doctor Simon encontró que la hipnosis era muy útil para el tratamiento de soldados que sufrían desórdenes psíquicos; primero, cuando estuvo de asesor psiquiátrico en la clínica general de Nueva York, y más tarde, y en mucha mayor medida, como jefe de neuropsiquiatría y director del Hospital General de Mason, que fue el principal centro psiquiátrico del Ejército durante esa guerra.

Como responsable del tratamiento de tres mil pacientes mensuales, el doctor Simon consideró necesario utilizar todas las diversas técnicas y procedimientos, sobre todo, las que permitían abreviarlo, y hacerlo por grupos en vez de individualmente; la hipnosis y los procedimientos terapéuticos que suelen acompañarla, como la narcosíntesis (también llamado «suero de la verdad») le dieron la solución eficaz y rápida que buscaba, quedando firmemente establecidos como agentes terapéuticos.

Cuando John Huston produjo su notable película documental sobre el tratamiento psiquiátrico titulada *Let there be Light* (*Há-*

gase la luz) en el Hospital General de Mason, el coronel Simon le sirvió de asesor y supervisó personalmente las escenas de hipnosis y narcosíntesis. Por su trabajo como jefe de neuropsiquiatría y director del Hospital General de Mason, el doctor Simon recibió la Legión del Mérito y la Medalla del Mérito Militar. El Hospital General de Mason y su personal recibieron la condecoración por méritos en el servicio. Cuando dejó las Fuerzas Armadas en 1946, el doctor Simon no perdió su interés por esos procedimientos especiales, aunque en la medicina psiquiátrica no militar su empleo es mucho más restringido.

El doctor Simon recibió en su despacho de Bay State Road, Boston, una llamada telefónica de Barney Hill; fue a comienzos de diciembre de 1963. Como iba recomendado por el doctor Stephens, el doctor Simon accedió a recibirle en consulta el 14 de diciembre.

Bay State Road es conocida también por el nombre de «Calle de los Médicos». Antiguamente, era calle residencial, con casas elegantes habitadas por la clase dirigente de Boston; muchas de estas casas albergan ahora cómodas y gratas clínicas y consultas médicas.

El 14 de diciembre, Barney y Betty salieron de Portsmouth mucho antes de las siete de la madrugada; llegaron a Boston y aparcaron el coche cerca del despacho del doctor Simon con tiempo sobrado, pues había quedado en recibirles a las ocho. Fueron a verle con una mezcla de curiosidad, nerviosismo y recelo, aunque estos sentimientos iban acompañados de una sensación de alivio, como suele ocurrir cuando se llega a una decisión crucial que parece que va a resolver un problema acuciante.

La zozobra de Betty, como es natural, tenía por causa principal sus sueños; cuando Hohman y Jackson le dijeron que existía en ellos una discrepancia de dos horas, su zozobra no hizo sino aumentar, porque quizá, después de todo, resultaran algo más que meros sueños; esta posibilidad la puso en una tesitura críticamente angustiosa. Aunque menos emotiva que Barney en sus reacciones y más estoica, su miedo a que aquellos sueños tuvieran una base real comenzaba a afectar no sólo su trabajo, sino también su ecuanimidad. En cierta ocasión, poco después de la visita de Hohman y Jackson, confió sus inquietudes a la supervisora

del Departamento de Obras Sociales, con quien ella solía cenar frecuentemente cuando Barney trabajaba de noche.

—Yo le había dado detalles de los sueños, que tenía escritos —recuerda Betty—, y, a veces, hablábamos de ellos. Por fin, una noche, me dijo: «¿Y cómo sabes que esos sueños no son verdad?» Empezó a explicarme que todo parecía indicar que, en efecto, eran realidad, y que lo mejor sería que aceptase esa posibilidad. A partir de entonces, comencé a tomarlo en serio. Acudiendo a la consulta del doctor Simon aquel día, me dije con cierta esperanza que quizá consiguiera aclarar el misterio, acabar con aquella obsesión que estaba royéndome continuamente. Llegar a alguna certidumbre, fuese la que fuese.

Betty, que nunca se había sometido a un tratamiento de aquel tipo, pensó que era irónico que ella, en virtud de su trabajo, hubiera llevado a algunos de sus protegidos a clínicas psiquiátricas sin pensar que llegaría un día en que las tornas se volverían y sería ella la paciente. Barney, cuyo tratamiento había durado muchos meses, sentía curiosidad ante la idea de ser hipnotizado; le intrigaba averiguar si sería posible hipnotizarle a él, y de qué manera lo haría el médico.

Más adelante, Barney recordó sus impresiones de la primera visita que hicieron al doctor Simon:

—Al entrar en el despacho donde el doctor Simon celebraba su consulta, lo encontré impresionante. Tenía muy buenas alfombras verdes, y en la mesa de trabajo, una carpeta, verde también; era confortable y silencioso. Me cautivó desde el primer momento, hasta el punto que me dije que podía fiarme de aquel hombre. La simpatía que sentí por él fue instantánea. Y esto también me alivió la angustia que experimentaba. Naturalmente, Betty y yo tuvimos juntos la primera consulta.

A Betty también le gustó el despacho, y encontró impresionante al doctor Simon.

—Tenía plena confianza en él, incluso antes de conocerle, porque estando poco antes en un clínica infantil busqué su nombre en la Guía de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana y lo que leí me convenció de su competencia y categoría profesional. Para mí, esto era importante, por lo inusitado de nuestro caso.

Al principio, al doctor Simon le sorprendió algo ver entrar en su clínica a un matrimonio mixto y comenzó a pasar revista general sobre sus problemas, dando particular importancia, na-

turalmente, al incidente que había tenido lugar dos años antes en Indian Head.

El doctor Simon sabía que Barney estaba siendo sometido a tratamiento y también que era cada vez más evidente que la experiencia del objeto volante era una causa importante de su incapacidad de reaccionar positivamente. Conocía también las pesadillas que angustiaban a Betty. En seguida, vio que tanto Betty como Barney necesitaban ayuda médica y que el tratamiento tenía que girar en torno a la zozobra producida en ellos por la amnesia que les ocultaba parte de los sucedido en White Mountains.

Por otra parte, había ciertas cuestiones prácticas que les concernían a ambos. El precio del tratamiento era una de ellas. Entre los dos ganaban lo suficiente para vivir razonablemente bien, pero era evidente que la cuenta médica de ambos sería demasiado elevada para su presupuesto. Y el tratamiento psiquiátrico necesita tiempo para surtir efecto. Además de los honorarios de un psiquíatra competente, había que tener en cuenta el costo, no despreciable, de ir en coche a Boston todas las semanas; esto era una cuestión seria, no un detalle sin importancia, y ambos lo comprendieron así desde el principio.

Al doctor Simon, el objeto volante propiamente dicho le parecía secundario porque, a su modo de ver, lo fundamental y lo realmente difícil era hacerse una idea clara del tipo de tratamiento que necesitaban sus pacientes y ayudar a éstos a dominar sus problemas psíquicos. La experiencia con el objeto volante entraba dentro de los límites de esta tarea y coincidía con lo poco que él había tenido la oportunidad de leer sobre esos fenómenos; era un aspecto secundario del caso, aunque muy interesante, y se dijo que haría falta un tratamiento intensivo y prolongado que, probablemente, resultaría único.

Uno de los objetivos principales era, naturalmente, penetrar en el período amnésico, y como este síntoma suele responder muy bien al tratamiento hipnótico, el doctor tomó la decisión de comenzar sometiéndoles a él.

En general, la actitud del doctor Simon sobre los objetos volantes no identificados era neutral; pensaba, con evidente realismo, que tales objetos podían muy bien existir; ser, por ejemplo, aviones experimentales o aviones extranjeros de reconocimiento aún no conocidos del público, pero la cuestión no le interesaba de un modo personal. No conocía la enorme controversia de que

han sido objeto, incluso entre los hombres de ciencia, ni estaba enterado de las actividades del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, cuyo informe sobre su caso le había sido entregado por los Hill para que pudiera enterarse de los detalles estudiados y expuestos por Walter Webb.

Aquella mañana, en la consulta, el doctor Simon estudió el caso y les dio una idea del tratamiento a que pensaba someterles. Como la supuesta amnesia era un factor básico de su zozobra, decidió comenzar con la hipnosis, para penetrar en la amnesia, si es que resultaba ser amnesia, y guiarse, luego, por lo que aconsejaran las circunstancias. El doctor Simon decidió también grabar las sesiones en cinta magnetofónica, no sólo con objeto de dejar constancia fidedigna, sino, también, para utilizar este material como estímulo mnemotécnico en determinadas circunstancias.

Los incidentes recordados durante la hipnosis pueden borrarse de la memoria cuando el paciente vuelve al estado consciente. Y, también, si lo ordena el médico, es posible reavivar esos recuerdos en estado consciente. Si se desea reproducir con el máximo realismo la experiencia hipnótica, el paciente puede oír su propia voz en la cinta y analizar lo que oye, frase a frase, con el médico.

Betty pensaba que la realidad o falta de realidad de sus sueños era un detalle importante. Ya hacía casi dos años que el deseo de hallar respuesta a este problema la atormentaba. En opinión de Barney, por el contrario, lo importante, como él mismo había dicho en más de una ocasión a Betty, era convencerla de una vez para siempre de que todas aquellas fantasías de un rapto eran simplemente sueños, más intensos de lo normal, pero sueños. La aparición del objeto volante a tan poca altura en la carretera n.º 3 era más que suficiente para Barney; prolongarlo con un rapto resultaba excesivo; la mera idea le aterraba. En cuanto al médico, el carácter insólito de la historia no era más que un telón de fondo sobre el que sería preciso trabajar.

Barney y Betty Hill, como la mayoría de la gente, apenas sabían qué es la hipnosis. El doctor Simon les explicó que la hipnosis establece una relación íntima entre el médico y el paciente, en el transcurso de la cual los Hill se sumirían en un estado semejante al sueño. No sufrirían el menor daño y no tenían nada que temer.

En una conferencia pronunciaba unos años antes en la Academia de Medicina de Nueva York y titulada: *Hipnosis: fantasía*

y realidad, el doctor Simon se extendió sobre este tema explicando qué es la hipnosis y la función que ejerce en la Medicina y la Psiquiatría, e indicando que, hasta hace algunas décadas, la hipnosis no ha recibido la atención que merece en la práctica de la Medicina.

¿Quién es capaz de hipnotizar? ¿Quién puede ser hipnotizado? ¿Quién no puede ser hipnotizado? (pregunta el doctor Simon en la conferencia mencionada). Cualquier adulto inteligente, con un conocimiento adecuado de la técnica, puede hipnotizar. Cualquier adulto inteligente y la mayoría de los niños de más de siete años pueden ser hipnotizados; de hecho, es más fácil hipnotizar a los niños que a los adultos. Los individuos muy psicóticos y los retrasados mentales son muy resistentes a la hipnosis; resulta imposible hipnotizar a la mayoría de ellos.

El noventa y cinco por ciento de la gente hipnotizable puede llegar a la primera fase, pero sólo un veinte por ciento aproximadamente es capaz de llegar a la tercera fase sonambúlica...

La voluntad no interviene para nada en la hipnosis, y la idea de que la facilidad de ser hipnotizado es una manifestación de poca voluntad es falsa. Los factores que influyen en la capacidad de ser hipnotizado son la inteligencia del individuo, su cooperación consciente y el grado de resistencia inconsciente o de sumisión con que reaccione; esto último no se manifiesta siempre de un modo externo...

Contrariamente a los temores normales en la gente, el fin del estado hipnótico no suele presentar problema alguno; lo normal es que, al oír la orden de despertar, el paciente despierte. Basta con añadir a esa orden una insinuación de bienestar y de ausencia de angustia. En los raros casos en que el paciente no obedezca la orden, lo mejor es dejarle solo y, entonces, se sumirá en un sueño normal del que acabará por despertar al cabo de unas horas...

A veces, se utilizan drogas, como, por ejemplo, el *sodium amytal* y el *pentotal,* para facilitar la inducción del estado hipnótico en los casos en que el paciente se muestra insólitamente resistente. Bajo estas condiciones, el período que se tarda en despertar puede ser dilatado por los efectos de la droga, pero las órdenes dadas durante el período de inducción serán obedecidas a manera de sugerencias posthipnóticas. Las dos drogas mencionadas más arriba tienen cierto valor en casos de inducción difícil, y ayudan al paciente receloso a tranquilizarse, aumentando su tendencia a obedecer las órdenes del hipnotizador.

Normalmente, se establecen tres períodos de hipnosis: ligero, medio y profundo. En el período ligero, la catalepsia de los párpados (es decir, la incapacidad de éstos de abrirse a voluntad) puede ser debida a influencia del hipnotizador, produciéndose un cierto grado de sumisión general a las órdenes de éste; las instrucciones posthipnóticas son entonces posibles y puede llevarse a cabo un tratamiento bastante eficaz...

En el período medio, puede producirse la parálisis del control volitivo: catalepsia completa. En este período, puede inducirse en el paciente un estado de analgesia o insensibilidad al dolor...

En el tercer período, o período sonambúlico, puede producirse casi cualquier fenómeno y el paciente estará amnésico, a menos que se le ordene explícitamente recordar lo dicho en estado hipnótico. (Esto tuvo importancia en el tratamiento de los Hill.) Se le pueden inducir alucinaciones positivas o negativas; y darle órdenes posthipnóticas en este estado sonambúlico, suele resultar muy eficaz. La actividad del sistema nervioso autonómico se expresa mediante enrojecimiento de las mejillas, puede producirse constricción de los vasos epidérmicos y volverse más lento el ritmo del pulso. Las autoridades no están de acuerdo sobre este punto, pero existen casos en que la insinuación de calor agobiante ha producido auténticas ampollas...

El doctor Simon concluyó su conferencia afirmando su convencimiento de que la hipnosis sólo debe ser empleada en investigación, medicina y cirugía dental. También añadió:

La hipnosis ha pasado por muchos períodos de gran popularidad y por otros en que solía ser rechazada, como ha ocurrido también con algunas de nuestras «tendencias modernas» en psiquiatría. No cabe la menor duda de que estos síntomas (los síntomas curados por la hipnosis) tienden a reaparecer o a ser remplazados por otros síntomas más serios, a menos que los conflictos emocionales básicos (de los cuales los síntomas en cuestión son meras manifestaciones externas) sean curados también. A menos que el médico esté convencido de que podrá continuar tratando al paciente hasta liberarle de los síntomas, no es aconsejable curárselos por medio de la hipnosis...

Muchos ponen en duda que sea deseable vencer violentamente la resistencia del paciente, como ocurre cuando el médico recurre a la hipnosis. En ciertos estados histéricos, psicosomáticos y demás, la hipnosis puede servir para acelerar el período terapéutico, facilitando la localización de conflictos inconscientes, como ya hemos dicho. La hipnosis presenta peligros y, sin

embargo, ella, en sí, no es peligrosa. Lo realmente peligroso es que sea utilizada por gente no ligada a un código ético profesional y no experimentada en sus técnicas y procedimientos.

Como iban a descubrir los Hill, el doctor Simon era hombre cauto y, desde el punto de vista médico, moderado. Dada su actitud básica hacia los objetos volantes no identificados, neutral, sino escéptica, las creencias resultantes de su experiencia nocturna en Indian Head iban a ser puestas a dura prueba. Betty, a pesar del creciente interés que sentía por este fenómeno, estaba dispuesta a aceptar la verdad del asunto, fuera cual fuese. Barney, que abrigaba la esperanza de dar con la causa de la angustia que sentía, cuyos síntomas estaban desequilibrando peligrosamente su vida, también había llegado a una tesitura en la que lo único que quería era dar con la verdad de su caso, teniéndole sin cuidado cual fuera ésta.

Todos ellos ignoraban aún lo difícil y resbaladiza que era esa verdad, por mucho que la deseasen y por muy modernos que fueran los medios con que iban a buscarla.

CAPITULO V

Conocedor de la historia de los Hill y del informe de seis páginas de Walter Webb, el interés del doctor Simon se despertó ante lo insólito del caso y los extraños datos de que iba acompañado. La historia, a primera vista, parecía fidedigna y válida. Se dijo que la opinión de Webb, expresada con tanto detalle, se basaba en una entrevista que tuvo con los Hill poco después del incidente, y llegó a la conclusión de que, aunque su verdadero objetivo era llegar al fondo de los síntomas de angustia de los Hill, la presencia del objeto volante no identificado añadía una faceta que quizá confiriese dimensiones insospechadas al caso. En cuanto a la existencia real del fenómeno no propiamente dicho, el doctor Simon decidió mantenerse neutral.

Como la hipnosis es el método más apropiado para abrir brecha rápidamente en la amnesia [1] y quizá también, como el mismo doctor Simon dijo, sea la mejor llave para abrir la puerta del cuarto cerrado, decidió utilizarla como parte de su tratamiento. La aparición del objeto no identificado había llegado a adquirir extraordinaria importancia para los Hill, y el estado de

[1] Durante la Segunda Guerra Mundial, la hipnosis y la narcosíntesis (narcoanálisis) fueron empleados con bastante frecuencia, y, a menudo, ambas en la misma medida, para tratar desórdenes psíquicos agudos. La hipnosis dio óptimos resultados en los casos en que existía un «punto de partida», como son los de amnesia. La narcosíntesis se empleó con mucha frecuencia para curar angustias relacionadas con conflictos mentales subconscientes, en los que no es fácil localizar un punto central. Esto se conseguía inyectando lentamente una droga que solía ser *sodium amytal* o *sodium pentotal*, también llamados «sueros de la verdad». Ni eran sueros, ni revelaban necesariamente toda la verdad; lo que hacían, como la hipnosis, era ayudar al paciente a descargar conflictos emocionales reprimidos o suprimidos. — *(Nota del Autor.)*

atención concentrada y alerta que produce la hipnosis quizás arrojara nueva luz sobre su experiencia.

A las ocho de la mañana del sábado 4 de enero de 1964, los Hill llegaron a la consulta del doctor Simon, en Bay State Road, donde iba a tener lugar su primera sesión después de la consulta preliminar. Sería la primera de tres sesiones en que el doctor induciría experimentalmente la hipnosis con objeto de acostumbrarles al tratamiento.

Durante estas sesiones, los Hill respondieron bien y el doctor quedó convencido de que serían buenos pacientes, capaces de llegar al estado hipnótico de la profundidad requerida. La repetición del proceso hipnótico durante un período de tres semanas serviría para reforzar la inducción y establecer una clave de palabras específicas posthipnóticas que, a su tiempo, sustituirían a la inducción hipnótica propiamente dicha. De esta manera, las inducciones subsiguientes serían rápidas y seguras. Explorando la amnesia, tanto el doctor como los pacientes irían como por un callejón sin salida, y reforzando el estado hipnótico, sería posible controlar debidamente al paciente en caso de desórdenes emocionales, siempre posibles en el transcurso de este tipo de exploración.

El nerviosismo de Barney aumentó algo al prepararse para someterse a la hipnosis por primera vez. El doctor Simon se situó a su lado, junto a la gran mesa de trabajo de su despacho, y le puso las manos en el costado, muy cerca de él, delante de la mesa de trabajo y de un sillón cómodo.

—El doctor Simon empezó a hablarme —dijo, luego, Barney, explicando el proceso hipnótico—, a decirme que estaba descansando, y me tenía bien cogido por las manos, juntándomelas, diciéndome que me las apretaría mucho, mucho, tanto que no podría separarlas por mucho que lo intentara. Yo estaba junto a él, y me sentía muy ridículo, porque me decía que si la hipnosis consistía en eso había que convenir en que era una solemnísima tontería, pero no lo dije en voz alta por no mortificarle. Creo que, entonces, él dejó de hablar y me puso las manos en los ojos, para cerrármelos. Me dije que no estaba realmente hipnotizado, y cuando le oí decirme que no podría separar las manos, yo sabía que me bastaría con abrir los dedos en abanico para demostrarle que se equivocaba. Pero lo que pasaba era que no tenía ganas de abrir los dedos. Ni siquiera me sentía adormecido, pero advertí que estaba despertándome y preguntándome cómo me encontraba. La verdad es que me encontraba muy bien, muy tranquilo y a gusto. Y ya no temía ser hipnotizado.

Como ocurre con frecuencia, el paciente tiene la impresión de que es él quien está llevándole la corriente al hipnotizador, fingiendo hacer lo que le ordena, pero, al mismo tiempo, y sin advertirlo, se va sumiendo en un profundo estado hipnótico y no tiene ni conocimiento ni recuerdo alguno de lo ocurrido, a menos que el hipnotizador le ordene que lo recuerde.

Las dos sencillas palabras de la clave establecida por el hipnotizador producen una rápida inducción y son repetidas varias veces durante las primeras sesiones, junto con medidas de precaución destinadas a comprobar la validez y profundidad del estado hipnótico. Estas medidas son siempre las mismas: ordenar al brazo del paciente que se vuelva rígido como una barra de acero (y se vuelve); comprobar la insensibilidad al dolor a que se ha llegado en cada caso (cuando recibe órdenes en este sentido, el paciente no reacciona al estímulo de que es víctima); ordenar al paciente que el dedo del hipnotizador le quemará como un hierro caliente en cuanto le toque (el paciente, entonces, apartará las manos, dolorido, aunque el dolor no exista, y se deba tan sólo a la orden recibida); y otras.

Desde Mesmer, el empleo de la hipnosis en Medicina ha pasado por muchos ciclos de popularidad; Breuer descubrió que sus pacientes eran capaces de recordar sucesos traumáticos específicos con ayuda de la hipnosis. En parte porque comprobó que no todo el mundo podía ser hipnotizado, Freud derivó hacia el método psicoanalítico. La actitud actual de los médicos la refleja bien Lewis R. Wolberg, doctor en Medicina, director médico del Centro Postuniversitario de Psicoterapia de la ciudad de Nueva York y profesor clínico de psiquiatría del Colegio Médico de Nueva York; Wolberg ha definido la hipnosis como un estado de suspensión, semejante al del que está en una hamaca, entre la consciencia y el sueño. Ha de ser empleado según un plan preparado de antemano, sobre todo, cuando el paciente es incapaz de expresarse con absoluta libertad o cuando descargas emocionales intensas están comprimidas en su interior. «Cuando el paciente tiene recuerdos traumáticos reprimidos —dijo Wolberg en una conferencia médica—, puede ocurrir que esos recuerdos estén tan herméticamente aislados que sea imposible llegar a ellos

con ayuda de las técnicas tradicionales. A veces, con ayuda de la hipnosis, es posible penetrar en esas represiones lo bastante profundamente para llegar a los recuerdos traumáticos.»

En el caso de Barney y Betty Hill, este aspecto del proceso hipnótico iba a tener importancia. Penetrar en la amnesia requiere la posibilidad de retroceder en el tiempo, de forma que la memoria del paciente se vuelva vívida y exacta, y que detalles olvidados desde hace tiempo en la mente consciente vuelvan a emerger de manera clara. No es insólito que una persona en estado hipnótico recuerde el nombre y el color de los ojos de todos los que asistieron a su quinto cumpleaños, si el hipnotizador se lo ordena, aunque entre aquel momento y el actual medien algunas décadas. Existe, también, la tendencia a volver a vivir, recrear y reproducir el fragmento de tiempo recordado, de modo que el paciente vuelve a sentir las mismas emociones de la experiencia originaria; este proceso recibe el nombre de abreacción. El doctor tiene que saber en todo momento que al sacar de nuevo a la superficie recuerdos inconscientes y sensacionales puede ocurrir que al paciente le resulten intolerables y den lugar a reacciones peligrosas. A veces, el paciente puede salir del estado hipnótico si se siente amenazado de verdad, puede rehusar continuar en él o, como en el caso de Barney Hill, puede incluso rogar que se le saque de él. Con frecuencia, cuando llega la liberación emocional o abreacción, el paciente experimenta un alivio inmenso. Es esencial que el doctor controle por completo al paciente durante la hipnosis; esto quedaría bien demostrado más tarde, en el transcurso de las sesiones.

A pesar de sus recelos, Barney Hill se sintió intrigado por el proceso hipnótico.

—Después del primer ensayo de hipnosis —recuerda Barney Hill— ocurrió una cosa muy curiosa. Estaba preparándome para la inducción hipnótica, cuando se me ocurrió mirar el reloj de pulsera: serían entonces las ocho y cinco. El doctor me dijo la palabra convenida y quedé hipnotizado. Por lo que se refiere al tiempo, sin embargo, tuve la impresión de que me había despertado inmediatamente después, pero miré el reloj y vi que eran más de las nueve. O sea, que tuve que haber permanecido inconsciente durante una hora, aunque me pareció que el tiempo no había transcurrido. Recordé, también, precisamente al comienzo de lo que tiene que haber sido mi estado hipnótico, que me había tocado la mano algo que parecía un brocha. Pregunté al doctor si podía tocarme otra vez de modo que yo lo viese; entonces, él volvió a inducirme a la hipnosis y me mandó abrir los ojos en pleno estado hipnótico y recordar después lo que iba a ver. Cogió un instrumento que parecía una aguja y me tocó la mano con él; no sentí dolor, sólo la sensación de que me rozaban la piel con una brocha. El doctor apretó y apretó, pero yo seguía sin sentir dolor. Esto me asombró, porque, mirándome la mano y, luego, la aguja que me había perforado la piel, no vi sangre. Así es cómo empecé a comprender que en aquel caso podían ocurrir dos cosas: la primera, que se podía ser hipnotizado y recibir orden de olvidarlo, de manera que, al despertar, no creía haberlo sido; la segunda, que se podía ser hipnotizado y recibir orden de recordar, en cuyo caso se conserva el recuerdo de cuanto ha tenido lugar durante el período hipnótico.

A pesar de la excelente reacción de Barney a la inducción preliminar, el doctor Simon persistió en su plan de celebrar otras dos sesiones preliminares o de ensayo, durante las cuales Barney y Betty se afirmarían más aún en el proceso, de modo que fuera posible luego llegar rápidamente a un estado hipnótico profundo; de esa forma, la hipnosis podría continuar sin interrupción.

Como Barney, Betty Hill resultó ser una excelente paciente. El doctor Simon comprobó que se sumía fácilmente en profundo estado hipnótico y que respondía a pedir de boca tanto a la hipnosis como a las órdenes posthipnóticas, sin la menor vacilación.

En vista de que ambos pacientes respondían perfectamente a la inducción, el doctor Simon comprendió que en sesiones futuras podría limitarse a pronunciar las palabras convenidas, que provocarían el estado hipnótico; sin embargo, decidió asegurarse bien de antemano con algunas inducciones hipnóticas profundas.

El doctor puso también a prueba a los Hill durante las tres sesiones preliminares con varias sugerencias posthipnóticas, tales como que, tres minutos después de salir del estado hipnótico, fumarían un cigarrillo cuyo sabor sería tan malo que no tendrían más remedio que escupirlo; y que, luego, fumarían otro que sabría bien. Ellos reaccionaron en cada caso de acuerdo con sus órdenes. Les mandó (por separado, porque era así como pensaba hacerlo en las sesiones posteriores) que no recordasen nada de lo que habían revelado en estado hipnótico, a menos que él se

lo permitiese. Hasta que tuviese en su poder toda la historia y pudiese aquilatar sus posibles efectos emocionales, decidió imponer de nuevo la amnesia a los Hill al final de cada sesión. Esto tenía también por objeto impedir que los Hill hablasen entre sí de ello después de las sesiones, evitando tergiversaciones que pudieran surgir de discusiones sobre el material revelado en estado hipnótico. Más tarde, el recuerdo de lo que habían dicho estando hipnotizados podría serles comunicado a los dos escuchando de nuevo las cintas magnetofónicas o dándoles orden de que lo recordaran cuando fuera terapéuticamente aconsejable.

El doctor decidió empezar con Barney, retrotraerle a la noche del 19 de setiembre de 1961 y forzarle a revelar todos los detalles del viaje que hizo con su mujer desde Canadá a Portsmouth. Como que en el trance Barney daría, sin duda, detalles de notable claridad, existía una razonable probabilidad de que salvara el vacío amnésico en estado hipnótico y, entonces, el apagón posthipnótico de su memoria permitiría a Betty revelar su propia versión del incidente en sesiones sucesivas, sin dejarse influir por Barney.

Con frecuencia, cuando el paciente se halla sumido en un profundo trance, no puede recordar lo que le ha ocurrido durante la sesión al volver de nuevo a la realidad por orden del hipnotizador. Lo recuerda, sin embargo, si el hipnotizador se lo ordena.

Los ensayos y el período inductivo terminaron con la tercera sesión; entonces, los Hill comenzaron a esperar con impaciencia el comienzo de las sesiones propiamente dichas, pensando que, ahora, se aclararía para siempre el misterio de Indian Head. Ambos se sentían bien y tranquilos después de la hipnosis; casi se diría que estaban gozando de sus efectos.

—Lo recuerdo —dice Barney— como si saliera de un baño caliente, lleno de agua, con todo mi sistema nervioso a gusto y cosquilleándome agradablemente. Una grata sensación de cosquilleo, como después del masaje.

Pero ambos sabían que lo serio estaba a punto de empezar, que les esperaba una larga lucha por poner fin a las inquietudes que amargaban sus vidas desde hacía muchos meses. Los Hill, pues, llegaron al despacho del doctor Simon el 22 de febrero de 1962, por la mañana. Betty sabía que ella sólo iba a reforzar su inducción, mientras que Barney comenzaba su excursión hacia lo desconocido.

El sistema del doctor estuvo bien claro durante aquella sesión: lo que él quería, después de reforzar la inducción de Betty (por el sencillo procedimiento de volverla a hipnotizar, de modo que conservara su facilidad de sumirse en un trance profundo para cuando le llegara el turno de someterse al tratamiento) era que Barney volviese mentalmente a la noche del viaje y la reconstruyese con detalle. Una amnesia psicológicamente inducida suele acarrear la pérdida de la memoria en cuanto se refiere a ideas o experiencias desagradables, apartándolas de la consciencia. Concentrando la atención por medio de la hipnosis, se llega a lo contrario de la amnesia: la hipermnesia o memoria superlativa. En esta sesión, el doctor esperaba que no sólo volviera a la memoria de Barney el material olvidado, sino que, además, volviese a experimentar las emociones de aquel momento. Recuperar los recuerdos sin sus emociones correspondientes resultaría insuficiente desde el punto de vista terapéutico.

Para grabar la sesión en cinta magnetofónica, el doctor Simon se sirvió de un magnetófono tipo «Revere» M-2, automático, a 1 $^{7}/_{8}$ revoluciones por segundo. Las cintas eran de larga duración y se podían cargar de antemano en el aparato, a fin de reducir al mínimo posible las interrupciones durante la sesión. Siempre que una interrupción era inevitable, el doctor Simon se limitaba a dar un golpecito en la cabeza a Barney, ordenarle no oír ruido alguno durante el intervalo y, luego, volver a darle un golpecito para que siguiera la sesión interrumpida. El paciente hipnotizado tiene tal exactitud de retentiva y memoria que, cuando se lo mandan, continúa hablando en el mismo punto en que dejó interrumpida la frase. Su capacidad de recuerdo y reconstrucción de cosas pasadas es casi tan exacta como la del magnetófono, pero tiene la ventaja de que puede ser interrumpida y recomenzada con sólo una orden del hipnotizador.

Más aún: el paciente acepta las órdenes y las preguntas del hipnotizador de manera literal. Si se le pregunta:

—¿Habló a este hombre?

El paciente responderá:

—No, no le hablé, le murmuré.

La precisión de la respuesta es de este calibre.

Barney se sentó ante la mesa de trabajo del doctor. Se disponía a coger un cigarrillo, pero el doctor Simon pronunció la palabra convenida y él bajó la cabeza. Cruzó las manos sobre el regazo, con el aire de quien se ha quedado adormilado mientras está leyendo el periódico, repantigado en su sillón favorito. Una vez inducido el trance profundo, el doctor comenzó la sesión.

DOCTOR:
(Está ultimando el trance, reforzándolo.)
Está usted cada vez más profundamente dormido. Ahora lo recordará usted todo y me lo contará.
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
Y quiero que me cuente *todas* sus experiencias detalladamente. *Todos* sus pensamientos y *todas* sus sensaciones, comenzando por el momento en que salieron del hotel. ¿Estaban ustedes en Montreal?
BARNEY:
(Su voz, en la cinta magnetofónica, suena ahora sorprendentemente monótona y como mecánica, a diferencia de sus inflexiones llenas de animación cuando conversa normalmente. Responde a las preguntas del doctor de manera brusca, sin inflexiones apenas, con una curiosa monotonía y con precisión matemática.)
No estábamos en Montreal, estábamos en un motel.
DOCTOR:
Estaban en un motel. ¿Cómo se llamaba?
BARNEY:
En otra ciudad.
DOCTOR:
Sí, pero ¿dónde?
BARNEY:
No consigo recordarlo.
DOCTOR:
¿Era cerca de Montreal?
BARNEY:
Estaba a ciento ochenta kilómetros de Montreal, aproximadamente.

(Es interesante comprobar cómo se fija en los detalles, añadiendo la palabra aproximadamente a un número tan exacto de kilómetros.)
DOCTOR:
¿Por qué no consigue recordarlo?
(Tiene que haber algún motivo. En un trance tan profundo, el paciente suele recordar muchos detalles.)
BARNEY:
Llegamos al motel de noche, y no vi ningún nombre en la entrada.
(Como era de esperar, Barney encuentra el motivo.)
DOCTOR:
Ya. ¿Sabe usted qué ciudad era?
BARNEY:
No era una ciudad. Era en el campo. Habíamos ido en coche desde las cataratas del Niágara, por Canadá.
DOCTOR:
Continúe. Cuénteme su llegada allí.
BARNEY:
Llegamos a ese sitio, pero no vimos ningún indicio de ciudad cercana y el coche hacía mucho ruido. Íbamos en el coche de Betty. Conducía yo.
(La precisión casi torpe de la frase es normal en el paciente sumido en un profundo trance.)
Y yo paré junto a un garaje de la carretera y me dijeron que el coche necesitaba ser engrasado. Así, pues, lo engrasaron y eliminaron el ruido que hacía el coche. Entonces, decidimos que lo mejor era no seguir hasta Montreal y buscar algún sitio donde pasar la noche. Y fue entonces cuando vimos ese motel, pero no nos fijamos en el nombre.
(Aquí, vuelve a explicar el motivo de que no recuerde el nombre. También ha recibido orden de revelar todos sus pensamientos, además de sus acciones.)
Lo que yo pensaba en aquel momento era: ¿me permitirán pasar la noche allí? Porque a lo mejor nos decían que el motel estaba lleno, y yo me preguntaba si sería por mis prejuicios...
DOCTOR:
¿Por los prejuicios *de usted*?
BARNEY:
Por los prejuicios *de ellos*.

DOCTOR:

¿Porque es usted negro?

BARNEY:

Porque soy negro.

DOCTOR:

Ya le han ocurrido incidentes por el estilo otras veces, ¿no?

BARNEY:

Nunca me han negado la entrada en un sitio público.

DOCTOR:

¿Quiere decir que, a pesar de todo, le preocupa esa posibilidad?

BARNEY:

Sé que esas cosas ocurren y me preocupaba porque estaba cansado. Y cuando fui a ese motel, me dejaron entrar sin dificultades. Nos cobraron doce dólares por los dos y pasamos la noche allí.

DOCTOR:

¿Habló usted a su mujer de lo que le preocupaba? ¿Comparte ella esa preocupación con usted?

BARNEY:

Ella no comparte mi preocupación sobre esa cuestión.

DOCTOR:

¿Habló usted con ella de esto o se lo calló?

BARNEY:

Suelo hablar de esto con ella.

DOCTOR:

¿Y habló en aquella ocasión?

BARNEY:

No. Nunca le digo esas cosas cuando estamos buscando un sitio donde dormir.

DOCTOR:

Muy bien. Bueno, siga contando.

BARNEY:

Llevábamos con nosotros una perra y nos dijeron que era muy bonita, como un perrito pachón, y que no importaba que la lleváramos a la alcoba.

(Se refiere, naturalmente, a Delsey, *y la describe literalmente, tal como es.)*

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano. Nos sentíamos muy bien y fuimos a un restaurante que había al otro lado de la calle. Y decidimos desayunar allí. Yo comí toronja, como de costumbre, jamón, huevos, café. Luego, nos pusimos en marcha por la amplia autopista, una carretera estupenda, capaz para cuatro coches al mismo tiempo en algunas partes.

(De nuevo, se advierte su deseo de dar todos los detalles que recuerda, tengan o no importancia.)

Estamos llegando a Montreal, y he de reconocer que la idea de parar allí me hace muy poca gracia.

DOCTOR:

¿Por qué?

BARNEY:

Es una gran ciudad, hay demasiado tráfago y confusión, y las calles están llenas de camiones. Muchísimo tráfico. El tráfico cada vez es más denso y no quiero quedarme en Montreal con tanto tráfico. Ya me resulta bastante difícil ir por la ruta que deseo... Tráfico por todas partes. Y decido que lo mejor es encontrar un motel, si queremos pasar la noche. Me entero con disgusto de que todos los moteles están a bastante distancia o, por lo menos, a mí me parece que están lejos de la ciudad. Y aquí me tienen, dando vueltas y más vueltas y veo a bastantes negros, lo que me sorprende. No había pensado que hubiera negros en Montreal. Y estoy a bastante distancia de la parte inferior de la ciudad y todos los edificios tienen hierro, como las escaleras, en el exterior. Y me detengo junto a un garaje y pregunto por dónde se va a donde quiero ir y no me entienden y, entonces, advierto que no hablan inglés.

(Barney habla en el presente de indicativo, lo cual indica que está reviviendo todos los acontecimientos de la manera más completa, que no se limita a contar lo que le ocurrió.)

Le digo, pues, que me ponga dos dólares de gasolina y me voy. Doy con un policía que está dirigiendo el tráfico...

DOCTOR:

¿Por qué sólo pidió dos dólares de gasolina, en vez de mandar llenar el depósito?

BARNEY:

Paré para preguntar la dirección, no para cargar gasolina.

DOCTOR:

Es decir, que quiso recompensarles de alguna manera, ¿no es eso?

BARNEY:

Pensé que tenía que corresponder. Y me paro junto al policía y le preguntó: «¿Por dónde se va a la carretera 3?» Y el policía habla inglés, aunque bastante mal, con mucho acento, pero me da la dirección que le pido. Paso junto a una escuela preciosa, una escuela católica. Veo al sacerdote, a la puerta. Grande y bella pradera, está en una cuesta. Preciosa escuela, en Montreal. Y vuelvo a equivocarme de dirección...

(Barney continúa describiendo con todo detalle el viaje que hizo por Canadá y la parte superior de Vermont.)

¡La una y cuarto! Oscurece, la carretera no es buena, pero la distancia hasta New Hampshire es corta y veo el aviso de Colebrook. Ya era hora... me siento muy bien. Tengo la impresión de que terminó el viaje y de que ya estamos en la carretera n.º 3, veo la carretera n.º 3, a la izquierda y a la derecha, justo enfrente de mí, y me siento algo confuso, pues me doy cuenta de que lo que yo quiero es ir derecho y no a la izquierda. Decido parar y consultar el mapa y doy la vuelta y vuelvo a un restaurante, el mismo junto al que acabamos de pasar, aparco el coche y entramos. Allí, veo a una mujer de tez oscura. Pienso que es demasiado atezada para ser caucásica y me pregunto: ¿Será negra desteñida? ¿O india? ¿O blanca? La mujer empieza a servirnos y advierto que no es muy amable. Y otros que están en el restaurante se ponen a mirarnos a Betty y a mí y parecen vernos con buenos ojos o alegrarse de que estemos allí, pero a la mujer de tez oscura parece ocurrirle lo contrario y yo me pregunto si... si ella piensa que me he dado cuenta de que es negra y quiere hacerse pasar por blanca. Como una hamburguesa y me siento impaciente con Betty porque... porque no termina de tomar el café para que podamos seguir nuestro camino de una vez y mi reloj de pulsera marca las diez y cinco y me digo que no debiéramos llegar a Portsmouth más tarde de las dos de la madrugada.

DOCTOR:

¿No dijo hace un momento que ya era la una y diez o la una y quince?

BARNEY:

Dije carretera n.º 114.

DOCTOR:

Bueno, muy bien, continúe.

BARNEY:

Lo veo todo oscuro, muy oscuro. No hay tráfico, y Betty me dice que pare el coche para que salga *Delsey*... Es la perra.

DOCTOR:

¿Por qué se llama *Delsey*?

BARNEY:

Creo que porque sus dueños anteriores la llamaban *Dolce (pronuncia esta palabra imitando la pronunciación italiana:* dolche)... *Dolce*... Y Betty comenzó a llamarla *Dolse*. Así es como empezó a llamarse *Delsey*.

DOCTOR:

Bueno, siga, dice que paró para que *Delsey* saliera del coche.

BARNEY:

No lo puedo remediar, sigo pensando en Canadá. Pero en Coaticook, Canadá.

DOCTOR:

Sí...

BARNEY:

No puedo parar junto al restaurante. Así, pues, paro en plena calle y tenemos que ir a pie hasta el restaurante. Y todos los que pasan por la calle nos miran. Y entramos en el restaurante y todos se ponen a mirarnos. Y veo a un hombre que a mí me parece el prototipo del «matón profesional». Con el pelo largo. Inmediatamente, me pongo en guardia, por si trata de armar jaleo. Y nadie me dice nada... y nos sirven.

DOCTOR:

¿Estaba en Canadá el otro restaurante donde también pararon?

BARNEY:

Ése estaba en Colebrook, New Hampshire.

DOCTOR:

¿Y por qué sus pensamientos vuelven siempre a Canadá? ¿Está recordando algo?

BARNEY:

Nada, es que volví allí. Volví porque cuando Betty estaba diciéndome que parase el coche, al salir de Colebrook, New Hampshire, yo estaba pensando que tenía que dominarme y no pensar que todos me miraban con malos ojos, quiero decir, no sospechar que todo el mundo me era hostil. Allí no había hostilidad ninguna. Era un restaurante muy agradable. La gente era amable. Yo estaba preguntándome por qué me preocuparía tanto

esto a mí, y por qué estaría siempre a la defensiva, y todo, porque vi que uno de los chicos llevaba el pelo largo.

DOCTOR:

Y así fue cómo volvió usted mentalmente al Canadá, ¿no?

BARNEY:

Sí. Estaba pensando en esto cuando llegamos a New Hampshire, y Betty me dijo que parase para que la perra saliera a dar un paseo. Fue entonces cuando volvieron mis pensamientos...

(Aquí, poco antes de la aparición del objeto volante, Barney vuelve a revelar sus recelos, su incertidumbre ante el problema de ser aceptado por los demás como un igual, su necesidad de apoyarse en los demás. Colebrook, lugar hostil, quizá por una relación de tipo «clang» [término psiquiátrico que significa una semejanza de sonidos que evoca cosas pasadas], le recordó a Coaticook.)

BARNEY:

(Continúa describiendo el viaje por la carretera U.S. 3. Cerca de Lancaster, New Hampshire; según sus recuerdos, es donde ven el objeto en el cielo por primera vez.)

Miro por el parabrisas del coche y veo una estrella. Es curioso, pero dije: «Betty, mira, un satélite.» Y, entonces, paré el coche a un lado de la carretera y Betty se bajó de un salto, con los gemelos. Y cogí la cadena y se la puse a la perra y dije: «Anda, *Delsey*, sal de aquí.» Y *Delsey* se baja de un salto...

(Barney está confundiendo el presente con el pretérito indefinido, debido probablemente a la intensidad con que siente lo que está diciendo.)

Y miro al cielo y, luego, miro a *Delsey* y la llevo a dar un paseo en torno al coche. Y digo: «Date prisa, Betty, que yo también quiero mirar.» Y Betty me pasa los gemelos. Y lo que veo no es un satélite. Y se lo digo a Betty y le devuelvo los gemelos. Y quedo contento.

DOCTOR:

¿Qué clase de avión era?

BARNEY:

Miro... Está a la derecha. Y no va en la dirección que me había parecido. No pasa sobre mí, a la derecha, sobre mi hombro derecho. Pienso que pasará sobre mi hombro derecho, a mucha distancia, hacia el Norte. Estoy de cara al Oeste y mi derecha está al Norte. Pero no va hacia el Norte.

(En su voz se percibe un ligero deje de asombro. Por este deje se puede comprender que está reviviendo lo sucedido, no sólo contándolo.)

DOCTOR:

¿Tiene hélices?

BARNEY:

Y eso sí que me parece extraño. No las veo. No oigo ruido de motor. Así, pues, no puedo saber si tiene hélices.

DOCTOR:

¿Está en marcha el motor de su coche?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y qué pasó con el ruido que hacía antes de que hiciera engrasarlo?

BARNEY:

Ya no hacía aquel ruido. Y yo no me acuerdo de que mi motor estaba en marcha. Lo único que me preocupaba era que no se parase mientras yo estaba allí, mirando, con los faros encendidos y el motor en marcha. Me preocupaba tanto, que miré los tubos de escape y me dije que aún salían gases...

DOCTOR:

De los tubos de escape de...

BARNEY:

De mi coche. Así, pues, ya no me preocupé más del asunto. Y aquel objeto, que era un avión... que no era un avión. Era... ¡Ay, qué gracia! Avanzaba hacia nosotros. Levanté la vista y, luego, miré la carretera. Y pensé: «¡Qué oscuro está todo!» Y me sentí preocupado. ¿Y si ahora sale un oso? Volví al coche y dije: «Betty, vámonos. Sólo es un avión. Y viene en esta dirección. Lo que ocurre es que ha cambiado de dirección. Será una avioneta.»

DOCTOR:

Las avionetas sólo tienen una ventana o dos, ¿no? ¿Vio usted ventanas en aquélla?

BARNEY:

Es lo que dije y es lo que vi cuando volví a mi coche. Una avioneta.

DOCTOR:

¿Dice que había visto una avioneta?

BARNEY:

Y sigo conduciendo y Betty sigue mirando. Y dice: «Barney, eso no es un avión, nos está siguiendo.» Y paro y levanto la vista y veo que sigue allí. A bastante distancia. Busco, pues, un sitio donde aparcar. Y veo una carretera secundaria que sale de la principal, allí puedo aparcar. Si viene algún coche, no chocará con el mío. Y me bajo del coche y pienso... ¡qué raro!

(En su voz hay ahora un deje de extrañeza. Como si augurase algo malo.)

Porque sigue allí arriba. Y Betty dice, creo que dijo, estoy furioso con ella, me digo para mis adentros. *Creo* que Betty está tratando de hacerme creer que es un platillo volante.

DOCTOR:

(El magnetófono necesita un pequeño reajuste; hay que interrumpir la sesión.)

Muy bien. Detengámonos aquí, por ahora. Hasta que yo vuelva a hablarle, usted no oirá el menor ruido aquí. Estará usted cómodo y a gusto. Descansará hasta que yo vuelva a dirigirle la palabra.

(El doctor ajusta el aparato. Luego:)

Muy bien. Puede seguir.

BARNEY:

Y me pregunto por qué no se aleja. Y paro y vuelvo a mirar. Y veo que ha seguido y está delante de nosotros, sobre Cannon Mountain. Y pienso que cuando pase más allá de «El Viejo de la Montaña»...

(Se refiere a una formación natural de piedras que se ha convertido en el símbolo de New Hampshire.)

Ése será un buen observatorio para ver de una vez qué es ese objeto. Y pienso informar a las autoridades.

DOCTOR:

Así, ¿cree usted que es una avioneta?

BARNEY:

Lo que quisiera saber es cómo pueden ser pilotos militares los que guían ese avión. No debieran comportarse así. No debieran comportarse así. Por culpa de ellos, cualquiera puede sufrir un accidente. ¿A quién se le ocurre volar de esa manera? ¿Y si se me echan encima? Los pilotos militares debieran ser más conscientes.

DOCTOR:

¿Era un avión de un solo motor?

BARNEY:

Lo ignoro.

DOCTOR:

¿Dice que no tenía hélice?

BARNEY:

(Con la misma voz átona y monótona de siempre.)

Yo no vi ninguna.

DOCTOR:

¿Había suficiente luz para verlas?

(Durante todo el interrogatorio, el doctor está tanteando, volviendo a tantear, estimulando.)

BARNEY:

Era como una luz que se mueve por el cielo. Y no oí ningún ruido. Y pensé: «Esto es ridículo.» Y...

(Está hablando como si Betty estuviera con él.)

¡Betty! Esto no es un platillo volante. ¿Por qué dices esas cosas? Eres tú quien quiere creerlo, no yo.

(Su voz vuelve a ser monótona y muerta.)

Y sigue allí arriba. Y yo querría que pasase algún policía del Estado o cualquiera, porque esto es peligroso.

DOCTOR:

¿Qué peligro había?

BARNEY:

Estoy pensando en bañarme en French Creek, con mis dos hijos. Y este avión me pasa por encima y se nos echa encima y para a unos centímetros de altura sobre el parque del Estado.

(El movimiento del objeto en el cielo recordó a Barney un incidente semejante, que le había ocurrido hacía algún tiempo con un avión, que le produjo honda impresión. Es interesante comprobar cómo se relacionan las reminiscencias y cómo conservan la claridad y la viveza, a pesar del tiempo transcurrido.)

DOCTOR:

¿En French Creek?

BARNEY:

En Pennsylvania. French Creek, en Pennsylvania.

DOCTOR:

¿Era una avioneta?

BARNEY:

No, un avión de propulsión a chorro. Y lo sentí casi rozarme

el pecho. La explosión cuando volvió a tomar altura. Y mis orejas querían reventar. Y pensé en esto. Y me enfadé con este avión, que vuela en torno a mí. ¿Por qué lo hace? Y es que la explosión supersónica asusta.

(Se refiere a la explosión supersónica del avión de propulsión a chorro que rompió la barrera del sonido en French Creek. Barney teme que esto mismo vuelva a ocurrir allí, en White Mountain.)

DOCTOR:

¿El avión de propulsión a chorro?

BARNEY:

Sí. French Creek.

DOCTOR:

Si ese avión que a usted le pareció una avioneta produjo algún ruido, puede usted oírlo ahora.

(El paciente puede «oír» de nuevo los sonidos de sus experiencias pasadas.)

BARNEY:

No oigo absolutamente nada.

DOCTOR:

¿Absolutamente nada?

BARNEY:

(Casi en tono de queja.)

Lo que quiero oír es un avión de propulsión a chorro. ¡Ay! ¡Tengo unas ganas tremendas de oírlo! Quiero oírlo.

(Se refiere al ruido del motor, no al de la explosión supersónica. Siente fuertes deseos de relacionar ese objeto misterioso con la realidad.)

DOCTOR:

¿Por qué? ¿Por qué siente tantos deseos de oír un avión de propulsión a chorro?

BARNEY:

Porque Betty me está poniendo furioso. Me está poniendo furioso porque me dice: «¡Míralo, qué extraño! ¡No es un avión! ¡Míralo!» Y yo sigo pensando: «Pues tiene que serlo.» Y quiero oír el zumbido del motor. Quiero oír el motor.

DOCTOR:

¿Estaba muy lejos?

BARNEY:

Estaba... pues... No, no lejos. A unos trescientos metros de altura, creo yo.

DOCTOR:

¿Trescientos metros?

BARNEY:

Trescientos metros.

DOCTOR:

Si fuera una avioneta, ¿cree usted que volaría tan silenciosamente a esa distancia?

BARNEY:

(Que es veterano observador de aviones.)

No... Sé muy bien que no era una avioneta.

DOCTOR:

(Insistiendo, en busca de datos concretos y de contradicciones.)

¿Y cómo sabe usted tanto sobre avionetas?

BARNEY:

Creí que sería una avioneta porque las había visto amarando en el lago Winnipesaukee. Y las he visto (con tren de aterrizaje anfibio) aterrizar también en hielo. Y paré el coche, y Betty y yo dijimos: «Mira, por ahí va otro.» Y nos gustaba mirar esos aviones. Y yo sabía que estábamos en una montaña, donde también había visto avionetas, y por eso creí que aquello era una avioneta.

DOCTOR:

De acuerdo.

BARNEY:

Pero no lo era. Iba a demasiada velocidad. Se movía con demasiada rapidez. Subía y bajaba. Daba vueltas con tanta rapidez...

(En su voz se nota cada vez más asombro, como si estuviera viendo de nuevo el objeto de que habla.)

Podía lanzarse en una dirección... y dar marcha atrás.

DOCTOR:

¿Avanzaba y daba marcha atrás o describía círculos?

BARNEY:

Iba... iba al Oeste y, luego, sin dar la impresión de haber dado la vuelta, volvía en dirección contraria. Iba como un...

(Vacila, buscando un símil adecuado.)

Me hace pensar en una pelota atada a una raqueta con una goma larga. Uno golpea la pelota y la pelota sale despedida y vuelve por donde se fue, sin describir ningún círculo. Y pienso

que sólo un avión de propulsión a chorro podría moverse con tanta rapidez. Y me gustaría encontrar un buen lugar de observación para ver bien este objeto, lo que sea. Y veo un wigwam y reconozco este lugar y me siento seguro. Y me siento... rodeado por la hostilidad estéril de este lugar boscoso...

(Se refiere al wigwam comercial, cerrado ahora por haber terminado la temporada turística, pero donde en verano se vendían recuerdos de Indian Head.)

DOCTOR:

¿En qué sitio se encuentra?

BARNEY:

En Indian Head. Ya había estado allí en otras ocasiones. Y me siento más tranquilo por estar en un lugar conocido. Y me digo que lo mejor es fijarme bien en ese objeto, porque Betty estaba poniéndose muy pesada. Estaba poniéndose pesada porque no hacía más que decirme: «¡Mira!» Y yo no podía mirar, porque tenía que conducir el coche.

DOCTOR:

¿Cree usted que lo decía en serio?

BARNEY:

Sé positivamente que lo decía en serio.

DOCTOR:

¿Estaba excitada?

BARNEY:

Y Betty se excita muy raras veces. No se siente... no se deja llevar por las cosas como yo, ni se excita súbitamente. Y esto, esto me irritó, porque advertí que estaba excitada. Y no podía estarlo por nada, tenía que haber algo que la excitara.

DOCTOR:

Dijo usted que le parecía que Betty estaba intentando convencerle de que aquello era un platillo volante. ¿Habían hablado ustedes de platillos volantes?

BARNEY:

No.

(No está seguro de lo que pregunta el doctor; así, pues, le pide que se lo aclare.)

¿Quiere decir que si no hemos hablado nunca de eso? ¿A cuándo se refiere usted?

DOCTOR:

Me refiero a si han hablado de ello alguna vez, cuando sea.

BARNEY:

Sí. Hemos hablado de platillos volantes. Y nunca he oído decir a nadie nada definitivo, excepto afirmar que existen. Betty decía que creía en ellos.

DOCTOR:

¿Creía en ellos, su mujer?

BARNEY:

Yo pensaba... que no era importante. Yo no creía en ellos.

DOCTOR:

Pero ella, sí. ¿No es eso?

BARNEY:

Sí, Betty creía en platillos volantes.

DOCTOR:

¿Y tenía alguna razón para creer en ellos?

BARNEY:

Su hermana. Estoy pensando en algunas visitas que hicimos a su madre y su hermana, que viven en Kingston, New Hampshire. Viven en una zona tranquila y agradable, donde sólo hay tres casas. Las de sus dos hermanas y la de su madre. Y, de noche, se puede mirar al cielo y ver millones de estrellas. Y uno piensa: «¡Qué bello es esto!» Y estábamos hablando de satélites. Los rusos han lanzado el Sputnik. Y su padre estaba hablando de eso y decía que desde allí se ven satélites, a ciertas horas. Y empezamos a hablar de volar, y de vida en otros planetas. Y, entonces, la hermana de Betty dijo que ella había visto un objeto volando, largo, en forma de cigarro puro, y que otros objetos menores se le acercaban y se apartaban de él.

(En los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos hay docenas de informes sobre apariciones de este tipo.)

Yo escuchaba, pero no criticaba lo que oía. Pero no pensaba en ello, me limitaba a escuchar y me sentía ajeno e indiferente a la conversación. Pero no he vuelto a hablar de platillos volantes desde mil novecientos cincuenta y siete, que fue cuando hablamos del Sputnik. Y lo otro fue en mil novecientos sesenta y uno.

DOCTOR:

Bueno; pues volvamos ahora a mil novecientos sesenta y uno. Y usted está buscando un sitio desde donde poder observar este objeto. Y Betty no hace más que irritarle con su insistencia.

BARNEY:

(Brusca y ásperamente.)

¡Quiero despertar!

(Esto es indicio de que el paciente está quizás al borde mismo de un recuerdo doloroso, un recuerdo con el que no quiere enfrentarse ni siquiera en pleno trance. El doctor Simon advierte en este momento que puede producirse una violenta reacción emocional.)

DOCTOR:

(Con firmeza.)

No se despertará usted. Está usted profundamente dormido. Está usted a gusto, descansado. Esto no va a causarle el menor daño. Continúe. Ahora, puede recordarlo todo.

BARNEY:

(Empieza a excitarse visiblemente.)

¡Está precisamente encima de mí, a mi derecha! ¡Santo Dios! ¿Qué es?

(Su voz empieza a traicionar un cierto temblor.)

Y yo estoy tratando de dominarme, para que Betty no advierta que tengo *miedo. ¡Dios santo, tengo miedo!*

DOCTOR:

(Su voz es tranquila, muy tranquila, y firme, frente a la emoción, cada vez mayor, de Barney.)

Todo va bien. Continúe usted con su experiencia, no le hará ningún daño, ahora.

(Barney prorrumpe en sollozos entrecortados; luego, empieza a gritar.)

BARNEY:

¡Un arma! ¡Me hace falta un arma!

(Grita de nuevo, sus sollozos se vuelven incontenibles. El doctor tiene que enfrentarse ahora con una decisión difícil: imponer amnesia al paciente y sacarle del trance, o forzarle a seguir adelante con su experiencia, hacia una liberación de sensaciones (abreacción). Además, lo normal es que el período amnésico aparezca en algún punto de esta zona mnemónica y aún no ha sido penetrado.)

DOCTOR:

(Con mucha firmeza.)

Duérmase. Ahora, puede olvidar. Ya ha olvidado.

(Permite a Barney un alivio momentáneo.)

Ahora, ya está usted tranquilo. Sumamente tranquilo. Ya no hay motivo para que grite.

(Ahora, le vuelve al incidente. La reacción violenta de Barney se aquieta un poco, pero sigue respirando pesadamente.)

Pero, ahora, puede recordar. Siga recordando. Piensa usted que necesita un arma.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Tuvo la impresión de que ese objeto le haría daño.

BARNEY:

(Habla muy excitado.)

Sí. Abrí la caja de herramientas del coche y saqué la llave de las tuercas... parte del gato. Y me subí de nuevo al coche.

(Aumenta de nuevo su terror.)

DOCTOR:

Sí, muy bien, no pierda el dominio de sus nervios.

BARNEY:

Y puse la llave de las tuercas junto a mí. Y, entonces, me bajé con los gemelos.

(Con un terror sordo.)

Y está *aquí*. Y miro. Y miro. Y está precisamente en el campo. Y pienso, pienso... que no tengo miedo. No tengo miedo...

(Pero su voz traiciona terror.)

Voy a enfrentarme con él. Y ando. Y voy andando y cruzo andando la carretera. ¡Ahí está! ¡Delante de mí! ¡Oh, Dios!

(Prorrumpe de nuevo en gritos.)

DOCTOR:

Está aquí. Lo ve. Pero no le harán el menor daño.

BARNEY:

(Profundamente excitado.)

Pero ¿por qué no se va de aquí? ¡Mírele!

(Se oye un jadeo muy fuerte.)

¡Hay un hombre ahí dentro! Es... es... ¿Es el capitán? ¿Qué es? Me... me está mirando.

DOCTOR:

Un momento. Volvamos un poco sobre nuestros pasos. Dijo usted que el objeto estaba allí. ¿A trescientos metros de distancia?

(El doctor se refiere, ahora, a la última vez que Barney mencionó distancias. En el espacio de tiempo que abarca el recuerdo

de Barney el objeto se ha situado ahora a una altura ligeramente superior a la de los árboles y a unos cientos de pasos de Barney, como este mismo recordó más tarde. Barney estaba en el campo, solo.)

BARNEY:

No, no.

DOCTOR:

¿Serían novecientos metros?

BARNEY:

No. No parece que esté tan lejos. Es muy grande. ¡Y veo que está inclinado hacia mí!

DOCTOR:

Y, ahora, ¿qué aspecto tiene?

BARNEY:

(Vacila mucho, como si estuviera observando cuidadosamente el objeto que está sobre él, en el cielo, pero mucho más tranquilo, ahora, y mucho más objetivo.)

Parece... una torta... grande. Con ventanas... e hileras de ventanas y luces. No, luces, no. Sólo una luz enorme.

DOCTOR:

¿Hileras de ventanas? ¿Como las de un avión comercial?

BARNEY:

Hileras de ventanas. No son como las de los aviones comerciales, porque son curvas, a lo largo de un lado entero de esta... esta torta. Y me digo: «¡Dios santo, no! Tengo que mover la cabeza, tengo... tengo... Esto no puede ser verdad. Estoy viendo visiones.»

(Suspira profundamente, casi gime.)

Oh, pero si sigue aquí...

(En su voz se percibe un tono de fatalismo y resignación.)

Y miro... miro carretera arriba y carretera abajo. ¿Por qué no viene nadie? ¿Por qué no viene nadie a decirme que estoy viendo visiones? No *puede* ser, pero...

DOCTOR:

Está usted a salvo. Ahora, puede verlo todo con claridad.

BARNEY:

(Completamente resignado.)

Está ahí.

DOCTOR:

(Es posible que Barney esté soñándolo. El doctor insistirá en este punto.)

Aquella noche, no había dormido usted, ¿no es cierto?

BARNEY:

Me pellizqué el brazo derecho... No, no fue el brazo derecho, fue el izquierdo. Estoy muy confuso.

DOCTOR:

Ahora, lo ve todo claramente, tranquilícese.

BARNEY:

(El tono de fatalismo que se percibe en su voz se acentúa.)

Sigue ahí.

(Como si se le ocurriera de pronto una idea.)

Si dejo caer los gemelos y dejo que me cuelguen del cuello... y empiezo otra vez, a lo mejor resulta que cuando vuelva a mirar ya se ha ido de ahí.

(Resignado, parece dispuesto a hacer lo que dice, como si fuera un rito mágico de defensa, como poner los dedos en cruz.)

Pero sigue ahí.

(Ahora, con incredulidad en la voz.)

¿Por qué? ¿Qué *quieren*? Una persona me mira con ojos amistosos. Tiene aspecto amistoso. Y me está mirando... Vuelve la cabeza por encima del hombro derecho. Y sonríe... Pero... pero...

DOCTOR:

¿Le veía usted con claridad?

BARNEY:

Sí, desde luego.

DOCTOR:

¿Cómo era su rostro? ¿Qué le recordó a usted?

BARNEY:

Era redondo.

(Hace una pausa momentánea. Luego, sigue:)

Me hizo pensar... me hizo pensar... en un irlandés pelirrojo. No sé por qué.

(Otra pausa. Luego, sigue:)

Sí, creo que sé por qué. Porque los irlandeses suelen mostrarse hostiles a los negros. Y cuando veo un irlandés que me parece amigo, reacciono pensando que también yo tengo que ser afable con él. Y creo que éste que me mira por encima del hombro es amigo.

DOCTOR:

Dice que le mira por encima del hombro. ¿Estaba, entonces, de espaldas a usted?

BARNEY:

Sí. Estaba de cara a una pared.

DOCTOR:

¿Y usted le vio por la ventana? Dijo que había una hilera de ventanas.

BARNEY:

(Procurando hablar con mucha precisión.)

Había una hilera de ventanas. Una enorme hilera de ventanas. Sólo estaban divididas por columnitas... o por estructuras, por esto no formaban una sola ventana continua. Y el rostro maligno del...

(Comienza a decir la palabra «jefe».)

Parece un nazi alemán. Es un nazi...

(En su voz se nota un tono interrogante.)

DOCTOR:

Es un nazi. ¿Llevaba uniforme?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Qué clase de uniforme?

BARNEY:

(Con cierta sorpresa.)

Pues tenía una bufanda negra arrollada al cuello, que le caía sobre el hombro izquierdo.

(En pleno trance, ilustra sus palabras con ademanes.)

DOCTOR:

Por sus ademanes, se diría que la lleva usted puesta.

BARNEY:

(Casi como hablando consigo mismo.)

Pero no lo había notado hasta ahora.

DOCTOR:

¿Dice usted que llevaba una bufanda negra en torno al cuello?

(Otro tanteo a fondo:)

¿Cómo pudo ver esas figuras tan claramente, a tanta distancia?

BARNEY:

Es que les miraba con los gemelos.

DOCTOR:

¡Ah, ya! ¿Tenían rostros como los de la gente? Dijo usted que uno parecía un irlandés pelirrojo.

BARNEY:

(Describe la escena muy lenta y cuidadosamente.)

Los ojos eran oblicuos. ¡Oh! Sus ojos eran *oblicuos.* Pero no como los de los chinos. ¡No, en absoluto!

(Bruscamente.)

Tengo la impresión de que soy un conejo. Exactamente, un conejo.

DOCTOR:

¿Qué quiere decir?

BARNEY:

(Rememora una escena de su vida pasada, una escena que pasó como un relámpago por su mente cuando estaba en el campo oscuro de Indian Head. Este tipo de reminiscencia demuestra el impacto de las primeras experiencias en las experiencias presentes, cuando ambas son emocionalmente similares.)

Estaba cazando conejos en Virginia. Y este conejito tan mono se metió en un arbusto no muy grande. Y mi prima Marge estaba a un lado del arbusto y yo, al otro... con un sombrero. Y el pobre conejito se creía seguro. Y me hizo gracia, porque estaba precisamente detrás de un tallo fino, que, para él, era el equivalente de la seguridad más completa... Hasta que yo caí sobre él y le cubrí con mi sombrero, capturando al pobre conejito que se creía a salvo.

(Hace una breve pausa, meditando.)

Tiene gracia haber pensado en esto... y precisamente en aquel campo.

(Repite esta frase, como para sus adentros.)

Me siento como si fuera un conejo.

DOCTOR:

¿Y qué estaba haciendo Betty, entretanto?

BARNEY:

No la oigo.

(Más adelante, en uno de sus muchos viajes al lugar del suceso, los Hill comprobaron esto; era difícil oír a la distancia aproximada que mediaba entre Barney y el coche.)

DOCTOR:

¿Gritó usted a Betty como me ha gritado a mí, ahora?

BARNEY:

No... No me acuerdo... No sé.

(Es un intento de eludir la respuesta en estado hipnótico, pero tiene que acordarse, porque sigue hablando como si se diera cuenta de ello:)

No, no grité.

DOCTOR:

De lo contrario, se acordaría usted.

BARNEY:

(Sus pensamientos parecen fijos en el objeto volante, no en lo que está diciéndole el doctor.)

No, no grité. Este ser extraño me está diciendo algo.

DOCTOR:

¿Diciéndole algo? ¿Cómo? ¿Cómo consigue comunicarse con usted?

BARNEY:

Se lo noto en la cara. No, sus labios no se mueven.

DOCTOR:

Continúe. Le está diciendo algo.

BARNEY:

(Su voz comienza a alterarse de nuevo por la emoción; es una emoción intensa.)

Y me está mirando. Y sólo me dice esto: «No temas.» No soy un conejo, voy a estar... voy a estar a salvo de todo. No me dijo que yo era aquel conejito.

DOCTOR:

¿Qué le dijo?

BARNEY:

(Como repitiendo algo que le han dicho.)

«Sigue donde estás... Y sigue mirando... Y sigue donde estás. Y sigue mirando, no hagas otra cosa, limítate a seguir mirando.»

DOCTOR:

¿Le oía usted decirle esto?

BARNEY:

Me quité los gemelos de los ojos, porque, si no, tendría que seguir allí, inmóvil.

DOCTOR:

¿Le oyó usted decirle esto?

BARNEY:

No, no, no lo dijo.

(El temblor de su voz aumenta.)

DOCTOR:

¿Usted lo *sintió* en vez de oírlo?

BARNEY:

(Con mucha firmeza.)

Lo sé.

DOCTOR:

¿Sabe usted que fue eso lo que le dijo?

BARNEY:

Sí. «Sigue donde estás.» Eso fue lo que me dijo.

(Su voz traiciona ahora un terror intenso.)

¡Me está golpeando en la cabeza!

(Vuelve a gritar.)

¡Tengo que escapar, tengo que escapar de aquí!

DOCTOR:

(Rápida y firmemente.)

Muy bien. Muy bien. Tranquilícese.

BARNEY:

(Aún sin aliento.)

Tengo que escapar.

DOCTOR:

Tranquilícese. ¿Y cómo está usted tan seguro de que fue eso lo que le dijo?

BARNEY:

(Habla con miedo, ahora.)

¡Sus ojos! ¡Sus ojos! ¡Nunca vi ojos como aquéllos!

DOCTOR:

Dijo usted que eran amistosos.

BARNEY:

No la mirada del jefe. Dije que era amistoso el que me miraba por encima del hombro.

DOCTOR:

¿Y cómo advirtió que el otro era el jefe?

BARNEY:

(De nuevo con su voz monótona y circunspecta.)

Porque todos se movían de un sitio para otro, todos estaban en pie, mirándome. Pero todos se movían de un sitio para otro. Los mandos del objeto estaban... o iban a un tablero, o algo que parecía un tablero. Y éste de la chaqueta negra y brillante y la bufanda era el único que seguía junto a la ventana.

DOCTOR:

Tenía los ojos oblicuos. ¿Y qué le recordó este detalle?

Barney:

No sé. Nunca he visto ojos oblicuos como aquéllos.

(Hace cuidadosos ademanes, tratando de describir los ojos.)

Al comienzo eran redondos... Y, luego, se volvían así... y así. Y, luego, iban para arriba, así. ¿Quiere que se los dibuje?

Doctor:

¿Quiere dibujarlos?

Barney:

Sí.

Doctor:

Voy a darle un lápiz y un bloc.

(Se lo da.)

Ahora, puede abrir los ojos y dibujar lo que quiera. Puede dibujarlo, ahora. Empiece.

(Profundamente hipnotizado, el paciente puede abrir los ojos sin que el trance ceda en absoluto. Cuando despierte, no le quedará recuerdo alguno de lo que ha hecho, a menos que el hipnotizador le ordene recordarlo. Barney Hill no es buen dibujante, y el trance en que está sumido tampoco le facilita la tarea. Hace un esbozo sencillo, pero claro, y se lo entrega al doctor. Luego, continúa hablando:)

Barney:

Estoy conduciendo.

Doctor:

¿Está de nuevo en el coche?

Barney:

Sí.

Doctor:

¿Ya dejó los gemelos?

Barney:

Los dejé en el asiento.

Doctor:

Sí. Y, acto seguido, subió al coche. ¿Habló con Betty?

Barney:

Estoy tratando de dominarme. Me estoy diciendo a mí mismo: «No lo olvides, tienes que mostrarte fuerte, sabes conducir.» A Betty, le dije que mirase... El objeto aún seguía dando vueltas en torno a nosotros. Lo *sentía,* sentía su proximidad. Lo vi cuando pasamos junto a él. Cuando bajé del coche, estaba dando vueltas, de modo que seguía cerca de nosotros. *Estoy seguro* de que seguía cerca de nosotros.

(Con convencimiento en la voz.)

Sí... Ahí fuera, pero no sé dónde.

(Con auténtica sorpresa.)

Es curioso

Doctor:

Sí. Hable un poco más alto.

Barney:

(Obedece. El asombro que se nota en su voz aumenta considerablemente.)

Conozco la carretera n.º 3.

(Ahora, se produce otro crescendo *emocional.)*

¡Esos ojos, esos ojos! ¡Los tengo clavados en el cerebro!

(Quejumbrosamente.)

Por favor, ¿puedo despertar?

(Con este ruego, trata de liberarse de su angustia.)

Doctor:

(Tranquilizadoramente.)

Siga dormido un poco más. Acabaremos en seguida.

Barney:

(Su voz se vuelve ahora soñadora y pensativa.)

De acuerdo, de acuerdo... Es curioso, ¿verdad? ¡Tanto bosque...! La perra esa. Sigue en el coche. ¿Verdad que es curioso? ¡Sigue en el coche!

Doctor:

¿No ladra?

Barney:

(Sorprendido por la pasividad de Delsey.*)*

No, sigue allí, como si nada.

Doctor:

¿Y Betty?

Barney:

(La tranquila sorpresa que expresa su voz va en aumento, pero sus temores han cedido algo.)

No sé.

Doctor:

¿No dice nada?

Barney:

(Está reviviendo la escena con gran intensidad. No parece oír lo que dice el doctor.)

No... no comprendo. ¿Están robándonos? No... no... no... No sé.

DOCTOR:

¿Y por qué piensa que están robándoles?

BARNEY:

(Hace una pausa significativa. Luego:)

Sé lo que estoy pensando, pero no quiero decirlo.

DOCTOR:

Pero a mí sí puede decírmelo. A mí puede decírmelo, ahora.

BARNEY:

(Completamente dominado por el terror.)

¡Son... son *hombres*! Hombres con guerreras oscuras. Y yo no tengo dinero, no tengo nada.

(Con mucho asombro, ahora.)

No sé.

(Vuelve el terror.)

¿Es un accidente lo que veo en la carretera? ¿Qué es esa luz roja? ¿Esa luz roja brillante?

DOCTOR:

¿Roja brillante?

BARNEY:

Sí. Entre naranja y rojo.

DOCTOR:

¿Qué es? ¿Dónde está?

BARNEY:

Ahí abajo, carretera abajo.

DOCTOR:

¿Carretera abajo?

BARNEY:

(Reviviendo la escena, más que respondiendo al doctor.)

Y no tengo motivo para sentir miedo, pero no quieren hablarme.

DOCTOR:

¿No quieren hablar con usted? ¿Quiénes?

BARNEY:

Los hombres.

DOCTOR:

¿Están en el objeto volante?

BARNEY:

No, en la carretera.

DOCTOR:

¿Hay hombres en la carretera?

BARNEY:

Sí. No quieren hablar conmigo. Son sus ojos tan sólo los que hablan conmigo. No... no... no... no... comprendo esto. Son ojos sin cuerpo. Sólo ojos, nada más.

(Ahora, habla como si estuviera pasando a otro estado consciente distinto, casi catatónico. Como si sus ojos estuvieran fijos, concentrados por completo en otro par de ojos. Luego, bruscamente, vuelve a hablar con extraordinario alivio en la voz.)

Lo sé. Lo sé.

(Como meditando.)

Sí, esto es lo que tiene que ocurrir.

(Ríe monótonamente, como tranquilizándose a sí mismo, y bajo.)

Ya sé lo que es. Es un gato salvaje. Un gato salvaje subido a un árbol.

(El alivio que se nota en su voz es grande, como si buscara algo que tenga una base real, como si buscara algo que explique un fenómeno insólito. Luego, ya no se muestra tan seguro.)

No. No. Ya sé lo que es. Es el gato de Cheshire que sale en *Alicia en el País de las Maravillas*. ¡Pse! Eso no tiene por qué asustarme. También desapareció y ya sólo quedan los ojos. Todo va bien. No tengo miedo.

DOCTOR:

Usted no vio esto...

BARNEY:

Sí que lo vi.

DOCTOR:

¿Lo vio? ¿Y ve todavía a ese hombre?

BARNEY:

(Parece sumido de nuevo en sus propios pensamientos.)

Los ojos me están diciendo: «No tengas miedo.»

DOCTOR:

¿Los ojos del jefe?

BARNEY:

Al jefe, ni siquiera le veo.

DOCTOR:
Son otros ojos, entonces.
BARNEY:
(Con certidumbre.)
Sólo veo esos ojos.
DOCTOR:
Los ojos, pues.
BARNEY:
Ni siquiera me asusta que no estén unidos a un cuerpo. Están *ahí*, solos. Están junto a mí, apretándose contra los míos. Tiene gracia, no tengo miedo.
DOCTOR:
Bueno, veamos, ¿qué le pasó al objeto volante?
BARNEY:
No veo ningún objeto volante.
DOCTOR:
¿Desapareció?
BARNEY:
Está ahí. No, no desapareció. Pero no lo veo. Estoy ahí, solo. *(Esto, naturalmente, sorprende al doctor, pero tiene que llevar la corriente al paciente, vivir con sus pensamientos y sus revelaciones y tratar de sonsacarle lo que ha visto y experimentado, sin darle demasiadas instrucciones y permitiéndole expresarse a su gusto.)*
DOCTOR:
¿Y dónde estaba usted? ¿En el coche?
BARNEY:
No. Como en el aire. Como flotando en el aire.
(Su voz parece ahora llena de alivio.)
¡Qué raro...! Flotando... Eso, flotando. Quie... quie... quiero volver al coche. ¡Flotando, como lo digo!
DOCTOR:
Pero, ¿flotando de verdad o se lo parecía?
BARNEY:
Me lo parecía.
DOCTOR:
¿Sigue usted fuera del coche?
BARNEY:
No.

DOCTOR:
¿En el coche, entonces?
BARNEY:
No, en el coche, no. Ni siquiera estoy cerca del coche. No estoy entre los árboles. No estoy en la carretera.
DOCTOR:
Pues, ¿dónde están esos hombres?
BARNEY:
No sé...
DOCTOR:
¿En la carretera?
BARNEY:
No sé...
(Insiste, frívolamente.)
Estoy flotando, eso, flotando.
(Ahora, parece como suspendido en el aire. En este momento, se expresa como si estuviera hablando directamente a Betty.)
¡Jeje, Betty! Es lo más divertido que te puedas imaginar, Betty. Nunca creí en platillos volantes, pero, la verdad, no sé... Es lo más misterioso que hay. Sí, bueno, creo que lo mejor es no hablar de esto con nadie, es demasiado ridículo. ¿No te parece? ¿De dónde vendrá esa gente? ¡Jeje! Me gustaría tener el... Me gustaría haberme ido con ellos...
DOCTOR:
¿Le gustaría haberse ido con ellos?
BARNEY:
Sí. Fíjese, ¡qué experiencia tan interesante, ir a un planeta lejano!
(Una pausa. Reflexiona. Luego:)
Quizás esto pruebe la existencia de Dios.
(Otra pausa breve)
¿No es cierto que tiene gracia? Ir a buscar a Dios a otro planeta...
(Luego, como hablando directamente a Betty:)
¿Estabas asustada? Yo, no. No, yo no estaba asustado. No estaba asustado, de verdad. Es ridículo que tú y yo estemos aquí hablando de esto, mano a mano.
(Ahora, el tono de su voz cambia, como si hubiera pasado mucho tiempo... Algo muy inquietante está siendo omitido... Esto parece resultado del apagón producido por la amnesia.)

Bueno..., se diría que estamos llegando a Portsmouth un poco más tarde de lo que yo había previsto...

(Su voz se pierde. El doctor aguarda un momento, decide dejar la solución de esto hasta que le sea posible aquilatar el efecto que la sesión ha producido en el paciente.)

DOCTOR:

Bueno. Aquí paramos. Ahora, puede usted sentirse tranquilo y a gusto. Esta vez, olvidará todo lo que hemos hablado, hasta que yo le diga que lo recuerde de nuevo. Lo olvidará todo, todo lo que hemos hablado hasta que yo le ordene recordarlo.

(La repetición es intencionada, para dar más fuerza a la orden.)

Esto no le angustiará, no le preocupará. No estará usted inquieto. Seguirá tranquilo y descansado y no experimentará dolores ni angustias. Recordará lo que yo quiero que recuerde, hará lo que yo quiero que haga. Olvidará lo que ha recordado hasta ahora y sólo lo recordará cuando yo se lo diga. Ahora, descanse. No experimente dolores ni angustia... Muy bien, Barney, puede despertar ahora, se sentirá usted descansado y tranquilo.

(Barney abre los ojos, un poco confuso aún. Pero vuelve rápidamente al estado consciente.)

BARNEY:

(Mirando su reloj de pulsera.)

¡Dios mío! ¡Las nueve y nueve! ¿No vinimos aquí a las ocho y diez?

DOCTOR:

Sí.

BARNEY:

¿Dónde he estado?

DOCTOR:

Aquí, conmigo.

BARNEY:

¿Dónde están mis ciga...? ¿No me disponía a coger un cigarrillo?

DOCTOR:

Volvió usted la cabeza hacia allá. Coja uno, ahora, si quiere.

BARNEY:

Creí que había entrado aquí y que usted me dijo que me sentara... Usted me dijo que me sentara en esta silla... Entonces, iba yo a coger un cigarrillo, pero no llegué a cogerlo.

DOCTOR:

(Observa cuidadosamente las reacciones de Barney para cerciorarse de que ha salido completamente del trance.)

¿Cómo se encuentra?

BARNEY:

Muy bien.

DOCTOR:

Me alegro. ¿Sabe lo que ha ocurrido aquí?

BARNEY:

Usted me hipnotizó. Ya sé para qué lo hizo, pero...

(Se produce una pausa.)

DOCTOR:

Vaya, todo va bien. Continuaremos la semana próxima. Dentro de una semana...

Había tenido lugar la primera exploración de lo desconocido. Pero apenas había sido posible penetrar el velo amnésico. Ninguno de los tres sospechaba siquiera qué sucedería después de esto; por ahora, el único que sabía lo que había sido descubierto ya era el doctor.

Durante el transcurso de esta sesión, Betty estuvo aguardando con cierta inquietud en la salita de espera. Había fingido que hojeaba un ejemplar del *New Yorker* y, luego, otro del *McCall's Magazine*, pero no se fijaba en lo que leía. El cuarto de espera del doctor Simon está junto a la entrada. Aunque el despacho está a prueba de ruidos, Betty advertía que Barney sufría crisis emocionales de cuando en cuando, al llegar a puntos cruciales de la experiencia. Comprendiendo que esto tenía que ocurrir, el doctor había citado a los Hill a una hora en que no tenía clientes.

Como el edificio estaba completamente silencioso, las dos crisis principales de Barney parecieron más ruidosas por causa del silencio reinante y por la intensa atención que Betty prestaba a cuanto pudiera suceder.

—Lo sentí en mí misma de tal manera que me quedé allí sentada, llorando todo el tiempo —recuerda Betty Hill—, y seguí sentada allí, preguntándome cómo se encontraría Barney cuan-

do saliera de la consulta. Oí dos crisis grandes, la segunda menor que la primera. El resto del tiempo me pareció relativamente tranquilo. Así, pues, esperé, esperé a que saliera, y la verdad es que me quedé sorprendida cuando salió, porque tanto él como el doctor estaban sonriendo, parecían completamente a gusto y esto me sorprendió. Por ese motivo me dije que lo mejor sería no decirle a Barney que le había oído llorar y gritar. Me hice la tonta y le pregunté qué había ocurrido. Le pregunté si se encontraba mal y me dijo que no, que se encontraba muy bien. «No hay motivo de inquietud», me dijo.

Barney no recordaba nada de lo ocurrido durante la sesión, excepto algunas impresiones vagas e inciertas. Le parecía que sólo había estado hipnotizado algunos minutos. No sentía la menor inquietud o molestia y la única prueba de que la sesión había durado más de hora y media la daba su reloj.

En el acto, mostró curiosidad por saber qué le había ocurrido durante la sesión, pero, naturalmente, no podía conocerlo hasta que el doctor le diera la orden de recordarlo. No se notaba ninguna sensación relacionada con el tiempo olvidado.

De vuelta a Portsmouth, pararon en el restaurante llamado «International Pancake House», local brillante situado en la carretera n.º 1, que conduce a New Hampshire, cerca de Saugus.

Pidieron un abundante desayuno. Betty seguía preguntándole cómo se sentía, y aunque ella también había sido hipnotizada durante las sesiones de prueba, experimentaba gran curiosidad por conocer con todo detalle la reacción de Barney después de una sesión en toda regla. Barney la tranquilizó, le dijo que no se inquietara, y Betty no le dijo que había estado llorando durante casi todo el tiempo que él había pasado en el despacho del doctor.

Barney se sintió completamente a gusto hasta que llegaron a su casa, en Portsmouth. Entonces, empezó a experimentar un miedo espantoso a algo, a algo completamente vago e indefinido, a algo que le producía una vaga sensación de culpabilidad. Esta sensación le llenó de terror, porque era como si alguna cosa dura le apretara la cabeza. No lo relacionó directamente con la hipnosis. Dice que era como si tuviese algo enterrado en el subconsciente, que tratara de salir a la conciencia. Se sintió tan inquieto que decidió llamar al médico para consultarle sobre ello; pero, luego, cambió de idea y prefirió esperar. Persistía en

su mente la idea de que era mejor no seguir adelante con el programa o, por lo menos, pedir al doctor que siguiese con Betty y le concediese cierto descanso a él. Pero sus temores fueron desvaneciéndose y el deseo, urgencia más bien, de llegar a penetrar en el misterio, volvió a dominarle.

CAPITULO VI

Cuando, aquel sábado por la mañana, Barney Hill salió de la consulta después de su primera sesión, el doctor Simon dictó lo siguiente en su magnetófono:

> Durante las partes explosivas de las revelaciones del paciente, noté una descarga emocional muy pronunciada. Las lágrimas le corrieron por las mejillas, se asía la cabeza y el rostro y se agitaba de manera angustiosa. Cuando me explicó cómo eran los ojos, hizo círculos en el aire con las manos tratando de describir la forma de aquellos ojos, que acabó por dibujar. De hecho, lo que dibujó es una curva que representa la parte izquierda del rostro y trazó el ojo en ella, sin más detalles. Cuando le pregunté qué ojo era, pareció algo confuso. Luego, dibujó el resto de la cabeza y puso también el otro ojo y el gorro, con la visera. Y, luego, como si se le hubiera ocurrido en aquel momento, añadió la bufanda. Mrs. Hill ha sido inducida, por medio de sugerencia posthipnótica, para que esté dispuesta cuando le llegue el momento de ser interrogada. Estuvo en la sala de espera durante todo el tiempo que duró la sesión.

Esta primera sesión puso en evidencia que Barney sólo había rozado parcialmente el umbral del cuarto oscuro de su memoria consciente sobre lo sucedido aquella noche en Indian Head. Todavía no disponían más que de una descripción vaga e inconexa, como vista en sueños, del enorme objeto volante que se había echado sobre ellos, una extraña sensación de estar como flotando, un accidente, aún sin detalles, en la carretera, y figuras en mitad

de la carretera sin que se supiera por qué estaban allí. Durante todo el período consciente del incidente, la descripción de Barney era bien clara y bien definida, atenta a los menores detalles. De pronto, en el momento en que se vio de nuevo en Indian Head, su descripción se volvió vaga y fragmentaria, como ajena a él. Parecía haber dos puntos de resistencia: uno, en el momento en que se había llevado los gemelos a los ojos, precisamente después de que se pusiera en marcha el coche y que el objeto volante se cerniese sobre él; el otro, en algún punto aún incierto, carretera abajo, un obstáculo. El relato de Barney saltaba de aquí al momento en que dijo que llegarían a Portsmouth más tarde de lo que había previsto.

Durante todo el relato en estado hipnótico, Barney había mostrado una firme resistencia a creer en los objetos volantes no identificados. Como el mismo Barney dijo más tarde, la posibilidad de que aquel objeto fuera una ilusión óptica o mental parecía muy pequeña. Su resistencia a creer en la existencia de tal fenómeno era profunda, aunque su actitud ambivalente en relación con él no podía menos de sorprender al doctor.

El doctor Simon estaba orientando su tratamiento hacia el recuerdo de las experiencias del paciente y los pensamientos a que éstas habían dado lugar; su finalidad no era comprobar si tales objetos volantes no identificados eran reales o irreales. Que las experiencias fueran ciertas en el sentido absoluto del término tenía menos importancia a ojos del doctor que su existencia como parte del pasado o presente mental de su paciente. En el transcurso de la investigación, persistió en poner a prueba la existencia del objeto volante, naturalmente, pero aún no se podía llegar a una conclusión preliminar. Todavía le faltaban muchas pruebas y datos, sobre todo, de Betty Hill, cuya versión del suceso aún no había oído.

El suceso en sí apenas tenía precedente o, mejor dicho, no tenía ninguno. El obstáculo que cortaba la carretera, las figuras que Barney recordaba haber visto en ella y las extrañas reacciones de Barney durante la segunda mitad de la sesión requerían nuevos tanteos, como también cualquier posible fantasía o deformación de los hechos.

Los ruegos que hizo Barney al doctor Simon, pidiéndole que le permitiese despertar, tuvieron lugar precisamente en los momentos en que surgían emociones violentas y en que los recuer-

dos eran, probablemente, dolorosos. Muchos casos semejantes indican que la resistencia del paciente al hipnotizador son intentos de soslayar el obstáculo que impide la salida a la memoria consciente. Sólo la tenacidad del hipnotizador puede vencer esa resistencia.

La decisión del doctor de mantener a Barney en trance, a pesar de la intensa abreacción o explosión emocional, se basó en su cálculo de la capacidad de resistencia mental de su paciente.

El 29 de febrero de 1964, los Hill llegaron puntualmente a la cita. Betty fue sometida a una inducción cuyo objeto era reforzar su preparación para cuando le llegase el turno, y Barney comenzó su segunda sesión. Antes de ponerle en trance, el doctor Simon le hizo algunas preguntas generales.

DOCTOR:

Veamos, Mr. Hill, ¿cómo se ha encontrado estos días?

BARNEY:

Por lo menos, físicamente, me he encontrado bien. Pero he sentido inquietudes...

DOCTOR:

Explíquemelas.

BARNEY:

Le diré. La semana pasada, cuando me fui de su despacho, comencé a sentir algo parecido a recuerdos vagos de lo ocurrido aquí, y esto llegó a inquietarme mucho.

DOCTOR:

¿Y qué recordó usted?

BARNEY:

Pues recordé «ojo». Y pensé que esos «ojos» estaban diciéndome algo. Y me alarmé, porque creí que mi cordura corría peligro. Pensé llamarle a usted cuando llegué a casa, pero, luego, no lo hice. Y mi mujer y yo fuimos a casa de unos amigos, de visita, y esto me alivió algo la tensión que sentía.

DOCTOR:

¿Es eso lo único que recuerda?

BARNEY:

De importancia, lo único. Otra cosa interesante que pareció ocurrirme es que comencé a recordar pequeños detalles sueltos del viaje, lo cual me pareció interesante, porque, hasta enton-

ces, nunca había pensado en aquellas cosas. No había pensado en ellas en absoluto. Por ejemplo: nos paramos en el Estado de Nueva York y compramos una caja con seis latas de cerveza, y Betty y yo la llevamos al cuarto del motel. Pensé, también, que podríamos llevar la perrita al cuarto, y la llevé al cuarto de baño y la até con una correa larga porque el cuarto de baño tenía el suelo de azulejos. Así, si hacía sus necesidades, no mancharía la alfombra. Y esos detalles parecieron volverme a la mente...

DOCTOR:

Al parecer, son cosas que usted no me contó, porque, naturalmente, no las recordaría usted. Pero le dije que lo recordase *todo* y, a pesar de mi orden, parece haberse olvidado usted de estas cosas.

BARNEY:

Ya.

DOCTOR:

Porque cuando el paciente está en trance recibe orden de recordarlo todo, y esas cosas pueden parecer detalles sin importancia. Pero usted no me las dijo. Me refiero a las que ha mencionado ahora. Quizá se debiera a que sintiera usted cierto remordimiento por no habérmelas contado, aunque, probablemente, carecen de importancia. Y, a propósito, ¿bebió usted mucho durante el viaje?

BARNEY:

Sólo cerveza.

DOCTOR:

¿Las seis latas entre ustedes dos?

BARNEY:

Sí. Bebimos una lata cada uno el domingo por la noche al acostarnos. Y nos llevamos las cuatro latas que quedaron.

DOCTOR:

Comprendo. O sea, que no bebieron mucho durante el viaje, ¿verdad?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y fue aliviándosele la inquietud de que me hablaba, a medida que transcurría la semana?

BARNEY:

Sí, más o menos... Sí, de fijo. Anoche, se me agudizó. La semana pasada, el sábado por la mañana, al levantarme, sentí como náuseas, como expectación, inquietud por venir aquí. Y, anoche, me ocurrió lo mismo.

DOCTOR:

Esta experiencia le tiene bastante preocupado. Pronto comenzará a preocuparle cada vez menos. Quedará usted perfectamente bien. No tendrá motivos de inquietud acerca de su cordura.

(Estas frases tranquilizadoras podrían tener fuerza hipnótica, ya que el contacto repetido entre el doctor y el paciente aumenta el poder de persuasión de éste. Las palabras de Barney contenían también una advertencia de que el material reprimido tendría que ser manipulado con gran cuidado, pues amenazaba con aflorar a la consciencia prematuramente en ausencia del doctor... En el futuro, éste tendría que adoptar ciertas precauciones para reforzar la amnesia hasta que el caso estuviera más claro.)

Pero, dígame: ¿qué piensa usted sobre el asunto de los «ojos»? ¿Qué le parece? ¿Lo relaciona usted con alguna otra cosa? ¿Le sugiere algunas ideas?

BARNEY:

No, nada de eso. O, mejor dicho, lo relaciono con cierta sensación de aviso, de haber sido advertido. Ése es el único efecto que me produce.

DOCTOR:

¿Tiene usted la sensación de haber recibido una advertencia?

BARNEY:

Sí, eso.

DOCTOR:

¿Ha tenido usted esa misma sensación alguna otra vez?

BARNEY:

No, nunca, es la primera vez que me ocurre una cosa semejante.

DOCTOR:

¿Y le parece que los ojos tiene algo que ver con la hipnosis?

BARNEY:

No, no lo creo.

DOCTOR:

Bueno, usted quiere que me dedique ahora a Betty y le deje reposar un poco a usted, ¿no es eso?

(El doctor se refiere a unas palabras de Barney en este sentido al entrar en la consulta.)

BARNEY:

Sí, es lo que me gustaría que hiciera.

DOCTOR:

¿Recuerda los ojos como parte de la sesión anterior, o más bien como algo que revoloteaba en torno a usted?

BARNEY:

Los ojos parecían estar siempre delante de mí.

DOCTOR:

Bueno, pues fue lo último de lo que hablamos la vez pasada. Fue el sábado pasado y adelantamos bastante. Procuraré que no vuelva a sentir usted angustia. Ahora, vamos a seguir.

(Se dispone de nuevo a sumir a Barney en un profundo trance hipnótico.)

Usted no recuerda ahora dónde lo dejamos la última vez. Reharemos parte del camino y es probable que volvamos a mencionar algunas cosas. Empezaremos un poco antes de cuando salieron a relucir esos ojos.

(El doctor dice las palabras convenidas. Los ojos de Barney se cierran inmediatamente y deja caer la cabeza sobre el pecho.)

Está usted más dormido, cada vez más profundamente dormido. Completamente tranquilo y más profundamente dormido, más profundamente dormido, más profundamente dormido cada vez. Está usted sumido en un profundo sueño. No experimenta usted ningún temor, ninguna angustia. Y, ahora, ningún recuerdo le causará la menor inquietud. Pero lo recordará usted *todo*. Lo recordará usted *todo*. Todas sus sensaciones y todas sus acciones. Ninguna de ellas le inquietará ahora, porque están todas aquí, con nosotros. No le inquietarán lo más mínimo y yo estoy aquí, con usted.

(La repetición tiene por objeto reforzar las órdenes. Puede ser necesaria, y puede no serlo.)

Su sueño es más y más profundo, se encuentra usted completamente a gusto. Más profundamente dormido cada minuto que pasa... Ahora, recordará usted todo lo que hemos dicho ya sobre su viaje desde Montreal, retrocederá usted un poco en sus recuerdos, hasta *antes* de cuando vio aquellos ojos. Y puede empezar contándome la experiencia que tuvo con el objeto volante. Puede empezar desde un poco antes de que termináramos.

Comience a partir de cualquier recuerdo nuevo que venga a su memoria.

BARNEY:

(Su voz es de nuevo monótona e incolora. Está completamente hipnotizado.)

Estoy recordando ahora que me encontraba en el bosque, en el coche aparcado. Y tengo a *Delsey*. Y estoy dando un paseo con ella en torno al coche. Y Betty me había dicho que parara para que *Delsey* pudiese dar su paseo. Y Betty está en pie, junto a la parte izquierda del coche, y mirando al objeto volante con los gemelos. Y yo estoy allí, mirando en ambas direcciones de la carretera, porque quiero que lleguen otros coches. Y doy a Betty la correa de la perra y le digo que me deje los gemelos, que quiero mirar con ellos. Y sólo veo un avión que vuela por el cielo. Y le digo que es un avión que regresa a Montreal, de donde acabamos de salir nosotros. Y quiero darme prisa y volver al coche y volver a Portsmouth. Y Betty sube al coche y dice: «¿Verdad que es curioso?» Y yo empiezo a conducir, y ella dice: «Por ahí va todavía.» Y yo me digo que, en efecto, es extraño, y pienso que tiene que tratarse de una avioneta. Y lo curioso es que no hace ruido. Y quiero darme prisa y perderle de vista de una vez, porque es *extraño*, este extraño objeto que no nos deja solos. Y estoy completamente convencido de que nos ve. Y ya es noche cerrada y me siento indefenso.

DOCTOR:

¿En qué sentido se siente usted indefenso?

BARNEY:

Pues advierto que es fácil localizar mi coche, los faros son muy luminosos y la carretera está muy oscura. Y sé que este objeto está dando vueltas por el cielo. Me recuerda a una mosca volando sin rumbo por el cielo, sin trayectoria definida, como cuando se pone a revolotear en torno al sitio donde ha decidido posarse. Y pienso que ese objeto revolotea alrededor de nosotros de esa manera. Y Betty vuelve a decirme que pare. Y paro. Y digo: «Betty, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres hacerme ver cosas que no existen?» Y me siento muy irritado, porque estoy convencido de que es un avión, algo perfectamente explicable. Y creo, siento más bien, que está tratando de convencerme de que me equivoco. Y eso me irrita.

(En la conversación normal, Barney casi nunca comienza sus

frases con la conjunción «y». Aquí, sin embargo, parece hacerlo continuamente, casi en estilo bíblico.)

DOCTOR:

¿Y qué le contestó ella?

BARNEY:

Betty me respondió: «Pues, entonces, ¿por qué vuela de esa manera tan rara? ¿Por qué no se aleja? ¿Qué está haciendo?»

DOCTOR:

Bueno, esto no le causará a usted la menor inquietud. Va usted a contarme lo que sintió en aquel momento, pero no le inquietará en absoluto. Empiece.

BARNEY:

Yo dije: «Betty, no puede ser...» Estaba pensando, aunque no se lo dije a Betty, mi cabeza estaba pensando: «No puede ser un avión.»

(Nótese cuánto le preocupa a Barney la verdad y la exactitud de lo que dice, asegurándose siempre de que no dirá al doctor nada que sea inexacto.)

Por eso me sentí molesto, porque Betty me estaba diciendo que el objeto no hacía lo que hacen los aviones normales. Yo, no sé cómo, lo advertía y no quería que ella me lo dijera.

DOCTOR:

¿Le parecía a usted que no se conducía como un avión corriente?

BARNEY:

Sí, exactamente.

DOCTOR:

¿De qué manera?

BARNEY:

Volaba de una forma rarísima. No seguía una trayectoria definida. De pronto, se lanzaba hacia arriba...

(Este hecho sale a relucir corrientemente en los informes sobre apariciones de objetos volantes no identificados.)

DOCTOR:

¿Se levantaba de pronto verticalmente?

BARNEY:

Se levantaba, de pronto, de una manera vertical y, luego, volaba un poco horizontalmente. Y, entonces, descendía también en vertical. Y cuando el objeto hacía esto, yo notaba que la hilera de luces parecía inclinarse y volverse a enderezar según la posición en que yo imaginaba que tenía que estar el objeto, según la posición en que tenía que estar.

DOCTOR:

¿Como si se inclinase al virar?

BARNEY:

Sí, como si se inclinase. Pero la palabra «inclinarse» no cuadra aquí, porque no expresa con exactitud lo que intento explicarle. Porque si se tratase simplemente de que se inclinaba, yo podría creer que se trataba de un avión. Los aviones también se inclinan. Lo que hacía era cambiar de posición, no inclinarse durante un viraje. Lo que hacía era pasar del vuelo horizontal al vertical.

(Otro detalle corriente en informes sobre objetos volantes no identificados.)

DOCTOR:

¿Y cómo describiría usted su forma?

BARNEY:

No podría describirla.

DOCTOR:

Más o menos, un avión corriente, aunque sea una avioneta, tiene que parecerse, por la forma, a un cigarro puro. Hasta los helicópteros de gran tamaño lo parecen.

BARNEY:

Sí. La hilera de luces parecía seguir una línea semejante a la forma de un puro, pero era una línea derecha y apaisada.

(Muchos informes sobre objetos volantes no identificados que existen en los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos y también en los de las Fuerzas Aéreas hablan de objetos que tienen forma de cigarro puro cuando están a gran distancia, pero que, a medida que van acercándose, parecen discos grandes vistos lateralmente.)

DOCTOR:

¿No pensó usted que el objeto era redondo, como los llamados platillos volantes?

BARNEY:

No, no me lo pareció.

DOCTOR:

Entonces, tenía que guardar cierta semejanza con los aviones corrientes, ¿no?

BARNEY:

En el momento a que nos estamos refiriendo, sí.

DOCTOR:

¿Quiere usted decir que después cambió de forma?

BARNEY:

Sí. Mientras descendíamos por la carretera me producía una vaga impresión de que estaba girando.

DOCTOR:

¿Como una peonza?

BARNEY:

Como una peonza.

DOCTOR:

Bueno, veamos. Cuando habló usted de esto antes dijo que vio unas luces en la carretera. Me parece recordar que eran luces rojas. ¿Le suena esto? Luces en la carretera, como si hubiera hombres trabajando en la carretera.

BARNEY:

Sí, pero eso ocurrió más tarde.

DOCTOR:

Ya. Bueno, siga entonces como mejor le parezca.

BARNEY:

Yo seguí mirando. Me paraba y, luego, seguía adelante. Y Betty me decía que parase de nuevo. Paramos varias veces.

DOCTOR:

¿Y era sólo para mirar otra vez?

BARNEY:

Sí, nos parábamos para mirar. Y cuando vi el funicular en la montaña, ante nosotros, pero lejos, me di cuenta de dónde estaba y me dije que, tarde o temprano, tendríamos que pasar junto a «El Viejo de la Montaña». Y el objeto parecía haber aumentado la velocidad y dirigirse a la derecha de «El Viejo de la Montaña». Y, entonces, yo iba por la izquierda. Y cuando llegué adonde estaba la figura de «El Viejo de la Montaña» me detuve de nuevo para fijarme bien en el objeto volante, y vi que aún seguía allí. Y cuando nos parábamos, él se paraba también. Esto me pareció muy extraño.

(Su voz se va haciendo más intensa, como si estuviera viendo de verdad lo que describe.)

Y se movía, bueno, yo no le veía moverse. Seguí conduciendo y Betty dijo: «Se mueve otra vez por detrás de las montañas.» Y yo me acercaba a un claro donde vi dos *wigwams* a mi derecha. Y advertí que estaba cerca de Indian Head. Y al acercarme a este lugar vi el objeto volante lejos, pues aminoré la velocidad y miré. Y, entonces, volví a mirar a la carretera para seguir conduciendo y Betty estaba excitadísima. Dijo: «Barney, tienes que parar el coche. Mira lo que está haciendo.»

(El doctor le anima a que repita esta historia, para comprobar si se contradice en algún detalle.)

Y aminoré la velocidad del coche y miré por el parabrisas... Y del lado de Betty, el objeto parecía como si fuera a echarse literalmente contra el parabrisas. Me bastaba levantar un poco la vista para verlo. Estoy seguro de que yo sólo iba a ocho kilómetros por hora, porque tuve que aminorar la velocidad, y dije: «¡Qué raro es esto!» Empecé a pasar revista a todo lo que había pensado desde que empecé a ver este objeto: primero, creí que sería una avioneta. Luego, un avión de pasajeros. Después, un avión militar, cuyo piloto estaba divirtiéndose a costa nuestra. Y paré en seco y busqué por el suelo del coche y cogí la llave inglesa que estaba a mi izquierda, y la cogí con toda mi fuerza.

DOCTOR:

Ya había sacado usted la llave inglesa de la caja de las herramientas, ¿no?

BARNEY:

Sí. Y la cogí y me la puse al cinturón. Y salí del coche llevando los gemelos y estuve allí un momento, con la mano apoyada en la puerta y el brazo derecho contra el techo del coche. Y miro. Y antes de poder llevarme los gemelos a los ojos, en el mismo instante de llevármelos a los ojos, noté que todo el coche vibraba debido a la actividad del motor. Por eso me aparté. Y el objeto cambió de dirección, describiendo un arco. Y pensé: «Notable, ha descrito un arco perfecto.» Pero continuó acercándose, situándose frente a mí y balanceándose, sin cambiar de postura ahora, balanceándose simplemente frente a mí.

(También esto es frecuente en informes sobre objetos volantes no identificados, vistos a poca altura.)

Y se puso a mi izquierda. Y yo continué mirando y comencé a cruzar la carretera, moviendo la cabeza y entornando los ojos, diciéndome que aquello era inexplicable, por lo menos, para mí.

(Barney ha llegado ahora al mismo momento de la primera sesión en que sufrió su primera crisis emocional. Pero, ahora,

está tranquilo, no está agitado como entonces, en parte gracias a la orden que le dio el doctor al inducirle el trance.)

Y yo pensaba que si miraba para otra parte y luego volvía a mirarle, quizá ya no le vería. Y seguí cruzando la carretera hacia la parte delantera de mi coche, que estaba aparcado al otro lado. Y seguí mirando con los gemelos cada vez que me paraba y fijándome bien. Y pensé: «¡Qué interesante! ¡Ahí está el piloto militar, y me está mirando!» Y, entonces, le miré y él me miró. Y había otros que también me miraban a mí, y pensé que se trataba de uno enorme globo dirigible, y pensé en todos aquellos hombres que estaban alineados a lo largo de la ventana de este enorme globo dirigible, mirándome. Luego, se apartaron hacia el fondo y yo seguí mirando a aquel hombre, el único que seguía allí, y seguí mirándole y mirándole.

(El contraste entre esta descripción, seguida y fría, y la anterior, es notable.)

DOCTOR:

¿Es ése el hombre a quien usted llama el jefe?

BARNEY:

Su vestido era distinto del de los otros. Y me acordé de la Flota y de los submarinos, y pensé que los que se apartaron hacia el fondo iban de azul, pero este otro llevaba una guerrera negra brillante y se tocaba con un gorro.

DOCTOR:

¿Recuerda usted si los matones que vio durante el viaje llevaban chaquetas negras y brillantes, como suelen?

BARNEY:

No, no las llevaban.

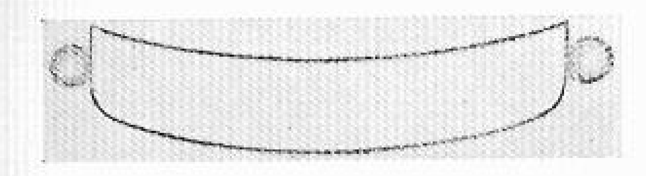
(El doctor está cerciorándose de que, en aquel momento, en la mente de Barney no estaba influyendo ninguna experiencia de Montreal. ¿Podría ser que un eco de los matones que vio allí se reflejara en esta descripción? Ambos representaban para él un posible peligro, y le atemorizaban, de modo que el miedo se convertía en una especie de común denominador.)

DOCTOR:

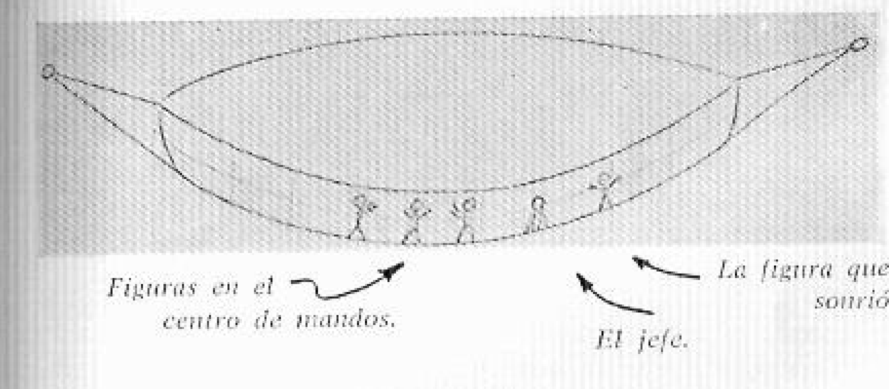
¿No había ningún parecido entre ellos y este jefe?

BARNEY:

No. Aquellos canadienses de Montreal iban vestidos normalmente. Sólo que llevaban melena, la llevan todos. Y creí que serían matones por cómo llevaban el pelo.



UFO como lo vio Betty Hill por primera vez. Copiado de un dibujo de Betty Hill.

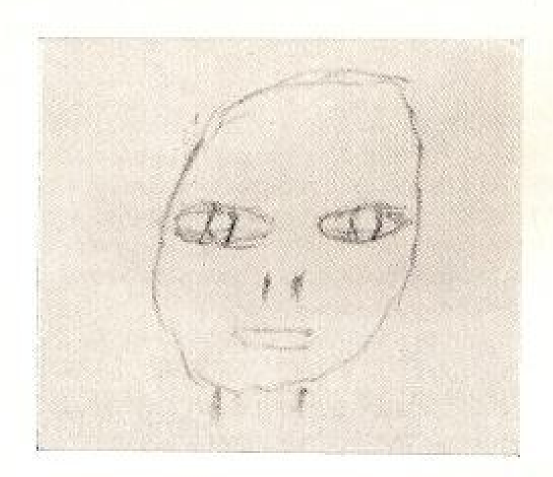


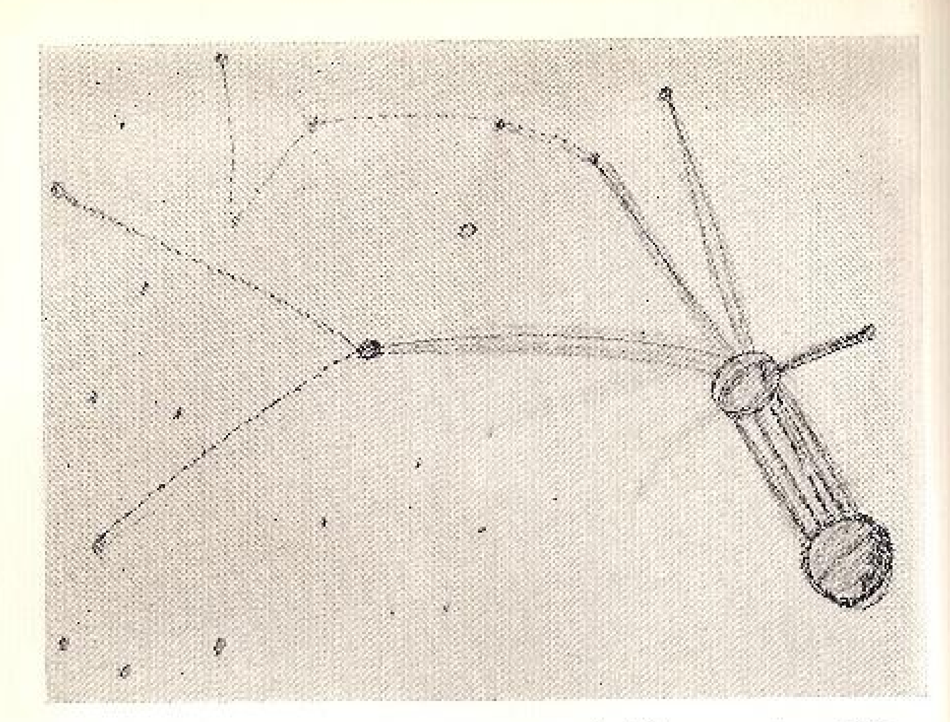
UFO como lo vio Barney Hill, con figuras humanoides, «aletas» y luces rojas. Copiado de un dibujo de Barney Hill.

Dibujo de Barney Hill, hecho después de que el tratamiento *hipnótico* liberase los recuerdos reprimidos, permitiéndole recordar el lugar concreto donde, posiblemente, fue raptado. Los puntos significan «gente en la carretera» vista por él. El objeto redondo que figura en el claro del bosque representa la posición aproximada de la nave espacial.

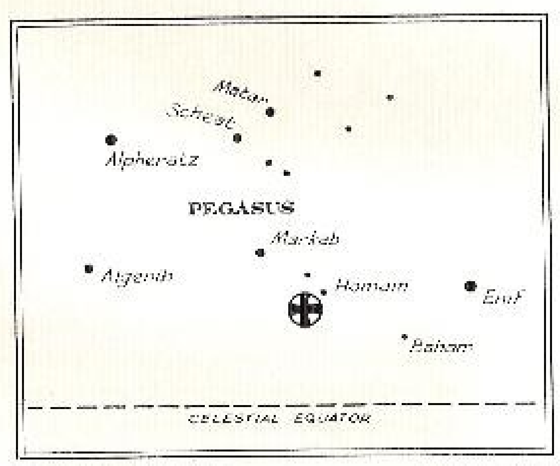


Barney Hill, hipnotizado, dibujó (*arriba*) el boceto del «jefe» de los supuestos raptores. Más tarde, al escuchar las cintas magnetofónicas de su propio relato del incidente, pareció sumirse en una especie de trance hipnótico y dibujó el boceto (*abajo*) más completo. Dijo que los ojos eran alargados y que los labios parecían carecer de músculos.





Hipnotizada, Betty Hill describió el mapa que le había mostrado «el jefe a bordo de la nave espacial». Más tarde, lo dibujó de memoria. Dijo que le habían explicado que las líneas gruesas representaban rutas comerciales regulares, y las punteadas, determinadas expediciones espaciales. El año siguiente, el *New York Times* publicó el mapa que reproducimos abajo. (Léase el pie.)



The New York Times 13 abril 1965

DESDE EL FONDO DEL ESPACIO: Según un investigador ruso, es posible que una fuente de ondas sonoras llamada CTA-102 (la cruz que se ve en el mapa), en dirección a la constelación Pegaso, esté enviando emisiones radiadas por seres inteligentes.

Doctor:

Siga hablándome del jefe.

Barney:

Le miré y él me miró. Y pensé: «Éste no me hará daño.» Y quería volver adonde estaba Betty para hablar con ella de aquella cosa tan curiosa que estábamos presenciando. Y seguí mirándole y, luego, volví al coche. Y dije: «Betty, ¿estabas preocupada?» Y ella me dijo: «¿Por qué no volviste? Estuve llamándote a gritos para que volvieras, ignoraba qué podías estar haciendo al otro lado de la carretera.»

Doctor:

¿Y usted no la oyó gritar?

Barney:

No. No la oí gritar. Y pensé que estaría sentada en el coche, esperando. Pero me dijo que se había echado sobre el asiento, para poder abrir la puerta y llamarme y hacerme volver al coche.

(Las frases tranquizadoras del comienzo del trance parecen haber reducido el terror que este recuerdo produce a Barney.)

Volví al coche y comencé a conducir por la carretera. Y conduje varios kilómetros sin darme cuenta de que ya no estábamos en la carretera n.º 3...

(Aquí, por primera vez, comienza a abrirse la puerta del cuarto oscuro. El telón caía siempre cuando Barney llegaba al campo de Indian Head. A partir de entonces, sólo se entrevé algo cuando comienzan a alejarse del objeto. Betty, por su parte, nunca podía pasar de allí, excepto, pensaba ella, admitiendo que sus sueños fueran realidad.)

Barney:

Y no conseguía comprender esto, porque la carretera era recta. Y miré y vi que me estaban haciendo señal de que me detuviera. Y pensé: «¿Habrá ocurrido un accidente? Por lo menos, tengo la llave inglesa, la tendré al alcance de la mano.»

Doctor:

Permítame que le interrumpa: ¿Qué vio usted en la carretera?

Barney:

Vi un grupo de hombres. Y estaban en pie, en plena carretera. Y el trozo de carretera estaba muy iluminado, casi como si fuera de día, pero no era como la luz del día. No era luz diurna, sino una iluminación brillante...

(Otro detalle que se lee en muchos informes de objetos vo-

lantes no identificados vistos a poca altura; entre ellos, algunos de policías y técnicos.)

Y comenzaron a acercárseme y entonces no se me ocurrió pensar en emplear la tuerca. Y me asusté, pensando que si utilizaba la tuerca a modo de arma me harían daño. Pero si no la utilizaba, no me harían daño. Y vinieron y me ayudaron.

DOCTOR:

¿Quién le ayudó?

BARNEY:

Esos hombres.

DOCTOR:

¿Le ayudaron a bajar del coche?

BARNEY:

Es que me sentía muy débil. Me sentía muy débil, pero no tenía miedo. Y ni siquiera creo haberme sentido confuso en aquel momento. No me siento desconcertado, ni siquiera se me ocurre preguntarme qué me está ocurriendo. Y me están ayudando. Y estoy pensando en una película que vi hace muchos años y a este hombre le llevan a la silla eléctrica. Y pienso en esto y pienso en que yo estoy en la misma situación que aquel hombre. Pero no me llevan a la silla eléctrica. Y pienso en esto y pienso que estoy en la situación de este hombre. Pero no lo estoy, pero arrastro los pies, y me acuerdo de esa película. Y no tengo miedo. Tengo la impresión de estar soñando.

(Esto es como una negativa de haber tenido miedo. Más tarde, cuando Barney oyó las cintas magnetofónicas de los interrogatorios, comparó este momento con la sensación que había tenido al ser hipnotizado por el doctor. Su mente había estado preocupada por las siguientes cuestiones: Si esto es verdad, ¿le habían hipnotizado aquellos hombres? Y, de ser así, ¿podría ser ésta la causa de su amnesia?)

DOCTOR:

¿Está usted dormido en ese momento?

BARNEY:

Tengo los ojos completamente cerrados y me parece que estoy... disociado.

DOCTOR:

¿Disociado? ¿Dijo usted disociado?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

(Tratando de aclarar la definición de Barney.)

¿Qué quiere decir?

BARNEY:

Que estoy aquí y, al mismo tiempo, que no estoy aquí.

DOCTOR:

¿Y dónde está Betty, entretanto?

BARNEY:

No lo sé. Estoy tratando de pensar: ¿Dónde está Betty? Pero lo ignoro.

DOCTOR:

¿Forman parte de sus sueños, esos hombres?

BARNEY:

(Firmemente y con convicción.)

Están allí y yo estoy aquí. Sé muy bien que están allí. Pero todo se vuelve negro. Tengo los ojos completamente cerrados. No consigo creer lo que veo.

DOCTOR:

¿Hay alguna otra cosa que crea usted no haberme dicho?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Puede decírmela ahora.

BARNEY:

Mis pensamientos son como cuadros mentales, porque tengo los ojos cerrados. Y estoy pensando que voy por una cuesta algo empinada y que mis pies han dejado de tropezar con las rocas. Es curioso. Pensaba que mis pies tropezaban con rocas. Y no parecen pisar suavemente. Pero temo abrir los ojos, porque estoy diciéndome a mí mismo con toda energía que tengo que mantenerlos cerrados y no abrirlos en ningún caso. Y no quiero que me operen.

DOCTOR:

¿No quiere usted que le operen? ¿Y por qué piensa ahora en operaciones?

BARNEY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿Le han operado alguna vez?

BARNEY:

Sólo una. De las amígdalas.

DOCTOR:

¿Y se siente ahora como entonces?

BARNEY:

Creo que sí, pero tengo los ojos cerrados y sólo veo cuadros mentales. Y no siento dolor. Y experimento una ligera sensación. Siento frío en la ingle.

DOCTOR:

¿Es la misma sensación de cuando le operaron?

BARNEY:

Ahora no me están operando. Estoy echado sobre algo y me parece que el médico me está poniendo algo en una oreja. Siendo yo muchacho, el médico me puso algo en la oreja y yo le miré y él me explicó que se podía ver en el interior de mi oreja, iluminándolo con lo que me había metido en ella. Y pienso en esto... Y me parece que el médico no me hizo daño y tendré mucho cuidado y me estaré muy quieto y haré todo lo que me manden y, entonces, no sufriré daño alguno.

(Hace una pausa.)

DOCTOR:

Continúe.

BARNEY:

Es que no recuerdo más.

DOCTOR:

¿Estaba usted pensando en esto cuando iba en coche por la carretera?

BARNEY:

Pensaba en esto cuando estaba echado en esta mesa.

DOCTOR:

¿Dónde estaba usted echado?

BARNEY:

Yo creía que en el interior de algo. Pero no me atrevía a abrir los ojos. Me habían dicho que los tuviese bien cerrados.

DOCTOR:

¿Quién se lo dijo?

BARNEY:

El hombre.

DOCTOR:

¿Qué hombre?

BARNEY:

El hombre que vi con los gemelos.

(Habla con tono normal, y está seguro de sí mismo, como si el médico tuviera que saber todo lo que él está diciendo.)

DOCTOR:

¿Era ese hombre uno de los que estaban en la carretera?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y qué hicieron, mientras, los hombres que estaban en la carretera?

BARNEY:

Me cogieron y me llevaron por esa rampa.

DOCTOR:

¿Le llevaron en vilo por la rampa?

BARNEY:

Estoy seguro de que subí por algo y de que me arrastraban los pies. Y este hombre me dirigió la palabra y estoy seguro de que oí su voz y de que me miraba cuando yo estaba en la carretera.

DOCTOR:

¿O sea que esto ocurrió después de estar en la carretera?

BARNEY:

Esto ocurrió después de estar yo en la carretera, en Indian Head. Me pareció que habíamos recorrido ya bastante distancia desde Indian Head, pero me perdí y, de pronto, me encontré en el bosque.

DOCTOR:

Se perdió usted después de Indian Head, ¿no?

BARNEY:

No estaba en la carretera n.º 3 y no acababa de explicarme por qué.

DOCTOR:

¿Indian Head se sitúa antes o después de que vieran el objeto volante?

BARNEY:

Vi el objeto volante en pleno cielo, en Indian Head. Y después de Indian Head, conduje el coche durante varios kilómetros. Creo haber conducido durante muchos kilómetros. Y la carretera no es la carretera n.º 3. Es una que cruza una zona muy boscosa. Y es ahí donde me bajan.

DOCTOR:
¿Donde le bajan?
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
¿Cuántos eran?
BARNEY:
Creo que vi un grupo de seis hombres. Porque tres de ellos vinieron hacia mí y otros tres, no.
DOCTOR:
¿Cómo iban vestidos?
BARNEY:
Fue entonces cuando me dijeron que cerrase los ojos. Y cerré los ojos.
DOCTOR:
Pero, ¿no los vio antes de cerrar los ojos?
BARNEY:
Iban vestidos de oscuro. Y todos vestían igual.
DOCTOR:
¿Eran hombres blancos?
BARNEY:
No sé de qué color eran. Pero sus rostros no parecían distintos de los de los hombres blancos.
DOCTOR:
¿Llevaban uniforme?
BARNEY:
Antes de cerrar los ojos, pensé en las guerreras de la Marina.
DOCTOR:
¿Le dijeron alguna otra cosa, además de mandarle cerrar los ojos? ¿Le dijeron por qué le habían hecho parar?
BARNEY:
No me dijeron nada. No me contaron nada.
DOCTOR:
¿Había algún vehículo cerca?
BARNEY:
No vi ninguno.
DOCTOR:
¿No vio usted ningún vehículo?
BARNEY:

Me dijeron que cerrase los ojos porque vi dos ojos acercarse a los míos.
(El fragmento de la primera sesión donde piensa en un gato salvaje o en el gato de Cheshire, posiblemente.)
Y sentí como si esos ojos se metieran por los míos.
DOCTOR:
¿Eran esos ojos los mismos del jefe que vio usted con los gemelos?
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
¿Cree usted que se trataba de la misma persona?
BARNEY:
Entonces, yo no pensaba en nada. No pensé en el hombre que vi en el interior del objeto, cuando aún volaba. Como le digo, vi los ojos, y no pensé en nada más. Me limité a cerrar los míos.
(Su voz parece atemorizada cada vez que menciona los ojos.)
Y me bajé del coche y puse la pierna izquierda en tierra y dos de los hombres me ayudaron a salir. Y yo no anduve. Tuve la impresión de que me llevaban a cuestas. Y no fui muy lejos, o, por lo menos, tuve la impresión de que en seguida empezamos a subir por una rampa o algo parecido. Mis ojos seguían herméticamente cerrados y temía abrirlos.
(Otra pausa. Luego:)
No es eso lo que yo quería decir.
DOCTOR:
Intente decirlo otra vez.
BARNEY:
No quería abrir los ojos. Era más cómodo tenerlos cerrados.
(Barney alude de esta manera a su deseo de liberarse de la experiencia.)
DOCTOR:
¿Le sujetaban esos hombres?
BARNEY:
Estaban a mi lado y yo me sentía raro, porque sabía que me tenían cogido, pero no lo notaba.
DOCTOR:
¿Es eso lo que quiso decir la otra vez, cuando dijo que le parecía estar flotando?
BARNEY:

Me parecía que flotaba, que estaba suspendido en el aire. Estoy pensando en bajarme del coche y no se me había ocurrido que esos hombres, cuando me ayudaron a bajar del coche..., que no iba a sentir su contacto. Y sólo advertí que no los sentía cuando subimos por la rampa. Y, entonces, me di cuenta de que no los notaba. Por la postura de mis brazos, parecía que estaban cogidos por alguien. Pero mis pies no andaban. Y quiero echar una ojeada. Quiero mirar. Quiero mirar.

(Ésta es la misma sensación de la primera sesión, aclarada ahora.)

DOCTOR:

Sí, continúe. Esto no le inquietará, ahora. Puede contármelo.

BARNEY:

Abrí los ojos.

DOCTOR:

Abrió usted los ojos. ¿Y qué vio?

BARNEY:

Vi que estaba en la sala de operaciones de un hospital. Todo era azul pálido. Azul celeste. Y cerré los ojos.

DOCTOR:

¿Recuerda usted la sala de operaciones en que le cortaron las amígdalas?

BARNEY:

Recuerdo el hospital y estaba allí porque creí que tenía apendicitis. Y estuve allí durante trece o catorce... No, fueron trece días.

(Barney vuelve a mostrarse preocupado por expresarse con absoluta exactitud, aun en los detalles de poca importancia.)

Y yo solía pasearme por el corredor y asomarme a la sala de operaciones. Y pensé en esto. No fue la vez que me operé de las amígdalas.

DOCTOR:

¿Era azul la sala de operaciones del hospital?

BARNEY:

No. Había luces brillantes.

DOCTOR:

¿Luces brillantes?

BARNEY:

Luces brillantes. Como bombillas eléctricas. Pero este cuarto no era como aquél. Era inmaculado. Me asombré de lo limpio que estaba todo. Y cerré los ojos.

DOCTOR:

¿Tuvo la impresión de que iban a operarle?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Creyó que estaban atacándole de alguna manera?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Creyó que *iban a atacarle* de alguna manera?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

Dijo que sentía frío en la ingle...

BARNEY:

Estaba echado en una mesa y me pareció que alguien estaba tocándome la ingle con una taza y, de pronto, paró. Y me dije: «¡Qué cosa más rara!»

DOCTOR:

Haga el favor de hablar un poco más alto.

BARNEY:

Me dije: «¡Qué cosa más rara! Si me estoy callado y completamente quieto, no me harán ningún daño.»

(De nuevo el rito mágico.)

Y todo terminará. Y me estaré así, fingiendo que estoy en cualquier sitio y pienso en Dios y pienso en Jesucristo. Y me bajo de la mesa y estoy sonriendo de oreja a oreja y me siento aliviadísimo. Y estoy andando y están guiándome. Y tengo los ojos cerrados y abro los ojos y éste es el coche. Y las luces están apagadas y el motor en silencio. Y *Delsey* está debajo del asiento. Y me inclino y la toco, y la perra está hecha un ovillo debajo del asiento y yo me siento al volante y me recuesto en el respaldo. Y veo a Betty que viene por la carretera y entra en el coche y yo le sonrío y ella me corresponde con otra sonrisa. Y los dos parecemos tan contentos y nos sentimos felices de verdad. Y yo me digo que, en el fondo, no nos ha ido tan mal. ¡Qué raro! No tenía motivo para sentir miedo. Y miramos y vemos la luna relu-

ciente. Y me echo a reír y digo: «Bueno, adelante.» Y me siento feliz.

DOCTOR:

¿Quiere decir que el objeto volante se había ido ya?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Se había ido?

BARNEY:

Se estaba yendo.

DOCTOR:

¿Yéndose? ¿Le veía usted irse?

BARNEY:

Era una pelota enorme, reluciente. Color naranja. Era una pelota reluciente, preciosa. Y se iba. Se iba. Y nosotros estábamos en la oscuridad. Y yo encendí las luces del coche y miré por la carretera. Y me pareció que había una curva en la carretera. Y puse el coche en marcha y vi una ligera pendiente y, entonces, seguí conduciendo hasta llegar a la carretera n.° 3, porque íbamos por una carretera de cemento. Y pensé: «¡Santo cielo! ¡Ojalá diéramos con un restaurante donde pudiéramos tomar una taza de café!» Y Betty y yo nos sentíamos alegres de verdad, yo me sentía alegre de verdad, como cuando uno se siente bien y a gusto, aliviado.

DOCTOR:

¿De qué se notaba usted aliviado?

BARNEY:

Me siento aliviado porque me parece que he estado en una situación apurada y he salido de ella sin sufrir el menor daño o inconveniente. Y me siento aliviado de verdad.

DOCTOR:

¿Y el objeto volante había desaparecido?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Para no volver?

BARNEY:

Betty estaba riendo y dijo: «¿Crees ahora en los platillos volantes?» Y yo dije: «Betty, hija, no digas tonterías; claro que creo en ellos.» Y oímos un ruido, como un «bip-bip». Y el coche zumbaba. Y yo me callé.

DOCTOR:

Oyó un «bip-bip».

BARNEY:

Era un ruido como: «Biiip-biiip-biiip-biiip-biiip.»

DOCTOR:

¿Tenía la radio del coche puesta?

BARNEY:

No. La radio no estaba puesta. Era tan tarde que supuse que ya no encontraría ninguna emisora. Por eso, al salir de Canadá, la desconecté. La puse en Quebec, porque pensé que tendría cierta gracia oír la Radio canadiense, que lo dice todo en francés. Y la música también parecía distinta. Pero, cuando salimos de Montreal, lo que yo quería era volver a casa de una vez. Y apagué la radio. No suelo poner la radio cuando conduzco.

DOCTOR:

Volviendo a los ruidos. Los oyó de nuevo. ¿Le sonaron como los de la radio, cuando se oyen señales telegráficas? ¿A qué sonaban?

BARNEY:

(Rápida e incisivamente.)

Hacían así: «Biiip-biiip-biiip.» Sonaban como si hicieran «bip-bip».

DOCTOR:

Bueno, ¿y qué hizo usted, entonces? ¿En qué pensó, entonces?

BARNEY:

Pensé que aquel «bip-bip» era raro. Y al primer «bip» o al segundo, toqué el volante con las puntas de los dedos, porque me pareció sentir una vibración al oír el «bip». Y como continuaba oyéndolo, Betty volvió la cabeza y yo aminoré la velocidad hasta parar el coche. Y dije a Betty: «¿Se mueve algo en el coche?»

DOCTOR:

¿Dijo ella que también oía los «bip-bip»?

BARNEY:

Dijo: «¿Qué ruido es ése?» Y los dos miramos hacia atrás y *Delsey* se había subido al respaldo del asiento y tenía las orejas tensas y el «bip-bip» seguía sonando. Y dijimos: «¿Crees que ese objeto todavía está por aquí?» Le llamé «objeto», pero Betty lo llamaba «platillo volante». Y como nadie nos respondió, los dos

pensamos: «¡Qué cosa más rara!» Y pensé: «¡Esto sí que es extraño!» ¿Podría hacer yo que el coche haga este ruido? Para comprobarlo, aceleré y, luego, aminoré la velocidad rápidamente. Y fui al lado derecho de la carretera y, después, al izquierdo. Y frené en seco y aceleré, luego, de pronto. Pero no conseguí que el coche hiciera aquel ruido. Y seguimos carretera adelante. Y vi el aviso: «A Concord, diecisiete millas.»[1] Y fuimos a Concord y bajamos por la carretera n.º 4.

DOCTOR:

¿Y los «bip-bip» les siguieron hasta allí?

BARNEY:

No. No volvimos a oírlos más.

DOCTOR:

¿Dejaron de oírlos cuando se metieron por la carretera de Concord?

BARNEY:

No. Dejamos de oírlos bastante antes de llegar a la carretera principal. Porque la carretera n.º 3 también es de cemento y fue allí donde oímos el «bip-bip». Y lo oímos dos veces: al subirme corriendo al coche, y cuando volví al coche y comencé a conducir de nuevo. Y pregunté: «¿Qué será esto, Betty?» Y no volvimos a oírlo.

(Sus recuerdos vuelven ahora a Indian Head.)

DOCTOR:

¿Lo oyó ella también?

BARNEY:

Sí, también ella lo oyó. Y no volvimos a oírlo hasta que penetramos en la zona boscosa y entramos de nuevo en la carretera n.º 3. Y ella me preguntó si yo creía ahora en platillos volantes y yo no quise decir lo que realmente pensaba.

DOCTOR:

¿Y qué pensaba usted?

BARNEY:

Pues pensaba que lo que habíamos visto era distinto de todo cuanto había visto hasta entonces.

DOCTOR:

Se refiere también a la sala de operaciones y a la gente que vio en ella, ¿no?

[1] Unos veintisiete kilómetros.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Le dio miedo pensar que le habían raptado?

BARNEY:

No se me ocurrió esa palabra. Sólo la empleo teóricamente. No tuve la impresión de que me hubieran raptado. Pero, cuando pienso en raptos, los relaciono con violencia.

DOCTOR:

¿Y usted no sufrió ninguna?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y no se le ocurrió ninguna explicación?

BARNEY:

Lo que yo quería era llegar a casa y mirarme la ingle.

DOCTOR:

Quería mirarse la ingle. ¿Temía, acaso, que le hubiesen hecho algo malo en ella?

BARNEY:

Quería mirármela. Pensé que era una prueba de que, en efecto, me había sucedido algo. Y me sentía inseguro. Y vacilaba, y me decía que no podía ser. Y, luego, me corregía a mí mismo: «Pues ocurrió, ya lo creo que ocurrió.» Y me ponía a pensar: «Cuando llegue a casa y me mire la ingle, tocaré lo que me tocó y veré si queda huella.» Eso es lo que pensé.

(Pero esta idea desapareció por completo cuando Barney volvió a la posesión plena de sus facultades mentales. Cuando llegó a casa, se miró la ingle, pero sin recordar el motivo que tenía para hacerlo.)

DOCTOR:

Muy bien. Siga.

BARNEY:

Llegamos y entré en casa. Y estaba demasiado fatigado para descargar el equipaje. Y fue Betty quien lo sacó del coche. Y cogió a *Delsey* y la dejó que fuera a hacer sus necesidades en la hierba y, luego, la entró en casa también. Y yo fui al cuarto de baño y estaba diciéndome que algo se cernía en torno a mí. Me acerqué a la ventana y me puse a mirar el cielo matinal y fui a la puerta trasera y la abrí y miré al cielo. Y pensé: «Algo se agita en torno

a mí, por aquí, en algún sitio.» Y Betty y yo nos acostamos, charlando. ¿No es cierto que es extraño lo que ha pasado, sea lo que sea? Y no conseguía recordar nada de lo ocurrido, excepto que me encontraba en Indian Head cuando comenzó a ocurrir. Y nos acostamos. Y, al despertar, decidimos no contárselo a nadie y hablar de ello únicamente a solas, los dos. Y dije: «Pero, Betty, ¿por qué no hacer un croquis de lo que has creído ver? También yo haré uno.» Y los dos hicimos dibujos y resultaron idénticos. Y Betty llamó a su hermana y se lo contó.

DOCTOR:

Dijo usted algo sobre unas manchas que vio en el coche.

BARNEY:

Betty volvió de hablar por teléfono y dijo: «¿Dónde está la brújula? ¿Dónde está la brújula?» Y cuando Betty hace esas cosas me irrito en el acto. Y dije: «No sé de qué estás hablando, Betty.» Y ella dijo: «¡La brújula! ¡La brújula! ¿Dónde está la brújula?» Y le respondí: «En el cajón, donde está siempre.» Y, entonces, ella cogió la brújula y yo me sentí irritado porque cuando Betty se excitó de esta manera no se le ocurrió abrir el cajón y coger la condenada brújula. Y salió de casa y yo me asomé a la ventana de la alcoba, que es la ventana frontera de la casa, y pensé: «Todo esto está sentándole mal a Betty y es preferible que lo olvidemos cuanto antes mejor y dejemos de pensar en ello.» Y Betty entró en la casa haciendo mucho ruido y dijo: «¡Barney! ¡Ven, ven, rápido!» Y yo salí y miré la brújula cuando ella la puso junto al coche. Y dije: «Esto es ridículo, Betty. Después de todo, el coche está hecho de metal y cualquier metal atrae a las brújulas y las hace reaccionar de esta manera.» Y ella dijo: «Pero mira lo que hace, y mira las manchas que hay en el coche.» Y miré y vi que eran manchas grandes, manchas relucientes, en la parte trasera del coche. Y pensé: «¿Qué puede haberlas causado?» Y me puse a limpiar una de las manchas y Betty dijo: «No lo toques.» Y yo dije: «¿Y cómo sabes tú si esto tiene importancia?» Y, entonces, puse la brújula junto a una mancha, y la brújula se volvió loca y si la ponía a una cierta distancia de cualquiera de las manchas o la ponía en una parte del coche donde no hubiera manchas, la brújula se calmaba. Y esto me pareció incomprensible. Y yo sabía que no sabía nada sobre brújulas. Y dije a Betty: «Esto no es nada, esta brújula es mala, no hay ningún motivo de alarma.»

DOCTOR:

¿Y cómo se le ocurrió a ella ir a por la brújula?

BARNEY:

Yo, entonces, lo ignoraba.

DOCTOR:

¿Y qué averiguó usted?

BARNEY:

Betty me dijo luego que, hablando con su hermana, ésta le dijo que fuera a por una brújula y comprobara si el coche estaba magnetizado, o algo por el estilo. Y por eso ella...

DOCTOR:

¿Dice usted que esas manchas volvieron loca a la brújula?

BARNEY:

Si poníamos la brújula donde no hubiera manchas, la aguja se quedaba quieta.

DOCTOR:

Dice usted que las manchas eran relucientes. ¿Qué quiere decir con esto, concretamente? ¿Cambió el color del coche, o qué?

BARNEY:

Quedó muy pulido.

DOCTOR:

¿Como si alguien le hubiera pulido cuidadosamente?

BARNEY:

Sí, donde había manchas.

DOCTOR:

¿Qué tamaño tenían?

BARNEY:

Aproximadamente, como medios dólares, dólares de plata.

DOCTOR:

¿Trató usted de borrarlos? ¿O trató de lavar el resto del coche?

BARNEY:

Dejé de pensar en las manchas.

DOCTOR:

¿Estaba polvoriento el resto del coche?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y no trató usted de pulirlo o limpiarlo, para ver si se volvía tan reluciente como las manchas?

BARNEY:

Había llovido...

(Llovió por la tarde y también la noche del día que regresaron a Portsmouth.)

Y la lluvia quitó algo el polvo, pero las manchas siguieron donde estaban, y no hice nada por borrarlas.

DOCTOR:

¿Cabría la posibilidad de que esas manchas fueran consecuencia de la lluvia que limpió el polvo del coche?

BARNEY:

No, las manchas eran brillantes y completamente redondas.

DOCTOR:

Bueno, ¿y usted qué hizo? ¿Las dejó donde estaban?

BARNEY:

Exacto.

DOCTOR:

¿No lavó o frotó el coche más tarde?

BARNEY:

Era el coche de Betty y es ella quien lo lava. Supongo que lo habrá lavado. No volví a pensar en el asunto.

DOCTOR:

No lo sabe. Bueno. ¿Cuánto tiempo duraron esas manchas?

BARNEY:

Dejé de pensar en ellas. No sé. Dejé de pensar en las manchas.

DOCTOR:

¿Ignora cuándo desaparecieron? ¿No sabe siquiera si desaparecieron?

BARNEY:

Sí, ya no están.

DOCTOR:

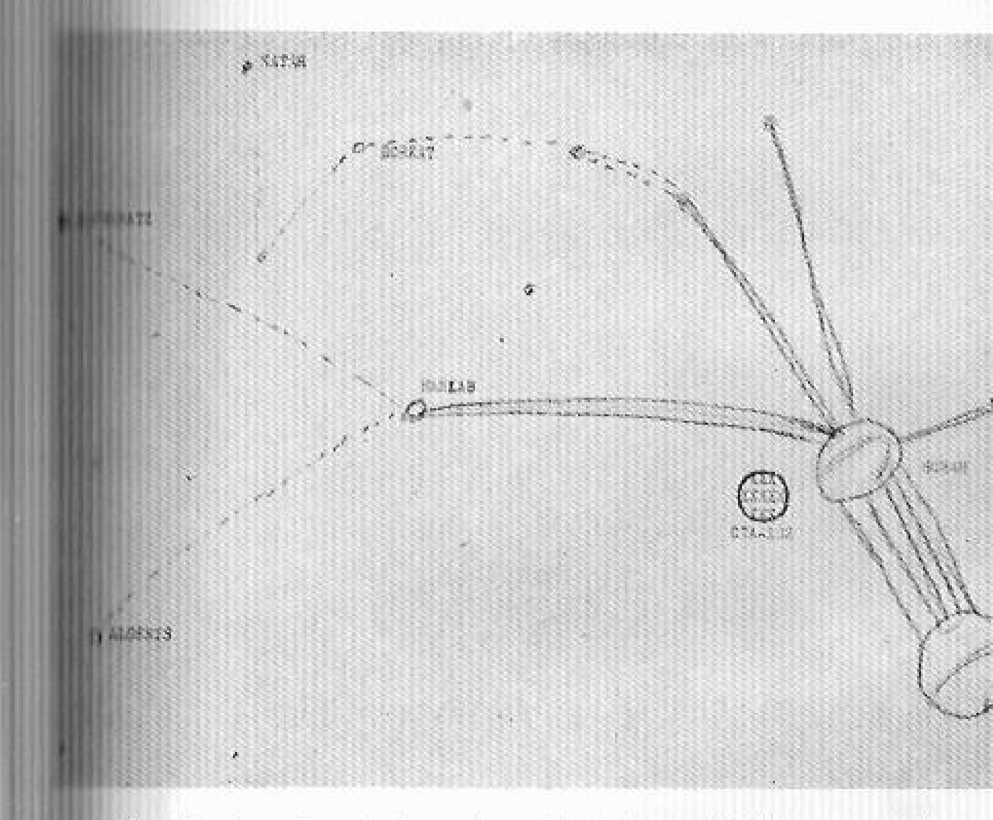
Muy bien. Dejaremos de hablar de ellas, ahora. Usted ya no pensará más en lo que hemos hablado hoy, hasta que yo le ordene recordarlo. No le inquietará a usted en absoluto. Ni siquiera pensará en ello. Los ojos no le inquietarán. Todo va a pedir de boca, todo está tranquilo, todo está como debe estar. No hay ningún motivo de inquietud ni de preocupación. ¿Entendido?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Se encuentra usted bien, ¿de verdad?



Mrs. Hill, impresionada al ver el parecido del mapa del *Times* con su boceto, añadió los nombres de aquél a éste.

DELANTE

VENTANAS DELANTERAS

MESA ARMARIO

PASILLO QUE PARECIA RODEAR LA NAVE

SEGUNDO CUARTO (BARNEY)

PRIMER CUARTO (BETTY)

ENTRADA EN RAMPA

ESTO ES UNA ESPECIE DE CLARO EN EL BOSQUE
EL COCHE ESTARÍA EN ESTA DIRECCION

ATRAS

ARBOLES

Boceto de Betty Hill, dibujado para el autor de este libro cuatro años después del incidente, con objeto de coordinar sus recuerdos sobre la nave espacial. Las sesiones hipnóticas, al penetrar en el período amnésico, tendían a extraer más recuerdos, una vez terminado el tratamiento.

QUEBEC

0 20 40
Millas

Montreal

Sherbrook

Colebrook

MAINE

Burlington

L. Champlain

Lancaster

Montpelier

VERMONT

NUEVA YORK

Rutland

NEW HAMPSHIRE

Portland

Concord

Portsmouth

Manchester

Bennington

Brattleboro

Boston

MASSACHUSETTS

R. I.

Cabo Cod

Océano Atl...

1 Salen del restaurante, en Colebrook, a las 10,05 de la noche.
2 Ven el platillo volante por primera vez, cerca de Lancaster (hora incierta).
3 El objeto se sitúa detrás de Cannon Mountains, después de muchas maniobras.
4 Barney baja del coche y se interna en el campo, con sus gemelos. Comienzan a oírse los «bip-bip». Aparece la amnesia.
5 Momento probable de la vuelta.
6 Posible lugar del rapto.
7 Se oye de nuevo, aquí, el «bip-bip» (no es seguro que se viera nada). Vuelve, en parte, el estado consciente.
8 Se lee un aviso que dice: «Concord-17 millas.» Vuelve por completo el estado consciente.
9 Llegan a Portsmouth, al amanecer.

Dibujado por Miklos Pi...



Armand Studio

El doctor Benjamin Simon.



Jeeves Studio

Barney y Betty Hill con su «basset», *Delsey*, que les acompañaba en su viaje interrumpido.

BARNEY:
Sí, bien.
DOCTOR:
Y tranquilo. Y no siente la menor preocupación, ni la sentirá. Todo irá a pedir de boca. Y usted y Betty volverán aquí dentro de una semana, como vinieron hoy. ¿Se encuentra perfectamente, ahora?
(El doctor está asegurando a Barney por partida doble de que no volverá a enfrentarse con los mismos problemas que la semana anterior.)
BARNEY:
Sí, muy bien.
DOCTOR:
Se encuentra usted muy bien. No sentirá preocupación alguna. Todo esto no afectará en absoluto a su mente. Es una experiencia de la que volveremos a hablar, para esclarecerla por completo. De manera que no sienta miedo ni inquietud. No pensará usted en esto, no volverá a molestarle más. Todo cuanto hemos hablado en estas sesiones se apartará por completo de su mente, no le causará ninguna inquietud, no le atormentará. Se sentirá usted tranquilo y a gusto. Sin dolores, sin angustia. Todo irá a pedir de boca.
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
Ahora, puede irse.
(Barney despierta inmediatamente, sintiéndose tranquilo y bien. No guarda ningún recuerdo de lo ocurrido durante la sesión.)

Al comenzar la sesión del 29 de febrero, Barney no se sentía seguro de si el doctor iba a acceder a su petición de que siguiese con Betty y le dejase a él descansar un poco del esfuerzo mental que le había costado la primera sesión. Realmente, él esperaba a medias, en el mismo instante de sumirse en el trance, que el doctor se limitaría a hipnotizarle para reforzar su susceptibilidad hipnótica con vistas a futuras sesiones. Cuando miró el reloj, al final de la segunda sesión, se sintió sorprendidísimo al ver que ya eran casi las diez, o sea que habían pasado casi dos horas. Se sintió sobresaltado porque, aunque ya habían llegado a una tesi-

tura en la que aceptaba la posibilidad de perder contacto con la realidad durante una hora aproximadamente, estaba seguro de que tendría que haber intervalos de consciencia, por breves que fueran, si el trance duraba tanto tiempo.

Se notó muy tranquilo y a gusto al salir del trance, y creyó recordar que había contado todo lo ocurrido hasta el momento de llegar a Indian Head, aunque fuera en estado hipnótico. Se daba cuenta vagamente del tono de voz del doctor, pero de esto no conservaba un recuerdo claro.

—En realidad —dijo Barney más tarde—, no guardaba ningún recuerdo concreto sobre lo ocurrido durante las sesiones propiamente dichas, en estado hipnótico. Pero me pareció que mi memoria se fortalecía muchísimo a consecuencia de las sesiones hipnóticas, como si, de pronto, pudiera decir: «Betty, ¿recuerdas el color de la alfombra del motel en que paramos en Montreal? Pues era azul pálido.» Cosas así. O que había atado el perro al radiador del retrete. Recordaba cosas de este tipo. Y también recordaba, en estado consciente, por supuesto, detalles como los números de las carreteras por donde habíamos ido. Y después de la segunda sesión, recordé también que habíamos parado en este restaurante tan raro, que parece una granja, antes de llegar a Montreal. Y la escena que evocó mi memoria era tan vívida... Un ambiente muy curioso y grato, precioso. Una gran chimenea, toda la pared era una chimenea. Nos dieron un desayuno estupendo, el tipo de desayuno que se da a los leñadores: tarugos de jamón y, encima, tres o cuatro huevos, si los pedías. El recuerdo me vino a la memoria clarísimamente. Es decir, que la parte consciente del viaje me volvió a la memoria con más claridad que nunca, aunque seguía sin tener idea de lo ocurrido durante el período de tiempo bloqueado por la amnesia.

»Luego, después de esta segunda sesión, comencé a tener sueños. Tuve unos sueños raros, comencé a soñar, por primera vez en mi vida, con objetos volantes no identificados. Y leí un libro sobre un médico que había estado en un campo de concentración en Alemania y que estaba lleno de angustia y comencé a imaginármele como si fuera el doctor Simon, y este libro me llenó de angustia a mí también, porque, en cierto modo, el doctor Simon se había convertido en una especie de amigo íntimo. Se había convertido en algo más que un amigo íntimo, porque le apreciaba de verdad y no quería que sufriese daño alguno.

CAPITULO VII

Terminada la segunda sesión, el doctor Simon pasó revista al caso que ahora comenzaba a ser iluminado por verdaderas revelaciones pertenecientes al período amnésico. El caso estaba empezando a dividirse por sí solo en dos fases separadas: el primer encuentro, que tal y como había sido contado, tuvo lugar en Indian Head; y el segundo, que, según todos los indicios, ocurrió en un trecho boscoso de una ruta que sale de la carretera n.º 3; en este segundo encuentro también intervino un obstáculo que cortaba el paso al coche, y la curiosa narración del rapto a bordo de la nave espacial era parte de él.

Lo revelado en las dos sesiones en que participó Barney parecía indicar que éste había sido sometido a un intenso choque emocional al enfrentarse con un objeto no identificado, real o imaginado como real. La segunda experiencia, o sea el rapto, carecía de precedente o confirmación en los informes considerados como fidedignos sobre objetos volantes no identificados y, por lo tanto, tenía que ser clasificada como mucho menos probable o incluso como irreal. Habría que disponer de muchos más datos para que la balanza se inclinase convincentemente del lado de la probabilidad por lo que se refería a esta segunda experiencia, que parecía más bien una especie de reflejo de la primera.

Antes de seguir con Barney, el doctor Simon decidió comenzar con Betty y bucear en su memoria. El doctor manejaba conjeturas lógicas y datos, con los que trataba de comprobar y deducir nuevos datos que irían siendo aceptados o rechazados sobre la marcha. El médico ha de ser escéptico, pero debe poseer

hipótesis prácticas, con las que pueda aquilatar la validez del material revelado por el paciente.

El doctor Simon no sentía interés alguno por la parte del caso relacionada con el objeto volante no identificado en sí; sólo le interesaba como parte integrante de la experiencia de los Hill. Su impresión, cuando comenzó a tratar a Betty Hill la semana siguiente, era que el primer encuentro pudo muy bien haber tenido lugar, pero el segundo era poco probable.

Mientras se dirigía a casa del doctor para someterse a la primera sesión, Betty Hill notó, sorprendida, que sentía auténtica impaciencia por comenzar aquella nueva experiencia. Había aguardado a Barney durante dos largas sesiones, sentada, sola e inquieta; no se imaginaba a sí misma víctima de crisis como las que indicaban los confusos ruidos que había entreoído durante la primera sesión y de las que todavía no había hablado a su marido.

En la consulta del doctor Simon, el 7 de marzo de 1962, se invirtió el ceremonial. Esta vez, fue Barney quien hubo de reforzar sus aptitudes hipnóticas y Betty quien se quedó en el cuarto para someterse a la hipnosis propiamente dicha. Betty no estaba segura de si el doctor la hipnotizaría inmediatamente o de si la sometería antes a un interrogatorio en estado consciente.

Llevaba consigo, en su cuaderno de notas, una copia de la narración detallada de sus sueños. Mientras Barney conducía, ella le preguntó si sería buena idea enseñársela al doctor, pero Barney le aconsejó esperar a que el doctor mismo se la pidiera. Barney se mostraba muy inquieto y confuso sobre los sueños de Betty, no le gustaba pensar en ellos ni encontraba bien que la preocupasen tanto. En una palabra, no creía que tuvieran la menor base real. Aunque nunca se lo había dicho a Betty, él no quería que el doctor Simon se dejara influir por aquellos sueños; por lo tanto, su descripción detallada siguió guardada en el cuaderno de notas de Betty, mientras ésta se preparaba para comenzar la sesión.

Betty recuerda claramente haber oído las palabras convenidas, que fueron pronunciadas por el doctor al comienzo de esta larga sesión, el 7 de marzo.

—Siempre que el doctor las decía —recuerda Betty—, yo sentía la más completa sorpresa. Era como si alguien, de pronto, me diese una bofetada. En cuanto el doctor dice las palabras, todo lo demás, sea lo que sea, se inmoviliza de pronto. Estaba apagando un cigarrillo y, durante un instante, aún me di cuenta de que era eso precisamente y no otra cosa lo que yo quería hacer, pero inútilmente, no podía hacerlo. La verdad es que cuando le van a hipnotizar a uno, el trance no llega inmediatamente, es como cuando uno está durmiéndose, como flotando en el aire, sumergiéndose gradualmente en el sueño. Es imposible detener este proceso, por mucho que se intente.

Betty oyó las palabras claramente. Pero le pareció que en el acto llegaron también a sus oídos estas otras palabras del doctor: «Puede despertarse, Betty.» Entre estas palabras y aquéllas transcurrió más de una hora, durante la cual Betty volvió a revivir plenamente y con todo detalle el incidente ocurrido en Cannon Mountain. Lo que reveló en este tiempo no le fue revelado a ella hasta algunas semanas después.

Doctor:

(Los ojos de Betty se cierran. Asiente con la cabeza.)

Está usted dormida, profundamente dormida, profundamente dormida. Completa y profundamente dormida. Muy tranquila, descansando completamente, dormida profundamente. Completamente dormida, profundamente dormida.

(Al repetir estas órdenes, el doctor refuerza la inducción hipnótica que Betty ha ido recibiendo durante esas semanas. Esto basta para ponerla en el estado hipnótico necesario.)

Ahora, volveremos al momento de sus vacaciones, en setiembre de 1961, en que volvían ustedes de las cataratas del Niágara, camino de Montreal. Recordará usted lo que hicieron y lo recordará todo, todos sus recuerdos y todas sus experiencias, todas sus sensaciones, y me lo irá diciendo todo, con todo detalle. Veamos: vuelven ustedes de las cataratas del Niágara y van hacia Montreal. Vuelven de un viaje de vacaciones, de placer. Cuénteme todo cuanto vieron y experimentaron, tanto usted como su marido.

Betty:

(Su voz es menos monótona que la de Barney, que parecía sin vida, pero el trance en que se halla es tan profundo como el de él.)

Vamos en coche y las calles eran amplias y el sol brillaba. Había bastante gente en las calles. Y yo miraba las casas y las tiendas y los escaparates...

(Sin embargo, habla haciendo pausas más largas, como esperando a que la escena que evocan sus palabras pase ante sus ojos según la va describiendo.)

Nos detuvimos ante un garaje para preguntar la dirección, y el empleado hablaba francés y no nos entendía. Entonces, fuimos a otro garaje y allí nos dijeron por dónde teníamos que ir para volver al centro de Montreal. Y vi en un escaparate un abrigo de visón que costaba ochocientos noventa y cinco dólares. Entonces, decidimos buscar un hotel, pero nos dijimos que quizá en el hotel no dejarían entrar a *Delsey*. Así, pues, fuimos a buscar un motel por las afueras de Montreal. Y pasamos junto a un restaurante donde anunciaban algo así como «buñuelos de patatas», y la mujer que estaba a cargo de quel restaurante salió y empezó a hablarnos en francés. Y yo dije que no entendía el francés, y ella me contestó que estaba segura de que yo era francesa. Pero no lo soy. Y, entonces, me di cuenta de que no eran buñuelos de patatas lo que allí servían, sino patatas fritas. Tomamos, pues, café y patatas fritas, y no recuerdo si también un pepito o una hamburguesa o si fue uno de cada...

(Como es normal en este caso, Betty se esfuerza por recordar detalles, aunque carezcan de importancia. Si el doctor se lo ordenase, recordaría esto. Además, los detalles del viaje que recuerda Betty son distintos que los que recuerda su marido. Betty continúa describiendo el viaje en líneas generales, por Canadá hasta Colebrook y, luego, de Colebrook a Lancaster. Su historia sobre esta parte del viaje es semejante a la de Barney. Después, dice:)

Y seguimos conduciendo y mirando a nuestro alrededor. La luna brillaba, pero aún no era luna llena, pero sí muy luminosa y grande. Y vi una estrella debajo de la luna, en el lado inferior y a la izquierda de la luna. Y luego, después de salir de Lancaster, noté que había algo parecido a una estrella, una estrella más grande encima de ésta, y noté, también, que antes no estaba allí. Y se la enseñé a Barney, que la miró, y ambos estuvimos mirándola un buen rato. Y yo estaba perpleja y, también, curiosa. Y mientras la observaba, noté que *Delsey* parecía inquieta. Y, luego, pasamos por una montaña que nos la ocultó. Y cuando volvimos a verla, me pareció que la estrella se había movido...

(De nuevo notamos que Betty Hill, cuando habla normalmente, casi nunca empieza las frases con la conjunción «y». Y, sin embargo, como Barney, lo hace sin cesar en estado de trance.)

Pero no estaba completamente segura, de modo que seguí observándola. Y de nuevo me pareció que se movía y *Delsey* seguía inquieta. Por eso le dije a Barney que debiéramos dejar que *Delsey* saliera del coche. Y esto, de paso, nos permitiría mirar aquella estrella con los gemelos. Seguimos conduciendo y llegamos a un lugar ligeramente apartado de la carretera donde podríamos parar el coche; ese lugar había sido dispuesto allí a propósito, creo, para que la gente se aparte del tráfico y contemple el paisaje. El lugar estaba rodeado de bosques, y también vimos un par de barriles llenos de basura. Y Barney dijo que tuviéramos cuidado, no fuéramos a topar con un oso. Bajé del coche y pues... veamos... sí, eso es, bajé del coche y puse la correa a *Delsey* y me alejé un poco con ella. Y, entonces, vi que la estrella se movía, ya no me cabía la menor duda. Volví, pues, al coche y cogí los gemelos. Y Barney llevó a *Delsey* a pasear y yo me puse a mirar aquel objeto con los gemelos. Y Barney decía que era un satélite, pero no lo era. Se movía con rapidez, pasó por delante de la luna y lo vi. Lo vi cruzar toda la cara de la luna y vi que tenía una forma rara. Y relucían en él luces de diversos colores.

DOCTOR:

¿A qué distancia calcula usted que estaría?

BETTY:

Entonces, aún no parecía cercano. Pero lo vi bien delineado contra la luna y vi como unos reflectores, cuya luz giraba en torno a él.

DOCTOR:

¿Como esas luces que se ven en los coches de la policía?

BETTY:

No. ¿No sabe usted lo que es un reflector?

DOCTOR:

Sí.

Pues, así, como una línea a lápiz, pero de luz, que va girando. Así eran esas luces.

DOCTOR:

¿Veía usted rayos largos de luz?

BETTY:

Luz blanca... y de otros colores.

DOCTOR:

¿Eran colores como los que suelen verse o eran...?

BETTY:

Sí, eran colores brillantes, vivos. Parecía luz color naranja brillante, casi un rayo de luz roja. Y había otro que parecía azul, bueno, como una luz de coche de la policía, como dijo usted. Ya me entiende, era algo así, porque la luz del coche gira y centellea. Aunque dé la impresión de pertenecer a un solo rayo, se dispersa. Todas esas distintas clases de luz parecían pertenecer al mismo destello, destello, destello.

DOCTOR:

¿Había otros colores, además del rojo, el ámbar y el verde? *(El doctor alude aquí a las luces usadas normalmente en Norteamérica por aviones, vehículos y semáforos.)*

BETTY:

Como azul y emitía destellos. Destellos, destellos, destellos. En toda mi vida había visto nada parecido. Y se movía con mucha rapidez. Nunca he visto un satélite, pero siempre pensé que los satélites se mueven como estrellas fugaces, aunque quizá no sean tan rápidos. Pero éste no iba con tanta rapidez. Bueno, cuando lo vi cruzar la cara de la luna me quedé impresionadísima y seguí mirándolo. Pero, luego, traté de convencer a Barney de que lo mirara también. Quería que lo viese antes de que terminara de cruzar el rostro de la luna. Pero él no hacía más que decir: «Si sólo es un satélite.»

DOCTOR:

¿Se refiere usted a satélites como «Telstar» o «Eco», o a otra clase?

BETTY:

Sí, a ésos. Y Barney dijo que sólo era un satélite, y él estaba junto al coche y cuando yo fui allí, el objeto había terminado de cruzar la cara de la luna. Y, entonces, Barney lo miró durante unos segundos y me devolvió los gemelos sin hacer ningún comentario.

DOCTOR:

¿Dijo usted que le pareció que tenía una forma rara?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Cómo describiría usted su forma? ¿Era redonda? ¿O parecida a algún objeto conocido? ¿A un avión?

BETTY:

No. No era como un avión. Sólo se me ocurre compararla con un cigarro puro.

DOCTOR:

¿Un cigarro puro?

BETTY:

Sí, porque era largo y no tenía alas. Y se movía como ladeado. Sí, eso, un cigarro puro. Iba de izquierda a derecha. Era igual que si pusiéramos un cigarro puro contra la faz de la luna, con todas esas luces relampagueando en torno a él. Entonces, Barney lo miró y yo cogí los gemelos y miré de nuevo y se los devolví. Y fui a buscar a *Delsey* y la llevé al coche y me subí también yo en el coche. Y, entonces, Barney vino y se subió al coche y dijo: «Nos han visto y vienen hacia nosotros.» Y yo me eché a reír y le pregunté si había estado viendo alguna película fantástica en la televisión. Y entonces él no dijo nada.

DOCTOR:

¿Por qué mencionó usted la televisión?

BETTY:

Porque la idea de Barney era fantástica.

DOCTOR:

¿Ha visto usted cosas fantásticas en televisión, con frecuencia?

BETTY:

No sé. Cuando pongo el televisor no es para ver esas cosas, pero la gente habla de programas fantásticos y es ésa la impresión que tiene una. Y por eso, cuando Barney me dijo que nos habían visto y que se acercaban a nosotros, pensé que su imaginación se había desbocado.

DOCTOR:

¿Tenía él los gemelos en aquel momento?

BETTY:

Le dejé en pie, al borde mismo de la zona de aparcamiento, mirando aquel objeto mientras yo cogía a *Delsey* y la llevaba al coche. Y me senté y esperé a que terminara de mirar. Y fue entonces cuando volvió y me dijo que el objeto venía hacia nosotros.

DOCTOR:

¿Miró usted para comprobarlo?

BETTY:

No, en aquel momento, no. Pensé que aquello... pues eso, que me daba igual. Bueno, pues Barney siguió diciendo que se estaba acercando hacia nosotros, de modo que me dije: «Bueno, no sé por qué se le habrá ocurrido esa idea.» Pero la verdad es que también yo empecé a sentir curiosidad por averiguar el motivo de lo que decía Barney. Cogí, pues, los gemelos y, al principio, no daba con el objeto, pero, luego, lo vi. Y vi que se nos estaba acercando, echándosenos encima. Y aún estaba lejos, lejos. Y aunque se nos acercaba, seguía pareciendo una estrella. Era como un objeto de luz sólida. Y, entonces, cuando me quitaba los gemelos de los ojos y lo miraba, volvía a parecerme como una estrella corriente que se está acercando.

(Esto se parece a muchos informes sobre objetos volantes no identificados que hay en los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos y en los de la Aviación.)

Pero cuando volvía a mirarlo con los gemelos, me parecía, naturalmente, mucho más grande. Pero volaba de una forma muy rara. Y esto era lo que más me intrigaba.

DOCTOR:

¿Cómo volaba?

BETTY:

Ya sabe usted cómo vuelan los aviones, ¿no? En línea recta. Pues este objeto no volaba así. Daba vueltas, giraba. Y se lanzaba un poco en línea recta, muy poco, y, luego, se ladeaba y ascendía.

DOCTOR:

Veamos. Dice usted que, por la forma, parecía un cigarro puro.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Volaba como volaría un cigarro puro? ¿Como una flecha?

BETTY:

Eso parecía.

DOCTOR:

¿Qué hacía cuando se ladeaba? ¿Cómo se ladeaba?

BETTY:

Pues así. Coja usted un puro y póngalo en la mesa, caído. Luego, lo levanta por un extremo y vuelve a dejarlo caer. Así es

como se ladeaba. Y, mientras tanto, daba la impresión de estar girando sin cesar.

(Otros informes confirman que la forma de cigarro puro, como en el caso de Barney, es la de un disco visto de perfil.)

DOCTOR:

¿Como si girase en torno a un eje?

BETTY:

Sí. Primero, se lanzaba en línea recta y, luego, de repente, ascendía, también en línea recta. Y, luego, descendía perpendicularmente, se dejaba caer como un plomo. Éste parecía el sistema de vuelo. No lo hacía siempre de una manera precisa e igual. Era como si sufriese una sacudida. Así, no de una manera suave. Y a medida que se acercaba, parecía aumentar la frecuencia de esas sacudidas. Y nos siguió durante bastante rato. Y era Barney quien condujo, mientras yo no hacía más que mirar el objeto y ver cómo volaba. Y pensé: «A lo mejor son los movimientos del coche lo que me hace creer que se mueve de esta forma.»

DOCTOR:

¿Lo que le hace ver a usted las sacudidas de que habla?

BETTY:

Sí. Pensé que a lo mejor ese efecto era debido a las vibraciones del coche. Entonces, empecé a decirle a Barney que parara el coche, para comprobar si de verdad volaba así. Y él lo paraba y decía que no lo veía volar de esa forma, pero yo, sí. Y por eso me puse a compararlo con otros objetos... con una estrella, para ver si daba la misma impresión, pero no la daba. Empecé a tratar de resolver este acertijo. Me dije: «Nada vuela de esa manera, de modo que soy yo, me estoy convenciendo a mí misma de que vuela así.» Todo lo que yo miraba estaba como debía estar. Sólo este objeto no parecía normal. Seguimos parando el coche y mirando el objeto y volviendo a arrancar. Y así llegamos a Cannon Mountain, que es donde está el funicular...

DOCTOR:

(Tiene que reajustar el magnetófono.)

Muy bien. Ahora, nos detendremos. No volverá usted a oír absolutamente nada hasta que yo vuelva a hablarle. Estará usted completamente tranquila y en reposo...

(Reajusta el magnetófono.)

Muy bien, Betty. Continúe ahora su relato donde lo dejó.

(Ella continúa exactamente donde lo dejó.)

BETTY:

... llegamos a donde está el funicular de Cannon Mountain y allí, en la cima, hay una zona iluminada... Creo que la luz debe ser de un restaurante. Y, mientras yo miraba, las luces se apagaron.

(Otros informes confirman desarreglos eléctricos causados por objetos volantes no identificados, como apagones de luces, de faros, de radios y de televisores.)

No sé si se debería a que el objeto se adentró por el valle, entre dos montañas, o si apagó las luces. Y esto me dejó perpleja, porque seguía buscándolas con la vista. Y, entonces, pensé: «Bueno, quizá se está alejando, quizá nosotros no le interesamos.» Pero cuando salimos junto a «El Viejo de la Montaña», volvimos a verlo. Pero parecía como si fuera dando saltos por la cima de la montaña. Y descendía un poco al otro lado y, entonces, le perdíamos de vista. Y yo no hacía más que preguntarme por qué motivo nos estaría siguiendo. Y también me preguntaba si ellos sentirían tanta curiosidad por nosotros, como nosotros por ellos.

DOCTOR:

¿Dice usted «ellos»?

BETTY:

Bueno, quiero decir que suponía que habría alguien en el interior del objeto, alguien capaz de controlar su vuelo. Y por eso, quienquiera que fuese el que estaba dentro, tenía que ser «ellos». Yo me sentía llena de curiosidad y experimentaba la sensación de que alguien estaría allí dentro, viéndonos. En cierto modo, el asunto era muy intrigante. Y yo ignoraba lo que iba a ocurrir, pero, sin embargo, no tenía miedo. Sólo sentía curiosidad. Y tenía la sensación de que algo estaba a punto de suceder, pero no sabía lo que era. Y espero que no estaré demasiado asustada cuando ocurra. Y así seguimos en el coche, carretera adelante, y paramos en un lugar donde hay muchos árboles, y allí perdimos el objeto de vista. Cuando llegamos al torrente, Barney aparcó el coche a la derecha, en un vano de la carretera. Y bajamos y tratamos de observarlo otra vez. Pero allí había demasiados árboles, también. Y seguimos esperando llegar a algún trecho de la carretera desde donde pudiéramos verlo como es debido. Y, entonces, pasamos junto al torrente, en un lugar situado entre el torrente e Indian Head, o quizás un poco más allá del torrente, o un poco

más allá de Indian Head, donde había un motel. Era como una serie de casetas, unas casetas pequeñas y de aspecto bonito, y el anuncio del motel estaba apagado, pero, en un extremo, vimos un chalet con una luz encendida. Y había un hombre en pie junto a la puerta. Y yo le vi y pensé: «Si quiero, puedo zafarme de todo esto ahora mismo. Nos basta con entrar aquí, con coche y todo, y ese objeto tendrá que irse sin nosotros. Y se acabará todo. Es decir, que, si lo que queremos es escapar, aquí tenemos la vía de escape.» Y estaba pensando esto y no dije una palabra de ello a Barney. Sólo se me ocurría pensar que ignorábamos lo que nos esperaba, pero yo estaba lista para lo que fuera. Y Barney estaba irritándome, pero lo hacía a propósito, porque estaba convencido de que yo quería hacerle ver visiones. Me dio la impresión de que quería negar la existencia de lo que estábamos viendo con nuestros propios ojos, que no quería confesar que el objeto estaba allí, a pesar de que paraba el coche para verlo. No acababa de comprender lo que sucedía. Ahora, el objeto estaba bastante cerca, y me fijé en que ya no giraba, porque vi que tenía luces a un lado, y esto daba la impresión de que estuviera pestañeando, parpadeando. Pero, luego, de pronto, dejó de parpadear. Y comprendí que sólo tenía luces a un lado. Y, luego, de pronto, el objeto avanzó en línea recta y empezó a dar vueltas delante del coche. Bueno, yo estaba mirándolo cuando empezó a hacer esto. Y estaba delante de mí, al otro lado del parabrisas, precisamente enfrente de mí. Y yo le miraba con los gemelos y vi una doble hilera de ventanas. Y, entonces, mientras le miraba, me puse a pensar que si las ventanas estaban a este lado, el otro estaría oscuro. Y éste es el motivo de que parpadee. Y mientras yo estoy aquí sentada, me siento llena de asombro ante tales cosas. Y, de pronto, a un lado, al lado izquierdo del objeto, comienza a brillar una luz roja. Y, luego, al lado derecho, sale otra luz.

DOCTOR:

¿Dijo que al lado izquierdo y al derecho?

BETTY:

Yo estaba enfrente del objeto.

DOCTOR:

Mirando a través del parabrisas

BETTY:

Yo estaba mirando a través del parabrisas, precisamente enfrente de él.

DOCTOR:

¿Y a qué distancia calcula usted que estaría?

BETTY:

Es imposible calcularlo. Sin los gemelos, no se veía con bastante claridad. Sin ellos, sólo veía una franja de luz. Y cuando vi la segunda luz roja, dije repetidas veces a Barney que parase. Y él no hacía más que contestar: «Pero si no es nada, ya verás como desaparece.» Y yo le dije una y otra vez: «¡Barney! Te digo que pares, para el coche, Barney, y míralo, es asombroso.» Y él dijo, sólo por llevarme la corriente: «Bueno, muy bien, dame los gemelos.» Y lo miró y yo seguía diciéndole: «¿Lo ves? ¿Lo ves?» Y él dijo: «Es un avión o algo parecido.» Y yo le respondía: «¿Un avión? Pero, ¿viste alguna vez un avión con dos luces rojas?» Y Barney seguía mirándolo y, luego, me devolvió los gemelos y yo me puse a mirarlo. Y, entonces, dijo que no lo había podido ver bien. Abrió la portezuela del coche. No, lo que hizo primero fue bajar el cristal de la ventana de la puerta del lado del volante y trató de asomar la cabeza y mirar el objeto volante, por encima del techo del coche.

(La voz de Betty se ha animado mucho al hablar, pero continúa siendo directa y seca.)

Pero el motor del coche seguía vibrando, y Barney dijo: «Bueno.» Y bajó. Abrió la portezuela del coche y bajó. Puso un pie en la carretera y el otro seguía en el interior del coche. Y estaba así, con la puerta del coche abierta, pero apoyándose contra el coche. Y seguía mirando y, entonces, no dijo nada. No hizo más que bajar. Y bajó de un salto y se alejó del coche. Y yo me dije: «La verdad es que este sitio no es el más a propósito para aparcar el coche, porque estamos en plena carretera. No estamos ni a la derecha ni a la izquierda del tráfico, sino en el mismo centro. Y, a estas horas, suele haber coches.» Y me dije: «Bueno, pues mientras él se acerca a ver esa cosa, yo miraré por si vienen coches en alguna dirección, por si tengo que apartar el coche del centro de la calle. Miré, pues, por la ventanilla trasera y por las delanteras y me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo allí sentada, esperando. Y mirando. Y estaba oscuro. No había farolas ni nada. Al mirar, advertí que Barney estaba a bastante distancia del coche y que aún seguía alejándose más.

(Ahora, por primera vez, empieza a notarse emoción en la voz de Betty. Aunque parezca raro, ocurre casi en el mismo instante y lugar en que ocurrió el incidente que provocó la violenta crisis emocional de Barney.)

Me asomé, pues, desde el asiento delantero, y empecé a gritar: «¡Barney, vuelve, vuelve!»

(Su voz se quiebra, llena de emoción. Empieza a sollozar mientras habla.)

¡Barney, idiota, vuelve, Barney, vuelve!

(Está reviviendo el incidente, llamando directamente a Barney, no contando lo que ocurrió.)

¡Si ese idiota no vuelve, tendré que ir a buscarle! ¡Barney! Pero, ¿qué te pasa?

(Esta actitud es afectuosa, más que agresiva. Siempre que ambos riñen, lo hacen afectuosamente.)

Y yo estoy llamándole: «¡Barney, Barney, Barney, vuelve! ¿Qué te ocurre?»

(Vuelve a describir el incidente, pero sigue sin aliento.)

Empecé a salir del coche... Me disponía a salir por el lado del volante, porque la puerta ya estaba abierta. Comencé a bajarme del asiento, porque quería salir e ir a buscarle. Y precisamente cuando comenzaba a bajarme, le vi regresar. Corría calle abajo como un loco.

(«Calle» es la forma de decir «carretera» en el Estado de New Hampshire.)

Y cuando le vi venir, me incorporé en el asiento. Luego, me alegré de haberlo hecho, porque él tiró los gemelos al interior del coche y cayeron donde había estado yo un minuto antes. Barney estaba histérico.

(Y ella casi también lo está en este momento.)

Él... él... él... él... estaba histérico. No sé si estaba riendo o llorando, pero decía que vendrían a capturarnos. Teníamos que escapar de allí a toda prisa. Iban a capturarnos. Como el motor aún estaba en marcha, apretó el acelerador y arrancamos rápidamente. Barney no hacía más que decir: «¡Mira, mira, ahí están! ¡Desde aquí les veo! ¡Están encima, están encima mismo del coche...!»

Y yo quería verles de nuevo y me sentía como asustada... aunque no tanto. Y ya estábamos en marcha, a bastante velocidad en aquel momento. Y bajé el cristal de la ventana y traté de asomarme y mirar. Y seguí mirando, y no conseguía verles. No veía la luz. Ni siquiera veía el cielo. No veía nada. Y se lo

dije a Barney: «No creo que estén allí, no veo nada, todo está oscuro, no les veo.» Así, pues, volví a meter la cabeza en el coche y pensé: «Bueno, pues a lo mejor están detrás.» Y volví a subir el cristal. Y miré por la ventanilla trasera y tampoco vi nada. Y, de pronto, comenzamos a oír aquel «bip-bip-bip-bip-bip». Y Barney dijo: «¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Qué es ese ruido?» Y yo respondí «No sé.» Y lo único que me recordaba aquel ruido era el que hacen las señales eléctricas, ya sabe usted: Biip, biip, biip, biip-biip...

(Ahora, su voz vuelve a su sequedad anterior. Y Betty analiza de manera realista las posibles causas del fenómeno.)

Me dije: «¡Al diablo! ¿Por qué no habré aprendido el morse? Quizá esto sea un mensaje en morse y no lo entiendo.» Luego, me dije que quizá fuera algo eléctrico. Una corriente eléctrica, quizá. Toqué con la mano el metal del coche y por mucho que toqué no me dio ningún calambre, pero todo el coche vibraba. Ya me comprende, una vibración ligera. Y me dije: «La verdad es que esto es raro.» Él... él no había... bueno, no sé. Se oía el «bip-bip», pero no daba calambres. ¿Qué ocurrió después?

(La minuciosidad del detalle desaparece en el caso de Betty en el mismo instante y lugar que en el de Barney; Betty sigue hablando, pero llena de perplejidad, como si estuviera tanteando, buscando algo olvidado.)

Vamos a toda velocidad... Y yo seguía esperando a que Barney me dijera lo que había visto en la carretera...

(Deja de hablar, sus búsquedas son infructuosas.)

DOCTOR:

(Después de esperar bastante tiempo.)

¿Cuánto tiempo dice que estuvo Barney fuera del coche cuando salió a la carretera? ¿Cuánto tiempo, exactamente?

BETTY:

A mí me pareció mucho tiempo.

DOCTOR:

Sí, ya, pero, ¿cuánto?

BETTY:

No sé. Yo diría... no sé por qué, pero yo diría que unos cuatro o cinco minutos.

DOCTOR:

Cuatro o cinco minutos.

BETTY:

Sí. No recuerdo haber mirado el reloj de pulsera, y, además, todo estaba oscuro. Y oí el «bip-bip».

DOCTOR:

¿Volvió usted a ver el objeto?

BETTY:

Estoy tratando de verlo. De cuando en cuando, vuelvo a asomarme a la ventana, pero tengo la cabeza completamente vacía.

(Otra pausa. Está buscando de nuevo.)

Pero casi puedo recordar...

DOCTOR:

Sí, claro que puede.

BETTY:

(Es evidente que está haciendo enormes esfuerzos por recordar.)

En este momento, no consigo llegar más allá del «bip-bip».

(Tampoco podía Barney, cuando llegaba a este momento.)

DOCTOR:

Sí puede. Todo va bien, ahora. Puede ir más allá.

(Ahora, se produce una pausa muy larga. Betty respira pesadamente, pero no emite ningún otro ruido.)

Sí, adelante, todo va bien.

(Ahora, Betty comienza a llorar. Sus sollozos son breves y rápidos, como si tratara de contenerlos.)

Muy bien. Todo va muy bien. No tiene necesidad de angustiarse demasiado.

BETTY:

(Otra larga pausa. Luego, suspira profundamente, como si se hubiese forzado a sí misma a tomar mentalmente una decisión. Habla con mucha rapidez, sin pararse a respirar, como si no quisiese decir lo que está diciendo.)

Seguimos por la carretera... No sé dónde estamos... No sé ni siquiera cómo hemos llegado a donde estamos... Barney y yo, conduciendo, no sé cuánto tiempo... No sé cuánto tiempo...

(Las palabras se oyen entre sollozos agudos y breves.)

Y ni siquiera hemos hablado... Yo estaba sentada, en silencio... presintiendo que algo está a punto de ocurrir... La verdad es que apenas tengo miedo... Excepto ahora mismo, en este momento. Ahora, sí lo tengo... Pero, entonces, no lo tenía...

(Deja de hablar. Luego, rompe a llorar.)

DOCTOR:

(Después de una larga pausa.)

¿Por qué llora, si dice que no está asustada?

BETTY:

Estoy asustada ahora... Pero no lo estaba... No... No lo estaba... Estaba asustada cuando vi a aquellos hombres en la carretera...

DOCTOR:

¿Hombres en la carretera?

BETTY:

(Prorrumpe en un grito de angustia.)

¡Jamás he sentido tanto miedo!

DOCTOR:

(Con mucha calma.)

Veamos, hábleme de esos hombres que vio en la carretera. Ahora, todo va bien.

BETTY:

(Empieza a hablar, pero sus sollozos son tan fuertes que no consigue decir nada.)

DOCTOR:

Aquí está usted segura. Hábleme de esos hombres que vio en la carretera.

BETTY:

(Su voz tiembla, respira rápidamente.)

Íbamos por la carretera... Era una carretera de alquitrán... Y, de pronto..., sin ningún aviso ni razón alguna... Barney hizo un... él siempre... los frenos chirriaron, paró tan bruscamente... y torció, de pronto, a la izquierda, saliendo de la carretera... Y nos adentramos por otra carretera secundaria, fuera de la principal... Yo me preguntaba por qué haría aquello, meterse por allí... Él no decía nada ni yo tampoco abrí la boca... Entonces, me dije: «Quizá nos hemos perdido... pero, qué más da, ya saldremos del paso de alguna manera...»

(Aún parece hablar con dificultad.)

Y seguimos adelante... Y llegamos a una curva brusca... Había árboles... Había muchos árboles a mi lado de la carretera... Ignoro si los habría también del lado de Barney...

(Nótese el deseo de decir las cosas con absoluta exactitud.)

Pero... pero había aquellos hombres, en pie, en medio de la carretera... Y yo no sentía demasiado miedo al verles... Estaban allí, en pie, y me dije: «Después de todo, no son tan terribles...» Había... ¡Oh, no sé lo que había! Y eran sólo... No me sentí demasiado asustada cuando les vi. Y eran sólo... no pude verles tan bien como hubiera querido...

(Reflexiona un momento. Luego, prosigue:)

Pero, entonces, se me ocurrió pensar: «¿Tendrán coche? ¿Se les ha averiado el coche? ¿Qué están haciendo allí?» Y Barney, como es natural, tuvo que frenar. Y, entonces, bajó del coche y aquellos hombres se acercaron al coche. A mitad del camino, se separaron. Continuaron en dos grupos. Y cuando les vi hacer esto me asusté de verdad. Y el motor del coche enmudeció. El coche quedó completamente quieto. Y los hombres siguieron acercándose.

(Una breve pausa. Luego:)

Y cuando comenzaron a hacer esto, me asusté de verdad. Y el motor del coche dejó de vibrar. Y cuando empezaron a acercarse, Barney trató de poner de nuevo el coche en marcha. Ya sabe usted que, a veces, el motor de los coches se niega a arrancar, por mucho que uno haga. Pues Barney no conseguía poner el coche en marcha... ¡No conseguía poner el coche en marcha!

(Rompe a llorar de nuevo. Sus últimas palabras apenas son inteligibles.)

DOCTOR:

¿Y qué hizo?

BETTY:

Trató de poner el coche en marcha, pero no había manera. Y los hombres se nos acercan más y más. Y yo pensé: «Si abro la puerta del coche, puedo escapar, correr a los bosques, esconderme.» Y estoy pensando hacer esto y alargo la mano para abrir la portezuela, y los hombres se adelantan y me abren la puerta.

(Solloza mucho.)

Y abren la puerta del coche... Y este... este hombre... dos hombres detrás de nosotros... y...

(Los sollozos dificultan la comprensión de sus palabras.)

DOCTOR:

No oí las últimas palabras.

(Tratando de dominarse.)

Los hombres, junto a la puerta del coche... Y aquí viene uno...

dos... tres hombres... Y uno de ellos... Otros dos detrás de él... Y uno de los hombres alarga la mano...

(Deja de hablar otra vez.)

DOCTOR:

Continúe.

BETTY:

(Larga pausa. Respira profundamente.)

No... no sé lo que ocurre...

DOCTOR:

Ahora, lo recuerda usted todo. ¿Qué aspecto tenían esos hombres? ¿Vio usted sus rostros?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Cómo iban vestidos?

BETTY:

Todos igual, no sé cómo.

(Vuelve a prorrumpir en gemidos, aunque esta vez, se domina mejor.)

DOCTOR:

¿Van de uniforme o visten ropa corriente?

BETTY:

Parecía más bien un uniforme.

DOCTOR:

Un uniforme. ¿Se parecía a algún uniforme que usted conozca?

BETTY:

No lo sé.

(Vuelve a sumirse en completo silencio.)

DOCTOR:

(Aguarda bastante rato. Luego, dice:)

Muy bien, su memoria es muy buena. No tiene por qué estar asustada. Ahora, lo recuerda usted todo. Dígame todo lo que ocurrió.

(Otra larga pausa.)

¿En qué piensa usted, ahora?

BETTY:

Pienso en que estoy dormida.

DOCTOR:

¿Dormida en el coche?

(Éste es el momento en que Barney se volvió vago y difuso... Cuando sintió que estaba «como flotando...». Cuando vio «los ojos».)

Pienso que estoy dormida y que tengo que despertarme. No quiero estar dormida. Trato de... Tengo que despertarme... Trato... Y vuelvo a dormirme... Lo intento... Intento despertarme.

(Larga pausa. Luego:)

¡Y, por fin, me despierto! Y voy andando por el bosque. Y abro los ojos, sólo un momento, y los vuelvo a cerrar en seguida...

(Comienza a sollozar violentamente.)

Pero, aunque estoy dormida, ando. Y tengo este hombre a un lado y a un hombre, al otro... Y delante de mí, hay dos hombres. Y miro a mi alrededor... Y veo un camino... Y veo árboles...

(Dice más cosas, pero los sollozos cubren por completo sus palabras.)

Y miro a esos hombres... Y me vuelvo... Y Barney está detrás de mí...

(Vuelve a guardar silencio.)

DOCTOR:

¿Barney detrás de usted?

BETTY:

Hay una pareja de hombres detrás de mí, luego, está Barney. Hay un hombre a cada lado de él. Y yo tengo los ojos abiertos... Pero Barney sigue dormido. Anda y está dormido...

(Continúa sollozando. Luego, acaba por dominarse.)

¡Y, entonces, empiezo a sentirme furiosa! Y me digo: «¿Quién demonios es esta gente y qué quieren hacernos?» Y doy media vuelta y digo: «¡Barney! ¡Despierta, Barney! ¿Por qué no despiertas?» Y no me hace ningún caso. Sigue andando. Y cuando está un poco más allá, me vuelvo otra vez y repito su nombre: «¡Barney! ¡Despierta!» Pero él sigue sin hacerme caso. Y, entonces, el hombre que va a mi lado me dice: «¡Ah! ¿De modo que se llama Barney?» Y fue entonces cuando miré a aquel hombre y me dije que a él aquello no le concernía, pero no le dirigí la palabra. Entonces, seguimos andando y yo traté de despertar a Barney otra vez. Repito una y otra vez: «¡Barney, Barney, despierta!» Pero él no se despierta. Y el mismo hombre me dice otra vez: «¿Se llama Barney?» Y yo seguí sin responderle. Y él me dijo: «No tenga miedo, no tiene usted motivo alguno para asustarse, no les haremos el menor daño. Sólo queremos hacer

ciertos experimentos. Y cuando los experimentos terminen, les llevaremos a usted y a Barney al coche y les dejaremos en él. En seguida estarán de vuelta en casa.» Comprendí que, a su manera, intentaba tranquilizarme, pero me parece que no me fié de lo que me decía. Y no estaba muy segura de lo que iba a ocurrir. Y seguimos andando, andando, y Barney seguía dormido...

(Aunque ha conseguido dominar sus gemidos, aún se oyen de cuando en cuando, puntuando, sus palabras.)

DOCTOR:

¿Quiere decir usted que andaba como un sonámbulo?

BETTY:

Sí, exactamente, como un sonámbulo.

DOCTOR:

¿Y esos hombres hablaban bien el inglés?

BETTY:

Sólo hablaba uno, el que estaba a mi izquierda. Luego, más o menos... se le notaba un acento. Tenía como un acento extranjero... Pero era, ¿cómo decirlo?, un hombre práctico y directo. Así, pues, seguimos andando y llegamos a un claro. Y allí estaba... ¡Lástima que hubiera tan poca luz, porque si no lo habría visto mejor...! Había una rampa por la que se subía a la puerta. El objeto estaba en tierra.

DOCTOR:

¿El objeto estaba en tierra?

BETTY:

(De nuevo, seca y concisa.)

Creo que era el mismo que vimos en el cielo. Y había árboles y un camino y también había un claro del bosque. Y ellos me llevaron rampa arriba. No quiero entrar en el objeto... Ignoro lo que ocurrirá si entro en él. No quiero entrar. Barney no puede potegerme... Está completamente dormido. Y no quiero entrar en el objeto.

DOCTOR:

Barney está profundamente dormido. ¿Qué hace? ¿Anda por sí solo, o le ayuda alguien?

BETTY:

Sí. Hay un hombre a cada lado de él. Cada uno le tiene cogido por un brazo y es como si... Bueno, como si... Tiene los ojos cerrados y yo diría que no oye nada. Pero se tiene en pie por sus propios medios. Sin embargo, está como atontado y parece que ellos le guían, le ayudan a seguir adelante. Y él es bastante más alto que los hombres.

DOCTOR:

¿Es más alto que ellos?

BETTY:

Sí. Sí, mucho más alto. Y cuando llegamos al objeto, me niego a entrar. Entonces, el hombre que estaba junto a mí me insta a que siga. Está un poco enfadado conmigo. Dijo: «Ande, entre de una vez. Cuanto más tarde en entrar, más tardaremos en terminar. Será mejor que entre para que terminemos de una vez y puedan volver al coche. Tampoco nosotros tenemos tiempo que perder.» Y, entonces, él y otro hombre me cogen cada uno por un brazo y me siento invadida por una sensación de impotencia. En este momento, poco puedo hacer para resistir. Lo único que puedo hacer es seguirles. Subo por la rampa, entro, y veo un pasillo a la izquierda. Avanzamos por el pasillo y me veo ante un cuarto. Y ellos se paran, con objeto de hacerme entrar en él.

(Ahora, está más tranquila, mucho más tranquila.)

Estoy en pie en el hueco de la puerta y me vuelvo y miro, esperando que también traigan a Barney. Pero no lo hacen. Se lo llevan pasillo adelante, pasando ante la puerta donde estoy yo. Entonces, dije: «¿Qué hacen ustedes con Barney? Tráiganle aquí, conmigo.» Y el hombre dijo: «No, sólo tenemos aparatos suficientes para una persona al tiempo en cada cuarto, y si les ponemos allí a los dos a la vez, tardaríamos demasiado. Barney no sufrirá daño alguno y le llevaremos al cuarto contiguo. Y en cuanto hayamos terminado con los dos, les llevaremos de nuevo al coche. No hay motivo de inquietud.» Y les vi llevarse a Barney al cuarto contiguo y yo entré en éste. Y algunos de los hombres entran en el cuarto conmigo. Entre ellos, el hombre que habla inglés. Están un minuto allí, no sé quiénes son, me imagino que formarán parte de la tripulación del objeto. Pero sólo se quedan allí un minuto, y el hombre que habla inglés está con ellos, y entra otro hombre. Al nuevo, es la primera vez que le veo. Me parece que es un médico. Y entraron por la puerta...

(Como le ocurre a Barney, Betty, hipnotizada, confunde los tiempos presente y pretérito.)

... y en un rincón hay un taburete, blanco... ¿Es blanco? No sé si es blanco o amarillo cromo, pero es un taburete y me sien-

tan en él. Estoy sentada en un taburete. Y ellos... Llevo puesto un vestido, mi vestido azul, y me remangan una de las mangas del vestido y me miran el brazo. Ambos me miran el brazo y, luego, le dan vuelta y me miran aquí...

(Señala con el dedo una parte del brazo.)

...y ellos... me frotan, tienen un aparato. Ignoro qué es. Traen el aparato adonde estoy yo y lo ponen, no sé qué clase de aparato es... Algo parecido a un microscopio, sólo que parece un microscopio provisto de grandes lentes. Y lo ponen... no sé... lo ponen... Me parece que están sacando una fotografía de mi piel. Y ambos me miran aquí y aquí a través de ese aparato...

(Betty señala dónde.)

Y, luego, empiezan a hablar entre sí. Ignoro qué están diciendo. No consigo comprender lo que estaban diciéndose. Y, luego, cogen algo parecido a una plegadera... sólo que no era una plegadera... y me rasparon el brazo aquí...

(Vuelve a indicar dónde.)

... y saltaron como pequeños... ya sabe lo que quiero decir... como cuando la piel se seca y se vuelve como escamosa, desprendiéndose de ella pequeñas partículas de piel, ¿no? Y pusieron... Había algo parecido a un pedazo de celofán o de plástico o de algo parecido, y después de rasparme la piel, depositaron las partículas en ese plástico.

(Ha vuelto a dominarse por completo. Ahora, está tranquila y lo cuenta todo como si no tuviera nada que ver con ella.)

Y, entonces, él, el hombre que hablaba inglés, los dos se pusieron a hablar inglés. El hombre que me hizo entrar en el objeto fue el que lo cogió, el que cogió el plástico y lo enrolló y lo metió en el cajón superior. Y, entonces, me pusieron la cabeza... Había como un dentista... No, no como un dentista, quiero decir como el brazo de una silla de dentista. Ya sabe, eso que le sujeta a uno la cabeza. No sé, me pareció que lo sacaban de detrás del taburete, no sé cómo, y me pusieron la cabeza en él.

(El doctor tiene que hacer otro reajuste. La interrumpe un momento y, luego, ella continúa hablando.)

Así, pues, estoy sentada en el taburete, y ese brazo está allí y mi cabeza reposa en él. Y el que me examina me hace abrir los ojos y me los mira con una luz, y me hace abrir la boca y me mira la garganta y los dientes y me mira las orejas y, luego, me hace volver la cabeza y me mira en esta oreja. Y, entonces, coge una cosa que parece una hila o una de esas cosas que se usan para limpiar a los niños pequeños y me lo pone en la oreja izquierda y, luego, lo saca y lo guarda en otro pedazo de plástico. Y el jefe lo coge y lo enrolla y también lo guarda en el cajón superior.

(Deja de hablar un momento, como para recordar mejor la escena.)

¡Ah! Y, entonces, me toca el pelo por la parte de la nuca y el resto de la cabeza y arranca un par de cabellos y se los da al jefe, el cual los envuelve y los guarda, como lo demás, en el cajón superior. Luego, coge algo, unas tijeras quizá, no sé a punto fijo lo que es, y con ellas corta, corta un pelo y se lo da al otro. Y, entonces, me toca el cuello, empieza a tocarme detrás de las orejas, bajo la barbilla y por el cuello y, luego, por los hombros y por la clavícula y...

(Vuelve a callarse, como para recordar mejor.)

¡Ah! Y, luego, me quitan los zapatos y me miran los pies y me miran las manos, me miran las manos con mucho cuidado. Y él coge... la luz es tan viva que no puedo tener los ojos abiertos todo el tiempo. Además, estoy algo asustada. No es que me interese mucho mirarles, de modo que me cuesta poco esfuerzo tener los ojos cerrados. Pero, a pesar de todo, los abro, no todo el tiempo, sólo lo necesario para tranquilizarme. Cuando no les miro, cierro los ojos. Y coge algo y me lo pasa por entre el dedo y la uña y, luego, no sé, probablemente son tijeras de manicura o algo parecido, lo cierto es que me corta un poco de uña. Y me miran los pies con mucho cuidado, guardan... no creo que me hicieran nada en los pies, se limitan a tocarlos y los dedos también, uno por uno, y todo. Y, entonces, el médico, que es el que me está examinando, dice que quiere hacer unos experimentos, quiere examinar mi sistema nervioso.

(Ahora, habla con energía.)

Y estoy pensando que no sé cómo serán nuestros sistemas nerviosos, pero espero que no tendrán la cara dura de ir por ahí, raptando a gente por las carreteras, como han hecho esta vez[1]. ¡Y me dice que me quite el vestido, me dice que me quite el vestido! Y antes de que tenga tiempo siquiera de levantarme para quitármelo, el médico... mi vestido tiene una cremallera en

[1] Retruécano intraducible, basado en la palabra «nervous», nervioso, y «nerve» que, además de nervio, significa cara dura, desfachatez. — *(N. del T.)*

la espalda. Bueno, pues el médico corre la cremallera y me quita el vestido. Y estoy sin vestido y descalza. Y, allí, junto al taburete, en medio del cuarto, más o menos, hay una especie de mesa. No es muy alta, diría que de la misma altura que esta mesa de trabajo. Me echo, pues, en la mesa, boca arriba, y, él, entonces, trae... no sé cómo describirlo... Trae una especie de agujas, todo un montón de agujas, y cada aguja tiene un alambre que sale de ella. Es algo como una pantalla de televisión, ya sabe, cuando no funciona bien parece llenarse de líneas, de hilos. Algo así. Y, entonces, hace que me eche en la mesa y traen las agujas y no me pinchan con ellas. No, no es como cuando le pinchan a uno con agujas, pero lo que hacen es tocarme con ellas. No hace daño...

(De cuando en cuando, hace una pausa, como esperando a que terminen de tocarla con las agujas.)

Excepto... ¿Dónde era...? En algún sitio. No hace más que tocarme y yo siento como si la punta de la aguja me tocase, nada más. No hace ningún daño. Pero, luego, empieza a tocarme detrás de las orejas y allí, no sé por qué...

(Señala diversas partes de su cabeza.)

... y aquí, también... No sé... Luego, me pone la aguja en la rodilla y, cuando lo hizo, mi pierna dio como un salto. Y, luego, también en el pie. Junto al tobillo, no sé cómo. Y, después, me hicieron volverme de espaldas y me fueron tocando toda la espalda. Me tocan con esas agujas, no sé cómo lo hacen. No sé qué me están haciendo, pero a ellos parece alegrarles mucho, sea lo que sea lo que están haciendo. Luego, me dicen que me vuelva de nuevo cara arriba y el médico tiene una aguja larga en la mano. Y veo la aguja. Es la aguja más larga que he visto en mi vida y le pregunto qué piensa hacer con ella...

(Está comenzando a inquietarse de nuevo.)

No me hará daño. Y le pregunto qué es, y me dijo que quería pincharme en el ombligo. No es más que un sencillo experimento.

(Solloza rápidamente.)

Y yo le digo que no, que me hará daño, que no lo haga, que no lo haga. Y me echo a llorar y le digo: «Me duele, me duele, sáquela, sáquela.» Y el jefe se me acerca y me tapa los ojos con la mano y me dice que todo irá bien, que no sentiré nada.

(Se tranquiliza algo.)

Y el dolor desaparece. El dolor desaparece, aunque todavía

me escuece donde me pincharon con la aguja. No sé por qué me pincharon en el ombligo con esa aguja. Les dije que no lo hicieran.

(Otra pausa.)

DOCTOR:

¿La agredieron sexualmente?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿No?

BETTY:

No. Le pregunté al jefe: «¿Por qué? ¿Por qué me metieron la aguja por el ombligo?» Y él me dijo que era para comprobar si estaba embarazada. Yo le dije: «No sé qué esperaban averiguar, pero, entre nosotros, no es ésa la manera de averiguar si una está embarazada.» Y él, entonces, no dijo nada.

DOCTOR:

Muy bien. Lo dejamos aquí. Quedará usted perfectamente descansada, tranquila y a gusto. Perfectamente a gusto, cómoda y descansada. Cuando yo la despierte, no recordará usted absolutamente nada de lo que hemos dicho aquí. No recordará absolutamente nada de todo cuanto hemos dicho hasta que yo le dé la orden de recordarlo.

(Repite esta última frase, para reforzar la orden.)

Pero nada de lo dicho la inquietará, no sentirá usted la menor preocupación por ello. Se sentirá a gusto, perfectamente tranquila. Sin dolores, ni angustias. No tendrá miedo, ni angustias. Se sentirá a gusto y descansada... Ahora, puede despertarse...

(Betty abre lentamente los ojos.)

BETTY:

¿Estoy completamente despierta?

DOCTOR:

Está usted completamente despierta. ¿Qué pasó?

BETTY:

¿Despierta...? ¿Despierta...? Estoy completamente confusa.

(Ríe suavemente.)

DOCTOR:

¿Se encuentra bien ahora?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Muy bien. Seguiremos la próxima vez. Dentro de una semana. A la misma hora.

(El doctor despide a Betty.)

Betty despertó de la larga sesión medio adormilada, como si la hubiesen despertado en medio de un sueño nocturno normal. Sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a mirar las cosas del despacho del doctor Simon, un poco sobresaltada y vagamente consciente de haberse sentido algo mal.

—Tenía una vaga idea de haber llorado —recuerda—, como la gente que llora dormida y se despierta y comprueba, semiconsciente, que mientras dormía lloró. Pues ésa es la sensación que tenía yo. En realidad, no desperté hasta unos dos días después. Me sentía como entontecida, perpleja, me resultaba difícil concentrar mis ideas. Me parecía que con sólo cerrar los ojos volvería a dormir.

Ya en el coche, Barney preguntó a Betty cómo había reaccionado y ella le dijo que se sentía bien, pero que no quería hablar de ello. Pasaron la noche del sábado con unos amigos, cerca de Boston, pero Betty se sintió exhausta casi todo el tiempo y no estuvo animada.

A pesar de todo, mejoró al cabo de unos días y, como le había dicho el doctor, volvió a sentirse tranquila y bien.

Ni ella ni Barney sabían aún que sus recuerdos coincidían casi por completo con el largo informe que ella misma había escrito sobre sus pesadillas.

CAPITULO VIII

Después de la larga sesión que tuvo con Betty, el doctor Simon dictó lo siguiente:

> Esta entrevista transcurrió bastante bien hasta que llegamos al borde de la zona mental relacionada con la segunda parte del contacto con el objeto volante; entonces, la paciente comenzó a dar muestra de profunda inquietud. Sus mejillas se llenaron de lágrimas; se agitó en la silla. Lo mismo ocurrió, con agitación muy pronunciada, al referirse al trato de que fue objeto, al parecer, en el interior del extraño vehículo. Hablando del reconocimiento médico que parece haber tenido lugar allí, las mejillas de Mrs. Hill se llenaron de lágrimas, hasta apareció mucosidad en la nariz. Aunque aceptó sin dificultad un pañuelo de papel que le di, consideré que lo mejor era suspender la sesión en aquel punto, aun cuando ella, mentalmente, todavía se encontraba en la «sala de operaciones», debido al alto grado de agitación que la había invadido. Ambos pacientes han quedado en volver dentro de una semana.

Y así lo hicieron, el 14 de marzo de 1964. Antes de que los Hill entraran en su despacho, donde Betty iba a someterse a la segunda sesión, el doctor Simon dictó unas notas preliminares en el magnetófono:

> Los Hill han quedado en llegar hoy, a las ocho y media de la mañana. Y el examen de Mrs. Hill continuará a partir del momento en que fue suspendido la semana pasada, cuando le sacaron la aguja del ombligo para comprobar si estaba embarazada.

Sin embargo, antes de ponerla en estado hipnótico, el doctor charló un momento con ella.

BETTY:
Creo que debo decirle, antes de que empecemos, que desde que le vi la semana pasada he tenido dos pesadillas.

DOCTOR:
¿Diría usted que fueron sueños o pesadillas?

BETTY:
Yo diría que pesadillas.

DOCTOR:
¿Y cuándo tuvo la primera?

BETTY:
El martes por la noche.

DOCTOR:
¿El martes después de la sesión? ¿Y de qué trató?

BETTY:
No recuerdo de qué trató. Recuerdo agua, un lago, creo, y una orilla. Pero no recuerdo nada más de este sueño.

DOCTOR:
¿Y le recordó algo? ¿Algún lago determinado?

BETTY:
No.

DOCTOR:
¿Y de qué trató el otro sueño? ¿Se acuerda?

BETTY:
El otro fue que... no recuerdo dónde era... que había una luz, y que la luz iba dando saltos alrededor. Y yo veía la luz. Se acercaba dando saltos y, luego, se alejaba de mí. Y yo tenía la sensación de que esa luz representaba un peligro para mí y que iba a tocarme. Brillaría sobre mí, y yo no quería que sucediese tal cosa. Y precisamente cuando iba a tocarme, me desperté. Estaba intentando gritar. No sé si grité o no. Pero el hecho es que me desperté.

DOCTOR:
¿Se enteró Barney de ello?

BETTY:
Me asusté tanto que le desperté.

DOCTOR:
¿Duermen ustedes en camas separadas?

BETTY:
No, en cama de matrimonio.

DOCTOR:
¿Le despertó usted a propósito?

BETTY:
Sí.

DOCTOR:
Entonces, gritaría usted.

BETTY:
Yo creo que no grité.

DOCTOR:
¿Tuvo usted la impresión, ya recuerda, cuando el objeto volante se acercaba a ustedes, de que este sueño era parecido a esa experiencia o de que era distinto?

BETTY:
Era como una luz de linterna. Y, luego, empezó a dar saltos en torno a mí. Era una luz pequeña.

DOCTOR:
Pequeña. ¿No se parecía a la de un reflector móvil?

BETTY:
Sí, podía ser como la de un reflector móvil.

DOCTOR:
¿Como la luz móvil de una sala de operaciones? ¿Algo así?

BETTY:
Era más pequeña.

DOCTOR:
¿Como una de esas luces que algunos médicos llevan sujeta a la cabeza con un pequeño espejo?

BETTY:
Creo que mayor. Yo diría que tendría de trece a dieciocho centímetros.

DOCTOR:
Muy bien. Pero, aparte de esto, todo ha ido bien, ¿no? ¿No ha sentido inquietudes o angustias a consecuencia de la sesión anterior? ¿O acaso no recuerda nada de ella?

BETTY:
Creo que sí recuerdo algo.

DOCTOR:
¿Qué cree usted recordar?

BETTY:
Recuerdo que lloré, y creo recordar... No... creo que re-

cuerdo haber estado sentada en el coche, mirando a Barney, que estaba en la carretera. Y recuerdo haber visto hombres en plena carretera.

DOCTOR:

¿Vio usted hombres en la carretera? ¿Se los imagina usted, ahora?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Qué aspecto tenían?

BETTY:

No les vi con la suficiente claridad como para poder describirles.

DOCTOR:

¿Parecían norteamericanos corrientes?

BETTY:

No. Eran distintos, tenían algo distinto.

DOCTOR:

¿En qué eran distintos?

BETTY:

No sé.

DOCTOR:

¿Había algún vehículo en la carretera? ¿Un coche? ¿Una motocicleta?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Sólo vio hombres en la carretera? ¿Llevaban algún vestido o traje especial? ¿Un uniforme? ¿Algún tipo de vestidura con elementos comunes?

BETTY:

Creo que todos iban vestidos igual, pero no consigo imaginármelo, no sé describir cómo iban vestidos.

DOCTOR:

¿Tiene usted alguna idea de por qué estaba llorando? Dice usted que recuerda, que cree recordar haber llorado.

BETTY:

¿Que por qué lloraba? Pues porque tenía miedo.

DOCTOR:

¿Y de qué tenía usted miedo?

BETTY:

Tenía miedo porque comprendía que estaba a punto de suceder algo e ignoraba lo que era.

DOCTOR:

Muy bien. Sigamos.

(El doctor dice la palabra convenida. Los ojos de Betty se cierran inmediatamente.)

Profunda, profunda, profundamente dormida, hondamente dormida. Está usted completamente tranquila, muy, muy, muy, muy profundamente dormida. Cada vez, más y más profundamente dormida. Más y más profundamente, muy, muy, muy profundamente dormida. Se siente usted a gusto, descansada. Sin experimentar miedo ni angustia, muy, muy profundamente dormida. Ahora, volveremos adonde estábamos hace una semana, justo donde interrumpimos su experiencia. Justa y exactamente donde nos detuvimos. ¿Dónde está usted, ahora?

BETTY:

(Sumida en profundo trance.)

Estoy en la mesa, echada, y el jefe... Me han hecho daño al meterme una aguja en el ombligo. Y el jefe me había pasado la mano sobre los ojos y cuando hizo esto todo el dolor... Ya no sentí más dolor. El dolor se fue. Y me sentí muy bien y le quedé agradecida porque me había quitado el dolor.

DOCTOR:

¿Tenía la aguja algo especial fijo a ella? ¿Algo parecido a un tubo o a un alambre?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Qué era?

BETTY:

Era una aguja larga. Yo diría que parecía una de esas agujas que se utilizan para dar inyecciones o para extraer sangre o para lo que sea, no sé.

DOCTOR:

¿Tenía una jeringa?

BETTY:

Tenía algo. Y tampoco sé por qué me hicieron eso. Era como un experimento. Y yo no quería que lo hicieran. Dije que me

haría daño, y el jefe me aseguró que no. Cuando me pasó la mano por los ojos, cesó el dolor.

DOCTOR:

¿Pincharon muy profundo?

BETTY:

Era una aguja larga. No sé, yo pensé... No miré, pero diría que la aguja tendría unos nueve centímetros de longitud, quizá más de un decímetro.

DOCTOR:

¿Dijo usted que tenía algo fijo a ella? ¿Qué era? ¿Como un alambre o un tubo?

BETTY:

Como un tubo. Y no me pincharon durante mucho tiempo. Sólo un segundo.

DOCTOR:

¿Y qué clase de dolor experimentó? ¿Como el que se siente cuando le pinchan a uno en el brazo con una aguja? Me imagino que querrían extraer sangre o algo parecido.

BETTY:

No, no era así. Era un dolor tan agudo. Era... Me parece que me puse a gemir y que no podía permanecer quieta.

DOCTOR:

¿Había una luz?

BETTY:

El cuarto estaba muy bien iluminado.

DOCTOR:

No, me refiero a una lucecita móvil.

BETTY:

Sí. Había una luz detrás de mi hombro izquierdo. Como un proyector.

DOCTOR:

¿Muy grande?

BETTY:

No, como una de esas luces de mesa de despacho. No sé. Tendría cerca de trece centímetros.

DOCTOR:

Muy bien, continúe.

BETTY:

Pues me sentí agradecida al jefe por haberme quitado el dolor. Y él parecía muy sorprendido. Y, entonces, me dijeron que

ya se habían acabado los experimentos. Y el jefe me ayudó a incorporarme. Me cogió por el brazo y yo di media vuelta para sentarme en la mesa.

DOCTOR:

¿Qué clase de mesa era? ¿Era una mesa de operaciones? ¿Como las que se ven en las consultas de los médicos?

BETTY:

Era como una de esas mesas en que se echa una para que el médico la reconozca. No exactamente como las que tienen ciertos médicos, no sé si todos los médicos tendrán el mismo tipo de mesa, pero era más bien como... una mesa larga, pero no muy larga. Creo que era como una de esas mesas para reconocer al paciente, pero sin nada de particular. Era ligera. Bueno, no sé. Blanca o de metal. Era metal, estoy segura. No era blanda, ni mucho menos. Así, eso era. Y el que me reconoció, me ayudó. Me ayudó a bajar de la mesa y yo di media vuelta. Y me dio mis zapatos y yo me los puse y, entonces, me bajé del todo. Y allí estaba el vestido y me lo puse. Iba a correr yo misma la cremallera, cuando él la cogió y la corrió. Y yo, entonces, dije: «Ahora, puedo irme, puedo irme al coche.» Y él dijo: «Aún no han terminado con Barney.» Y, entonces, empecé a sentirme preocupada y le pregunté por qué tardaban tanto con Barney. Y él me respondió que con él tenían que hacer algunos experimentos más, pero que terminarían en un momento. Y, ¡ah, sí!, vi un pequeño armario, y el médico, el que me había reconocido, se había ido del cuarto. Estábamos solos, el jefe y yo.

DOCTOR:

¡Ah! ¿Dice usted que allí había un médico?

BETTY:

El que me reconoció; el que hizo los experimentos conmigo. Pues se había ido. Así, pues, el jefe y yo estábamos solos. Yo le estaba agradecida porque me había quitado el dolor y porque él no me producía ningún miedo. De modo que me puse a hablar con el jefe. Y le dije que aquello había sido una experiencia para mí. Que nadie me creería jamás si lo contaba. Era increíble. Y que la mayoría de la gente no sabía que seres como él vivían de verdad. Y que lo que yo necesitaba era una prueba de que todo aquello haba ocurrido de verdad. Y él se echó a reír y me preguntó qué clase de prueba quería. ¿Qué me gustaría llevarme? Y dije: «Algo que pudiera llevarme y enseñar a la

gente, porque, entonces, me creerían.» Y me dijo que mirase y viera si encontraba algo de mi gusto. Y miré... No había muchas cosas en aquel cuarto... Pero vi un libro en el armario. Un libro bastante grueso. Entonces, cogí el libro y le dije: «¿Puedo llevarme esto?» Y él me dijo que hojease el libro, y yo lo hice. Tenía páginas y estaban escritas. Pero la escritura era completamente distinta de todas las que conozco. Parecía casi como... No sé... No era un diccionario, quizá fuera un... Tenía el... La escritura no cruzaba la página, iba de arriba abajo.

DOCTOR:

¿Se parecía a algún idioma conocido? ¿O era inglés?

BETTY:

No, no era inglés.

¿Se parecía a...? ¿Qué idiomas conoce usted cuya escritura vaya de arriba abajo?

BETTY:

Conocer, no conozco ninguno, pero reconozco la escritura, aunque no sé leerla: japonés.

DOCTOR:

Japonés. ¿Parecía japonés? Me refiero a aquella escritura.

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Estaba escrito a mano o impreso?

BETTY:

Era diferente. No sé, porque era... Quiero decir que no se veía lo que era. Aunque he visto escritura japonesa, esta escritura era de líneas muy claramente delineadas, y algunas eran muy finas, otras, regular, y otras, muy gruesas. Tenía algunos puntos. Tenía líneas rectas y líneas curvas. Y el jefe se echó a reír y me preguntó si me creía capaz de leer aquello. Y yo le dije que no. Él se echó a reír de nuevo y yo le dije que no me importaba porque no quería llevármelo para leerlo, sino para que me sirviera de prueba de lo que me había ocurrido. Y él, entonces, me dijo que bueno, que me lo llevara. Y yo lo cogí y quedé encantada. La verdad, aquello era más de lo que yo había esperado. Y yo estaba allí, diciéndole que nunca había visto nada parecido a aquel libro y que estaba contentísima de que me lo hubiera dado. Y que, quizá, con el tiempo, fuese capaz de leerlo. Y fue entonces cuando le pregunté de dónde era él. Porque, le dije, era

evidente que no era de la Tierra, y yo quería saber de dónde había venido. Y él me preguntó si yo sabía algo sobre el Universo. Y le dije que no. No sabía prácticamente nada. Y le dije también que, en la Universidad, me habían enseñado que el Sol era el centro del sistema solar y que en él había nueve planetas. Y que, luego, por supuesto, nuestro conocimiento había aumentado algo. Y le dije, también, que había visto en persona, creo que en una ocasión le vi, a Harlow Shapley, que había escrito un libro[1]. Y que había visto fotografías tomadas por él, en las que se veían millones y millones de estrellas del Universo. Pero que eso era todo lo que sabía. Entonces, él me dijo que era una lástima que yo no supiese más sobre este tema, y le contesté que estaba de acuerdo con él. Y él fue al otro extremo del cuarto, a la mesa, e hizo algo: abrió algo que no era un cajón, no era como un cajón, hizo un movimiento y el metal de la pared se abrió. Y sacó un mapa y me preguntó si había visto yo alguna vez un mapa como aquél. Y yo crucé el cuarto y me incliné sobre la mesa. Y lo miré. Y era un mapa, un mapa oblongo. No era cuadrado. Era mucho más ancho que largo. Y había muchos puntos en él, estaban esparcidos por toda su superficie. Algunos eran pequeños, como punzadas de alfiler. Y otros eran del tamaño de una moneda pequeña. Y había líneas, había líneas en algunos de los puntos. Eran líneas curvas que unían un punto con otro. Y había un gran círculo y muchas líneas que salían de él. Muchas líneas iban a otro círculo situado muy cerca, pero no tan grande. Y estas líneas eran gruesas. Y yo le pregunté qué querían decir y él me dijo que las líneas gruesas eran rutas comerciales y, luego, las otras líneas, las otras líneas, las líneas de trazado continuo, eran rutas hacia lugares adonde iban de cuando en cuando. Y me dijo también que las líneas de puntos seguidos eran rutas de expediciones...

Y, entonces, le pregunté de dónde era él y me dijo: «¿Cuál es su lugar en el mapa?» Miré y me eché a reír y le dije: «No sé.» Entonces, él dijo: «Si no sabe en qué lugar del mapa está, de

[1] Harlow Shapley, nacido en 1885, estudió en la Universidad de Missouri y, luego, fue a Princeton, donde trabajó con Russell. En 1914 fue llamado a trabajar en el observatorio de Monte Wilson, donde sus estudios le dieron gran fama. Entre sus estudios más importantes hay que mencionar los que hizo sobre la evolución estelar y sobre las enigmáticas «estrellas pulsantes», llamadas también cefeidas, sobre las que propuso una teoría. Pero, sobre todo, sus estudios cosmológicos y su descripción de la estructura del Universo, basada en el estudio de los grupos de estrellas. — *(N. del T.)*

poco le serviría que yo le dijese en cuál estoy yo.» Y puso el mapa... el mapa enrollado... lo puso en el lugar de la pared metálica de donde lo había sacado y cerró. Me sentí algo ridícula porque no había conseguido localizar la Tierra en aquel mapa. Le pregunté si quería volver a desenrollar el mapa y decirme en qué punto de él se hallaba la Tierra, y él se echó a reír de nuevo. Y yo pensé: «Bueno, por lo menos, tengo el libro, es un libro grueso.» Volví al armario y puse el libro en él y volví a hojearlo. Y, de pronto, oímos ruido fuera. Algunos hombres de la tripulación volvieron. Les acompañaba el médico. Estaban muy excitados y yo le pregunté al jefe qué pasaba. ¿Le había ocurrido algo a Barney? Desde luego, era algo que tenía que ver con Barney. El médico me hizo abrir la boca y me miró los dientes. Y empezaron a tirarme de ellos. Les pregunté qué querían hacerme.

DOCTOR:

¿Qué hacían con sus dientes?

BETTY:

Pues tiraban de ellos, tiraban. Y estaban todos muy excitados. *(Se echa a reír.)*

El médico me dijo que no lo comprendían: los dientes de Barney se desprendían y los míos, no. Entonces, me eché a reír con todas mis fuerzas y les dije que Barney tenía dentadura postiza, y yo no, que por eso los dientes suyos se desprendían. Y ellos me preguntaron: «¿Qué son dentaduras postizas?» Y yo dije que la gente, a medida que envejece, va perdiendo los dientes y, entonces, hay que ir al dentista a que los extraiga y ponga otros postizos en su lugar. O, a veces, alguien... Barney tuvo que ponerse dentadura postiza por causa de una herida que tenía en la boca. Por eso tuvo que sacarse los dientes. Y el jefe dijo: «¿Y eso le ocurre a mucha gente?» Parecía... se diría que no creía lo que yo estaba diciendo. Y yo dije: «Pues le pasa a casi todo el mundo cuando envejece.» Y él dijo: «¿Envejece? ¿Qué es envejecer?» Y yo dije: «Tener mucha edad.» Y él preguntó: «¿Qué es mucha edad?» Y yo respondí: «Depende, pero a medida que la gente envejece, se van produciendo cambios en ellos, sobre todo, cambios físicos. La edad comienza a dominarles.» Y él preguntó: «¿Qué es edad? ¿Qué quiere decir edad?» Y yo dije: «Edad es el tiempo que vive la gente.» Y él preguntó: «¿Cuánto tiempo?» Y yo respondí: «Creo que la vida humana suele durar, como máximo, unos cien años, aunque la gente puede morir... La mayoría muere... antes, por enfermedad, accidentes, cosas así. Y creo que lo que puede llamarse la longitud normal de una vida es unos sesenta y cinco o setenta.» Y él, entonces, dijo: «¿Sesenta y cinco o setenta qué? ¿Qué quiere decir?» Yo dije: «Años.» Él preguntó: «¿Qué es un año?» Y yo respondí que no sabía cómo explicárselo con claridad, pero que los años son conjuntos de días, y los días, lo son de horas, y las horas, de minutos, y los minutos, de segundos. Y añadí que yo pensaba que, al principio, el tiempo tenía... dependía de la rotación de la Tierra y de la posición de los planetas y de las estaciones y de todo. Y yo llevaba mi reloj de pulsera y le mostré cómo funciona, de mediodía a medianoche, de medianoche a mediodía. Pero no entendía lo que le estaba diciendo. Y yo no podía... no sé...

DOCTOR:

¿Acaso no entendía el inglés?

BETTY:

Sí. Lo entendía. Por eso, cuando me preguntó qué comemos nosotros, y yo le dije que comemos carne, patatas, hortalizas, leche, él me preguntó: «¿Qué son hortalizas?» Y yo dije que hortaliza es palabra muy amplia y comprende una serie de alimentos de cierta clase que come la gente, pero que no podía explicarle con exactitud lo que son porque hay muchas clases de cosas que se conocen genéricamente por hortalizas. Y él dijo que tenía que haber alguna hortaliza concreta que me gustase. Respondí que sí, que muchas, pero que la que más me gustaba se llamaba calabaza. Y, entonces, él preguntó: «¿Cómo es la calabaza?» Y yo respondí que suele ser de color amarillo. Y él dijo: «¿Qué es amarillo?» Y yo dije: «Voy a enseñárselo.» Y miré por el cuarto, pero no vi nada amarillo. Y yo tampoco llevaba puesto nada amarillo. Y era inútil hablar de legumbres porque no podía explicarle lo que eran. Y dije: «No puedo, no sé cómo explicarlo, no sé ni dónde está la Tierra en su mapa, no sé, ignoro todas esas cosas que me pregunta. Soy una persona de muy pocas luces, por lo menos, cuando hablo con usted. Pero, en este país, hay mucha gente que no son como yo y a quienes encantaría hablar con usted y que contestarían con gusto a todas sus preguntas y, quizá, si accediera a volver, todas sus preguntas recibirían respuesta. Pero si volviera, no sabrá cómo dar conmigo.» Y él, entonces, rió y dijo: «No se preocupe, si decidimos

volver sabremos perfectamente cómo dar con usted, siempre localizamos a quienes nos interesan.» Y yo dije: «¿Qué quiere decir?» Y él se limitó a reír. Y, entonces, veo venir a Barney. Sacan a Barney del cuarto. Oigo a los hombres que vienen por el pasillo y digo: «Ya viene Barney.» Y él dice: «Sí, ahora ya pueden volver al coche.» Y cogí el libro y Barney se acerca, ¡aún tiene los ojos cerrados!

(Betty vuelve a reír.)

Se ha perdido muchas cosas. Me pregunto si son ellos los que le obligan a tener cerrados los ojos. Y ya es hora de volver al coche, y el jefe dijo: «Venga, vamos a llevarles al coche, les acompañamos.» Y yo dije: «Bueno, pero me gustaría saber de verdad si tienen intención de volver.» Y él dijo: «Ya veremos.»

(Hace una breve pausa. Luego:)

Y estamos de nuevo en el pasillo. Barney está detrás de mí y tiene los ojos cerrados, y un hombre a cada lado. Y cuando yo ya empiezo a bajar la rampa, varios de los otros hombres, no el jefe, sino algunos de los otros, se ponen a hablar. No sé lo que están diciendo, pero parecen muy excitados. Y, entonces, el jefe se me acerca y me quita el libro. Y yo exclamo: «¡Oh!» Y estoy furiosa.

(Parece muy tensa, casi llora.)

Y yo digo: «¡Me prometió que me daba ese libro!» Y él dijo: «Sí, ya sé, pero los otros no quieren.» Pero yo dije: «Es mi única prueba.» Y él dijo: «Precisamente por eso. No quieren que ustedes sepan lo que ha ocurrido, quieren que se les olvide por completo.»

(Ahora, Betty habla como si estuviese dirigiéndose al jefe mismo.)

¡Pues yo no lo olvidaré! Puede llevarse el libro, pero no podrá *nunca, nunca, nunca* obligarme a olvidarlo. Lo recordaré todo, todo, cueste lo que cueste. Y él ríe y dice: «Quizá lo recuerde, no sé, pero espero que no, que lo olvide. Y, aunque usted lo recuerde, dará igual, porque Barney no lo recordará, Barney no recordará absolutamente nada de todo esto. Y, aunque usted recuerde algo, él lo recordará de manera distinta, y lo único que conseguirán ustedes dos es armarse tal lío que acabarán por no saber qué hacer. Así, pues, aunque lo recuerden, casi sería mejor para ambos que lo olvidasen.»

(De nuevo, a punto de llorar.)

Y yo dije: «¿Por qué? ¿Me vendrá con amenazas? Porque le aseguro que a mí no me asusta, porque no lo olvidaré, porque me acordaré, sea como sea.» Y él, entonces, dijo: «Venga, vamos a volver al coche.» Y yo estaba allí, al lado de la rampa, no tan enfadada ya. Se habían llevado a Barney mientras yo hablaba con el jefe. Y dije: «Me gustaría tener alguna prueba de todo esto, porque es la cosa más increíble que ha ocurrido desde que el mundo es mundo.» Andábamos, y el camino... la distancia no era grande... No parecía tan largo como al venir. Y él dijo: «Ahora, vamos a dejarles. ¿Por qué no se quedan fuera del coche y ven cómo nos vamos?» Y yo dije: «De acuerdo, me gustaría, si es que no corremos peligro. Y él dijo: «No, están ustedes a bastante distancia.» Y dijo que sentía mucho haberme asustado tanto al principio. Y yo dije: «Ha sido una experiencia nueva, y yo ignoraba lo que estaba ocurriendo. Pero ahora no sentía el menor miedo. Ha sido una experiencia sorprendente y, no sé, a lo mejor la olvido, pero abrigaba la esperanza de poder volver a verle algún día.» A lo mejor, se decidía a volver y otra gente podría responder a sus preguntas. Y él dijo: «Lo intentaré.» Y, entonces, todos dieron la vuelta y empezaron a alejarse. Y yo me acerco al coche y veo a Barney dentro. Abro la puerta y digo: «Sal y mira cómo se van.» Barney aún está adormilado, pero tiene los ojos abiertos y, ahora, parece en estado normal. *Delsey* está sentada en mi asiento y la acaricio y veo que todo su cuerpo está temblando. La levanto del asiento y empiezo a acariciarla, diciendo: «No tengas miedo, *Delsey,* no hay por qué estar asustada.» Me apoyo contra el coche y Barney se baja y se pone a mi lado. Y vamos a ver cómo se van. *Delsey* no quiere mirar, sigue temblando. Y el objeto empieza a brillar, se vuelve más y más brillante.

DOCTOR:

¿Qué es lo que se vuelve más brillante?

BETTY:

El objeto.

DOCTOR:

¿El objeto que vio usted antes en el cielo?

BETTY:

Sí. Sólo que ahora es como una gran pelota, una gran pelota anaranjada, y reluce, reluce, y gira como una pelota.

(Más tarde, Barney y Betty recordarían esto como si lo que

vieron hubiera sido una enorme luna que les dio la impresión de estar tocando el suelo.)

Ahora, da vueltas y desciende y parece caer, ¡pum! Y se va alejando más y más. Y yo le digo a Barney: «Bueno, Barney, ¿qué? Ahí les ves, se van y lo que hemos visto no nos ha perjudicado. Volvamos al coche y sigamos hacia Portsmouth.» Y él sube al coche, y se pone al volante, porque es él quien conduce. Yo entro por el otro lado, pongo a *Delsey* detrás, en el suelo, y le acaricio la cabeza, diciéndole que sea una buena perrita. Y Barney pone el coche en marcha y arrancamos. Y yo me siento muy contenta y dije: «Bueno, Barney, no me dirás ahora que no crees en los platillos volantes...» Y Barney dijo: «No seas tonta, Betty.» Y creo que está bromeando, pero, de pronto, volvemos a oír un «bip-bip» en la parte trasera del coche.

DOCTOR:

¿Es la segunda vez que oyen ese ruido?

BETTY:

Sí. Y dije: «Supongo que éste es su último adiós, se van, no sé adónde, pero se van. La verdad es que es fantástico. Imagina que ahora se nos olvidase.»

DOCTOR:

¿Y qué se dijeron ustedes dos, ahora?

BETTY:

Pues cuando Barney dijo: «Betty, no seas tonta», ignoraba yo si bromeaba o hablaba en serio. Así, pues, no contesté nada. Y él dice, y por ello advierto que sabe lo que estoy pensando: «Asómate y mira si les ves.» Claro, ¿cómo va a asomarse él para ver una cosa cuya misma existencia niega? Por eso me asomo yo. Miro y sigo mirando de cuando en cuando, durante todo el viaje de regreso, a ver si vuelvo a divisarles. Y no hago más que preguntarme: «¿Se habrán ido? ¿A dónde se habrán ido?» Pero sigo teniendo la sensación de que están cerca y no hago más que mirar a ver si les veo, no hago más que mirar con los gemelos.

(Otra larga pausa. Luego:)

Más allá de Concord, al norte de Concord... no nos detuvimos, pero aminoramos la velocidad, fuimos muy despacio, y yo miraba con los gemelos, pero no les volvía a ver. Pero seguí buscándoles durante todo el viaje de vuelta. Seguimos carretera adelante y yo dije: «No lo creeremos nosotros mismos, nadie lo creerá. ¡Al diablo! ¡Olvidémoslo! Es demasiado fantástico, la gente pensará que estamos locos. Quiero decir que si empezamos a hablar de platillos volantes la gente pensará... ya me entiendes... que estamos chiflados. Pero esto que hemos visto es algo más que un platillo volante que va por el cielo.» Yo creo que lo que quería era olvidarme de ello, casi era mejor. ¿Qué sacaría con recordarlo? Pero me preguntaba si volverían. Voy buscándoles por todas partes y hasta me asomo a la ventana de la cocina cuando estoy en casa.

(Betty repite los detalles del regreso, ya de día. Cómo sacaron las maletas del coche, se bañaron y, exhaustos, se echaron a dormir. Luego:)

DOCTOR:

Su memoria es buena ahora. ¿Contó usted alguna vez su experiencia a Barney? Me refiero a lo que pasó con el objeto volante.

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Tampoco le habló él a usted de lo que le ocurrió en el vehículo?

BETTY:

No recuerdo que mencionase siquiera haber estado dentro de él.

DOCTOR:

Muy bien, prosiga.

BETTY:

Ahora, me parece muy raro que nunca habláramos de ello.

(Meses más tarde, después de terminado el tratamiento, los Hill resumieron sus ideas sobre esta cuestión comparándolas con sus sesiones hipnóticas, después de las cuales no recordaron absolutamente nada de lo que habían dicho en ellas hasta que recibieron orden del doctor de recordarlo.)

Porque lo normal hubiera sido cambiar impresiones. No lo entiendo, la verdad. Lo único que dijimos fue: «¡Qué experiencia más fantástica!» Y esto es cuanto nos dijimos.

DOCTOR:

Dice usted que tuvieron dos experiencias. Una consistió en la aparición del objeto y en el descubrimiento de que en su interior había gente. La otra experiencia fue entrar en el objeto mismo. Fueron dos experiencias distintas.

BETTY:

Pero, a mi modo de ver, la primera fue de muy poca importancia. De hecho, lo único que vi fue que el objeto volaba y se situaba sobre nuestro coche. Y la verdad es que apenas pude verlo. La otra parte de nuestra experiencia fue mucho más impresionante, sin punto de comparación.

DOCTOR:

¿Y por qué decidió usted no hablar de ello?

BETTY:

Porque quería complacer al jefe, porque me había dicho que lo olvidara.

DOCTOR:

Quería usted complacer al jefe.

BETTY:

Me había dicho que lo olvidara, ésa fue la decisión que tomó.

DOCTOR:

¿Y por qué tenía usted tanto interés en complacerle?

BETTY:

No lo sé.

DOCTOR:

Luego, cabría preguntarse por qué Barney tampoco habló mucho de ello. ¿Cree usted que también él quería complacer al jefe?

BETTY:

Quizá. Porque estoy convencida de que estaba... eso, que tenía los ojos cerrados. Pero creo que no había perdido completamente la conciencia de lo que estaba ocurriendo.

DOCTOR:

¿Qué le hicieron a él?

BETTY:

Le hicieron algo que le forzó a tener los ojos cerrados. Y tenían que sostenerle cuando nos llevaron al objeto. Y, antes de salir, también le iban guiando, pero creo que, a pesar de todo, andaba con sus propios pies.

(Hace una nueva pausa.)

DOCTOR:

Siga.

BETTY:

Quizá fuera también, en parte, el miedo a recordarlo. Algo raro que noté en su manera de decirme que lo mejor era olvidarlo, producía esa impresión. Era casi como una amenaza. Y también es posible que yo quisiera olvidarme de ello. No sé.

Iba a decir que yo quería olvidarlo también, pero creo que esto es una racionalización, *a posteriori* de la situación. La verdad es que no sé si quería olvidarlo de verdad. Más bien era que no conseguía recordarlo. Me acordaba de cosas aisladas, pero de otras, no. Era, sin duda, la parte comprendida entre los dos «bip-bip».

(De nuevo, después del tratamiento, hablando con el autor de este libro, cuando sus mentes hubieron recibido permiso para pasar revista a todo lo revelado durante las sesiones hipnóticas y grabado en cinta, los Hill llegaron a la conclusión de que la primera serie de «bip-bip» pareció ponerles en un estado semejante al hipnótico, que, luego, se hizo más profundo cuando llegaron al obstáculo que cortaba el paso en la carretera. La segunda serie pareció volverles al estado consciente, aunque recuerdan que siguieron como atontados durante casi todo el trayecto de vuelta a Portsmouth.)

BETTY:

Es muy difícil de entender. Parece que lo peor es la parte que se desarrolla entre Indian Head y el lugar donde nos detuvimos en la carretera. Quiero decir que esa es la parte que yo me creía en el deber de olvidar.

DOCTOR:

¿Y por qué lo consideraba usted un deber?

BETTY:

No lo sé. Pero, al principio, oímos el «bip-bip» y, luego, ya no recordé nada. Recuerdo vagamente que Barney se salió de la carretera principal, hasta que vimos a aquellos hombres en pie, en medio de la carretera...

DOCTOR:

¿Cómo pudieron verles? ¿Tenían luces?

BETTY:

Veía las formas. Veía... Verá, cuando uno conduce por... de noche, y hay un grupo de gente o algo en la carretera, y uno lleva los faros encendidos, entonces, se les ve. No podíamos pasar. Pero no recuerdo nada a partir de ese instante. No sé hasta dónde fuimos. Algo tiene que haber pasado en ese período. Aunque no hubiéramos hecho más que mirar el paisaje.

DOCTOR:

(Tanteando la posibilidad de que se tratara de un sueño.)

¿Pararon ustedes para dormir?

BETTY:

¿Dormir? No, no creo. Quiero decir que lo sabría si hubiéramos parado para dormir. No tengo idea de lo que ocurrió hasta que vimos a los hombres en la carretera. Y, entonces, pasó todo esto. Y, sin embargo, vimos a los hombres. Luego, volvimos a oír el «bip-bip». Sé muy bien que yo quería olvidarlo.

DOCTOR:

¿Estaba usted preocupada cuando Barney sacó a *Delsey* del coche antes de esto?

BETTY:

No. Entonces, no estaba preocupada. Miraba si se acercaban otros coches.

DOCTOR:

¿Cabría la posibilidad de que se durmiera usted en el coche mientras Barney salía con la perra?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Y cuando Barney se fue solo y usted se quedó en el coche?

BETTY:

Ah, eso fue cuando el objeto estaba volando sobre nosotros, cuando Barney bajó del coche y fue hacia él...

DOCTOR:

¿No se quedaría usted dormida mientras él estuvo fuera?

BETTY:

No.

DOCTOR:

Muy bien. Veamos, a la mañana siguiente, usted sintió no haber tenido un aparato que comprobara la radiactividad. ¿Qué había ocurrido?

(Betty repite detalladamente la larga historia de cómo descubrió las manchas relucientes en el coche, telefoneó a la Base Aérea de Pease, observó la reacción de la aguja de la brújula ante las manchas relucientes y llamó a su hermana. Recuerda que, lavando el coche, algo más tarde, las manchas no desaparecieron, sino que, al contrario, se volvieron más relucientes. Cuenta que escribió al Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, en Washington, y que sintió deseos de averiguar cuanto fuera posible sobre los objetos volantes no identificados. Al terminar su relato, el doctor da por terminada la sesión con ella y llama a Barney, con objeto de comparar las experiencias de éste con parte de las reveladas por Betty.)

DOCTOR:

(Después de poner a Barney en trance; Betty, naturalmente, ha salido del cuarto.)

Veamos, Barney. Quiero revisar con usted algunos detalles de su experiencia: me refiero a cuando, según parece, le llevaron al interior del objeto volante. Ahora, ha salido usted ya de él y se encuentra perfectamente bien y tranquilo. Pero se encuentra de nuevo en la carretera. Hábleme de esos hombres.

BARNEY:

(Con la voz monótona con que habla en estos casos. Es importante recordar que ni Barney ni Betty conocen su propia versión del incidente ni la del otro.)

Vamos por la carretera y me hacen señales con la mano.

DOCTOR:

¿Señales?

BARNEY:

Sí. No levantaban la mano, la bajaban. Era un movimiento para indicarme que me parase.

(Luego, concretó que movían las manos a un lado y las hacían girar.)

DOCTOR:

¿Había algún vehículo allí?

BARNEY:

No, no había ninguno.

¿Qué luces había? ¿Las de los faros del coche?

BARNEY:

Sólo había una luz anaranjada.

DOCTOR:

Una luz anaranjada.

BARNEY:

Y yo veía la luz anaranjada. Y empecé a poner... a bajarme del coche, y puse un pie en tierra. Y había dos hombres a mi lado, ayudándome a bajar. Y me sentí muy bien, pero, al mismo tiempo, muy asustado.

DOCTOR:

¿Se identificaron ellos a sí mismos de alguna manera?

BARNEY:

No, no dijeron nada.

DOCTOR:
¿Dijeron lo que querían?
BARNEY:
No dijeron absolutamente nada. Y yo me daba cuenta de que estaba andando, o moviéndome carretera adelante a partir de donde había dejado el coche. Y veía una rampa. Y, entonces, cerré los ojos.
DOCTOR:
¿A dónde conducía la rampa?
BARNEY:
A una puerta. Una puerta de forma rarísima. Como la puerta de un extraño vehículo. Y entré. Y oí una voz, como la voz que había oído en la carretera, en Indian Head. Ahora, me decía que no me harían ningún daño. Y yo seguía con los ojos cerrados.
DOCTOR:
¿No lo oyó usted en aquel momento?
BARNEY:
Eso es precisamente lo que no conseguía comprender.
DOCTOR:
¿Pensó usted que el jefe del objeto volante le estaba hablando a usted?
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
¿Era esa la voz que usted creía oír?
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
¿Pero, en realidad, no la oía usted?
BARNEY:
Eso era lo que no acababa de comprender.
DOCTOR:
¿Cree usted que el jefe se lo estaba transmitiendo o algo por el estilo?
BARNEY:
Sí. Fui por aquel pasillo, tan sólo unos pasos, y vi otra puerta.
DOCTOR:
¿Le guiaban ellos?
BARNEY:
Me tenían cogido por ambos lados. Y entré. Y me pareció que

mis pies tropezaban con un obstáculo que había en la base de la puerta.
DOCTOR:
¿Estaba Betty allí?
BARNEY:
No, Betty no estaba conmigo. Y vi esta mesa y comprendí que tenía que ir allí. Me llevaron... me llevaron a la mesa. Y comprendí, no sé cómo, que tenía que echarme en la mesa.
DOCTOR:
¿Qué aspecto tenía la mesa? ¿Era una mesa de operaciones? ¿O una mesa de reconocimiento?
BARNEY:
Parecía una mesa de operaciones.
DOCTOR:
Una mesa de operaciones. ¿Qué diferencia hay entre una mesa de operaciones y una de reconocimiento?
BARNEY:
O quizá fuese una mesa de reconocimiento. No lo sé, la verdad. Sólo sabía que tenía fuerzas para sostenerme. Y era muy sencilla. Ningún adorno. Unica y exclusivamente para que uno se echara en ella. Y, una vez echado, mis pies sobresalían por el otro extremo. Y noté que me quitaban los zapatos. Y oía un ruido semejante a un zumbido que parecían estar haciendo aquellos hombres. Y yo tenía mucho miedo de abrir los ojos. Me habían dicho que los tuviera cerrados y que en seguida terminarían conmigo. Y yo me daba cuenta de que estaban examinándome con las manos. Me miraron la espalda y notaba que me tocaban la piel de la espalda. Como si estuvieran contándome los huesos de la columna vertebral. Y noté que me tocaban la base de la columna vertebral, como si me la oprimieran con un dedo. Con un dedo, tan sólo.
DOCTOR:
¿Le dijeron algo?
BARNEY:
Lo único que yo oía era un sonido bajo, casi un zumbido. *(Lo imita. Algo como: mmm-mm-mm.)*
Y, entonces, me hicieron dar la vuelta y volvieron a mirarme. Y me abrieron la boca y me tantearon el interior con dos dedos. Y, entonces, oí como si entrara más gente en el cuarto. Y oía ruido de pies moviéndose por la parte izquierda de la mesa

en que yo yacía. Y alguien me arañó muy ligeramente, como con una astilla, en el brazo izquierdo. Y, entonces, esa gente se fue. Y yo me quedé allí, creo que con tres hombres. Pero los dos que me habían traído allí y el otro que parecía seguirles... Había más de una persona en el cuarto. Pero parecía que sólo uno estuviera moviéndose continuamente en torno a mi cuerpo. Entonces, me pusieron los zapatos y pude bajar de la mesa. Y creo que me sentía muy bien porque comprendí que habían terminado. Y me llevaron a la puerta y mis pies volvieron a tropezar con lo que había en el umbral. Pero salté por encima de él y seguí, camino de la rampa. Y bajé por la rampa y abrí los ojos y seguí andando. Y, entonces, vi mi coche, que tenía los faros apagados. Y estaba lejos, en la carretera, y todo estaba muy oscuro. Y no conseguía explicarme lo ocurrido, porque yo no había apagado los faros. Y abrí la puerta, miré si veía a *Delsey* y subí al coche. Y me senté encima de la llave inglesa, la quité del asiento y la puse en el suelo del coche. Y Betty venía por la carretera y se acercó y abrió la puerta del coche.

DOCTOR:

¿Estaba sola?

BARNEY:

Estaba sola. Y no dejaba de sonreír. Y yo pensé que, probablemente, habría bajado un momento a dar una vuelta por el bosque. Y ella subió al coche y dijo: «La verdad es que nadie nos va a creer.» O dijo algo parecido, porque yo contesté: «No, nadie, es ridículo, nadie lo creerá.» Y yo estaba pensando en lo que había ocurrido y en que estábamos allí sentados, mirando la carretera, y vimos que esa cosa se volvía cada vez más brillante y dijimos: «¡Santo Dios! ¿Empezará todo otra vez?» Y desapareció. Y, entonces, encendimos los faros y el coche arrancó y avanzamos en silencio, carretera adelante. Y yo me dije que habríamos corrido unos treinta kilómetros cuando, por fin, llegamos de nuevo a la carretera n.º 3.

DOCTOR:

¿Y qué le dijo usted a Betty?

BARNEY:

Betty me dijo: «¿Crees, ahora, en los platillos volantes?» Y yo respondí: «Calla, Betty, haz el favor de no decir tonterías.»

DOCTOR:

¿Le contó usted su experiencia del interior del vehículo?

BARNEY:

Se me había olvidado ya.

(Tanto Betty como Barney sostuvieron, a pesar de intensos interrogatorios, que sus recuerdos de estas experiencias se les olvidaron después de salir del objeto volante... hasta que la hipnosis les permitió recordarlos.)

DOCTOR:

Se le había olvidado.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y le habló ella de su experiencia?

BARNEY:

No. No me dijo nada.

DOCTOR:

Así, pues, ¿ninguno de ustedes contó al otro lo ocurrido en el interior del objeto?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

(Advierte que ambos han dicho, en estado consciente, que no recordaban nada de su experiencia, pero, a pesar de todo, continúa tanteando a Barney en estado hipnótico.)

¿Y por qué no?

BARNEY:

No lo recordaba.

DOCTOR:

Comprendo. Este recuerdo se había desvanecido por completo de su memoria, ¿no? ¿Cree usted que ella vio el objeto?

BARNEY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿Todavía no lo sabe?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

Muy bien. Basta por hoy.

El doctor Simon sacó a Barney del trance y la sesión terminó por aquel día. En el transcurso de ella había podido comprobar que lo que recordaba Betty en estado de hipnosis era casi idéntico a sus sueños. El doctor Simon aún ignoraba que Barney porque le inquietaban los sueños de Betty y por no querer admitir tan sólo la posibilidad de que tuviesen base real, había convencido a su mujer de que no hablase de ellos con el médico hasta que éste se lo pidiera explícitamente. Betty había accedido a no mencionarlos hasta entonces con el fin de que no influyeran en la actitud del médico. El doctor Simon exploraría esos sueños más adelante, en el transcurso del tratamiento, junto con otros aspectos del extraño caso que requerían un nuevo examen.

Primero, había que considerar el carácter mismo de la experiencia. ¿Era real? ¿Qué parte de ella no lo era? Barney, por ejemplo, podría sentirse inquieto y receloso en un viaje como aquél, lejos de su casa, por causa del color de su piel. Ciertos temores podían ser exagerados inconscientemente en tales condiciones, haciendo que Barney se volviese sensitivo en exceso.

Las preguntas saltaban a la vista: ¿Cómo era posible que dos personas describieran de manera tan parecida un fenómeno complejo, con tanto detalle, en estado consciente y profundamente hipnotizados? ¿Cómo era posible que contaran tan detallada y similarmente su captura por seres humanoides inteligentes, cosa sin paralelo en toda la Historia, a pesar de que ninguno de ambos sabía lo que el otro había visto o revelado, en estado hipnótico, al doctor? ¿Sería real esto o no lo sería?

Los que tengan fe absoluta en la hipnosis y piensen que en ese estado la gente sólo puede decir la verdad, y suponiendo que tanto Barney como Betty Hill estuvieran completamente hipnotizados cuando hicieron esas revelaciones, no podrán por menos de creer lo que éstos contaron. Las pruebas de que disponemos indican que para el individuo hipnotizado la verdad es lo que él cree verdad. Por lo tanto, la verdad de lo revelado por los Hill depende de la firmeza de su fe en ello. La posibilidad de una mentira es pequeña, pero no así la de que el paciente hipnotizado revele una fantasía, siempre que él la considere verdadera. La probabilidad de que dos pacientes, por separado, revelen dos fantasías parecidas es, sin embargo, mínima. ¿Qué pensar, pues?

La cuestión, ahora, puede ser considerada desde dos puntos de vista opuestos: o los Hill mentían, o decían la verdad. Una mentira en un extremo y la verdad en el otro. Pero, ¿qué hay en medio? Una posibilidad: alucinaciones. Es posible que un individuo sea víctima de una alucinación temporal cuando experimente mucho miedo.

Reduciéndolo a lo esencial, las posibilidades, en este momento, pueden ser expuestas como sigue:

1. EL INCIDENTE FUE TODO MENTIRA.

El doctor Simon no acepta esta posibilidad. Piensa que los Hill son gente sincera y fidedigna, que le contaron lo que ellos consideraban verdad, tanto conscientemente como en estado hipnótico.

2. EL INCIDENTE FUE UNA ALUCINACIÓN.

El doctor considera que esto tampoco es probable. No percibió ningún indicio de esto durante las sesiones hipnóticas.

3. EL INCIDENTE FUE UN SUEÑO O UNA ILUSIÓN.

Esto sería tenido en cuenta y examinado detalladamente, partiendo del supuesto de que una experiencia real había podido tener lugar sobre un terreno particularmente sensible y susceptible de modificarla y ampliarla. Es decir, un terreno en el que se pudieron imprimir ilusiones o fantasías que, luego, serían experimentadas oníricamente de nuevo.

4. EL INCIDENTE OCURRIÓ DE VERDAD. LA CAPTURA O RAPTO TUVO LUGAR.

Este tipo de experiencia nunca ha tenido lugar, que se sepa, de manera fidedigna. El doctor consideraba esto demasiado improbable y mucho de lo revelado se parecía a otras revelaciones de tipo onírico.

La aparición del objeto volante no identificado ante dos personas en estado consciente es una posibilidad perfectamente aceptable, si tenemos en cuenta los informes de hombres de ciencia, técnicos, personal de las Fuerzas Aéreas, pilotos de avión y técnicos en radar; incluso podría ser considerada probable. Además, la sinceridad de los Hill parecía indudable. Sus revelaciones, tanto en estado consciente como en estado hipnótico, se corroboraban mutuamente.

Eliminando casi por completo mentiras y alucinaciones, el doctor comenzó a sopesar la posibilidad de una elaboración ilusoria, empleando como base los sueños.

Betty había tenido sueños. Sueños complicados. Sueños que fueron revelados con detalle en estado hipnótico. Cuando hipnotizó a Barney, el doctor había explorado también la posibilidad de que éste se hubiera quedado dormido en la carretera y soñado que le capturaban. Barney estaba convencido de que no se había quedado dormido durante el viaje, y el doctor estaba dispuesto a aceptar esto.

Después de las primeras sesiones con Barney, el doctor Simon comenzó a dar por supuesto que las ilusiones y fantasías eran obra de éste y que Betty las había absorbido de él. Pero durante las sesiones siguientes, Betty, en estado hipnótico, confirmó de manera notable las experiencias de Barney. Esto pudiera haber sido complicidad consciente, pero se trataba de dos personas ninguna de las cuales sabía lo que había dicho la otra, a pesar de lo cual ambas contaban historias idénticas entre sí (que los Hill no pudieron conocer hasta después de terminado el tratamiento). Si no era posible aceptar como verdad esta historia coincidente, era preciso buscar una alternativa racional que triunfase de todos los ataques. El doctor estaría al tanto de absurdos, contradicciones e incongruencias para ver así la posibilidad de encontrar una explicación favorable o desfavorable.

Al terminar la segunda sesión hipnótica con Betty, parecía que la verdad sería precisamente lo contrario de lo que había pensado inicialmente el doctor Simon. Si la totalidad de la experiencia no era cierta, quizá Barney hubiese absorbido un sueño fantástico de Betty. Barney, al parecer, era el más susceptible de ser influido. El doctor Simon notó que las experiencias de Barney a partir del rapto estaban todas en la versión de Betty; pero, por otra parte, muy pocos de los detalles de la versión de Betty estaban incluidos en la de Barney. Los recuerdos de Barney relativos a cuando le llevaron por el bosque eran vagos en comparación con los de Betty. Los detalles del examen médico a bordo del objeto eran mucho más vivos en la versión de Betty que en la de Barney.

Si esta teoría era cierta, sería preciso examinar con todo cuidado la cuestión de cómo los sueños de Betty pudieron haber sido absorbidos por Barney.

Para cuando comenzó la próxima sesión, el 21 de marzo de 1964, el sábado siguiente, por la mañana, el doctor Simon había llegado a la conclusión de que lo mejor sería suponer que,

fuese como fuese, Barney había absorbido los sueños de Betty, dejándose influir por ellos, y que, al mismo tiempo, Betty había ido desarrollando sus sueños hasta convertirlos en algo que a ella llegó a parecerle realidad. Esta posibilidad le había sido sugerida al doctor Simon por un amigo suyo.

Como lo había hecho con Betty la vez anterior, el doctor charló un rato con Barney antes de ponerle en estado hipnótico. Al comienzo de la conversación, Barney le dijo al doctor que, por primera vez en su vida, había soñado con objetos volantes no identificados, tres noches de la semana anterior: las del domingo, el martes y el miércoles. El sueño siempre era el mismo: Barney estaba en tierra, mirando el objeto volante, en el cielo, mientras Betty gritaba.

La conversación sobre esto duró varios minutos, y Barney contó que, hablando con el doctor Stephens, había mencionado, sin darle demasiada importancia, el incidente del objeto volante, dando comienzo así a una serie de circunstancias que terminaron en la consulta del doctor Simon.

DOCTOR:

(Barney aún está en estado plenamente consciente; todavía no ha sido hipnotizado.)

Además, Betty había estado preocupada por sueños y pesadillas, ¿no?

BARNEY:

Sí, eso es.

DOCTOR:

Es como le digo, ¿no?

BARNEY:

Sí, exactamente.

DOCTOR:

(Se dispone a insistir cuanto sea posible en el aspecto onírico del problema, tanto en estado consciente, como en la parte hipnótica de la sesión.)

Y ella le habló de esas cosas. ¿Se lo dijo ella en el transcurso de sus conversaciones?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Fue usted alguna vez testigo de sus pesadillas?

BARNEY:

No, nunca.
Doctor:
¿Siempre estaba usted dormido?
Barney:
Sí.
Doctor:
Veamos, ¿duermen ustedes en cama de matrimonio?
Barney:
Sí.
Doctor:
¿Suele hablar Betty estando dormida?
Barney:
No.
Doctor:
Que usted sepa, no habla en sueños.
Barney:
No, lo sé positivamente, no habla en sueños.
Doctor:
No habla en sueños.
Barney:
A veces, yo estoy despierto y ella, dormida, y nunca la he oído hablar.
Doctor:
Nunca la ha oído hablar en sueños.
Barney:
Nunca.
Doctor:
Bueno, veamos, cuando ella le contó sus sueños a usted, ¿cuántos le contó? ¿Qué dijo que había soñado?
Barney:
Por ejemplo, me dice que no está segura de si en sus sueños habrá alusiones o referencias al período de tiempo que no recordamos en White Mountains.
Doctor:
El tiempo que no recuerdan... ¿Fue Mr. Hohman quien se lo hizo ver?
Barney:
Le pareció extraño que no recordásemos nada de un trayecto como el que hay de Ashland a Indian Head, que no pasa de cincuenta y seis kilómetros de distancia. Y la verdad es que yo

no recordaba nada. Y pensé que lo que probablemente había pasado es que no hice más que conducir el coche.
Doctor:
¿No se le ocurrió a usted que el viaje de vuelta había durado demasiado tiempo?
Barney:
No.
Doctor:
¿Sólo se le ocurrió cuando Mr. Hohman se lo indicó a usted?
Barney:
Sí. A él le parecía que lo que le contamos sobre aquellos «bip-bip» que oímos en Indian Head era interesante. Y, luego, seguimos la conversación, diciendo: «Y, entonces, cuando llegamos a Ashland, oímos de nuevo el "bip-bip".» Y, entonces, él dijo: «¿Qué pasó en el intervalo, o sea, durante esos cincuenta y seis kilómetros?» Y yo, por mucho que me esforzara, no conseguía recordarlo. Entonces, me di cuenta de que habíamos conducido bastante tiempo sin que recordásemos que nos hubiera pasado nada o haber pasado siquiera por ese trecho de la carretera n.º 3.
Doctor:
¿Vieron algún coche? ¿Gente?
Barney:
Ni uno ni otro.
Doctor:
¿Quedaron, pues, preocupados por ese tiempo olvidado?
Barney:
No. Yo no.
Doctor:
Ni Betty tampoco. Muy bien.
(Entonces, el doctor sume a Barney en el trance, con las instrucciones de siempre.)
Y, ahora, usted recuerda por completo todas las experiencias de que hemos hablado en este despacho. Todas... Y también todas sus sensaciones. Pero ya no le inquietarán más. Recordará usted todas sus sensaciones y todas sus experiencias. Quiero que vuelva sobre todo ello y hable de lo que le ocurrió en la carretera, cuando le detuvieron unos hombres vestidos de oscuro. Veamos: ¿Por quién se enteró usted de esta experiencia? No le sucedió de verdad, ¿no es cierto?
Barney:

(En profundo trance.)
Estaba hipnotizado.
DOCTOR:
Estaba usted hipnotizado. ¿Y quién le hipnotizó?
BARNEY:
El doctor Simon.
(Barney separa al actual doctor Simon, en relación hipnótica con él, del doctor Simon de una sesión anterior.)
DOCTOR:
Sí, es verdad.
(El doctor comienza ahora a sondear el alcance de la influencia de Betty sobre Barney. Tiene que ir con cuidado, pues se expone a ejercer demasiada presión sobre el paciente, debido al estado de alta adaptabilidad que la hipnosis crea en él.)
Pero alguna otra persona le ha dicho algo sobre esto. ¿Quién es?
BARNEY:
Betty.
DOCTOR:
¿Y qué le dijo?
BARNEY:
Que había tenido un sueño en el que había sido llevada a bordo de un objeto volante, y que yo estaba en su sueño y que también me llevaban a bordo.
DOCTOR:
¿Cómo le contó eso?
BARNEY:
Solía contarlo cuando había visitas en casa. Y, entonces, yo le contestaba que era un sueño y nada más, que no había motivo alguno de alarma. Betty me contó muchos detalles de sus sueños. Me dijo que había subido a bordo del objeto volante y hablado con sus tripulantes, y que éstos le habían dicho que lo olvidaría todo. Y ella había dicho a los tripulantes del objeto volante que no lo olvidaría. Y yo siempre le dije que todas esas cosas no son más que sueños y no hay que creer en ellas, pero ella dice que no, que, de una manera que ella misma no comprende, siente que existe una relación entre sus sueños y la realidad, porque, hasta ahora, ella nunca había soñado con objetos volantes no identificados. Y me decía que la habían pinchado en el ombligo con algo y que esto no me lo decía sólo a mí, sino que ya vería yo cómo también se lo contaba a Walter Webb, a quien

habló de la aparición del objeto volante durante el viaje de vuelta. Y, entonces, me enteraría, además, de sus sueños. Nunca me contó directamente sus sueños.
(Barney está corrigiéndose a sí mismo, pues, antes, había dicho que Betty le contaba sus sueños directamente.)
DOCTOR:
Pero sí le dijo algo sobre ellos, ¿no?
BARNEY:
Sólo que habían entrado en el cuarto con mis dientes postizos y que estaban muy sorprendidos de que mis dientes pudieran sacarse de la boca y los de ella no.
DOCTOR:
¿Y qué me dice de otras cosas que usted mismo me contó? Por ejemplo, lo que le ocurrió cuando estaban reconociéndole. ¿Se lo contó ella?
(De nuevo se plantea la cuestión: ¿recordará sólo Barney lo que Betty le dijo?)
BARNEY:
No. Eso no me lo dijo ella. Yo estaba echado en la mesa y noté que me estaban examinando.
DOCTOR:
¿Forma esto parte del sueño de Betty?
BARNEY:
(Con firmeza.)
Lo que estoy contándole es lo que sucedió de verdad. Por entonces, Betty me hablaba de sus sueños. Yo estaba desconcertado, porque no tenía la menor idea de que eso hubiera sucedido de verdad. Ahora, he comprobado que sí.
DOCTOR:
(Insiste, casi retador.)
Bueno, todos estos sueños sobre su entrada en el objeto volante y todos los detalles que me ha contado se los dijo Betty a usted, ¿no?
BARNEY:
No, Betty no me contó nunca esas cosas, sólo me habló de lo relativo a mis dientes.
DOCTOR:
Sólo le habló de los dientes.
(Pausa.)
¿Y cómo sabe que todo eso ha ocurrido en realidad?

BARNEY:

El doctor Simon me hipnotizó. Me ha hecho recordar lo ocurrido el 19 de setiembre de 1961, cuando salí de Montreal. Le conté lo que me había ocurrido todas las veces que me lo preguntó. Y he hablado con gente a quien nunca había visto hasta entonces. Y sabía muy bien que había visto un objeto volante no identificado, y que había ido hasta Indian Head, me había bajado del coche y comenzado a andar hacia donde estaba el objeto volante, porque no acababa de convencerme de que pudiera estar allí de verdad. Y, a pesar de todo, no podía hacer que se fuera de allí.

(Ahora, Barney vuelve a sentirse emocionalmente inquieto.)

Y me sentía como forzado a acercarme a él... Y rogaba a Dios que me hiciera...

(Prorrumpe en sollozos.)

DOCTOR:

Esto no le angustiará, tranquilícese.

BARNEY:

(Un poco más calmado.)

Y rogaba a Dios que me permitiera alejarme de allí y volví corriendo al coche. Y eso fue lo que hice. Y los ojos persistían en seguirme mientras volvía junto al coche. Y me sentía muy acongojado, mucho...

(El doctor le deja que siga contando nuevamente el episodio de Indian Head. Esta vez, no revela ninguna contradicción. Es la misma historia que ha relatado siempre. Luego, Barney continúa adentrándose en el período amnésico.)

Y seguí conduciendo y conduciendo. Y di una vuelta, sin explicarme nunca por qué... y... Bueno, pues eso, di la vuelta. Y torcí a la izquierda y me di cuenta de que estaba en una zona desconocida, en la que nunca había estado hasta entonces. Y me sentía muy inquieto y, no sé cómo, aquellos ojos me seguían, me decían que me tranquilizara, que no me ocurriría nada, que me calmara. Y vi a esos hombres que se me acercaban.

DOCTOR:

Veamos, esos hombres en la carretera... ¿Está usted seguro de que estaban allí?

BARNEY:

(Con mucha firmeza.)

¡Ya lo creo que estaban allí! Y yo no lo sabía. No lo sabía.

Porque estaba hipnotizado por el doctor Simon, quien me ordenó contar esto. Y lo conté..

DOCTOR:

(Bruscamente.)

¿Soñó usted esto?

BARNEY:

No. No lo soñé.

DOCTOR:

Entonces, ¿esos hombres le pararon a usted de verdad?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Muy bien. Sigamos adelante.

BARNEY:

Me dispuse a bajar del coche y sentí que dos hombres me estaban ayudando y que yo tenía los ojos cerrados...

DOCTOR:

(Es evidente que Barney se dispone a confirmar lo que ya contó antes.)

Un momento. ¿No le contó esto Betty mientras estaba usted dormido?

(A veces, es posible transferir una fuerte sugerencia hipnótica a una persona que está en determinada fase de un sueño normal.)

BARNEY:

No, Betty no me contó nunca semejante cosa.

DOCTOR:

¿No tuvo ella sueños de este tipo, y no habló de ello dormida?

BARNEY:

Nunca me ha contado tales cosas. Nunca la he oído contármelas. Betty dijo que había soñado que ella y yo estábamos dentro de un objeto volante. Pero no me contó cómo habíamos entrado en él.

DOCTOR:

Sí. Pero, ¿no le contó que les habían llevado hasta él?

BARNEY:

Sí. Eso, sí.

DOCTOR:

¿Y no le contó, también, todo lo que había visto dentro, y que había sido detenida por esos hombres?

BARNEY:

No. No me dijo que los hombres la hubieran detenido. Eso no formaba parte de sus sueños.

(En esto, Barney tiene razón.)

Eso sólo fue cuando me hipnotizaron...

DOCTOR:

Sólo cuando fue usted hipnotizado.

BARNEY:

Sí, fue entonces cuando lo vi.

DOCTOR:

¿Cómo se explica esto? ¿Cómo se explica que sucediera esto? ¿Cree usted que sucedió en realidad?

BARNEY:

Sí que sucedió. No sé qué decir. No quiero recordarlo. Me parece que no lo recordaré.

DOCTOR:

¿Quién le ordenó a usted que no lo recordara?

BARNEY:

Se lo dijeron a mi mente, que olvidaría todo lo ocurrido. Fue como si lo imprimieran en mi mente.

DOCTOR:

¿Imprimir en su mente? ¿Y quién se lo dijo?

BARNEY:

Yo creía que había sido el hombre que me miró desde el interior del objeto, y al que yo también estaba mirando. Y yo creía que había tenido que ser él. Y él me dijo que me tranquilizara, que no tuviera miedo. Y que no me harían ningún daño. Y que me dejarían en paz y podría seguir mi camino. Y que lo olvidaría todo, todo, que no volvería a recordarlo nunca.

DOCTOR:

¿Cómo se explica que no supiera usted nada de la experiencia de Betty, mientras ella parece conocer todos los detalles de la suya?

BARNEY:

Yo no estaba en el mismo cuarto que ella. No sé dónde está. Me siento muy tranquilo y a gusto, no sé por qué. Yo creía que terminarían en seguida con nosotros, y que no nos causarían ningún daño.

DOCTOR:

Dijo usted, antes, que ignoraba lo que había sucedido, pero también dijo que Betty le había contado muchos detalles de lo ocurrido en sus sueños.

BARNEY:

Me habló de sí misma. Ignoro lo que le ocurrió a Betty en la carretera, pero nunca tuve fe en sus sueños.

DOCTOR:

¿No cree usted en sus sueños? ¿Y por qué no cree usted en sus sueños?

BARNEY:

Nunca había soñado con objetos volantes hasta el domingo pasado... Soñé con ellos la noche del domingo y la del martes y la del miércoles. Y es la primera vez en toda mi vida que sueño con objetos volantes.

DOCTOR:

Me dijo usted, hace algún tiempo, que se sintió como disociado al ver este objeto volante. ¿Qué quiso usted decir?

BARNEY:

Sentí que nunca había tenido una sensación como aquélla. Y me sentí disociado. Como si mi cuerpo se moviera por un lado y mi cabeza pensara por el otro. Y jamás había tenido una sensación como aquélla. Me sentía disociado. Y nunca volví a experimentar esta sensación hasta que entré en el despacho de usted. Y usted mandó entrar a un perrito en el cuarto. Y yo quedé hipnotizado y tuve la impresión de que el perrito estaba allí de verdad.

(Se está refiriendo a un experimento que hizo el médico con Barney.)

DOCTOR:

Entonces, eso fue una alucinación, ¿no?

BARNEY:

Sí, fue una alucinación.

DOCTOR:

Entonces, ocupémonos del rapto. ¿No podría haber sido también una alucinación?

BARNEY:

(El doctor no consigue hacerle contradecirse.)

¡Ojalá hubiera sido una alucinación!

DOCTOR:

(Insistiendo.)

¿Y por qué no podría haberlo sido?

BARNEY:
No lo sé.
DOCTOR:
¿Y no podría ser que Mr. Webb le hiciera creer que tenía que haberle ocurrido a usted en ese intervalo de tiempo?
BARNEY:
Mr. Webb no me hizo creer tal cosa. Mr. Webb no trató de hacerme creer que tenía que haberme ocurrido algo.
(Vemos de nuevo que, en estado hipnótico, el paciente trata de ser escrupulosamente exacto. Fue Hohman quien le hizo creer aquello.)
DOCTOR:
Bueno, le dijo que había un espacio de tiempo del que no recordaba nada.
BARNEY:
Había un espacio de tiempo, entre Indian Head y Ashland, y yo no hacía más que pensar que recordaba haber salido a la carretera en Indian Head. No recordaba nada más, excepto que eché a correr hacia mi coche, y que arranqué a toda velocidad. Y no recordaba lo que había hecho entre Indian Head y Ashland. Fue Mr. Hohman quien me dijo que tenía que haber hecho algo.
DOCTOR:
¿Se sintió usted «disociado» de esa parte de su experiencia?
BARNEY:
No, no me sentí disociado. Era, sencillamente, que no quería pensar en ello. Me limitaba a decirme a mí mismo que habría pasado ese tiempo conduciendo, y nada más.
DOCTOR:
¿Y está seguro de que eso ocurrió de verdad?
BARNEY:
Estoy seguro de ello.
DOCTOR:
¿Le hablaron a usted, esos hombres?
BARNEY:
Sólo el que me pareció que era el jefe.
DOCTOR:
¿El que usted creyó que era el jefe del objeto volante?
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:

¿Y de qué idioma se sirvió?
BARNEY:
No me habló con palabras. Me dijo lo que tenía que hacer con pensamientos que mis pensamientos comprendían. Y le oía. Y no entendía cómo podía comprenderle. Y me dijo que no me harían ningún daño.
DOCTOR:
¿Empleó algún sistema de telepatía mental?
BARNEY:
No comprendo esta palabra.
DOCTOR:
La telepatía mental consiste en poder comprender los pensamientos de los demás o en que los demás comprendan los pensamientos de uno.
BARNEY:
Yo comprendía sus pensamientos. Sus pensamientos me llegaban adentro, como ahora siento los pensamientos de usted, es decir, como los siento cuando usted me habla. Y sé que usted está aquí, conmigo, y, sin embargo, tengo los ojos cerrados. Y usted me hace preguntas. Y yo sé que está usted aquí, aunque no sé dónde exactamente. Y así es cómo él me dijo que no me harían daño. Y que me dejarían en paz para que fuera adonde yo quisiera en cuanto me hubieran examinado en este cuarto. Y, entonces, no le veía, ni oía sus pensamientos decirme que no recordaría nada de todo esto porque no me habían hecho ningún daño y lo que yo quería era olvidar. Y él me ayudó a olvidar diciéndome que era eso precisamente lo que yo quería. Y así me olvidé de todo.
DOCTOR:
Me dijo usted que Betty intentó hipnotizarle en cierta ocasión.
BARNEY:
Cuando estábamos en la carretera, en White Mountains, y nos paramos por primera vez para ver mejor aquella luz que se movía por el cielo y se acercaba a nosotros. Yo lo veía claramente y dije: «Es un avión.» Y Betty dijo: «Fíjate cómo vuela...»
(Barney sigue contando con todo detalle su primera parada en la carretera n.º 3, cuando Betty trata de hacerle ver que aquéllo es algo extraño y no un avión. Y cuenta que también él lo encontraba extraño, porque volaba sin hacer el menor ruido, pero indica que no quería dejarse influir excesivamente por Betty. Su

recuerdo sigue siendo idéntico a los anteriores. Cuando menciona que tenía la esperanza de que pasara otro coche o algún policía del Estado, el doctor le interrumpe con una pregunta:)

DOCTOR:

Quería usted ver gente en la carretera, ¿no?

BARNEY:

No quería ver a esos hombres.

DOCTOR:

Cuando comprobó que no le hacían daño, ¿se sintió usted mejor?

BARNEY:

Me sentí raro. Y no conseguía recordar. Y, sin embargo, yo sabía que había ocurrido algo. Y me sentía confuso al ver que me encontraba fuera de la carretera n.º 3. Estaba volviendo a la carretera n.º 3 y no comprendía por qué me había alejado de ella... Y, poco después, oímos el «bip-bip». Y, a partir de entonces, no dije nada.

DOCTOR:

¿No le hipnotizó Betty?

BARNEY:

No, Betty no me hipnotizó. Yo quería creer que ella se había equivocado sobre el objeto volante, porque así me sentía más tranquilo. Y es que seguía viendo ese objeto en el cielo...

(Ahora, Barney repite de nuevo, detalladamente, su parada en Indian Head, indicando que había creído que el objeto tenía que ser un helicóptero, porque, si no, resultaba inexplicable que pudiera permanecer inmóvil en el aire. Y, sin embargo, no hacía el menor ruido y Barney tuvo que confesarse a sí mismo que no podía ser un helicóptero. Barney llega al momento de su narración en que se dispone a echar a correr hacia el coche.)

Y volví al coche a todo correr. Y, sin embargo, yo sabía que no estaba allí...

DOCTOR:

Sabía que no estaba allí...

BARNEY:

Yo sabía que no podía ser verdad. Tener en la cabeza unos ojos como aquéllos...

DOCTOR:

¿En la cabeza?

BARNEY:

Sí. Aquellos ojos.

DOCTOR:

O sea, ¿que todo ello era un producto de su imaginación?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y por qué no?

BARNEY:

Lo recuerdo de la misma manera que recuerdo lo anterior, hasta que bajé del coche en Indian Head. Recuerdo todo lo que hice. Luego, conduje carretera abajo y fui por North Woodstock y, después, torcí a la izquierda. Y Betty me miraba, como si estuviera perpleja. Y, a pesar de todo, no me hizo ninguna pregunta sobre lo que hacía. Y adivinaba lo que estaba pensando. Y dije: «Sé que lo que estoy haciendo está bien hecho, sé que vamos por donde debemos ir.»

DOCTOR:

¿Y qué cree usted que estaba ella pensando? Dice que adivinaba lo que estaba pensando Betty.

(Está tanteando de nuevo la posibilidad de que las ideas de Betty hubieran sido transmitidas a Barney.)

BARNEY:

Yo pensaba que ella estaba pensando que me había apartado de la carretera principal y que...

DOCTOR:

¿Adivina usted con frecuencia lo que piensa Betty?

BARNEY:

A veces, lo adivinamos los dos. A veces, tratamos de ver si podemos intuir lo que está pensando el otro. Pero no solemos tener demasiado éxito.

DOCTOR:

¿Lo intentan ustedes de verdad? ¿Ver si consiguen adivinarse los pensamientos? ¿Lo practican ustedes?

BARNEY:

Verá, cuando yo estaba en Filadelfia, ella solía decirme que querría que yo la telefonease. Y me dijo que, muchas veces, se echaba en su cuarto y se ponía a decir: «Llámame, Barney.» Y, entonces, yo la llamaba. No es que yo hubiese adivinado en aquel momento que ella lo deseaba, sino que había decidido telefonearla a aquella hora, en todo caso. Pero ella decía: «Tie-

nes que haberme leído el pensamiento, porque yo estaba allí, echada, esperando tu llamada.»

DOCTOR:

¿Podría ser que ella hubiera impreso todas estas ideas de objetos volantes en la mente de usted? Me dijo que Betty quería hipnotizarle.

BARNEY:

Sé perfectamente que Betty no me hipnotizó. Yo quería pensar que me había hipnotizado, quería pensar que aquel objeto no estaba allí de verdad. Y por eso dije: «¿Qué estás haciendo, Betty? ¿Tratando de hipnotizarme?» Y desde entonces, dije constantemente que aquello tenía que ser un avión. Quería que ella me dijese: «Tienes razón, es un avión.» Y, mientras, seguíamos carretera adelante, pero el objeto nos perseguía y eso no acababa de hacerme gracia. Sabía que no es corriente que un avión siga a un coche por la carretera, como nos seguía aquél. Y esperaba que todo fuera una ilusión, no quería que aquella cosa volante estuviera encima de nosotros. Esperaba que no estuviera allí. Y, sin embargo, seguía allí, carretera adelante, siguiéndonos...

(Barney vuelve a contar detalladamente lo ocurrido en Indian Head, indicando que no podía creer que fuese posible que aquel objeto volase sobre ellos, pero así era, y tenía la impresión de que lo que quería era capturarles.)

¿Y cómo sabía usted que quería capturarles?

BARNEY:

Me daba cuenta de que se acercaban muchísimo. Y yo también me estaba acercando a ellos. Y vi como... no era una rampa... sino, más bien, como un objeto que sobresalía de la parte inferior. Y yo veía esto con mis gemelos... me recordaba una escalera, pero, en realidad, no conseguía ver a ciencia cierta lo que era. Lo único que veía era que algo salía de ello. Y las alas que salían a ambos extremos no eran como alas de avión, como esas alas parecidas a las de los murciélagos, de ciertos aviones militares. Salían del cuerpo del objeto como de una vaina.

DOCTOR:

¿Quiere decir que las vio salir del fuselaje?

BARNEY:

Por la forma, no parecía un fuselaje. Y cuando las alas comenzaron a salir, las luces rojas comenzaron a alejarse del cuerpo del objeto. Y vi que estaban situadas en los extremos de las alas. Y conseguí romper la atracción e ir corriendo hacia el coche.

DOCTOR:

¿Qué forma tenía? Si no tenía forma de fuselaje, ¿qué forma tenía?

BARNEY:

Pues... así... Una forma más o menos oval.

DOCTOR:

A Betty le pareció que tenía forma de puro.

BARNEY:

Cuando subía cielo arriba parecía un cigarro puro, porque creí que sería un avión de pasajeros a causa de su longitud. Pero es que, entonces, estaba a distancia. Y sólo al acercarse vi que lo que me había parecido una hilera recta de luces era, en realidad, una serie de luces en curva.

DOCTOR:

Muy bien. Si no tiene nada más que decirme, lo dejamos por hoy. Nada de esto le causará inquietud.

(Ahora, por primera vez, el doctor permitirá a Barney recordar algunas de las cosas que ha contado en estado hipnótico. Éste es un paso fundamental en el tratamiento hipnótico.)

Y, ahora... ahora, recordará usted todas estas experiencias hasta que empiecen a inquietarle. ¿Me comprende? Cuando le haya despertado, podrá usted recordar cualquier cosa que no le inquiete. Recordará que nada de esto va a inquietarle ni a causarle el menor daño. Todo eso ha pasado ya, y gradual, muy gradualmente, según sigamos adelante, irá usted recordando todas estas cosas...

(Es importante que las órdenes sean perfectamente claras, debido a la tendencia del paciente a obedecerlas literalmente.)

Pero no le causarán pesadillas, ni ninguna inquietud, y usted irá recordando cada vez más cosas conforme sigamos con el tratamiento. ¿Está claro?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

No experimentará miedo ni angustia, se sentirá completamente a gusto y descansado. Y continuaremos hablando de estas cosas como hasta ahora. Y lo mismo le digo por lo que se refiere a Betty. Recordará usted estas cosas sólo mientras pueda recor-

darlas *sin sentir inquietud ni angustia*. Le volveré a ver dentro de una semana. ¿De acuerdo?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Muy bien. Ahora, puede despertarse.

(Barney despierta al oír esta orden.)

BARNEY:

Me encuentro muy bien.

(Una pausa. Luego:)

Algo me tiene perplejo. Recuerdo haber sido hipnotizado. De ordinario, cuando vengo aquí, sé que he sido hipnotizado, pero no recuerdo nada más. Y, entonces, miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado un par de horas. Y, entonces, me digo que parece que hayan pasado, como máximo, diez minutos. Y... y... eso... recuerdo cosas que... sobre esta sesión, cosas que no recordaba nunca después de las otras sesiones.

DOCTOR:

¿Y qué recuerda, ahora?

BARNEY:

Pues el objeto volante que se nos apareció, como le dije y... Eso... Ciertas cosas me tenían perplejo porque no conseguía acabar de comprenderlas. Solía hablar de ellas con Walter Webb cuando venía a vernos, y hablábamos de la aparición de ese objeto, lo que yo vi y lo que vio Betty. Y nos poníamos a hablar como siempre y llegábamos al momento en que vi a los hombres dentro de él volverse para manipular los mandos. Y nunca conseguí ir más adelante. Pero, ahora, casi veo al hombre y recuerdo su aspecto y veo que me mira. Y no tengo miedo... Es decir, no le encuentro... horrible... Lo aterrador era la precisión militar de... Como si fuera una persona que sabe perfectamente lo que tiene que hacer y sabe que puede hacerlo y está decidida a hacerlo. Y cuando dije que iban a capturarme, solía recordar que... Pero nunca recordé por qué creía que iban a capturarme.

DOCTOR:

Bueno, ¿y por qué iban a capturarle?

BARNEY:

No lo sé. ¿Por qué iban a capturarme?

DOCTOR:

Pero, ¿por qué pensaba usted que iban a hacerlo?

BARNEY:

Veamos. Era como si me forzaran a seguir allí. Y nunca conseguí entender qué me indujo a ir andando hacia el objeto, cuando todos mis sentidos... me... me decían que no lo hiciera. Y... es muy extraño. Casi increíble.

DOCTOR:

Bueno, veamos. De ahora en adelante, a medida que sigamos el tratamiento, le ocurrirán a usted algunas cosas extrañas. Y se sentirá usted más consciente que hasta ahora de lo que le ocurre cuando está en estado hipnótico. No le inquietará eso y lo recordará cada vez con mayor claridad, y se irá habituando a ello y no le cogerá ya desprevenido ni le sobresaltará.

BARNEY:

Sí, ya sé... Verá, Betty y yo solíamos ir a White Mountains después de la aparición... Eso era en 1962, y algo menos, también, en 1963. Y solíamos ir en coche por las diversas carreteras de la zona montañosa. Nunca llegamos a comprender qué habíamos estado haciendo lejos de la carretera principal. Y es que no podía explicarme por qué pensaba que seguía en la carretera n.º 3. Y, sin embargo, no estaba seguro de estar en la carretera n.º 3. Pero, ahora, sé perfectamente que lo que ocurría es que me aparté de la carretera principal.

DOCTOR:

Ahora recuerda, ¿no es verdad?, que usted y Betty solían hablar de estas cosas, de los sueños de Betty.

BARNEY:

Sí, sí... Betty solía mencionarlos.

DOCTOR:

Y que usted sabía de sus sueños más de lo que recordaba.

BARNEY:

Bueno, no... Eso, no. Algunas de las cosas que me contó sobre sus sueños, en los que intervenía yo, era, por ejemplo, lo de cuando me quitaron la dentadura postiza. Y yo preguntaba: «¿Y qué hacía yo entretanto?» Y ella respondía: «Tú no hacías nada.» Y es que tampoco ella sabía nada más.

DOCTOR:

Durante el viaje no se detuvieron a descansar, ¿verdad?

(Está explorando la posibilidad de que Barney y Betty soñaran durante el viaje, si se detuvieron para dormir un rato.)

BARNEY:

Sí. Nos detuvimos... Sí, era a... Yo diría que a treinta kilómetros, más o menos, de Montreal.

DOCTOR:

Sí, pero yo me refería a después de la aparición.

BARNEY:

No, después no nos detuvimos.

DOCTOR:

¿No se detuvieron para comer una chuleta o echar un sueño?

BARNEY:

No. Fue un viaje continuo, sin paradas. Y yo me sentía muy bien. Me sentía estupendamente. Muy descansado después de la noche anterior. Y pasamos un día delicioso, y como podía conducir sin parar desde White Mountains hasta Portsmouth, ni siquiera pensé en parar. No me sentía muy cansado. Pero eso es lo sorprendente, porque, de una manera vaga, me parecía recordar un resplandor rojo en la carretera, y siempre tenía en la mente la sensación de que alguien me ordenaba parar.

DOCTOR:

¿Cómo? ¿Agitando una linterna?

BARNEY:

No. Bueno... Sí... Como si hubiera tenido una linterna en la mano.

DOCTOR:

Esa señal habría producido la impresión de algo rojo que reluciera, ¿no?

BARNEY:

No. El brillo no venía de un objeto que tuviera en la mano el que me hacía la señal de parar.

DOCTOR:

Ya. ¿Venía de otro sitio?

BARNEY:

Brillaba con mucha fuerza... Yo pensé: «¡Oh, Dios, no puede ser la aurora!»

DOCTOR:

Aquella noche, la Luna era grande, ¿no?

BARNEY:

Pensé que quizá fuera la Luna. Pero aquella cosa estaba allí mismo, en la carretera. No conseguía explicármelo. Después, he buscado el sitio una y otra vez, diciéndome: «¿Cómo puede ser que la Luna brille de esta forma en la carretera?» Y nunca di con un sitio donde el terreno coincidiera con mi recuerdo. La cosa estaba posada en el suelo y era como... Y yo seguía recordando a aquel hombre que me hacía señal de parar. Y, entonces, nada, no recordaba más. Y, ahora, recuerdo.

DOCTOR:

Muy bien. Entonces, continuamos el sábado próximo. Ahora, quiero hablar un rato con Betty.

BARNEY:

De acuerdo.

La parte de la sesión dedicada a Barney había terminado. Por primera vez, las cosas olvidadas estaban empezando a volver a su memoria consciente. También a Betty le sería permitido recordar las cosas que no la inquietasen después de la sesión de aquel mismo día.

Pero las preguntas seguían sin respuesta, y la solución definitiva del acertijo aún parecía muy lejana.

CAPITULO IX

La sesión del 21 de marzo continuó después del interrogatorio de Barney, cuando Betty entró de nuevo en la estancia. Betty se sumió en estado hipnótico con rapidez y sin dificultad, como siempre; de nuevo recibió instrucciones de recordar no sólo los detalles de lo ocurrido, sino también las impresiones y sensaciones que tuvo en relación con esos detalles.

DOCTOR:

(Betty está ahora completamente hipnotizada.)

Veamos. Quiero hacerle preguntas sobre lo que experimentó usted al pensar que había sido llevada a bordo de este objeto volante. Cuando ustedes vieron el objeto en cuestión, Barney vio, también, a hombres en su interior, al mirar con los gemelos. ¿Vio usted a esos hombres?

BETTY:

¿O sea, cuando Barney bajó del coche y fue corriendo hacia el objeto?

(Se refiere a la parte de la experiencia nocturna que tuvo lugar en Indian Head.)

DOCTOR:

Sí. ¿No vio usted hombres en el interior de este objeto?

BETTY:

No. Ninguno.

DOCTOR:

Fue él quien se los describió a usted, ¿verdad?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:
¿Y cómo se los describió?
BETTY:
Dijo que llevaban uniforme. Le pareció que llevaban uniforme. Y dijo que su jefe le miró de tal manera que le asustó. Y había otro hombre, y parecía que estuvieran manipulando palancas en la pared del objeto, detrás del jefe.
DOCTOR:
Esto no se lo contó más tarde, ¿no? Se lo contó allí mismo, ¿verdad?
BETTY:
No, no me lo contó allí mismo.
DOCTOR:
¿Fue después de regresar ustedes a casa?
BETTY:
Sí, después de regresar a casa.
DOCTOR:
Y allí, sobre el terreno, ¿no le contó nada?
BETTY:
No, nada.
DOCTOR:
Bueno, siga usted.
BETTY:
Lo que me dijo entonces... A mí me parecía que allí había gente, que Barney tenía que haber visto a alguien, aunque no me lo dijera. Y es que no hacía más que repetir: «Van a capturarnos.»
DOCTOR:
Comprendo.
BETTY:
No dijo *esa cosa* va a capturarnos.
DOCTOR:
¿Estaba muy asustado, entonces?
BETTY:
Sí.
DOCTOR:
¿Y usted? ¿Estaba usted asustada?
BETTY:
No, creo que no. Por lo menos, no entonces. Más bien sentía curiosidad y estaba interesada. Y tenía la sensación de estar inerte, impotente, de que algo estaba a punto de suceder y de que yo no podría impedirlo. Pero no estaba lo que se dice asustada, creo que sentía impaciencia porque sucediera lo que fuese.

DOCTOR:
¿Estaba usted impaciente porque sucediese algo?
BETTY:
Eso es.
DOCTOR:
¿Y qué quería usted que sucediese?
BETTY:
Ignoraba qué sucedería.
DOCTOR:
¿Una experiencia nueva?
BETTY:
Sí, quizá...
DOCTOR:
Bueno, vamos a ver, cuando usted estaba, según parece, a bordo, y, como dice, él le introdujo la aguja en el ombligo...
BETTY:
Sí, eso es.
DOCTOR:
¿Le hizo sangre?
BETTY:
Que yo recuerde, no.
DOCTOR:
¿Vio usted algo, cuando volvió a casa, que le indicase que le habían metido una aguja por el ombligo?
BETTY:
No recuerdo haber mirado.
DOCTOR:
¿No se le ocurrió mirar?
BETTY:
No.
DOCTOR:
Y por eso no puede responder a mi pregunta. Y supongo que ahora ya no quedan señales, ¿verdad?
BETTY:
No, no creo.
DOCTOR:
Dice usted que el jefe habló con usted en inglés, y, sin embargo, le pareció que era de origen extranjero.

BETTY:
Sí.
DOCTOR:
Y que daba la impresión de ignorar muchas cosas.
BETTY:
Hablaba con acento extranjero.
DOCTOR:
Y hablaba con acento extranjero. ¿Recuerda qué acento era? ¿Alemán? ¿Japonés? ¿De algún otro país?
BETTY:
No, no puedo decirle qué clase de acento era. Había uno en la tripulación cuyo acento era más pronunciado que el del jefe.
DOCTOR:
¿Les preguntó usted cómo se llamaban?
BETTY:
No.
DOCTOR:
¿Por qué no?
BETTY:
No se me ocurrió hacerlo. Tampoco ellos me preguntaron cómo me llamo, pero repetí continuamente el nombre de Barney, de modo que ése, por lo menos, sí que lo sabían.
DOCTOR:
¿Y usted y Barney no hablaron de esta experiencia, después, en casa?
BETTY:
¿Quiere usted decir inmediatamente?
DOCTOR:
No, cuando fuese. Creo recordar que usted me dijo que durante el camino de regreso a casa no hablaron de ello.
BETTY:
No, no hablamos.
DOCTOR:
Pero, después, usted se lo contaría a Barney, ¿no?
BETTY:
Bueno, cuando tuve aquellos sueños le dije que tenía pesadillas... Bueno, no pesadillas precisamente, más bien sueños extraños. Pero no le conté mis sueños. Y, entonces, cuando Mr. Hohman y Mr. Jackson vinieron a nuestra casa y ambos estábamos tratando de recordar... Creo que fue Mr. Hohman quien nos preguntó por qué tardamos tanto tiempo en volver a casa. Y esto lo dijo él cuando yo le dije que recordaba haber visto la Luna a flor de tierra.

DOCTOR:
¿Qué vio? ¿El objeto grande y amarillo, o luces?
BETTY:
No lo sé. Era como una luna grande. Y estaba en el suelo. Lo veía como entre los árboles, delante de nosotros.
DOCTOR:
Y Barney le oyó a usted describir todas esas cosas, ¿no?
BETTY:
Bueno, cuando ellos dijeron: «¿Por qué tardaron ustedes tanto?», yo respondí: «Ignoramos el motivo.» Pero, entonces, me puse a pensar en la Luna que había visto a flor de tierra. Y dije que la había visto. Y Barney dijo: «Sí, yo también la vi.» Entonces, pensamos que lo mejor sería intentar comprobarlo, concretar a qué hora se puso la Luna aquella noche, para ver si era, en efecto, la Luna, o si se trataba de otra cosa. Y, de pronto, cuando estábamos hablando de esto, me sentí como mal, no sé si se me notó o no. Y, entonces, me acordé de mis sueños, y pensé: «Quizás esos sueños no carecen de base, después de todo. Quizá fue eso lo que nos hizo tardar tanto.»
DOCTOR:
Veamos ahora: Sus sueños...
BETTY:
¿Qué?
DOCTOR:
¿Se referían esos sueños a cosas que ocurrieron durante la experiencia que creyó usted haber tenido? Es decir: ¿Sueños en los que la subían a usted a ese objeto volante?
BETTY:
Los sueños eran así... Pero, no. Había muchas diferencias.
(Betty repite lo que contó a su supervisora, y dice que ésta sugirió la posibilidad de que todo aquello hubiera ocurrido realmente y fuera, en efecto, el reflejo de una experiencia auténtica.)
DOCTOR:
(Refiriéndose a la supervisora de Betty.)
¿Es ella quien dijo que esto podría haberle ocurrido de verdad a usted?

BETTY:
Sí. Me dijo que tenía que haberme pasado en realidad, porque, si no me hubiese pasado, yo no me comportaría como me comportaba. Es decir, no mostraría tanta preocupación por todo ello. Yo tenía ganas de decir: «Es un sueño y lo mejor es olvidarlo.» Y, entonces, empecé a sentir como si me hubiese ocurrido algo, pero sin estar segura de qué podría haber sido. Había algo más de lo que yo, sinceramente, en realidad, en verdad, podía confesar que estaba recordando.
DOCTOR:
¿Y fue ella la única persona a quien usted contó sus sueños?
BETTY:
No, también se los conté a mi hermana Janet.
DOCTOR:
Y al vecino de arriba, ¿no?
BETTY:
No.
DOCTOR:
¿Contó usted a alguien esos sueños en presencia de Barney?
BETTY:
Tiene que haberme oído hablar de ellos.
DOCTOR:
Por lo tanto, él tenía que conocer sus experiencias sobre esto, ¿no?
BETTY:
Las conocía en parte. Creo que me habrá oído hablar de ello con alguien.
DOCTOR:
¿No ocurrieron todas esas cosas que usted sentía? ¿No ocurrieron en sueños? ¿No podría ser que *todo* eso le ocurriera a usted sólo en sueños?
BETTY:
No.
DOCTOR:
¿Por qué está usted tan segura de ello?
BETTY:
Por las diferencias.
DOCTOR:
Bueno, hábleme de esas diferencias en que se basa usted para tener el convencimiento de que no pueden haber sido simples

sueños. Veamos. Sabemos que su supervisora le dijo a usted que tienen que haber ocurrido. Hasta entonces, usted no compartía esa opinión. Pero desde que la supervisora le dijo eso, usted creyó que todo había ocurrido en realidad. ¿Cuáles eran esas diferencias? Usted no percibía esas diferencias porque no conseguía recordar la experiencia nocturna. O, por lo menos, eso es lo que me dijo usted misma.
BETTY:
Yo sabía lo que había soñado, y también sabía que era diferente. Esto era diferente.
DOCTOR:
¿Y en qué consistía la diferencia?
BETTY:
¡Hay tantas cosas más...! Y...
DOCTOR:
Supongamos que esas «cosas más» fueran fragmentos de sueños que usted no recordase. ¿Qué pasaría entonces? Uno no siempre recuerda todo lo que sueña. ¿Lo considera usted posible?
BETTY:
No sé.
DOCTOR:
Dicho de otra manera: lo que usted recuerda del sueño no es todo lo que usted pudo contarme. ¿Es eso lo que quiere decir?
BETTY:
Exactamente.
DOCTOR:
Pero si pudiera contarme usted todo su sueño, hasta la parte que ahora no recuerda, ¿sería posible, entonces, lo que digo?
BETTY:
No, porque algunas cosas eran diferentes.
DOCTOR:
Algunas cosas eran diferentes.
BETTY:
Sí.
DOCTOR:
Veamos. ¿Podría ser, entonces, que, cuando usted recordó el sueño, algunas cosas fueran diferentes? Recordaba usted algunas cosas de otra manera porque temía recordarlo todo.

BETTY:

¿Quiere decir que temería recordarlo en sueños?

DOCTOR:

No. Quiero decir que cuando uno recuerda lo que ha soñado, a veces, olvida parte del sueño. Y eso se debe al miedo. Eso tiene que saberlo usted, aunque sólo sea por los estudios que ha hecho como preparación para sus actividades sociales.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

O sea que puede haber partes de un sueño que uno recuerda de manera distinta, y por la misma razón. ¿Considera eso posible?

BETTY:

No sé, yo soñé que subía por unos peldaños. Pero, en realidad, no subí por peldaños, sino por una rampa.

DOCTOR:

¿Y cree usted que esa diferencia tiene verdadera importancia?

BETTY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿La manera de subir?

BETTY:

Pero es que el mapa... Yo casi podría... aquí mismo...

(Al decir «aquí mismo», Betty se refiere a lo que recuerda estando hipnotizada.)

... aquí mismo, casi podría dibujarlo. Si supiera dibujar, dibujaría el mapa.

DOCTOR:

¿Quiere hacer la prueba? ¿Quiere probar si sabe dibujar el mapa?

BETTY:

Es inútil, no sé dibujar, no me sale la perspectiva.

DOCTOR:

Si aún recuerda algo cuando se vaya de aquí, haga la prueba y dibújelo. Intente dibujar el mapa. Si cree que va a serle causa de preocupación o de angustia, no lo haga. Pero si lo dibuja, tráigamelo la próxima vez. ¿De acuerdo?

BETTY:

Lo intentaré.

DOCTOR:

Pero no se crea obligada a ello.

(A veces, las sugerencias posthipnóticas resultan muy angustiosas. El doctor está obviando esto por el procedimiento de dejar los hechos a voluntad de Betty.)

BETTY:

Vale.

DOCTOR:

Veamos ahora las otras diferencias. Habló usted de peldaños y de una rampa.

BETTY:

Hay tantísimas más... aquí.

(«Aquí», repetimos, quiere decir «en estado hipnótico».)

DOCTOR:

Hay muchísimo más en lo que me ha dicho que en el sueño. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Podría ser que cuanto usted recuerda ahora fuese, precisamente, la parte del sueño que antes no conseguía recordar?

BETTY:

No. No lo creo.

(Como Barney, Betty se muestra sumamente firme.)

DOCTOR:

Vuelvo a repetir: ¿Y por qué no lo cree usted?

BETTY:

Porque... porque sé perfectamente que es posible soñar y olvidar lo soñado, pero...

DOCTOR:

¿Cómo se explica, en este caso, la presencia de aquellos hombres que parecían hablar nuestro idioma y, sin embargo, ignoraban tantísimas cosas de él? Por ejemplo, no sabían lo que son dentaduras postizas. Y otras cosas por el estilo. Y supongo que usted tuvo la impresión de que procedían de otro planeta, ¿verdad?

BETTY:

Hum... Sí.

DOCTOR:

Pues, entonces, ¿cómo podían saber tanto sobre éste? ¿Cómo es posible? ¿Ha intentado usted explicárselo a sí misma?

BETTY:

¿Quiere decir que cómo era posible que hablaran inglés?

DOCTOR:

Sí. ¿Cómo puede ser posible? Me refiero a que supiesen comunicarse con usted por ese medio, sobre todo, no perteneciendo a nuestro mundo.

BETTY:

Quizá hayan estado estudiándonos.

DOCTOR:

Para eso tendrían que haber bajado a la Tierra y habernos conocido, no sólo a nosotros, sino, también, nuestras cosas. ¿No?

BETTY:

Supongo que sí. Quizás hayan estado escuchando nuestras emisoras de Radio.

DOCTOR:

Pero todo eso también podría ocurrir en sueños. Las cosas, en sueños, no requieren explicación. ¿Se le ocurrió pensar que esos seres podrían comunicar con usted por otro procedimiento que no fueran palabras? ¿Que fueran capaces de transmitir el pensamiento, por ejemplo?

BETTY:

Ignoro lo del pensamiento.

DOCTOR:

¿Cree usted que es posible transmitir el pensamiento?

BETTY:

Sí. Hasta cierto punto.

DOCTOR:

¿Ha sido usted capaz de transmitir sus pensamientos a alguien, o de recibir los pensamientos ajenos?

BETTY:

Barney y yo estamos diciéndonos continuamente lo mismo el uno al otro al mismo tiempo.

DOCTOR:

¿Y establecen contacto de alguna otra manera? ¿Podría usted haber comunicado todo esto a Barney mediante la transmisión del pensamiento?

BETTY:

(Se echa a reír.)

No, no creo que fuera posible llegar a tanto. Por ejemplo, yo tenía un profesor en la Universidad, y me sentaba en la primera fila y, a veces, me aburría. Permanecía allí sentada, pensando de cuando en cuando: «Ráscate la cara, ráscate la pierna.» Y esperaba a ver cuánto tiempo tardaba en hacerlo. En fin, esas cosas que hace una para distraerse.

DOCTOR:

O sea que lo que usted quería era comprobar hasta dónde llegaba el poder del pensamiento, ¿no?

BETTY:

Sí, eso es.

DOCTOR:

Pero, si no me equivoco, entre usted y esos seres extraños no se estableció ninguna comunicación de ese tipo.

BETTY:

(Hace una larga pausa, como si estuviera pensándolo.)

No sé si, en efecto, les oí hablar en inglés.

(¿Está tratando de complacer al doctor Simon dándole la respuesta que cree que él querría oír? Ello ocurre con frecuencia en la hipnosis.)

DOCTOR:

¡Ah! Entonces, ¿no les oyó hablar inglés?

BETTY:

No lo sé.

DOCTOR:

Entonces, ¿en qué idioma cree que les oyó hablar?

BETTY:

No hago más que decirme a mí misma que les oí hablar en inglés con acento extranjero, pero la verdad es que no lo sé de cierto.

DOCTOR:

Bueno, veamos, ¿les oyó hablar en algún otro idioma? ¿O se entendieron con usted por transmisión de pensamiento?

BETTY:

Yo entendía lo que me estaban diciendo.

DOCTOR:

Entendía lo que estaban diciéndole...

BETTY:

Y ellos, lo que les decía yo.

DOCTOR:

(En vista de que Betty empieza a dar muestras de tensión emocional.)

Muy bien. No se preocupe por eso. Todo va bien.

(Betty se tranquiliza.)

Veamos, ¿cree usted que emplearon algún sistema de transmisión del pensamiento?

BETTY:

(Pensativa.)

Quizá. Pero si fue así, lo cierto es que yo entendía lo que ellos pensaban.

DOCTOR:

Usted entendía lo que ellos pensaban. ¿No es cierto que el jefe le cayó simpático?

BETTY:

Al principio, le tenía miedo.

DOCTOR:

¿Y después?

BETTY:

Pues... bueno... ya me entiende, empecé a comprender que no tenían intención de hacerme daño.

DOCTOR:

Así, pues, no le causaron ningún daño y todo fue bien.

BETTY:

Sí, exacto.

DOCTOR:

Bueno, de acuerdo. Después de esto, no tendrá usted necesidad de olvidar todo lo que ha ocurrido aquí. Sólo recordará usted lo que pueda recordar sin sentirse angustiada y sin preocupaciones o inquietudes. ¿Me comprende?

(Como en el caso de Barney, lo importante es permitir que Betty vaya asimilando lentamente en su conciencia todo lo que le ha sido revelado en estado hipnótico.)

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Y nada, lo que se dice nada, le causará a usted la menor inquietud. Y podrá usted recordar sin dificultad las cosas que recuerde, sin angustia ni miedo. Podrá hablar cada vez con más facilidad de esas cosas. Pero, entretanto, no se sentirá usted angustiada por ninguna de las cosas que recuerde. Y las cosas irán

volviendo gradualmente a su memoria, con claridad cada vez mayor. Y podrá usted hablar de ellas cada vez con mayor facilidad. ¿Está claro?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

No sentirá miedo ni angustia. Se sentirá tranquila y a gusto y continuará recordando todas esas cosas y hablando de ellas con su marido. Sin el menor miedo, sin la menor angustia. Dentro de una semana, volveré a verla. Ahora, despiértese, Betty. Puede usted despertarse.

(Betty se despierta de la hipnosis.)

¿Cómo se siente, ahora?

BETTY:

Bien.

DOCTOR:

¿Sabe usted ahora más acerca de lo ocurrido?

BETTY:

Sí.

(El doctor la tranquiliza diciendo que todo irá bien, y se ponen de acuerdo sobre el día en que tendrá lugar la sesión siguiente.)

Después de irse los Hill, el doctor dictó el siguiente resumen:

> Parece haber indicios de que Barney Hill absorbió gran parte de la experiencia de Betty Hill, a pesar de la insistencia de éste en hacerme creer que es exclusivamente experiencia suya lo que me contó. Y existen claros indicios de que los sueños de ella han sido sugeridos, como si fueran realidad, por su simpatizante. Las consecuencias que pueden sacarse de esto son evidentes, y mi intención ahora es continuar estas entrevistas a un nivel más consciente. Ambos parecen recordar más ahora, después de las sesiones hipnóticas.

CAPITULO X

El 28 de marzo, que era el sábado siguiente, el recuerdo de lo que había tenido lugar en las sesiones anteriores había ido aumentando progresivamente, tanto en la memoria de Barney como en la de Betty. El doctor Simon exploró este aspecto cuando comenzó la sesión siguiente. Habló con Betty antes de someterla a hipnosis.

DOCTOR:

¿Recuerda usted ahora mucho de su experiencia?

BETTY:

Sí, creo que sí. También he vuelto a tener un par de pesadillas.

DOCTOR:

¿Ah, sí?

BETTY:

Sí. Y Barney ha tenido pesadillas durante toda la semana. Parece presa de una curiosa sensación, ahora. Estuvimos hablando de ello anoche, tratando de llegar a una conclusión sobre esta cuestión: ¿Volverán esos seres?

(El doctor pasa revista detallada a los sueños de Betty, comparándolos con los recuerdos que tiene de lo que sintió durante la experiencia propiamente dicha, tal y como ella misma lo recordó durante el período hipnótico. La sesión continúa. Betty está, ahora, hipnotizada.)

DOCTOR:

En cierto modo, me dio usted la impresión de desear, a pesar de su angustia, que volvieran esos seres y les llevasen a correr aventuras con ellos. ¿Es eso lo que siente usted de verdad?

BETTY:

Si quiere que le diga la verdad, no me sorprendería nada volver a verles.

DOCTOR:

¿Le gustaría?

BETTY:

En este preciso momento, no.

DOCTOR:

¿No en este preciso momento? ¿Cuándo, entonces?

BETTY:

Cuando pueda sobreponerme a mi miedo. En este momento, creo que me moriría de miedo si volviese a verles.

DOCTOR:

Muy bien. Eso no le inquietará a usted. Como durante toda esta semana podrá ir recordando más cosas a medida que su miedo se vaya disipando, no recordará más que lo que le sea posible sobrellevar sin experimentar angustia. Se sentirá usted completamente bien y a gusto, y no tendrá inquietudes y su memoria será cada vez mejor en todos los sentidos, a medida que vaya recordando las cosas sin inquietudes. Se sentirá a gusto y bien, sin experimentar dolores ni angustia. Ahora, puede despertarse. ¿Cómo se encuentra?

BETTY:

Muy bien. Estupendamente.

DOCTOR:

De acuerdo. Voy a ver a Barney y, luego, les veré a ustedes dos juntos.

BETTY:

Muy bien.

DOCTOR:

¿Recuerda usted lo que ocurrió?

BETTY:

Creo que sí, si me pongo a pensar en ello.

DOCTOR:

¿Y se siente usted con ánimos para pensar en este momento?

BETTY:

(Riendo.)

Creo que podré empezar a pensar en ello dentro de unos cinco minutos.

Tanto para Barney como para Betty, ahora que el doctor dejaba que sus revelaciones hipnóticas fuesen filtrándoseles en la conciencia, la extraña experiencia empezó a convertirse en una posibilidad definida, a pesar de la antigua repugnancia de Barney a aceptar en su conjunto la existencia de los objetos volantes no identificados, y a pesar, también, de los sueños de Betty.

Al doctor le quedaba todavía mucho que resolver, aunque los Hill habían resistido sus intentos de penetración mental, tanto en estado hipnótico como fuera de él. Ahora que trabajaba con ellos de manera concienzuda, recurriendo a la hipnosis sólo en ciertos casos en que era necesario, esperaba aliviar su angustia, que, a pesar del misterio de la realidad o de la falta de realidad de la historia del rapto, era lo que principalmente deseaba conseguir con su tratamiento.

Fue después de esta sesión cuando Betty dio al doctor los sueños por escrito, para que los leyese. Tuvo importancia el hecho de que estos sueños fueran también idénticos en todos sus detalles tanto a los que ella acababa de contarle, como a los que había estado recordando de su período amnésico, bajo los efectos de la hipnosis.

Lo que le dijo Barney aquella mañana del 28 de marzo era un reflejo de lo que había estado agitándose en su mente durante la semana transcurrida desde que el doctor Simon le dijo que ya podría recordar algo de lo que le había revelado en estado hipnótico.

DOCTOR:

Bueno, Barney, ¿cómo le ha ido?

BARNEY:

Regular, doctor. ¡Pse! Ha sido muy interesante. ¡Esta semana, he tenido que hablar de tantas cosas...! La verdad, yo mismo me sentía asombrado. La semana pasada, sobre todo... Es interesante lo bien que sé las cosas que tengo deseos de contar y también que, luego, cuando vengo aquí, no me importa contarlas. Pero no acierto a expresarme como quisiera. Lo que quiero decir es que no acabo de creerlo yo mismo, vamos, que estoy lo que se dice asombrado. No sé si comprende usted lo que quiero decirle.

DOCTOR:

Pero, ¿asombrado de qué?

BARNEY:

De comprobar cuántas cosas recuerdo relativas a nuestras sesiones de la semana pasada.

DOCTOR:

Comprendo.

BARNEY:

Esto de haber visto un objeto volante no identificado y de haber establecido contacto personal con él parece que va a estirar la imaginación de uno hasta el límite máximo, porque es realmente increíble. El domingo pasado, Betty y yo estábamos tan preocupados por esto que hicimos un viaje a Indian Head. Al llegar allí, dimos la vuelta y regresamos despacio. Y yo dije que me limitaría a obedecer por completo a mi instinto. No sé si la palabra *instinto* será la apropiada en este caso... Bueno, pues iré por donde el instinto me diga. Y fuimos un poco hacia el sur de North Woodstock, en donde di una vuelta brusca para meterme por la carretera 175, como si lo hubiera hecho ya en otra ocasión.

DOCTOR:

¿Ha dicho usted North Woodstock?

BARNEY:

Sí. Y di la vuelta de la carretera 3 a la carretera 175. Bueno, aún era de día, y todo parecía distinto a cuando es de noche, pero ambos decíamos: «¡Vaya! Esto parece igualito a algo que hemos visto antes.» Nos dábamos cuenta conscientemente de que no habíamos estado nunca en esta parte de New Hampshire, y había una curva muy brusca a la derecha que nos hubiera llevado, dando una vuelta muy larga, hacia una ciudad que se llama Waterville. Lo que ocurrió era que, adentrándonos un poco por esta zona, no más de unos cinco kilómetros, dimos, de pronto, con una barricada, una barrera que, normalmente, indica que la zona está cubierta de nieve. Y al dar marcha atrás, vimos a un sujeto que vivía allí. Y yo le pregunté si se podía pasar, y él me respondió que no se podía hasta el próximo mes, porque todo el terreno está cubierto de nieve. Pero se puede ir a Waterville por otra carretera, una carretera que da la vuelta a esta zona. Y hemos decidido explorar esa carretera en cuanto la nieve se deshiele y sea practicable. Ahora, ya sabe usted algunos de los pensamientos que me bailaban en la mente. También pensé que a Betty se le ocurriera decirme: «No aceptas las cosas como son, o no puedes aceptarlas, o no quieres.» Y mi respuesta es que no se trata, en realidad, de aceptarlas, sino que lo que pasa es que este asunto me tiene tan perplejo que me resulta difícil aceptarlo. Le dije a Betty que quería preguntarle una cosa a usted: ¿Cuáles son los elementos, las probabilidades de que uno esté, digamos, así, alucinado? Quiero saber la respuesta. Todas estas cosas que nos ocurrieron a Betty y a mí son tan extrañas que nunca hablé de ellas como es debido hasta que vine aquí y usted me hipnotizó.

DOCTOR:

Por ejemplo, ¿qué cosas?

BARNEY:

Una es la puerta de ese objeto en el que entramos: tenía la entrada inclinada, como si condujera a un sótano. Ignoro si será ésta la manera mejor de describirla. Quiero decir que parecía haber como un obstáculo, en el que tropecé tanto al entrar como al salir. Cuando pienso en esa puerta, recuerdo las de los barcos, una de esas puertas que oscilan.

DOCTOR:

¿Estuvo usted en las Fuerzas Armadas?

BARNEY:

En el Ejército, no en la Flota.

DOCTOR:

¿En la Segunda Guerra Mundial?

BARNEY:

En la Segunda Guerra Mundial. Y Betty se dio cuenta de ello. Y también hay otra cosa.

DOCTOR:

¿De qué se dio cuenta ella? ¿De que había como un obstáculo?

BARNEY:

Sí. Y hay otra cosa que nos tiene inquietos a los dos. Una cosa que me ha preocupado muchísimo. Muchas veces, me han entrado ganas de venir a consultarle, pero ese mecanismo interno que me impele a resolver mis problemas por mis propios medios me impidió molestarle, porque sé lo ocupado que está usted. Pero es que Betty ahora dice que, por mucho que lo piensa, no consigue creer que pude haber entrado en comunicación con esos seres, si es que existieron, de palabra. Y a mí siempre me pareció que había en ellos algo raro, que no tenían boca. Y no tuve el menor reparo en bajarme del coche e ir derecho hacia el enorme objeto

que se cernía sobre nosotros en el cielo y me miraba fijamente. En mi mente consciente siempre supe que esto era lo que había ocurrido de verdad. Pero también es cierto que me sentí confuso cuando dije que el objeto me hablaría, o, mejor dicho, que me había comunicado algo, y que ese algo me atemorizaba. Tanto, que eché a correr. Y esto lo vi con mis gemelos, unos gemelos de siete por setenta y cinco. Así, pues, la pregunta que me haría cualquiera que oyera esto, es: ¿Qué aspecto tenían?

DOCTOR:

¿Lleva usted siempre gemelos cuando va de viaje?

BARNEY:

Siempre los llevo en el coche. Siempre llevo gemelos, porque Betty y yo somos muy aficionados a salir de viaje, los fines de semana.

DOCTOR:

No es muy corriente que la gente que viaja lleve gemelos. Lo que suelen llevar es máquinas fotográficas.

BARNEY:

También nosotros tenemos una. Pero, entonces, aún no la habíamos comprado.

DOCTOR:

Siga, por favor.

BARNEY:

Pues, como iba diciéndole, siempre tuve el convencimiento de que había estado mirando algo que había en el cielo. Vi seres que me miraban desde arriba y, a juzgar por nuestra manera humana de sonreír, yo diría que me estaban sonriendo, con los labios abiertos. Más bien era algo parecido a un parpadeo. O como cuando uno advierte que el movimiento del ojo forma parte de la sonrisa. Lo que no acabo de localizar es la boca.

DOCTOR:

Comprendo.

BARNEY:

Es inútil, no consigo recordar ni una sola boca. Y, de un modo algo confuso, recuerdo oír que esos seres hablaban entre sí, y me resulta muy confuso, porque era más bien como si emitieran una serie de murmullos cuando estaban... digo, cuando no se dirigían a mí directamente. Era algo así como «mmmmmm», ya me entiende. No «mummmmm», sino más bien «mmmmm». Y esto me tiene perplejo. Sobre todo, desde que, la semana pasada, Betty me dijo que ella no había hablado con esos seres. Hay otra cosa que quiero decirle antes de que se me olvide. Betty me dijo que, cuando vimos el objeto volante, yo trabajaba de noche y, por lo tanto, no dormíamos juntos. Sólo los fines de semana. O sea que yo dormía de día y ella, de noche. Y cuando me contó esos sueños que ha tenido, la escuché por pura cortesía. Bueno, es que, en realidad, no me los estaba contando a mí, sino a otros. Y no le dije mi opinión, porque tenía la mía particular sobre esos sueños. Mi opinión era muy sencilla: que sólo eran sueños. Porque yo también sueño y los sueños no tienen más importancia que la de poner de relieve algo que ha tenido relación con uno en el pasado o en la vida de uno, o en el presente, y que sirve de estímulo a la mente para soñarlo cuando uno está dormido. Y así es como clasifiqué yo los sueños de Betty. No es que yo formara parte física de sus sueños, sino tan sólo una parte de sus sueño dentro de su capacidad mental de soñar. Y por eso nunca concedí mucha importancia a sus sueños. Que yo recuerde, yo mismo nunca he soñado con un objeto volante no identificado, hasta hace poco. Y quería preguntarle: ¿Es posible que yo haya soñado con uno de esos objetos volantes sin haber...? Veamos si me explico: He tenido sueños durante muchos períodos de mi vida y, en muchos casos, no he conseguido recordar lo que soñé. Pero siempre tuve una idea de ellos en líneas generales. Si soñé, por ejemplo, que me encontraba en Filadelfia, al despertarme, se me olvidaba el sueño, pero sabía que, fuera ello lo que fuese, mi sueño guardaba relación con Filadelfia, de modo que el olvido no era total. Pero, que yo recuerde, nunca, lo que se dice nunca, he soñado con un objeto volante no identificado hasta hace poco.

DOCTOR:

Cuando dice hace poco, ¿se refiere a la semana pasada?

BARNEY:

Me refiero a hace dos semanas.

DOCTOR:

Usted soñó eso antes de verme la vez pasada.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Pues no me lo dijo.

BARNEY:

Sí, le dije que había soñado con un objeto volante no identificado.

DOCTOR:

Ah, sí, me dijo que había soñado con uno de esos objetos, pero no me dio ningún detalle.

BARNEY:

Es que no había detalles.

DOCTOR:

O sea que tenía usted la sensación de haber soñado con un objeto volante, pero no conseguía recordar el sueño. ¿No es eso?

BARNEY:

¿Se refiere a anteriormente?

DOCTOR:

No, al momento de decírmelo, a la manera de decírmelo. Me preguntó usted si es posible soñar, digamos, inconscientemente.

BARNEY:

Lo que quise decir es esto: ¿Es posible que yo, después de 1961, soñara con un objeto volante no identificado? ¿Y que el sueño me vuelva, luego, a la mente, en estado hipnótico?

DOCTOR:

Veamos, ¿qué cree que puede haber sido eso de que me habla usted?

BARNEY:

¿Quiere repetir la pregunta?

DOCTOR:

Dice usted que su sueño está volviéndole a la mente, en estado hipnótico. ¿A qué parte de sus recuerdos se refiere, ahora?

BARNEY:

Pues a la única parte que tiene sentido del sueño que tuve recientemente, es decir, a la parte en que veo el objeto volante y voy hacia él. Era un sueño vago y desfigurado, pero lo que podríamos llamar estructura física del objeto coincidía con mi idea consciente del aspecto que había de tener un objeto volante de este tipo. Y, anoche, soñé de nuevo que estaba en el interior de un objeto volante, y esto podría ser resultado del dibujo que hizo Betty, un dibujo que, según ella, representaba un mapa en... en perspectiva, dice ella, pero yo creo que hay que llamarlo un mapa en dimensión. Pero eso es lo que trató de dibujar. Y esto es lo que, sin duda, me estimuló a soñar esas cosas. Pero lo que soñé es que estaba a bordo del objeto volante y que interrogaba a la gente que había dentro. De dónde venían y otras cosas por el estilo. Y ellos me decían que venían de un planeta...

(Barney continúa contando su sueño, en el que se refleja su preocupación, cada vez mayor, debido a la posibilidad de que, en el intervalo olvidado, hubiera ocurrido realmente algo extraño y aterrador: hablar con seres humanoides inteligentes, etc. Cuando Barney termina, el doctor habla:)

DOCTOR:

Veamos, usted y Betty han estado hablando de lo ocurrido. ¿Han recordado ustedes cosas?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Ya... Así, pues, ella le ha contado sus experiencias en relación con el objeto volante.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Y usted, a ella, las suyas.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Que estuvo a bordo, que le examinaron, etcétera, ¿no?

BARNEY:

Ayer, mientras desayunábamos, nos pusimos a hablar de ello. Y me dieron escalofríos. Aún me dan escalofríos. ¡Uf!

DOCTOR:

¿O sea que son cosas que usted no quiere recordar claramente, ni aun ahora?

BARNEY:

Bueno, sí recuerdo lo que estábamos hablando. Le estaba diciendo a Betty que todavía lo veo con mucha claridad. De esto me doy perfecta cuenta: de que, en algún sitio, o sea, antes de venir a que usted me hipnotizara, siempre me di cuenta de que, fuera como fuera, alguien estaba cortándonos el paso. Pero nunca conseguí comprenderlo. Así, pues, lo aparté de la mente.

DOCTOR:

¿Podía ser que alguien le hiciera parar? Alguien, cualquiera, que le hiciera señal de parar.

BARNEY:

Entonces, me habría... estoy completamente seguro de que, en ese caso, me acordaría.

DOCTOR:

Estaba usted muy asustado en aquel momento.

BARNEY:

Pero me acordaría de que alguien me había hecho señal de parar. Sobre todo, si se tratara de un grupo de hombres corrientes.

DOCTOR:

Bueno, veamos ahora esta experiencia. ¿Qué le parece a usted? Tenía usted muchas dudas sobre ella. Me pregunta usted mismo si podría ser un sueño.

BARNEY:

Sí, es lo que le pregunto.

DOCTOR:

¿Qué cree usted que pueda haber sido?

BARNEY:

Si quiere que le diga la verdad, sin tratar de ocultar mis temores a quedar en ridículo, yo diría que, realmente, *sucedió* algo. Pero yo... yo... yo... tiendo a protegerme a mí mismo, por miedo a quedar en ridículo.

DOCTOR:

Usted y Betty parecen haber pasado por experiencias parecidas, pero diferentes, al mismo tiempo. Tengo la impresión de que Betty conocía todo lo que le sucedió a usted, pero que usted no sabía nada de lo que le sucedió a ella.

BARNEY:

Betty no sabía. Lo único que sabía sobre mí es que me llevaron a otro cuarto y, luego, me sacaron de él. Y también que esos seres salieron corriendo del cuarto en el que yo estaba.

DOCTOR:

¿Supo usted eso cuando Betty le contó sus sueños?

BARNEY:

Sí, la he oído hablar de sus sueños.

DOCTOR:

Y todos esos detalles estaban en sus sueños, ¿no es verdad? ¿Todas esas cosas que le ocurrieron a ella?

BARNEY:

¿Que le ocurrieron a ella?

DOCTOR:

Sí, las que ella dijo que habían pasado dentro del objeto volante.

BARNEY:

Yo diría que hay cierto parecido.

DOCTOR:

¿Oyó usted todo eso?

BARNEY:

Claro que lo oí. La diferencia está en que, aunque yo había oído a Betty contar sus sueños, nunca hablé con ella de mi impresión de haber sido mandado parar en la carretera, o creer haberlo sido. Yo sabía que vi un gran objeto. Eso sí lo sabía. Pero nada más.

DOCTOR:

Usted estaba convencido de haber visto algo. Pero seguía teniendo dudas sobre lo demás. Dudas sobre que fuese real o un sueño o cualquier otra cosa.

BARNEY:

Eso ocurre porque no estoy acostumbrado a la hipnosis e ignoro qué resultados puede dar.

DOCTOR:

No se preocupe por la hipnosis. ¿Qué cree? Ha tenido usted dudas sobre ello, me ha preguntado si todo esto podría ser una alucinación o un sueño.

BARNEY:

Sí, he hablado con usted como se habla con un médico.

DOCTOR:

Entonces, ¿por qué iban a tener usted y Betty experiencias tan iguales? ¿Puede explicármelo usted?

BARNEY:

¡Pero si eso es precisamente lo que pregunto yo...! ¿Podría ser que ella haya influido en mí?

DOCTOR:

Usted temió siempre que Betty influyera en su vida, ¿no es cierto?

BARNEY:

Es curioso, siempre supe que no trataría de influir en mí.

DOCTOR:

Usted la acusó de que trataba de hipnotizarle para hacerle creer cosas que usted no quería creer. De momento, prefiero no diagnosticar este aspecto del caso. Quiero reunir más datos aún.

BARNEY:

Bueno. Lo que quería decir en aquel momento es esto: que cuando yo estaba allí, me sentía seguro de que Betty *no* estaba influyendo en mí. Yo estaba pensando que prefería no hablar de ello. Vemos una cosa rara, de acuerdo. Pues, ahora, volvamos al coche y sigamos nuestro camino. Y lo que me irritaba era que Betty seguía diciendo: «Pero, mira, si está precisamente encima de nosotros...» Y aminoré la velocidad para verlo mejor y vi, en efecto, que el objeto estaba allí arriba. Y esto me irritó mucho. Y, entonces, dije: «¿Qué estás intentando? ¿Quieres obligarme a ver cosas que no existen?» Pero yo sabía que aquello sí existía, sólo que no quería que existiese. Y creo que éste es, en parte, el motivo de que me sintiera tan confuso.

DOCTOR:

Veamos. Betty tuvo una pesadilla antes de venir a verme la vez pasada. Me dice que le despertó y se lo contó a usted. ¿Se acuerda de eso?

BARNEY:

Sí, me despertó.

DOCTOR:

Creía que habría gritado dormida. Pero si hubiera gritado, usted la habría oído. Pero dice que, entonces, le despertó y se lo contó.

BARNEY:

No la oí. Y, entonces, fue cuando me dijo que había tenido aquel sueño.

DOCTOR:

¿Le dijo, también qué sueño había sido?

BARNEY:

Es lo que estoy tratando de recordar. Si me dijo lo que había soñado, o no. ¡Ah, sí! Era algo relacionado con entrar en el objeto volante. Había descubierto que no había hablado con esos hombres.

DOCTOR:

¿Y le dijo a usted que eso era un sueño?

BARNEY:

Sí, me dijo que eso era lo que había soñado.

DOCTOR:

Pues a mí no me dijo que el sueño había consistido en eso. Me dijo que, en realidad, habían tenido dos sueños. Uno de ellos había sido como una especie de rayo de luna que cae sobre un lago, o sobre una gran cantidad de agua.

BARNEY:

Sí, eso también me lo dijo a mí.

DOCTOR:

Y, luego, el otro era como un objeto amarillo, el gran objeto iluminado que despegaba y que ustedes dicen haber visto.

BARNEY:

Bueno, sí... Si fue éste el sueño que tuvo Betty, no es más que una especie de continuación de algo que yo sé y he visto. Pero si quitamos el agua de lo que yo estoy diciendo, entonces, queda ese objeto grande, posado allí, que, luego, empieza a moverse y a alejarse muy rápidamente. Esto también lo sabía yo antes de ser hipnotizado. Pero lo que yo deseaba de verdad era olvidar gran parte de ello.

DOCTOR:

Pero, ¿por qué tenía tantos deseos de olvidarlo? Esta semana, ha estado usted preocupado, ¿verdad?

BARNEY:

Pues ignoro si esto será una característica mía o si sólo será una de esas actitudes típicamente masculinas. Al hombre le gusta que la cosas sean claras y coherentes. Ignoro si ése será el motivo de mi deseo de olvidarlo.

DOCTOR:

¿Es algo que le atemoriza?

BARNEY:

¿Algo que me atemoriza?

DOCTOR:

Sí.

BARNEY:

Sí, también le agradezco que mencione esto. Porque, no sé cómo, después de haber visto ese objeto volante, siempre he temido que ocurra un desastre. Pero, ¿cómo explicar ese desastre? Como algo muy grave que pudiera ocurrirle a Betty o a mí, si seguíamos recordando esto.

DOCTOR:

Comprendo.

BARNEY:

O investigándolo. Ya me entiende. Yo siempre tendí a ser cauto.

DOCTOR:
¿Qué clase de cosa y de dónde podría venir?
BARNEY:
Pues vendría de una persona que lo sabría, si fuésemos demasiado lejos o reveIásemos algo.
DOCTOR:
¿Quiere decir que tienen ustedes un secreto ajeno y temen revelarlo? ¿O siente usted que le han ordenado que...?
BARNEY:
Que olvide.
DOCTOR:
¿Le ordenaron que olvide a esos hombres?
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
Por lo menos, eso es lo que le parece a usted, aunque pueda ser un sueño o una realidad.
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
Y esto forma parte del sueño.
BARNEY:
Sé perfectamente que *no fue* un sueño.
DOCTOR:
¿Le dieron, entonces, los hombres orden de olvidarlo?
BARNEY:
Sí. Dijeron que de nada vale hablar de ello, y que lo mejor es olvidarlo, que lo olvidara, y que sólo conseguiré perjudicarme gravemente si me niego a olvidarlo.
DOCTOR:
¿Dice usted que le dijeron esto?
BARNEY:
Sí. Que es el punto final del incidente. Ahora que terminó, tendrás que olvidarlo.
DOCTOR:
Es decir, se trata más bien de una sensación relacionada con el incidente.
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:

Que no tiene usted que hablar de ello.
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
Que sería peligroso hablar de ello.
BARNEY:
Sí.
DOCTOR:
¿Y cuál es, concretamente, el peligro? ¿Tiene usted idea de ello?
BARNEY:
Por ejemplo, siento instintivamente temor a salir de noche por las montañas. Y también de día y no sólo por las montañas, sino por cualquier paraje solitario. Era como si estuviese acercándome al objeto volante, y ahora, me refiero a una época anterior a la hipnosis, al mismo tipo de fuerza que me impelía hacia el objeto. Antes de romper la atracción y echar a correr hacia el coche. Fue la misma fuerza que traté de explicarle, una fuerza que me impelía hacia el objeto, aunque lo que yo quería personalmente, era alejarme.
DOCTOR:
¿Como una fascinación, a pesar del miedo que experimentaba?
BARNEY:
Bueno, sí, una fascinación. Yo estaba perplejo.
DOCTOR:
Y todo ello era una sensación interior, ¿no es así?
BARNEY:
¿Se refiere a cuando salí por la carretera solo?
DOCTOR:
No, a la sensación de fuerza y todo lo demás.
BARNEY:
Sí, desde luego, claro que lo era, y mucho...
BARNEY:
Una sensación interior, ¿no? Como emanada de algo más fuerte que usted.
BARNEY:
Era producida por algo más fuerte que yo, situado fuera de mí, no creada por mí.
DOCTOR:
Ya. Esa fuerza.

En el transcurso del interrogatorio, Barney mencionó el pequeño círculo de verrugas que le había salido, en círculo casi geométricamente perfecto, en torno a la ingle, a los cuatro meses del incidente de Indian Head; dijo que después de comenzar el tratamiento del doctor Simon, se le habían inflamado las verrugas. A medida que el recuerdo consciente de lo sucedido iba siéndole revelado en estado hipnótico, fue comprendiendo que, cuando le reconocieron en el objeto volante, le habían colocado un instrumento circular en el mismo sitio donde aparecieron luego las verrugas. Se preguntó: ¿Habrían sido causadas las verrugas por aquel instrumento? Por otra parte, Barney tenía suficiente inteligencia para hacer el razonamiento inverso: las verrugas podrían ser un síntoma psicosomático relacionado con las sensaciones experimentadas por él en estado hipnótico. Y, sin embargo, razonaba Barney, habían aparecido en 1962, cuando aún no tenía ningún recuerdo consciente de lo ocurrido con el objeto volante. Ahora, en 1964, durante las sesiones del doctor Simon, se le habían inflamado.

Ni el doctor Simon ni el especialista en enfermedades de la piel consultado por Barney parecieron dar importancia a las verrugas, que fueron eliminadas con facilidad por electrólisis. Pero Barney seguía obsesionado con que podían servir de prueba de que su increíble historia era, después de todo, cierta.

DOCTOR:

Bueno, ¿qué más se le ocurre?

BARNEY:

Aún no he recibido respuesta a una cosa.

DOCTOR:

¿A qué cosa?

BARNEY:

Pues que estaba pensando... Cuando hablo de la hipnosis y de sus efectos y de la posibilidad de que sea un sueño... Y, sin embargo, sé que *no soñé* esto. Estoy completamente seguro de ello. Creo que sólo quiero que me tranquilicen.

DOCTOR:

¿Que le tranquilicen con respecto a qué?

BARNEY:

Yo *sé* perfectamente que ocurrió. Hablo con gente, no con demasiada gente, pero pienso en los que me han oído hablar de esto. Y sólo me intimida la idea de tener que enfrentarme con todo esto. Por desgracia, sé que los que me escuchan no pueden saber lo que yo sé. Que estas cosas me sucedieron de verdad, sobre todo, teniendo en cuenta que yo estaba allí, en la carretera, dirigiéndome hacia... ese objeto que se cernía ante mí. Y también sé que algo muy extraño ocurrió inmediatamente después. Y, sin embargo, cuando hablo de ello con alguien, es casi como si me hubieran dado buenas notas en el colegio y yo tuviera que decir a todo el mundo que miraran mi cuaderno de notas y me aseguraran que era cierto, no una ilusión mía.

DOCTOR:

¿Cuándo tuvo usted por primera vez la sensación de que había ocurrido algo más, además de ver el objeto y la gente que había dentro?

BARNEY:

Por raro que parezca, fue cuando llegué a casa, en Portsmouth, el mismo día. Tuve esa sensación rara, como de que iba a ocurrir algo. Dije algo así como: «Betty, olvidemos todo esto, olvidemos incluso que vimos ese objeto a partir de Lancaster, y desde allí hasta Indian Head. Porque no nos sucederá nada bueno si no lo olvidamos.»

DOCTOR:

Sí, pero, ¿cuándo experimentó usted por primera vez la sensación de que había ocurrido algo más, quiero decir, aparte de esa sensación como de aviso?

BARNEY:

Esa sí que la tuve. No sé, quizá fuera una parte íntima de lo que yo sabía.

DOCTOR:

¿No fue cuando Mr. Hohman se interesó por lo que había podido ocurrir?

BARNEY:

Pudo haber sido cuando Betty dijo que lo creía, cuando comenzó a interesarse después del sueño que tuvo y de hablar con Mr. Hohman. Y lo que me hizo pensar en ello fue la conversación que tuve con Mr. Webb. Y había llegado a recordar hasta cuando salí solo a la carretera. Y, luego, hasta el momento en que miré al objeto con los gemelos y vi que me estaban mirando desde dentro. Entonces, tuve como una revelación momentánea de

que algo había ocurrido. Y, ahora, no consigo ni recordar, y me quedé como ante un muro que me impedía ir más allá.

DOCTOR:

¿Y le ocurrió eso cuando usted estaba hablando con Mr. Webb?

BARNEY:

Sí, eso fue cuando estaba hablando con Mr. Webb. Comprendí que había algo muy extraño en todo aquello. Ahora bien, me es fácil llegar hasta ese punto. Recuerdo que volví, corriendo, a donde estaba el coche, pero sólo lo que hice. Mas no seguí adelante con Walter Webb, porque sentí como una tremenda presión, una tremenda presión que me forzaba a decir: «Betty, dejemos esto.» Ahora que tiene usted los datos que le interesaban, Mr. Webb, olvidémoslo. Eso es lo que yo sentía. A solas, pensaba en ello de cuando en cuando. Que Betty estaba conmigo en el coche, que estábamos juntos, cuando ella me preguntó: «¿Qué viste? ¿Qué viste?» Y yo sólo dije: «Van a capturarnos...»

DOCTOR:

Temía usted que le capturaran.

BARNEY:

Sí, sabía que lo harían.

DOCTOR:

Lo sabía. ¿Qué quiere decir? ¿Sabía usted que iban a capturarle?

BARNEY:

Pues, sí, si es que entiende lo que quiero decirle. Es como cuando uno sabe que algo está a punto de ocurrir. Yo sabía que si me quedaba más tiempo allí, en la carretera...

DOCTOR:

Ah, ya, que si se quedaba usted más tiempo allí, le hubieran capturado, ¿no?

BARNEY:

Sí. Por eso llegué hasta allí y no seguí avanzando. Betty y yo no hablamos de ello, parecía demasiado fantástico, algo que estaba sucediendo en aquel mismo instante, pero de lo que ni ella ni yo hablábamos.

DOCTOR:

Pero Betty habló mucho de ello con mucha gente. Telefoneó a su hermana, telefoneó...

BARNEY:

Estaba pensando en aquella noche, desde que volví al coche, no

hablamos de ello. Betty se limitó a preguntar: «¿Qué viste?» Y yo no contesté a eso. Sólo dije: «Van a capturarnos.» Y, entonces, no le contesté o, mejor dicho, no seguí la conversación. Y lo siguiente que recuerdo es que aquel objeto se posaba en la carretera. Y, entonces, dije: «¡Santo Dios, otra vez...!» Y Betty dijo: «Es la Luna.» Y yo dije: «Sí, la Luna.» Y ambos pensamos que era muy raro que la Luna se alejase. Y, entonces, no dijimos nada más, y ella tampoco dijo nada más hasta que tomamos el camino de Portsmouth.

DOCTOR:

¿Había habido algo a lo largo de la carretera, como colinas, valles o sitios, donde pudiera parecer que la Luna estaba posada en tierra? A veces, tiene uno esa ilusión.

BARNEY:

Sí, eso era lo que yo quería pensar. Pero la Luna se estaría quieta. Lo sorprendente es que éramos nosotros quienes estábamos inmóviles.

DOCTOR:

¿Estaban ustedes inmóviles?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y por qué se habían parado?

BARNEY:

Por nada. Lo que ocurrió es que, en aquel momento, no estábamos en marcha. Luego, pensé que la razón de que estuviéramos inmóviles en aquel momento era que yo había parado para decidir si me convenía tomar un atajo, o algo así. Y esto me pareció satisfactorio. De modo que arrancamos de nuevo, y Betty me dijo: «Bueno, ¿crees ahora en los platillos volantes?» Y yo dije: «No digas tonterías, Betty.»

DOCTOR:

Bueno, ¿y cuál es la pregunta que dice usted que yo no he contestado?

BARNEY:

Ah, sí, sobre hipnosis y sueños... Y sobre si yo estoy alucinado o contando un sueño que me parece parte de la realidad. Sin embargo, aunque supiera usted contestar a esa pregunta, lo importante es que yo sé perfectamente que eso ha *sucedido, que ha*

sucedido. Y éste es el motivo de que todo ello me parezca estúpido. Incluso molestarme en preguntarlo.

DOCTOR:

Bueno, pues como dije antes, aún no quiero entrar en detalles sobre esto. Todas esas cosas, digámoslo así, pueden suceder. La verdad es que cualquier cosa puede suceder.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Pero puedo asegurarle que no tiene nada que temer y que todo va a pedir de boca. Pero, por ahora, no quiero buscar una respuesta más concreta a eso.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Lo dejaremos para cuando hayamos relacionado todo esto más íntimamente con el plano consciente.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Y, ahora, voy a continuar trabajando con ustedes, con ustedes dos, cada vez más en el plano consciente. A medida que vayan recordando cosas que hasta ahora sólo recordaban en estado hipnótico, ya no hará tanta falta recurrir a la hipnosis. Y cuando llegue el momento, creo que podremos penetrar más.

BARNEY:

Yo creo que la única explicación de cómo podremos ir descubriendo más detalles sobre todo esto es que, durante estos tres años últimos, tanto a Betty como a mí nos ha tenido sumamente perplejos esta discrepancia o decisión nuestra de no hablar de lo que acababa de suceder en Indian Head y guardar silencio hasta que llegamos a Ashland. Y creo que por esto hemos conservado tan vívido el recuerdo de esos dos incidentes, o, mejor dicho, esos dos lugares. Porque hemos tratado muchas veces de resolver este problema, el problema de averiguar lo que hicimos en el intervalo, sin conseguir llegar nunca a una explicación satisfactoria.

DOCTOR:

Bueno, esperemos que todo eso se irá aclarando y que el apagón se iluminará, porque llega un momento en que no vale la pena

seguir repitiendo una cosa en estado hipnótico si no la pasamos al plano consciente. Sólo queremos que pase al plano consciente en la medida en que al paciente le resulte tolerable, y no le cause angustia. Y a esto llegaremos a su debido tiempo.

La sesión siguió; trataron de explicarse que Webb, Hohman y Jackson hubieran podido influir en los Hill hasta el punto de animarles a aceptar la hipnosis como modo adecuado de aliviar su creciente inquietud sobre el incidente. El doctor Simon insistía en que ahora trabajaría principalmente con sus ideas y sensaciones conscientes, pero estaba decidido, a pesar de esto, a seguir sirviéndose de la hipnosis cuando pareciese necesaria.

Con objeto de reforzar la inducción hipnótica, puso de nuevo a los Hill en estado de trance y les ordenó que continuasen recordando ciertos aspectos de su experiencia que les resultasen tolerables y no les causasen inquietud.

Indicó, también, que muy pronto, si los Hill se avenían a ello, les permitiría oír las cintas magnetofónicas ya grabadas, para que pudiesen revivir de nuevo toda la experiencia en su conjunto, no sólo fragmentos de ella, en el plano consciente.

Para Betty y Barney, esta oportunidad de oír en cinta lo revelado en estado hipnótico fue un momento crucial del tratamiento. Reaccionaron experimentando una intensa curiosidad... mezclada con cierto recelo.

CAPITULO XI

El 5 de abril de 1964, el día en que iba a tener lugar la sesión siguiente, los Hill salieron de Portsmouth más temprano que de costumbre. Se sentían impacientes ante la posibilidad que se les presentaba de oír algunas de las cintas magnetofónicas, cuyo contenido, naturalmente, aún era un completo enigma para ellos.

Los Hill solían salir de casa a las seis cuarenta y cinco minutos, cuando iban a la consulta del doctor Simon, pero, este sábado, salieron a las seis y cuarto. Llegaron a Boston demasiado temprano; así, pues, fueron a un café situado a poca distancia de Bay State Road. Allí, tomaron café y un bollo, y cambiaron impresiones sobre cuáles serían las reacciones que experimentarían si el doctor les permitía oír las cintas. Barney preguntó repetidas veces a Betty:

—¿No sientes curiosidad? Yo, sí.

Betty, por su parte, trataba de quitar importancia a la cosa, diciendo que, después de todo, quizás el doctor Simon no les permitiría oír las cintas; lo mejor sería, pues, no entusiasmarse demasiado.

Dos años más tarde, al recordar este período de su tratamiento, Barney Hill no sabe definir con exactitud sus sensaciones. Pero cree que los recuerdos fragmentarios que comenzaban a penetrar en su conciencia estaban empezando a convencerle, a pesar de su resistencia, de que, aquella noche, en White Mountains, había pasado por una experiencia fuera de lo corriente y, también, de que era preciso aceptar la posibilidad de que los sueños de Betty fueran algo más que sueños. Además, recuerda

que lo que tan vívidamente le venía a la mente, a medida que se iba enterando de lo revelado en el transcurso de las sesiones hipnóticas, era la imagen de los hombres que había visto en la carretera. Incluso llegó a pensar que quizás esto no fuera una ilusión, sino algo real.

—Cuando recuerdo aquel momento del tratamiento —dice—, advierto que, a pesar de mi anterior escepticismo y de lo mucho que yo me resistía a la idea, lo que creí que era la Luna no era la Luna, sino el objeto volante.

A pesar de todo, dos años después del tratamiento, Barney recordaba que aún no había pasado al plano consciente de su memoria ningún fragmento importante del incidente olvidado. Sólo recordaba detalles y como relámpagos de recuerdos.

Betty recuerda que sentía gran curiosidad por oír el contenido de las cintas, pero cree que su reacción fue menos entusiasta y más realista que la de Barney. Recuerda que se bebió todo el café y se comió el bollo entero.

Barney, en cambio, no probó ninguna de ambas cosas

Cuando los Hill salieron del café y se dirigieron al despacho del doctor Simon, éste estaba dictando su habitual prefacio a la sesión inminente:

> Los señores Hill llegarán a las ocho en punto con objeto de continuar el tratamiento. Mrs. Hill reveló en la última entrevista que tuvo conmigo, en estado consciente, no hipnótico, que había paseado por el bosque y se había dormido. No traté de investigar más este detalle, pero pienso hacerlo ahora.

El doctor aún no estaba seguro de si sería conveniente dejarles oír las cintas, reservándose la decisión sobre esto para el final de la sesión. El contenido de las cintas era emocionalmente peligroso y tendría que serles revelado en pequeñas dosis, observando cuidadosamente las reacciones de ambos.

El doctor Simon recibió primero a Betty en su despacho, y ambos conversaron un rato.

DOCTOR:

Veamos, Betty, ¿se han encontrado ustedes bien, estos días?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Ante todo, quiero hacerle una pregunta. La vez pasada, cuando hablamos y usted no estaba hipnotizada, le dije que me contara, en líneas generales, lo que recordase de la experiencia. Y usted dijo que recordaba haber visto descender al objeto volante. Y que, antes de oír el «bip-bip», Barney le dijo a usted que se asomara a la ventanilla del coche. Usted, entonces, se asomó. Refiriéndose a esto, me dijo algo así como: «Lo miré y pensé que no lo veía, porque no había luces y yo esperaba ver luces.» Usted, entonces, añadió que vio la parte inferior del objeto cerniéndose sobre el coche. Y por eso no veía ni luces ni estrellas. Y comprendió usted que aquella masa grande y oscura se cernía precisamente encima del coche.

BETTY:

Sí, eso es.

DOCTOR:

Y yo, entonces, pregunté si creyó que iba a alejarse, y usted me contestó que no, que precisamente estaba cerniéndose sobre el coche.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Entonces, yo le dije que me hablase del espacio de tiempo que olvidaron los dos. ¿Lo recuerda, ahora? ¿Se lo hizo ver Mr. Hohman? Eso sí que lo recordaba usted. Entonces, pregunté qué había ocurrido. Y usted dijo algo sobre que habían ido por una carretera secundaria, torciendo en una curva. Y me habló de los hombres en la carretera. ¿Se acuerda?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Después de esto, dijo usted que recordaba haberse dormido. Y haber andado por el bosque y entrado en un objeto volante. ¿Qué me dice del sueño? Antes, no me había dicho que se hubiese dormido.

BETTY:

Me parece recordar que cuando se acercaron los hombres que

estaban en la carretera y se situaron junto al coche, me quedé dormida.

DOCTOR:

¿Se quedó usted dormida cuando se situaron junto al coche?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Y, entonces, ¿qué pasó?

BETTY:

Pues, entonces, no sé lo que pasó. No recuerdo nada de este período de tiempo, pero tengo la sensación de haberme quedado dormida y de que tuve que obligarme a despertarme.

DOCTOR:

Comprendo. Veamos, ¿es posible que se quedara dormida mientras Barney estaba en la carretera?

BETTY:

No, no... No lo creo.

DOCTOR:

Bueno, pues, entonces, ¿en qué circunstancias se quedó dormida?

BETTY:

Pues, pensándolo, yo diría que fueron ellos quienes, no sé cómo, me hicieron perder la conciencia de lo que ocurría.

DOCTOR:

Pero nunca me dijo usted hasta ahora, ni en estado consciente ni en estado hipnótico, que se hubiese dormido. ¿No cree usted posible que, mientras estaba en el coche, esperando a Barney, estuviera tan cansada que se quedase dormida?

BETTY:

No, no me dormí en el coche, no.

DOCTOR:

Entonces, tiene la sensación de haberse quedado dormida, no la certidumbre de ello, ¿verdad?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

O sea, que tuvo que quedarse dormida.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y cómo puede ser eso? ¿Quiere decir que los hombres la durmieron y la sometieron luego a todos esos reconocimientos?

BETTY:

Pues así tiene que haber sido, porque mi primera reacción cuando les vi venir hacia el coche fue abrir la puerta, bajar corriendo y esconderme en el bosque, para evitar que me capturaran.

DOCTOR:

Pero no lo hizo.

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Y todo lo que sucedió a continuación, cree usted que ocurrió después de quedarse dormida?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Lo que piensa de verdad?

(Betty asiente con la cabeza.)

¿Recuerda, ahora, alguna otra cosa? ¿Alguna cosa que quiera decirme antes de que discuta esto en términos más generales con usted y con Barney?

BETTY:

Sí, una cosa que me tiene perpleja.

DOCTOR:

¿Qué es?

BETTY:

Esto ocurrió después de que terminara todo, cuando regresábamos a casa. Supongo que no tendrá nada que ver con el asunto que nos ocupa, pero, después de todo, ocurrió. Íbamos camino de casa y estábamos buscando algún sitio que aún estuviera abierto, para ver gente y tomar una taza de café. Y, yendo por la carretera, vimos un restaurante. Las luces estaban encendidas dentro y creímos que estaría abierto. Así, pues, nos acercamos y vimos que estaba cerrado. Y siempre me he dicho que si consiguiera volver a localizar ese restaurante, quizá tendríamos una pista de lo que ocurrió de verdad.

DOCTOR:

Sí.

BETTY:

Pero todavía no hemos conseguido dar con él.

DOCTOR:

¿Existe, entonces, la posibilidad de localizarlo en el futuro?

BETTY:

Sí. Yo aún sigo buscándolo.

(Se echa a reír.)

DOCTOR:

Muy bien. Hablaré ahora un minuto con Barney y, luego, creo que les hablaré a los dos juntos en términos generales sobre la situación y sobre lo que tenemos que hacer.

BETTY:

De acuerdo.

(El doctor hace salir a Betty y manda entrar a Barney en el despacho.)

DOCTOR:

(A Barney:)

¿Hay algún punto concreto del que quiera hablar conmigo?

BARNEY:

(Da al doctor Simon un apunte de lo que él llama «la zona del rapto».)

Esto lo he dibujado yo. No sé si usted lo encontrará claro, pero la zona era así. La flecha indica la esquina. Encima, he marcado la dirección en que se alejó lo que parecía una luna que hubiera aterrizado.

DOCTOR:

¿Cuándo dibujó esto?

BARNEY:

Al volver a casa, el sábado pasado.

DOCTOR:

Me lo quedo. Ahora, veamos: Cuando hablé con Betty, la vez pasada, me dijo que recordaba haber visto hombres en la carretera y también haber dado un paseo por el bosque y que la llevaron a un objeto volante. También recordaba haberse quedado dormida. ¿Tiene usted la impresión de haberse dormido en aquel momento?

BARNEY:

¿De haberme dormido? No, no me dormí. ¿Dice usted en estado hipnótico, o cómo?

DOCTOR:

Da igual, como sea.

BARNEY:

Bueno, antes de la hipnosis, yo no sabía absolutamente nada del intervalo olvidado.

DOCTOR:

No, yo quería decir durante el incidente... Si no recuerda usted haberse dormido entonces, o haber sido obligado a dormirse, o algo parecido.

BARNEY:

No, no recuerdo nada de eso.

DOCTOR:

Supongo que estaba usted como atontado. Bueno, creo que lo mejor será que ahora hable yo con ustedes dos un rato, y después veremos lo que conviene hacer.

BARNEY:

Muy bien.

(Llama a Betty, que entra. Ahora, están juntos los tres.)

DOCTOR:

(A Barney y a Betty.)

Creo que ya hemos progresado lo suficiente. Aún no hemos aclarado todos los puntos oscuros y todos los detalles, pero creo que haría falta para ello muchas y monótonas repeticiones. Por ello, creo que podríamos sacar mucho partido de un plan que he ideado y que vamos a poner en práctica. Quiero evitarles cualquier angustia innecesaria, pero también quiero revisar con detalle todo lo que ya hemos averiguado. Lo que pretendo es llevarlo al plano consciente y discutirlo con ustedes con plena libertad. Pero hay que considerar dos factores: ustedes dos comparten una misma experiencia y, al mismo tiempo, han sufrido cada uno su experiencia propia. Puedo examinarles por separado, primero, y, luego, juntos, o bien limitarme a lo segundo. ¿Qué les parece?

BARNEY:

Creo que mejor sería juntos. ¿No lo crees, así, Betty?

(Betty se muestra de acuerdo.)

DOCTOR:

Así, podrán compartir completamente la experiencia y verla desde un punto de vista mutuo. Otra cosa: puedo hablarles antes de la experiencia y preparar el terreno. O bien podemos arriesgarnos a oír las cintas directamente, aunque esto les cause angustia.

BARNEY:
Muy bien.
BETTY:
¿Oír las cintas?
DOCTOR:
Sí.
BETTY:
(Con firmeza.)
Bueno, pues oigámoslas.
DOCTOR:
Son bastantes y tardaremos varias sesiones en oírlas todas. Pero creo que es lo mejor y que no conviene que desmenucemos las realidades y las fantasías de este asunto hasta que hayan oído ustedes todo el contenido de las cintas, del que sólo están enterados inconscientemente. Así, pues, están de acuerdo en esto, ¿no?
BARNEY:
Yo creo que es lo mejor.
DOCTOR:
Y siempre que haga falta, podemos discutir ciertos detalles. O sea, que ustedes dos están de acuerdo en que oigamos las cintas.
(Barney y Betty asienten.)
Muy bien. Pues vamos a ello. Si en algún momento les resulta demasiado penoso, y es seguro que partes de ello les resultarán penosas, quiero que me lo digan. Me lo dicen inmediatamente, para que pueda echarles una mano y aliviarles.
BARNEY:
Muy bien.
DOCTOR:
Lo mejor es que escuchemos y que cada diez o quince minutos, con la frecuencia que decidamos, paremos un momento el magnetófono. Si quieren aclarar algún extremo en cualquier otro momento, siempre podemos parar la cinta y charlar el tiempo necesario. ¿De acuerdo?
(Barney y Betty vuelven a asentir.)

El doctor Simon apretó el botón del magnetófono y comenzó a oírse nuevamente la primera sesión; era la cinta que contenía los recuerdos de Barney sobre el viaje por Montreal y New Hampshire.

Al comenzar, ocurrió una cosa extraña. El doctor, de acuerdo con su sistema de reforzar la inducción hipnótica, había tomado la precaución de que ninguna otra persona, excepto él, pudiera ponerles en estado hipnótico mencionando las palabras convenidas.

Lo primero que se oyó cuando comenzó la cinta de Barney fue el procedimiento inicial de inducción hipnótica. Barney, al mirar a Betty, se sobresaltó al ver que ésta se había retrepado en la silla. Como Barney había estado hablando con el doctor Simon, no pudo oír el comienzo de la cinta; Betty, en cambio, sí lo oyó. Recuerda que se sumió en el trance sin perder la capacidad de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Trató de dar un pisotón fuerte para llamar la atención de Barney y del doctor, haciéndoles ver lo que estaba sucediendo, pero no pudo mover el pie. Después de despertar de nuevo a Betty, el doctor les reforzó a ambos, para que no cayeran de nuevo en estado hipnótico al oír las palabras convenidas, a menos que fuera él, personalmente, quien las pronunciase. Continuaron.

—Cuando comencé a oír por primera vez mi voz en estado hipnótico —recordaba Barney más tarde—, la sorpresa casi me hizo levantar de la silla. No conseguía creerlo. Era, sin duda, mi voz, pero me resultaba difícil comprender que aquél era yo y que estaba contando lo que había sucedido. Era como si estuviera dormido y hablando en sueños. Sencillamente, no podía creerlo. El principio de la cinta me preocupó menos: cuando bajábamos de Canadá y comenzábamos a cruzar la parte norte de New Hampshire. Recordaba todo aquello con todo detalle, conscientemente. Pero, a medida que la cinta iba acercándose al momento en que llegamos a Indian Head, comencé a ignorar qué sucedería. Sentí que me molestaba la úlcera, quiero decir que se me agitaba el estómago, que mis músculos se ponían tensos. Ignoraba lo que se avecinaba. Recuerdo que estaba sentado en el borde mismo de la silla, cambiando continuamente de postura.

»El tono de mi voz me parecía interesante, no se parecía al tono de mi voz normal, y, además, pronunciaba borrosamente las palabras.

La reacción de Betty fue parecida:

—Mi voz sonaba en la cinta como si hablara dormida. Pero, de pronto, comencé a sentir miedo. Me dije: «¡Santo Dios...! ¡Querría irme a casa y dejar de oír esto!» Y, luego, empecé a sentirme perpleja. La cinta iba llegando al momento crítico en que yo oí, desde el cuarto de espera, los gritos de Barney. Estaba esperando ese momento y preguntándome cuál sería mi reacción.

Lentamente, la cinta se acercó al momento en que llegaron a Indian Head.

—Comprendí que estábamos llegando al punto en que cesaban mis recuerdos —continúa diciendo Barney, al describir su reacción algún tiempo después—, me sentía seguro, pues estaba en el despacho del doctor, en su compañía, y tenía plena confianza en él. Sabía que si la experiencia me resultaba demasiado penosa, él podría venir en mi ayuda y apartarme de aquello. De pronto, me sobresalté. Me parecía imposible haber reaccionado de aquella manera cuando me llevé los gemelos a los ojos. Y los ojos. Los ojos que parecían venir hacia mí. Luego, me oí decir que los ojos parecían quemarme los sentidos como un sello indeleble. Y, allí, en el despacho del doctor Simon, comenzaron a desdoblarse los pliegues. Estaba empezando a recordar. Las piezas perdidas encajaban de pronto en sus sitios. Aun concentrando toda mi atención en la cinta magnetofónica, podía advertirlo. De repente, comprendí por qué había roto la correa de mis gemelos. Y recordé que durante días, después del incidente de Indian Head, había sentido un intenso escozor en la parte posterior del cuello. Escuchando las cintas, recordé de manera casi punzante el movimiento brusco y violento de brazos que me hizo romper la correa de los gemelos. Todo esto iba desarrollándose ante mis ojos, no sólo en la cinta, sino en mi mente, en mi mente consciente.

»No me sentí muy agitado en el despacho del doctor, quizá porque me había reforzado con instrucciones poshipnóticas, ordenándome tolerar todo aquello sin excesiva inquietud. Pero noté que el doctor Simon me observaba con gran atención mientras sonaba la cinta. Indudablemente, advertía la presión emocional que estaba produciéndose en nosotros y paró la máquina varias veces, y nos habló para tranquilizarnos.

»De cuando en cuando, yo miraba a Betty, y ella siempre supo aliviarme con su mirada. Es una mirada que sólo ella tiene y que parece decir: "Estoy enamorada de ti, Barney." Y esto me llenaba de calma y me tranquilizaba.

»Creo que la mejor manera de expresar mis sensaciones es decir que me sentía como entumecido mientras escuchaba aquello. Toda la información penetraba de nuevo en mi mente, pero mis emociones estaban entumecidas. Seguía sintiendo que si la situación se volvía demasiado angustiosa, el doctor sabría controlarla.

»Y, entonces, a medida que las cintas iban penetrando más y más profundamente en mi olvido, me parecía como si me quitasen pesadas cadenas de los hombros. Sentía que estaba dejando de sufrir la angustia de no saber lo que me había ocurrido.

»Sentía, sobre todo, que estaba reviviendo aquella experiencia. Era una mañana clara y luminosa y estábamos oyendo las cintas. El sol llenaba el cuarto donde estábamos, pero, a medida que las cintas iban sucediéndose una a otra, era como si la oscuridad descendiese sobre nosotros, volviéndonos a la carretera montañosa, en plena noche. Este ojo único y cada vez mayor me miraba, o, mejor dicho, no me miraba, sino que empezaba a formar parte de mí. Yo parpadeaba y cerraba los ojos, como para apartarlo de mi mente. Ahora, escuchando lo que decían las cintas, estaba completamente seguro de que nunca hasta entonces lo había comprendido. De pronto, ya era capaz de contar lo que me había sucedido a partir de Indian Head. Hay muchas emociones y reacciones que son totalmente momentáneas, y, en aquel instante, yo estaba experimentando toda una gama de esas emociones y reacciones. Y creo que ése es el motivo de que en ningún momento me resultara demasiado angustioso escuchar todo aquello. Apenas podía contener la impaciencia de estar a solas con Betty para hablar de ello. Quería comunicarle mis pensamientos, mis sensaciones. Decirle que esto era demasiado para poderlo digerir de una sola vez. Tenía que estudiarlo y observarlo más. Me costaría tiempo acostumbrarme a ello, escuchar a aquella persona que era yo, en la cinta. Me repetía constantemente: "Pero, ¿soy *yo* quien dice todo esto?" Y la pa-

labra *increíble* me venía sin cesar a la mente. Era completamente increíble, simplemente increíble que aquel sujeto fuese yo.

»Y creo que, sobre todo, me sentía indeciso. Quizás uno de los motivos de que desease tanto hablar a Betty en el coche era que este deseo enmascaraba mi verdadera razón: escapar de allí, dejar de oír aquellas cintas, volver cuanto antes a mi mente consciente, olvidar todo aquello.

»Al llegar al punto en que mi voz dice que estaba "como flotando en el aire", comprendí, en un instante, que no era realmente flotar en el aire. Me estaban llevando, casi en volandas, al objeto volante. Me sentía suspendido de nuevo, o sea, levantado por los brazos. Cuando hablo de esto, siento escalofríos, siento la presión de los brazos de aquellos hombrecillos que me sujetaban y me llevaban.

»Y, entonces, me acordé de mis zapatos; tenían toda la punta raspada, literalmente raspada, y lo noté al día siguiente, en Indian Head. ¿De qué otra manera podía rasparse la parte superior de la punta de los zapatos? Y así pude comprender que aquellos hombres me habían hecho olvidar lo ocurrido. Ellos mismos me lo dijeron. Me dijeron que lo olvidase, que quisiese olvidarlo. Y creo que por eso no me resultó demasiado difícil tenerlo todo apartado de mi mente durante tanto tiempo. Yo sabía, lo sentía, estaba casi completamente seguro, escuchando estas cintas, de que su contenido no era ni una fantasía ni un sueño. De eso no me cabía la menor duda. Me parecía completamente cierto que ese "hombre" *sabía* comunicar conmigo y lo había hecho. Estaba convencido, también, de que, por mi parte, no sentía deseos de establecer comunicación con él. Escuchando las cintas, le oía tranquilizarme, decirme que no me harían ningún daño, pero yo no lo creía. Saqué, también, un lápiz y dibujé de memoria al hombre. Aún no había visto el otro dibujo, el que hice en estado hipnótico, pero ambos eran bastante parecidos.

»Y si no hubiera oído más cinta magnetofónica, todo esto habría permanecido en mi mente. Ya mi memoria comenzaba a anticiparse a lo que iban a revelarme las cintas de la segunda sesión. Todo ello hubiera quedado ya en mi mente. Me hubiera sentido bastante confuso, sin saber a punto fijo por qué recordaba aquellas cosas, pero ya no habría podido olvidarlas.

Recordando sus otras reacciones cuando ambos estaban escuchando por primera vez el contenido de las cintas magnetofónicas, Betty dijo:

—Cuando llegamos al punto en que Barney se encuentra solo en la carretera, me sentí llena de compasión. Me parecía como si me estuviera destruyendo. Que... ¿por qué nos habíamos tomado la molestia, ahora que habíamos llegado tan lejos? ¿Era porque queríamos averiguar el incidente entero? Lo mejor sería convencernos de que nunca habíamos sido hipnotizados, dejar las cosas como estaban. Mejor sería, quizá, seguir en la incertidumbre. Y, de repente, me di cuenta de que, durante todo aquel tiempo, yo no había hecho más que preguntarme cuáles habrían sido las experiencias de Barney. Lo experimentado por él solo. Y escuchando la voz de Barney, yo también comencé a revivir el incidente. Era como verme de nuevo allí, en la carretera.

Terminaron de oír la primera cinta, con frecuentes interrupciones. Tanto Barney como Betty quedaron algo desconcertados.

En el ascensor, mientras bajaban a la calle, se vieron por primera vez solos y con buena parte del incidente firmemente grabado en la memoria.

Lo primero que se le ocurrió decir a Betty en relación con el doctor Simon fue:

—Esperemos que el doctor Simon no sea un hombre de otro planeta.

Al decir esto, Betty se echó a reír.

Y Barney, con el mismo tono de voz, replicó:

—No digas tonterías.

Mientras volvían a New Hampshire, Barney notó que, sin darse cuenta, había estado frotándose con frecuencia la parte posterior del cuello, el mismo sitio en que, en 1961, la sensación quemante de la correa de los gemelos había aparecido y vuelto a desaparecer inexplicablemente.

El mismo resumió sucintamente la reacción que experimentó ante lo que había oído:

—Me sentí anonadado y aliviado al mismo tiempo. Ahora, volvía a recordar una parte de mi vida que había olvidado por completo. Partes desaparecidas de mi vida volvían a encajar en su sitio.

CAPITULO XII

Resumiendo la primera sesión de audición de las cintas magnetofónicas, el doctor Simon dictó lo siguiente:

> La primera entrevista que tuve con Mr. Hill fue oída en cinta por los señores Hill simultáneamente hasta el momento en que aparece el objeto y Mr. Hill sufre una violenta crisis de angustia. Mr. Hill mostró considerable inquietud al oír esto, pero pareció dominarse bastante bien. Mientras seguía oyéndose la cinta sacó un papel y se puso a dibujar. En este dibujo, se veía una cabeza con ojos muy abiertos, en forma de almendra, pero no oblicuos. Al terminar, parecía dueño de sí mismo y quería que le convenciese de que todo aquello era una fantasía. Ambos quieren continuar como hasta ahora y hemos quedado ya en volvernos a ver de hoy en una semana para continuar la audición de las cintas grabadas durante las sesiones hipnóticas. Es interesante mencionar que, cuando comenzamos a oír la primera, se oyó la palabra convenida de inducción hipnótica y Mrs. Hill quedó hipnotizada. Entonces, les hipnoticé a propósito a los dos, y ordené no ceder hipnóticamente a la palabra convenida cuando la oyeran en cinta, sino tan sólo cuando me la oyeran pronunciar a mí.

Durante la semana siguiente, Barney trató de analizar el incidente, partiendo del supuesto de que probablemente se trataba de una fantasía, pero estaban recordando tantos detalles, como consecuencia de lo que había oído en la cinta magnetofónica, que no tardó en poner seriamente en duda tal teoría. Tanto él como Betty vacilaban sin cesar, pensando, ahora, que todo ello era probablemente un sueño y sintiéndose convencidos en el momento siguiente de su completa realidad.

La audición de las cintas estimuló la memoria de los Hill, llevando nuevos detalles al plano consciente, algunos de los cuales no habían sido mencionados durante las sesiones hipnóticas. Esta liberación de datos nuevos es resultado del proceso llamado en psicoterapéutica «penetración», con o sin ayuda de la hipnosis.

Más tarde, en su casa de Portsmouth, Barney notó que recordaba haber abierto los ojos un instante al entrar en el objeto volante.

—Recuerdo que entré por la puerta exterior y que, allí, mis pies tropezaron con un obstáculo —recordó más tarde—. También recuerdo que eché una ojeada a los tres hombres que había junto a la puerta del cuarto donde me reconocieron. Les vi en el momento de entrar. Vi, también, el contorno curvo del corredor y me sentí algo inquieto, porque estaban hablando entre sí. Y, sin embargo, a mí me entendían y yo estaba entendiendo a otro, que me seguía diciendo que no sufriría ningún daño.

»El interior del objeto volante estaba iluminado con una luz azulada... Quiero decir, con una luz como fosforescente, que no arroja sombra. Los hombres tenían la cabeza de forma rara, con el cráneo grande que se empequeñecía hacia la barbilla. Y sus ojos se alargaban, llegando casi a las sienes, de modo que producía la impresión de que su radio visual tenía varios grados más de extensión que el nuestro. Esto me inquietaba. Y algo que recordé después de haber oído las cintas es su boca. Hasta entonces, no había podido describir su boca, hasta el punto de que en el dibujo que hice de ellos omití la boca. Pero era muy parecida a una línea horizontal con una pequeña línea perpendicular en cada extremo. Esta línea horizontal era los labios, sin los músculos que tenemos nosotros. Y cuando hablaban, haciendo ese sonido "mmmmm", los separaban ligeramente. La piel, tal y como la recuerdo, por haber abierto entonces los ojos, era grisácea, de aspecto casi metálico. No noté que tuvieran pelo, ni nada en la cabeza. Tampoco noté ningún apéndice nasal, sólo dos ligeras hendiduras que eran, sin duda, las ventanillas de la nariz.

»Betty y yo fuimos una vez a oír una conferencia del doctor Carleton S. Coon, del departamento de Antropología de la Universidad de Harvard[1]; el doctor Coon mostró diapositivas de un

[1] Autor de dos libros recientes importantes: *The Origin of Races* (1962) y *The Living Races of Man* (1966); edición inglesa de Jonathan Cape, Londres. — *(N. del T.)*

grupo de seres humanos que vivían en el estrecho de Magallanes. Ambos nos sobresaltamos porque aquel grupo de indios, que habitaban en una zona extremadamente fría, en montañas altas donde hay poco oxígeno, se parecían muchísimo a los seres que estoy tratando de describir. Y el profesor Coon nos contó que este grupo humano, en el curso de muchas generaciones, había sufrido considerables cambios fisiológicos para adaptarse al clima. Tenían ojos orientales, pero la cuenca parecía ser mucho más grande de lo que era, porque la Naturaleza la había provisto de una película adiposa en torno al ojo y también en torno a la boca. Por eso producía la impresión de que la boca no se abría en absoluto y de que la nariz era prácticamente inexistente. Se parecían mucho, en líneas generales, a los seres que estoy tratando de describir.

»Mientras estaba en el pasillo del objeto volante, me sorprendió ver que el jefe no entraba conmigo en el cuarto. Pero, a pesar de todo, sus ojos parecían seguirme. Era como si el jefe estuviese en otro sitio, pero su influencia siguiera allí, junto a mí. Desde dondequiera que estuviese, seguía siendo capaz de enviarme mensajes tranquilizadores. Ya sé que esto que digo parece ridículo, pero es que no se me ocurre otra manera de decirlo. Esto era lo que hacía. Había otra persona en el cuarto, conmigo, además de los tres hombres que vi en la puerta. Y éste es el que me raspó los brazos y me hizo el reconocimiento, y puso a prueba la consistencia de mi espina dorsal y otras cosas por el estilo.

»Apenas pude ver el interior del cuarto, por la puerta abierta. Estaba casi vacío y el único mueble que vi fue la mesa. Las paredes eran lisas y sin adornos, todas de un color azul blancuzco. No había cuadros ni adornos de ninguna clase. El cuarto era de forma triangular, con una de las puntas del triángulo cortada. No vi ninguna ventana. El techo, el suelo y las paredes parecían de la misma materia, pero no conseguí averiguar lo que era. Tampoco pude ver de dónde procedía la luz.

»Lo principal, y lo que más me impresionó, fue la mesa en que me hicieron echar, porque era mucho más pequeña de las que se emplean para seres humanos; así, pues, cuando me eché en ella, mis pies no tenían apoyo y esto me pareció raro.

»Me llevaron, o, mejor dicho, me arrastraron, tanto para meterme en el objeto volante como para sacarme de él. Se notaba

una ligera diferencia de temperatura, de modo que, por ella, colegí que me hallaba en el interior cuando me ayudaron a salvar el obstáculo que había en el dintel. No noté ningún olor. Dentro, se respiraba perfectamente. No hacía falta esforzarse para llenar de aire los pulmones. Y, cuando me sacaron, tenían que cogerme por los brazos y noté que el aire de la noche me azotaba el rostro. Se percibía una ligera diferencia entre el interior del objeto y el exterior.

»Al salir, tropecé también con el obstáculo y noté que mis pies rozaban la rampa. Y, de pronto, me vi andando por mis propios pies por el abrupto terreno y pensando que los que me habían sacado aún estarían allí, a mi lado. Pero abrí los ojos y me vi completamente solo. Y pensé: "¡Qué interesante!" Y, de repente, se me olvidó por completo todo lo que acababa de ocurrir. Pensé: "Habré ido a dar un paseo por el bosque para estirar las piernas; eso es lo que tiene que haber ocurrido. Ahora, tengo que volver al coche." Y vi el coche allí, junto a la carretera, y me acerqué a él. Me llenó de curiosidad ver que el motor estaba parado y los faros apagados. Normalmente, no suelo hacer esto cuando paro el coche para salir a dar un paseo. Y me senté al volante, encima de la llave inglesa. Y pensé: "¡Esto sí que es curioso! ¿Qué hace aquí esta llave inglesa?" Y me la quité de debajo y la puse entre la puerta del coche y el asiento.

»Entonces, oí que *Delsey* estaba gimiendo. Pensé: "*Delsey*, pobrecita, estás debajo del asiento, creí que Betty te habría sacado a dar un paseo." Me sentía confuso, mi mente no funcionaba con claridad. Pero cogí a *Delsey* y la saqué del coche después de haber puesto en marcha el motor y encendido de nuevo los faros. Entonces, vi a Betty que regresaba del bosque, y me dije: "Claro, eso es lo que estaba haciendo yo aquí, esperando a que volviera Betty."

»Venía en línea curva, como procedente del bosque que había al otro lado de la carretera. Esto me hizo pensar que habíamos parado a petición de Betty. Y ella, entonces, me dijo, como quien no da importancia a la cosa:

—Anda, sal, vamos a verlo despegar.

»Entonces, pensé: "Esto es ridículo. ¿Qué es lo que quiere ver despegar?" Pero me dije que lo mejor sería llevarle la corriente y me bajé del coche. Entonces, vi la Luna, es decir, di por supuesto que tenía que ser la Luna. Y ambos nos quedamos

asombrados, porque la Luna estaba moviéndose. Yo estaba completamente seguro de que era la Luna, que se ponía. Pero también me parecía raro, porque no era una Luna normal. Luego, de pronto, todo volvió a oscurecerse en torno a mí. Era como una neblina, que me envolvió hasta que vimos el letrero que decía "CONCORD, DIECISIETE MILLAS." Recuerdo vagamente que me pregunté cómo era posible que aquel disco enorme, de un color muy anaranjado, hubiera podido cambiar tan rápidamente a un color plateado reluciente.

En el transcurso de la semana, Betty pensó con frecuencia en su reacción al oír la descripción de Barney en la cinta magnetofónica.

—Se diría que estaba reviviendo todo aquello —recuerda ella—, cuando él estaba allí, en la carretera, precisamente antes de oírse el «bip-bip». Recordé que me había inclinado para asomarme a la ventanilla del coche y gritarle que volviera. Muchos otros detalles se me agolparon en la memoria, sumamente vívidos.

A medida que tuvieron lugar las otras sesiones de audición de las cintas magnetofónicas, los recuerdos de Betty continuaron creciendo, llenando vacíos con gran detalle y juntando los diversos fragmentos a medio recordar. Ambos fueron acostumbrándose a oír sus propias voces de sonámbulos, pero seguía costándoles creer que fueran ellos mismos quienes contaban aquella historia.

Betty pensaba que en el momento en que los hombres llegaron a la puerta del coche, cuando ella y Barney vieron que la carretera estaba cortada, había sido hipnotizada de manera parecida a como lo era en las consultas del doctor Simon. Sentía como si ella y Barney hubieran sido dominados de alguna manera por los «bip-bip», cayendo así en un estado semihipnótico que se hizo más profundo en el momento en que ella comenzó a abrir la puerta del coche para correr a esconderse en el bosque. Cuando uno de los hombres que había en la carretera abrió la puerta para ayudarla a bajarse, alargó la mano y Betty sintió que su consciencia se disolvía, lo mismo que había experimentado durante las sesiones del doctor. Notó que, en las sesiones hipnóticas, tanto ella como Barney tenían que hacer grandes esfuerzos por recordar en ciertos momentos y que estos momentos eran siempre los mismos: primero, en Indian Head, y, luego, en

la carretera. Barney recordaba la sensación de estar flotando en el aire; ella se sentía como envuelta en una neblina después de oír el «bip-bip», y caía, a continuación, en un estado de trance de tipo hipnótico, del que se forzó a sí misma a salir haciendo un supremo esfuerzo de voluntad.

—Oyéndome a mí misma en la cinta magnetofónica —recuerda Betty— me daba cuenta del esfuerzo que estaba haciendo para despertar después de que aquellos hombres me hipnotizaron. Recordé que había empezado a mover la cabeza y que me sentía como si estuviera tratando de salir de un pozo. Recordé, también, que me había dicho a mí misma: «Tengo que despertarme, tengo que despertarme», y que cada vez que me decía esto me sentía algo más despierta que la anterior.

»Cuando me bajaron del coche, yo me resistí algo. Cuando llegamos a la rampa, me parece que traté de negarme a seguir adelante. Entonces, recuerdo que aquella voz o pensamiento, o lo que fuese, me dijo que no sufriría ningún daño. Vi el exterior del objeto volante mientras ellos me empujaban hacia él y tuve la impresión de que estaba posado en una especie de depresión del terreno. Debajo de él había algo, una hondonada o algo parecido, y no pude discernir si el objeto se apoyaba en alguna cosa o si estaba directamente posado en tierra. Pero en torno al objeto había como un reborde y, no sé por qué, me vino a la cabeza la idea de que fuera movedizo, de que estuviera añadido en torno al perímetro del objeto. Como una especie de giroscopio. No estoy segura de ello, sólo es la impresión que experimenté.

»Mientras subía por la rampa, vi de cerca el reborde y me parece que sólo había un par de pasos desde el reborde hasta la puerta. En la parte por donde entramos había un pasillo curvo que parecía dar toda la vuelta al objeto volante. No sé a dónde conducía ni dónde terminaba. Las puertas por donde se entraba en los diversos cuartos estaban al otro lado del pasillo. Yo no hacía más que mirar, buscando ventanas, pero no veía ninguna. Tuve la impresión de que aquel objeto volante era metálico, completamente metálico, y que había una luz que provenía de la puerta, como esas luces que hay, a veces, encendidas en las puertas, de noche. Parecía fluorescente.

»Querían llevarme a este cuarto, pero yo no quería ir. Me paré y les dije que también trajeran a Barney, porque vi pasar a Barney junto a mí sin que los que le llevaban se detuvieran al verme. Y fue entonces cuando me dijeron que no me preocupase, que no le pasaría nada.

»Me pareció que el jefe y el médico eran distintos de los otros tripulantes. Pero es difícil decir esto de fijo, porque la verdad es que yo no quería mirar a aquellos hombres. Me pareció que estos dos eran más altos, pero quizá fuera que yo quería que fuesen más altos. Los demás hombres de la tripulación me daban miedo y me parecía que el jefe y el médico tenían que contenerles, que mantenerles alejados de nosotros. Les veía en el fondo del pasillo y todos parecían ir continuamente del cuarto de Barney al mío.

»En cierto modo, tenían aspecto de mongoloides. Yo estaba comparándoles mentalmente con un caso en el que me había ocupado últimamente, un chico mongoloide: ese tipo de cara redonda y frente ancha, algo basto. Su piel parecía de un gris azulado, pero probablemente era algo más blanca. Sus ojos se movían y tenían pupila. En cierto modo, me recordaban los ojos de los gatos. No recuerdo haberles visto ni cremalleras ni botones, pero también es cierto que no quería acordarme de ellos.

»El cuarto era triangular y la punta de uno de los angulos era roma. La mesa estaba, más o menos, en el centro, pero más bien hacia la parte roma. Había sitio suficiente para que se pudiese andar alrededor de ella. Al otro lado, había un taburete blanco y en la pared se veían instrumentos de todas clases. Me miraron el brazo, descolgaron esa cosa de la pared y, luego, la volvieron a colgar. Después, en la parte de la pared donde estaba la puerta, vi que había como armarios empotrados. Haciendo memoria, me parece que todo aquello parecía hecho de metal o de plástico y que todo era de un color blancuzco. La superficie de la mesa era lisa y fría.

»Cuando hablaban entre sí, hacían un ruido que para mí carecía por completo de sentido. Y me dio la impresión de que el jefe parecía distinto de los otros. Pero, como dije, quizás en esto me engañe la memoria. Sus cuerpos parecían algo desproporcionados, tenían el pecho cóncavo y más ancho. Ahora bien, si mi memoria no me engaña, dije al principio que me hablaron en inglés, con acento extranjero. Luego, el doctor Simon y yo pasamos bastante tiempo estudiando esto y he llegado a la conclusión de que no me hablaban en inglés. Yo entendía lo que me

decían *como si fuera* inglés, pero si, en efecto, era inglés o no, si era una lengua verbal o no verbal, no lo sé. Lo que sé es que yo entendía con toda claridad lo que querían decirme. Esto sólo ocurría cuando se dirigían a mí; ya dije que cuando hablaban entre ellos, no podía entenderles en absoluto.

Los Hill no pudieron ponerse de acuerdo sobre esto. El recuerdo de Barney difiere:

—Era muy parecido a cuando uno ha sido hipnotizado por el doctor Simon. Yo sabía que el jefe estaba allí y, sin embargo, percibía que sus palabras y su presencia eran dos cosas totalmente distintas. Sólo lo que estaba allí guardaba relación conmigo. Yo no oía su voz. Pero, mentalmente, sabía lo que me estaba diciendo. No era como si estuviese hablándome con los ojos abiertos y sentado en el mismo cuarto, enfrente de mí. Era, más bien, como si las palabras formaran parte de mí y no tuvieran relación alguna con su propia existencia.

Una razón que inducía a Betty a pensar que quizá la comunicación hubiese sido verbal era que ella cree haber hablado verbalmente con ellos. Los Hill se daban cuenta de que en sus recuerdos había ciertas contradicciones que persistían, a pesar de sus esfuerzos y de la ayuda del doctor, por aclarar los detalles del incidente. Entre éstas estaba, por ejemplo, la impresión de Betty de que aquellos humanoides no parecían tener concepto alguno del tiempo. Barney dijo, y en esto Betty estaba de acuerdo, que resultaba paradójico oír al jefe decir: «Aguarde un momento», cuando no tenía idea del significado de la palabra «tiempo».

—Cuando salíamos del cuarto y yo tenía el libro en la mano —recuerda Betty—, estoy segura de que el jefe dijo: «Aguarde un momento.» Lo que no sé es si lo dijo en voz alta o de otra manera. Habíamos estado discutiendo sobre la vejez de las personas; yo trataba de explicarle lo que son cien años, cosas de este tipo. Y resultaba dificilísimo explicárselo. Creo que nos enzarzamos en esta discusión cuando él me preguntó lo que eran los dientes postizos de Barney. Les tenía perplejos que los dientes de Barney se pudiesen quitar y los míos no. Entonces, yo dije que la gente, cuando envejece, suele ponerse dentadura postiza. Y ellos me preguntaron: «¿Qué es envejecer?» Y yo respondí: «Pues eso, hacerse viejo.» Fue entonces cuando empezamos a discutir sobre la alimentación de la gente. «¿Qué comen ustedes?» No había manera de hacerles entender lo que yo quería decir, cosas como patatas, carne, verduras, etcétera. Cuando intenté explicarle lo que son las calabazas y le dije que eran amarillas, él me preguntó: «¿Qué es amarillo?»

Barney piensa que Betty se equivocó en esto, tanto desde el punto de vista del concepto del tiempo como en lo de la comunicación verbal.

—Yo sigo poniendo en duda que Betty hablase de verdad con esa gente —dice—. Era una forma de comunicación, de acuerdo, pero no era verbal. Varias de las cosas que ha dicho Betty me dan motivo para que dude de ello. Lo referente al tiempo, por ejemplo[1]. Luego, dice que no comprendían el tiempo como lo comprendemos nosotros. Yo creo que Betty ha creado otras confusiones en su mente. Pensó que el supuesto jefe y el médico eran distintos de los demás, cuando a mí me pareció que eran fundamentalmente iguales.

Betty respondió así a esto:

—Al principio, cuando me llevaron a bordo del objeto volante, me di cuenta de que querían decirme que si cooperábamos y no les hacíamos perder mucho tiempo podríamos volver al coche y seguir nuestro camino en paz. Pero lo que no recuerdo es si empleó o no la palabra «tiempo».

Todas estas y otras inconsistencias y paradojas fueron analizadas durante las sesiones de cinta magnetofónica, que duraron varias semanas. Los aspectos extraños e inusitados del caso continuaron resistiéndose al sentido común y causando perplejidad.

En lo fundamental, estas sesiones fueron un examen largo y detallado del terreno andado, y la información que contenían las cintas estimularon la memoria de los Hill, sugiriéndoles comentarios. Otros aspectos del caso, tanto básicos como secundarios desde el punto de vista del tratamiento, salieron a la superficie y fueron examinados. Las úlceras de Barney salieron a relucir al principio, pero fueron perdiendo importancia gradualmente. Con Walter Webb, los Hill rehicieron el camino de regreso, recordando así nuevos detalles, y quedaron convencidos de haber dado

[1] Betty recuerda que el «jefe» dijo: «Aguarde un momento.» Tanto Barney como Betty se dieron cuenta inmediatamente de la extraña paradoja que supone que dijera tal cosa y, luego, preguntara lo que son el año y otros elementos temporales. — *(N. del T.)*

con el lugar exacto donde vieron la carretera cortada por un obstáculo; era una carretera secundaria, situada cuatro o cinco kilómetros al Este de la carretera n.º 3.

Tanto Barney como Betty se sentían abrumados por tanto detalle como revelaron las cintas magnetofónicas; buena parte de aquella información les era desconocida en el plano consciente.

—Yo no tenía idea de que fueran a salir tantos datos de las cintas. No tenía la menor idea de que fueran tantas las cosas que yo quería olvidar. Las cintas me parecieron absolutamente increíbles —comentó Barney.

Barney seguía queriendo negar que hubiera ocurrido todo aquello en realidad:

—Estaba pensando que lo mejor era dejar de intentar recordar el incidente —dijo Barney al doctor en una de las sesiones que tuvieron lugar después de haber oído ya gran parte del material grabado en cinta— y Betty dijo que por qué. Y yo me dije que porque no consigo explicarme cómo pude recordar todo aquello en estado hipnótico y me aterra pensar que, a lo mejor, estoy loco. La semana pasada, escuchando la cinta de Betty, también noté que me invadía el deseo de cerrar los ojos. Llegó a ser casi una obsesión. Por eso me levanté y me puse a dar vueltas por el cuarto y, luego, a mirar por la ventana.

Hacia el 30 de mayo, o sea casi dos meses después de haber empezado a oír las cintas magnetofónicas, Barney comenzó a sentir que sus tensiones se aliviaban notablemente.

—Esta semana, no me he sentido tan tenso como las anteriores —le dijo Barney al doctor—. No he tenido necesidad de tomar ninguna medicina para la úlcera.

El 6 de junio, el doctor se sirvió de la hipnosis para explorar algo más la memoria de Betty en el plano inconsciente.

DOCTOR:

(Completa la inducción, sumiendo a Betty en un trance.)

...Ahora, está usted sumida en un sueño profundo, en un sueño profundo. Quiero que recuerde lo que me dijo estando dormida. Vuelva a pensar en esto...

(Se está refiriendo al momento en que vieron el obstáculo en la carretera.)

¿Estaba usted dormida?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Y por qué creía que había estado dormida?

BETTY:

(Como siempre, trata de responder literalmente a la primera pregunta.)

Había estado dormida.

DOCTOR:

¿Dice usted que había estado dormida?

BETTY:

Sí, en el coche. Fueron los hombres quienes me durmieron.

DOCTOR:

Los hombres la durmieron.

BETTY:

Sí, no sé cómo.

DOCTOR:

¿Y cómo entró él en el coche?

BETTY:

Yo abrí la puerta. Iba a salir corriendo.

DOCTOR:

¿Por qué?

BETTY:

Porque tenía miedo.

DOCTOR:

¿Dónde estaba Barney?

BETTY:

En el coche.

DOCTOR:

¿Estaban ustedes dos en el coche?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y de dónde vinieron esos hombres?

BETTY:

Del centro de la carretera.

DOCTOR:

¿Llevaban alguna linterna o alguna luz?

BETTY:

No, nada de eso.

DOCTOR:

¿Y cómo podía usted verlo?

BETTY:
Los faros del coche estaban encendidos.
DOCTOR:
¿Y él le dijo a usted que se durmiera?
BETTY:
No, no dijo nada.
DOCTOR:
¿Y cómo sabía que tenía la intención de hacer que usted se durmiera?
BETTY:
Yo no sabía eso.
DOCTOR:
Y, entonces, ¿por qué me dijo que creía haberse quedado dormida?
BETTY:
Pues... porque me desperté.
DOCTOR:
¿Dónde se despertó usted?
BETTY:
Me desperté mientras andaba.
DOCTOR:
¿Y cree usted que fueron ellos quienes la hicieron dormirse?
BETTY:
Sí.
DOCTOR:
¿Cómo?
BETTY:
Hicieron algo, ignoro qué a punto fijo. No lo recuerdo. El hombre alargó ambas manos. Yo estaba sentada en el coche. Estaba volviéndome y tenía la puerta abierta. Y, entonces, me volví del todo y me disponía a echar a correr, porque estaba asustada. Entonces, cuando abrí la puerta, el hombre me ayudó. Había tres hombres. Y el que estaba más cerca de mí, más cerca de la puerta... Yo estaba a punto de bajarme... y él alargó la mano. Y, entonces, perdí la conciencia de lo que me rodeaba.
(Luego, Betty comparó esta experiencia con la de sumirse en estado hipnótico.)
DOCTOR:
¿Hasta cuándo?

BETTY:
Hasta que me desperté, andando.
DOCTOR:
Veamos. Dice usted que examinaron su piel. ¿Fue con algo semejante a un microscopio?
BETTY:
Sí.
DOCTOR:
¿Por qué cree que lo que examinaban era su piel? ¿Quizá porque les interesaba el color?
(Es evidente que el doctor alude a diferencias raciales.)
BETTY:
No lo creo. Creo que lo que les interesaba era la estructura de mi piel.
DOCTOR:
¿Por qué la estructura?
BETTY:
Es que estaban mirándola. Y lo deduzco por sus reacciones. Quiero decir que los dos, el jefe y el médico, me miraban la piel, primero uno y, luego, el otro y después, volvían a mirarla. La miraron hasta dos y tres veces.
DOCTOR:
¿Y por qué tenían tanto interés en su piel? ¿Se le ocurre alguna explicación?
BETTY:
No, ninguna.
DOCTOR:
¿Cree usted que podría deberse al hecho de que su piel y la de Barney son de colores distintos?
BETTY:
No sé, pero yo diría que les interesaba porque mi piel y la de ellos eran distintas.
DOCTOR:
¿En qué se diferenciaban?
BETTY:
En el color.
DOCTOR:
¿De qué color era la piel de ellos? ¿Eran distintos los hombres que la examinaron a usted?

BETTY:
El jefe y el médico eran más parecidos.
DOCTOR:
¿De qué manera?
BETTY:
Daban la impresión de ser más altos que los demás hombres de la tripulación.
DOCTOR:
¿Era esa la única diferencia?
BETTY:
Eran más altos y tenían la piel de distinto color.
DOCTOR:
Veamos, ¿qué colores eran? ¿De qué color era la piel de los de la tripulación?
BETTY:
Pues...
DOCTOR:
¿Por qué le cuesta tanto explicarme la diferencia?
BETTY:
Porque no hago más que pensar que los de la tripulación eran orientales, asiáticos. Sólo que no eran tan... son bajos.
DOCTOR:
Y el jefe, ¿no es bajo?
BETTY:
Es más... el jefe y el médico son más altos. Son casi tan altos como yo.
DOCTOR:
¿Quiere decir que los de la tripulación son mucho más bajos que usted?
BETTY:
Los de la tripulación son más bajos.
DOCTOR:
¿Mucho más bajos?
BETTY:
Yo diría que son... pues... Medirían metro y medio. Yo creo que el jefe es aproximadamente tan alto como yo.
DOCTOR:
¿Les temía usted?
BETTY:
Al jefe, no. Al principio, sí. Pero, luego, ya no.

(A continuación, el doctor pregunta a Betty sobre su vida general, su niñez e influencias familiares y su experiencia marital interracial; en estado hipnótico, Betty muestra haberse adaptado inusitadamente bien a los problemas que suelen surgir en este tipo de matrimonios y también al suyo personal de no poder tener hijos por causa de una operación quirúrgica. El doctor trata de explorar, luego, las reacciones básicas de Betty durante la noche del incidente.)

DOCTOR:
Usted no suele expresar sus temores con tanta facilidad, ¿verdad? En el transcurso de esas experiencias relacionadas con el objeto volante no sintió usted miedo al principio, ¿no es eso? Pero, luego, se dio cuenta de lo asustada que había estado.
BETTY:
Bueno, creo que yo soy de esas personas que, cuando ocurre una crisis, mientras todos se desmoralizan, siguen adelante hasta salir del paso. Pero, luego, cuando la crisis ha pasado, sufro una reacción que pudiéramos decir de efectos retardados. Yo soy así. Sin embargo, no creo haber sentido mucho miedo cuando vi aquel objeto en el cielo.
DOCTOR:
Cuando sufrió usted esas experiencias en sueños... ¿por qué soñó todas esas cosas? Sus sueños fueron iguales que las experiencias que cree usted haber tenido.
BETTY:
Supongo que recordé en sueños lo que había ocurrido en la realidad.

Esta sesión final en que se utilizó la hipnosis tuvo por objeto resumir el dilema que había persistido durante los seis meses largos del tratamiento. ¿Fue la experiencia sueño o realidad? ¿Dónde estaba la verdad? ¿Quién podía decir con seguridad lo que era verdad y lo que no? ¿Cómo podrían resolver tantas sorprendentes contradicciones, cualquiera que fuese la solución que se diera al problema?

En cierto modo, entre los principales puntos de vista, había tres muy plausibles. El doctor Simon pensaba que, de todos los datos disponibles, y basándose en el estado actual de nuestros

conocimientos sobre el funcionamiento de la mente humana, se podía deducir la posibilidad de que los Hill hubiesen sufrido una experiencia real relacionada con algún fenómeno aéreo inusitado, alguna aparición que estimulase en ellos dos cierta experiencia emocional. Aunque en términos estrictos todo es posible, el doctor no creía probable lo del rapto. A Betty le parecía que la hipnosis había demostrado de manera notable que sus sueños eran un reflejo y un recuerdo de la realidad. Barney vacilaba entre estos puntos de vista, aunque, en último término, llegaba a la conclusión de que no se podía distinguir entre la realidad conocida y la concatenación de sucesos que habían acabado por salir a la superficie en el transcurso de las sesiones hipnóticas. Es decir, que una vez desvelada la amnesia, Barney no veía razón para establecer diferencia alguna entre lo que él recordaba en estado consciente y lo que recordaba en estado hipnótico. Todo el viaje había sido una sucesión ininterrumpida de incidentes, entre los que era preciso incluir el del rapto.

En las tres últimas sesiones, que terminaron el 27 de junio de 1964, estos tres puntos de vista salieron a relucir con frecuencia en las discusiones. Un buen indicio era que tanto Betty como Barney se sentían menos inquietos después de oír las cintas magnetofónicas.

—Cuando llegamos al final de las cintas —recordaba Barney, luego—, lo que yo experimenté fue una gran sensación de alivio, una sensación de liberarme de un peso. Betty y yo nos volvimos más afables que nunca, mi tensión sanguínea mejoró y también mis úlceras.

Betty confirmó esto. Aunque el misterio aún no había sido resuelto del todo, ni mucho menos, su inquietud disminuyó porque había hecho todo lo posible por aclarar aquel suceso sin precedentes. Sus sueños se volvieron más apacibles.

En junio, todos estaban ya convencidos de que no sería posible llegar a una conclusión definitiva, tanto en lo relativo al aspecto terapéutico del incidente en su conjunto como sobre el detalle crucial del rapto. El doctor y los Hill sentían no poder seguir el tratamiento, profundizar más, porque para que ello resultase eficaz haría falta mucho tiempo y no sería práctico. Había llegado el verano y el viaje a Boston resultaba cada vez más penoso. Era buen momento para detenerse, al menos, por ahora. Desde el punto de vista de los Hill, era más importante darse

cuenta de que se sentían ya mucho mejor, menos inquietos, aunque el misterio aún no hubiese sido resuelto del todo.

Como hombre de ciencia, el doctor examinó una serie variable de hipótesis que iban cambiando y ampliándose, con objeto de ver si era posible averiguar qué fenómeno era más plausible y cómo podría ser encajado en el conjunto de la experiencia. Cuando el tratamiento cesó, la situación podía quedar así sin apenas correr peligro. A menos de aceptar toda la experiencia revelada como una realidad, lo cual era imposible por causa de las contradicciones existentes en ella, la mejor alternativa era aceptar la hipótesis de que hubiera sido un sueño.

—Cualquier otra cosa —comentó, luego, el doctor—, hubiera sido someter la credulidad propia y ajena a una prueba excesiva. Pero yo no estoy completamente convencido. Lo que ocurre es que era preciso llegar a una conclusión, si es que cabe llamarla conclusión, porque, en realidad, nunca lo fue. Desde el punto de vista terapéutico, habíamos llegado a un buen momento; dadas las condiciones prácticas y la evidente mejoría de los Hill, era posible, a mi modo de ver, suspender el tratamiento sin dejar la cuestión completamente resuelta. Sabía que los Hill y yo seguiríamos en contacto y que quizá, con el tiempo, fuera posible obtener una respuesta más completa.

Considerando la teoría de que los sueños de Betty hubieran podido serle transferidos a Barney hasta llegar a formar parte de la realidad de éste, Barney mismo dijo al médico, en una de las últimas sesiones, lo siguiente:

—Doctor, si se me permite usar una analogía, digamos que ayer por la mañana fui de Portsmouth a Boston en coche, a mi trabajo. Y si, luego, alguien me dijera que esto *no* había ocurrido, ya comprenderá que yo me sentiría algo intrigado. Sobre todo, si esto me lo dijeran varios meses más tarde. Yo respondería: «No estoy completamente seguro de haber ido a Boston en coche ese día concreto.» Pero, inmediatamente, iría a comprobarlo mirando un calendario. Luego, si esa persona siguiera insistiendo en que aquel día yo no había ido en coche a trabajar a Boston no me quedaría otra alternativa que poner fin a la conversación y dejarlo así. Llegaría un momento en que tendría que decirme: «No hay manera de convencer a este sujeto, y él tampoco puede convencerme a mí. No hay nada que hacer. Dejémoslo.»

Cuando estaban terminando las sesiones, la cuestión de si todo

ello había sido ilusión o realidad llegó a ser el principal tema de conversación. El doctor indicaba que él no estaba dispuesto a llegar a una conclusión definitiva en un sentido o en otro; él y los Hill tenían que tratar de averiguar la verdad, pero, en último término, aceptar o negar la realidad de la experiencia era cosa que incumbía exclusivamente a los Hill.

Intentando analizar sus pensamientos, Barney dijo al doctor:

—Antes de venir a verle a usted, yo tenía, y aún la tengo, la convicción absoluta de que habíamos ido en coche por Indian Head y que el objeto estaba allí, y que todas esas cosas ocurrieron de verdad. También me doy perfecta cuenta de que, en Ashland, oímos realmente una serie de «bip-bip». En todo esto no hay sueño ni fantasía. También me doy cuenta de cuáles fueron mis reacciones después de volver a Portsmouth, y, en términos generales, se pueden reducir a esto: que todo el incidente había sido ridículo y que lo mejor era no contárselo a nadie. Y, sin embargo, han ido pasando meses y, luego, años, dos o tres años, sin que este suceso dejara de inquietarnos. Luego, en estado hipnótico, la técnica, según parece, sabe retrotraernos a aquella noche e iluminar un período de supuesta amnesia. Y no puedo por menos de hacer esta pregunta: «¿Por qué motivo íbamos a sufrir un ataque de amnesia? ¿Por qué se nos iba a olvidar el trayecto entre Indian Head y Ashland?»

En respuesta a esto, el doctor dijo:

—Realmente, es posible explicar, en parte, la amnesia. La amnesia psicológica existe y tiene por objeto borrar o relegar a segundo término experiencias emocionales imposibles de soportar.

—O sea que la experiencia emocionalmente insoportable —dijo, entonces, Barney— fue la que sufrimos en Indian Head.

—He estado examinando esa posibilidad —dijo el doctor— y, en cierto modo, la he dividido en dos experiencias distintas. Una es la aparición. Es imposible negar que la hipnosis no me ha dado datos que me permitan eliminarla. Por lo tanto, estoy dispuesto a aceptar la aparición del objeto. Pero el rapto, si aceptamos como una experiencia aparte el hecho de haber sido llevados a bordo y examinados físicamente, es otra cuestión. Ésa la considero de otra manera. Puede usted decir que el incidente, en su conjunto, fue una experiencia aterradora. Por lo tanto, si es así, ¿por qué la amnesia no lo borró del todo? Recuerde que, conscientemente, casi desde el principio, estuvo usted tratando de

provocar un período amnésico. Esto es, usted se dijo: «De esto no hablaremos a nadie.» Intentaba provocar una amnesia de varias formas. Y, entonces, se produjo un período amnésico en la parte relativa a la segunda experiencia.

»Ahora bien, la cuestión, en este caso, es: ¿Se trata de una amnesia que ha borrado de la memoria una experiencia real, o de una amnesia que ha borrado una fantasía, una fantasía intensamente penosa de recordar?

El doctor indicó que tenía la esperanza de descubrir algo más en las sesiones finales. Barney estaba intrigado porque su reacción en Indian Head había sido muy distinta de otras suyas en momentos de apuro o crisis. Contó al doctor un incidente que había tenido lugar, en compañía de Betty y dos amigos, en una carretera solitaria de New Hampshire: dos chicos habían seguido el coche, molestándoles durante casi cincuenta kilómetros, hasta que un guardia estatal les detuvo. Durante este molesto suceso, Barney se había mantenido completamente dueño de sí mismo, y, si no hubiera aparecido el policía, habría sacado el coche de la carretera y hecho frente a los chicos personalmente.

—Si menciono esto —dijo al doctor—, es sólo porque así entenderá mejor mi manera de reaccionar ante una crisis.

—El hecho de que usted reaccione ante este tipo de situaciones con un plan definido y claro —dijo el doctor—, aunque su ejecución pueda costarle la vida, es loable... Pero, ¿qué otra cosa podría hacer en un caso así? O ponerse a gritar y perder por completo la serenidad o forjar un plan y ponerlo en práctica. Y, en situaciones donde no hay otra alternativa, usted reacciona bien.

»Su angustia —prosiguió el doctor— aumentó en intensidad cuando usted se sintió a salvo del objeto volante, y fue de una manera muy semejante a la de la División naval que conquistó Guadalcanal. El número de soldados que sufrieron crisis nerviosas aumentó de manera muy notable, no cuando estaban conquistando la isla a los japoneses, sino cuando fueron relevados por el Ejército de Tierra. Es después de la acción cuando puede uno permitirse el lujo de dejarse llevar por sus emociones y sentirse enfermo. Cuando lo que hace falta es acción, la acción no deja tiempo para otras cosas.

»Las reglas por las que se rije la mente consciente no tienen validez para la mente inconsciente. En la mente inconsciente lo consciente carece de sentido. Todo es presente. El pasado es pre-

sente; el presente es presente; el futuro es presente. Los extremos opuestos coexisten sin la menor dificultad. Las cosas *lo son* y *no lo son* todo simultáneamente. Ésta, por supuesto, es también, en parte, la estructura de los sueños. Yo diría que no tardaremos en ver que este caso se cristaliza casi del todo. Lo que haré entonces será dejarlo a manos de ustedes, para que sean ustedes quienes decidan por qué derroteros quieren llevar su examen. Creo que tendrán que comprender que he sido yo quien ha aislado esta experiencia. No es factible considerarla como una cosa aislada, aunque yo haya tratado de tenerla todo lo aislada que me ha sido posible. Esta experiencia, como todo, es un eslabón de la cadena de sus vidas, es un alto en el camino y contiene mucho material válido que nunca nos será revelado. Toda la historia de ustedes... He aquí uno de los motivos por los que yo quisiera terminar esta sesión con Betty: he tratado de penetrar un poco más en su vida. Ahora bien, para que cualquier exploración del pasado de cualquiera de ustedes dos pudiera sernos útil, tendría que llevarnos mucho tiempo y no sé si ustedes están dispuestos a ello. Por eso he tratado de limitarme a iluminar la experiencia en su conjunto de la mejor manera posible. De modo que me atrevo a decir que lo más probable es que podamos terminar el tratamiento dentro de un espacio de tiempo relativamente corto.

»A partir de ahora, ustedes mismos verán si vale o no la pena continuar, basándose en la validez de las explicaciones. La hipnosis no nos dará respuestas completamente definitivas, como ya verán ustedes. Está sujeta a las mismas reglas que el resto de la parte inconsciente del ser humano, pero yo creo que nos está dando suficientes datos fidedignos, aunque esto siempre es relativo, pero que ustedes, con su capacidad de raciocinio y examen, podrán poner a prueba y completar suficientemente. Por lo que a mí respecta, con un par de sesiones más, basta. Ahora, si ustedes insisten en someterse a una o dos sesiones más, yo estoy dispuesto a seguir.

»Usted, Barney, es hombre socialmente activo. Sus energías encuentran desahogo en este campo de acción y tengo la impresión de que ahora han aumentado.

Barney asintió. Dijo que sus inquietudes y tensiones habían disminuido mucho, y que sus síntomas físicos habían mejorado también.

—Me siento muy cambiado y esto ha ocurrido en muy poco tiempo —dijo.

Betty se mostró de acuerdo.

Durante las sesiones finales, tanto Barney como Betty pudieron comprobar que habían hecho cuanto estaba en sus manos por liberarse de su angustia e inquietudes; esto les tranquilizó y pensaron que debiera quedar constancia permanente de su caso, a fin de que, si algo sucedía en el futuro, les fuera posible confirmar lo que ambos estaban dispuestos a considerar como perfectamente posible: la realidad de su experiencia.

—Lo que ocurre —dijo Barney al doctor— es que yo he pensado siempre que nuestro caso es completamente increíble y no sé cómo podría probarse su realidad. No se puede hacer mediante técnica, no es como las matemáticas, en las que con una ecuación puede uno demostrar o refutar lo que sea. Lo que yo me pregunto es: ¿Le parece a usted que las cintas que hemos ido acumulando durante estos meses sean guardadas en algún lugar seguro, para que, si usted o nosotros morimos, y si, por ejemplo, de aquí a veinte o treinta años se demuestra que nuestra experiencia es cierta y ocurrió en realidad, podamos disponer de las cintas para defendernos si se nos acusa de excéntricos? Vea usted, dentro de veinte o treinta años, tendremos sesenta o setenta, y es posible que haya gente que piense que, en efecto, no somos más que unos excéntricos.

El doctor convino en que, en efecto, era conveniente conservar las cintas, y Barney añadió, sonriendo:

—Pero, créame, no querría que las oyese cualquiera. Y tampoco puedo por menos de pensar, ahora que ya casi hemos terminado el tratamiento, que podríamos habernos dejado hipnotizar por cualquier indocumentado. Teniendo en cuenta la violencia con que reaccionamos, el daño habría sido tremendo.

—Así y todo corrieron mucho peligro —dijo el doctor—. De sobra conocen ustedes sus propias reacciones y lo que pueden ser las emociones humanas cuando se liberan. Betty, a pesar de lo tranquila que es, reaccionó también con bastante intensidad. Ésa es la parte inconsciente del ser humano. Y es una zona en la que el ser humano se protege a sí mismo por medio de autorrepresiones. Y cuando se trata de liberar autorrepresiones, el ser hu-

mano es sumamente cauteloso. La gente piensa que es malo reprimir las emociones. De hecho, sin embargo, la represión es parte esencial de nuestra vida mental. Si no reprimiéramos un porcentaje muy alto de nuestros sentimientos, seríamos seres humanos caóticos.

Seis largos meses de tratamiento habían terminado.

Los Hill, perplejos, pero aliviados, volvieron a Portsmouth. Experimentaban una sensación confusa y como de vacío, como la que suele sentirse al terminar una tarea larga y ardua. Era la sensación de que echarían de menos al doctor Simon, las sesiones y la búsqueda de la solución de un misterio que aún seguía sin resolver.

Unas semanas después, el doctor Simon, en su consulta, abrió una carta dirigida a él y vio que era de la organización en que los Hill estaban asegurados de enfermedad. A petición de los Hill, el doctor Simon había enviado un breve resumen del tratamiento a que habían tenido que someterse, indicando que la causa era la aguda angustia que ellos habían sufrido a consecuencia de una experiencia relacionada con un objeto volante no identificado. No es de extrañar que el director médico de la organización escribiera una carta al doctor Simon diciéndole que encontraba muy difícil aceptar una reclamación basada en un diagnóstico como aquél.

El doctor Simon respondió, en parte, como sigue:

> «No me extraña que se muestre usted reacio en su carta del 4 de agosto en aceptar mi diagnóstico de que la inquietud emocional fue producida por la aparición de un objeto volante no identificado, en relación con la reclamación de los señores Hill. Yo no le envié esto como diagnóstico, sino como explicación de las circunstancias en que estas dos personas vinieron a mi consulta. Yo esperaba que usted respondiera enviándome algún documento que me permitiese explicar la situación desde el punto de vista médico. Siempre que ha habido reclamaciones de seguros, he recibido este tipo de documentos, pero Mrs. Hill se limitó a decirme que escribiera al departamento de usted, sin comunicarme los datos que tenía que enviarle.
>
> »Los señores Hill vinieron a verme en diciembre de 1963. En el transcurso de un tratamiento médico sufrido por Mr. Hill, se descubrió que esto era consecuencia de una experiencia que tuvo lugar en setiembre de 1963: los señores Hill vieron aparecer un objeto volante, de noche, cuando volvían de un viaje de placer.
>
> »Esta experiencia les produjo una considerable impresión y gran angustia durante bastante tiempo. Mr. Hill comenzó a sufrir insomnio, temores irracionales y angustia persistente; Mrs. Hill sufrió pesadillas persistentes, temores y angustias. Más recientemente, Mr. Hill presentó síntomas de úlcera del duodeno. Mr. Hill se sometió a tratamiento médico y sólo al cabo de algún tiempo fue posible comprobar que la aparición del objeto volante era un factor importante de su dolencia; de hecho, la historia de esa aparición fue revelada durante el tratamiento a que hubo que someter a Mr. Hill.
>
> »Por fin, pudimos comprobar que tanto Mr. Hill como su esposa sufrían amnesia, y que la amnesia afectaba a los sucesos ocurridos en aquella noche de setiembre de 1961. Los señores Hill, en último término, me fueron enviados a mí, y yo llegué a la conclusión de que lo más adecuado era utilizar la hipnosis para los dos. El tratamiento requirió la inducción en ambos de un profundo estado hipnótico, para lo cual fue necesario sumirles en un estado sonambúlico.
>
> »El tratamiento produjo en ambos pacientes violentas crisis emocionales. Por esto fue preciso controlarlo cuidadosísimamente y no permitir más estado consciente que el que fuese, en cada momento dado, emocionalmente soportable. Me serví de un magnetófono para grabar las revelaciones obtenidas en estado inconsciente y poder así asimilarlas, en su momento, al plano consciente. Durante el tratamiento, Mr. Hill tuvo graves síntomas de úlcera, que mejoraron a medida que el tratamiento iba surtiendo efecto; la angustia de Mr. y Mrs Hill se alivió también...
>
> »Cuando terminó el tratamiento, ambos se consideraron curados...
>
> »Espero que esta información sea adecuada y estoy a su disposición para responder a cualquier otra pregunta de ustedes.»

La reclamación fue atendida sin tardanza; fue, sin duda, la primera vez que una casa de seguros tenía algo que ver con un objeto volante no identificado.

El tratamiento cesó cuando el doctor lo consideró seguro y conveniente, a pesar de que aún quedaban muchas preguntas sin respuesta. El alivio de la angustia de ambos pacientes fue importante y duradero. Seguir explorando su memoria hubiera podido inquietarles más que abandonar el tratamiento en aquel momen-

to. Además, el doctor estimuló el deseo que ya sentían los Hill de mantener contacto con él mientras siguieran «analizándose» por su cuenta, cosa que es normal una vez terminado el tratamiento terapéutico.

El tratamiento había comenzado penetrando en una amnesia, una amnesia que estaba creando muchos problemas.

—Comencé —dijo el doctor Simon al autor de este libro, dos años después de terminadas las sesiones— sirviéndome de la hipnosis con objeto de aislar las experiencias personales de ambos. La parte principal de la amnesia parecía afectar a un incidente increíble en el que habían participado tanto Mr. como Mrs. Hill; no es esto lo único que es significativo; también lo es que la experiencia fue compartida por dos personas. Investigaciones persistentes crearon más problemas que soluciones. Yo había comenzado suponiendo que Barney era algo más influenciable que Betty, y que aquella historia derivaba de él. La historia, en sí, era completamente improbable desde el punto de vista científico, pero, por otra parte, resultó evidente desde el principio que los Hill no mentían, de eso no me cupo duda. Después de obtener la versión de Betty y de comprobar que sus sueños eran idénticos a sus recuerdos en estado hipnótico, se me ocurrió la idea de que mi teoría inicial quizá fuese errónea y que gran parte de los recuerdos de Barney estaban contenidos en los de Betty, aunque muy pocos de los de Betty estaban contenidos en la versión de Barney. Entonces, mi teoría fue modificada en el sentido de que era Barney quien había absorbido la historia soñada por Betty. Partiendo de esta base, procedí a examinar más intensivamente esta posibilidad, concentrando mis esfuerzos en Barney y en comprobar más aún lo ya revelado por Betty.

»Por fin, quedé convencido de que la explicación más razonable de la serie de sueños que había tenido Mrs. Hill, que fueran consecuencia de un choque con un objeto volante no identificado, parecía una fantasía con cierta base inicial de realidad.

»Pero el caso no podía ser resuelto de una manera absoluta; lo mejor era dejarlo allí. Sobre todo, teniendo en cuenta la mejoría de los pacientes. Seguiríamos en contacto y, con el tiempo, quizá pudiésemos completarlo algo más.»

En una breve sesión de resumen que tuvo lugar en la primavera de 1966, el doctor pudo comprobar la intensa impresión que aún persistía en ellos, unos cinco años después de la aparición del objeto, en Indian Head, y dos años después de terminado el tratamiento. Barney quedó hipnotizado rápidamente, como de costumbre. El doctor Simon le hizo primero ciertas preguntas preliminares y de conjunto, a las que Barney respondió objetiva y exactamente. En la segunda parte de esta sesión, el doctor revisó de nuevo y detalladamente las sensaciones de Barney.

DOCTOR:

¿Qué piensa usted, ahora, sobre la experiencia? ¿Cree que le raptaron o no?

BARNEY:

(Su voz, como siempre, es monótona y sin expresión.)

Tengo la sensación de que me raptaron.

DOCTOR:

Lo que le pregunto es si le raptaron o no, no si se lo parece. ¿Le raptaron?

BARNEY:

Sí. No quiero creer que me raptaron.

DOCTOR:

Pero, ¿está convencido de ello?

BARNEY:

Digo que «tengo la sensación» porque eso me facilita la tarea de aceptar una cosa que no quiero aceptar, aunque haya ocurrido.

DOCTOR:

¿Y qué es lo que se lo facilita?

BARNEY:

Decir que «tengo la sensación».

DOCTOR:

¿O sea que sería peor decir: «La verdad es que me raptaron»?

BARNEY:

No. Peor, no.

DOCTOR:

¿Se siente mejor de la otra manera?

BARNEY:

Me siento mejor de la otra manera.

DOCTOR:

¿Y por qué se siente peor si no?

BARNEY:

Pues porque es una historia tan extraña que si alguien me la contara como si le hubiese ocurrido a él, yo no le creería. Y me repele, y mucho, que me acusen de algo que no hice. Sobre todo, cuando sé perfectamente que no lo hice. O que no crean algo que hice y que yo sé que hice.

DOCTOR:

Bueno, supongamos que usted se limitó a asimilar los sueños de Betty.

BARNEY:

Eso me gustaría.

DOCTOR:

Eso le gustaría... ¿Y podría ser eso lo que ocurrió?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y por qué no?

BARNEY:

Porque...

(Repentinamente, se pone muy tenso y se emociona, casi tanto como durante la primera sesión, cuando recordó haber sido llevado en volandas hacia el objeto volante, en el campo de Indian Head.)

¡No... no quiero que me toquen!

(Su respiración se vuelve rápida y agitada.)

DOCTOR:

Muy bien. Tranquilícese. No tiene ningún motivo para inquietarse.

BARNEY:

(Comienza a gemir violentamente.)

¡No quiero que me toquen! ¡No quiero que me toquen!

DOCTOR:

Muy bien, muy bien... No le toca nadie, ahora. No le toca nadie. Lo dejaremos. Tranquilícese.

(El doctor comienza a hacerle salir del trance, y le da instrucciones para que se tranquilice. Los gemidos de Barney van cesando. La sesión de resumen, dos años después de terminar las otras, ha concluido.)

CAPITULO XIII

Cuando terminó el tratamiento propiamente dicho, Barney y Betty Hill volvieron a su vida de siempre; consiguieron que el incidente de Indian Head fuese relegado a segundo término y concentraron sus energías en lo que más les interesaba: la vida de la comunidad a que ellos pertenecían, las actividades de la Iglesia Universalista-Unitaria, la campaña pro derechos civiles... Las actividades sociales de Betty Hill en el Estado de New Hampshire eran fatigosas, pero valían la pena; el trabajo de Barney en Correos se volvió más fácil y mejor ahora que había sido transferido a Portsmouth y no tenía que trabajar en el turno de noche. Sus ocupaciones como miembro del comité ejecutivo de la Comisión de Derechos Civiles de los Estados Unidos, el NAACP y el Programa de Lucha contra la Pobreza apenas le dejaba tiempo libre, ocupando incluso sus horas de asueto. La enorme sensación de alivio, como de haberse liberado de un peso, consecuencia del tratamiento del doctor Simon, le dio nuevos ánimos para trabajar más y mejor.

La experiencia del objeto volante, y también la del tratamiento, aunque estuvieran relegadas a segundo término, no habían sido olvidadas, ni mucho menos. Los Hill siguieron comentando ambas con sus amigos más íntimos y con sus parientes, esperando que, a medida que se fuera obteniendo más información sobre el extraño tema de los objetos volantes no identificados, su caso personal iría aclarándose y disminuyendo el riesgo de ser considerados como excéntricos o estrafalarios. De cuando en cuando, se carteaban con Hohman y Jackson y, a veces, también iban a visitar a

Walter Webb al «Planetarium» de Hayden, en Boston, o era él quien iba a verles a su casa de Portsmouth.

Evitaban cuidadosamente toda publicidad sobre su caso y no mencionándolo más que a su círculo de amigos reducían el peligro. Les tranquilizó descubrir que ya podían mencionarlo sin sentirse emocionalmente agitados y que cuando hablaban de ello en privado, incluso les sentaba bien.

Ya casi se les había olvidado que, en setiembre de 1962, habían sido invitados a contar su experiencia a un grupo de gente interesada en los objetos volantes no identificados, en Quincy, Estado de Massachussetts, unos meses antes de que comenzaran sus sesiones con el doctor Simon. No se percataron entonces de que alguien había grabado aquella conferencia en cinta magnetofónica y que en ella se describían detalladamente el incidente y los sueños que tuvo Betty como consecuencia de la aparición del objeto. Tampoco sabían, por lo tanto, que su conferencia había servido de base informativa al reportero que contó parte de la historia en una serie de artículos, publicados en un periódico de Boston en el otoño de 1965; ni los Hill ni el doctor Simon habían comunicado al reportero información alguna.

Los Hill se sintieron deprimidos e irritados cuando leyeron los artículos. Habían rehusado una solicitud de entrevista que les hizo el reportero, advirtiéndole que no tenían la menor intención de dar publicidad a su experiencia; el doctor Simon, naturalmente, había rehusado hablar del asunto con el reportero.

Cuando Barney Hill leyó los artículos, reaccionó como si estuviera leyendo algo que le hubiera sucedido a otra persona: rehusó creerlo. Tanto él como Betty creían que una historia fragmentaria como aquélla sólo serviría para dejarles en ridículo. La historia auténtica era mucho más compleja y no podía ser relatada tan superficialmente; había en ella demasiadas fuerzas y contrafuerzas, demasiados factores que era preciso tener en cuenta. Los Hill consultaron a un abogado, pero éste les dijo que como la historia no había vuelto a ser publicada en otra parte y no era difamatoria, ellos no tendrían defensa alguna, a menos que pasase de estos límites.

Cuando la Iglesia Universalista-Unitaria de Dover, New Hampshire, invitó a los Hill a hablar ante sus feligreses, un domingo por la tarde, poco después de la publicación de los artículos, los Hill decidieron que en su conferencia tratarían de corregir el sensacionalismo del periódico y de convencer al público de que lo que habían leído no era ni veraz ni deseable. Los Hill decidieron no mencionar el tratamiento ni la hipótesis en su conferencia. Antes de ir a Dover, fueron a cenar un día a casa del almirante Herbert Knowles, ahora retirado, uno de los ex oficiales de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos que estaban intentando investigar el misterio de los objetos volantes no identificados, intrigados por los confusos informes que emanaban del Pentágono. En esa cena, el nerviosismo que la conferencia inminente producía a los Hill disminuyó algo.

Un aspecto interesante de la conferencia de Dover fue que en ella habló también un oficial de información pública de la Base Aérea de Pease. Aunque éste se refirió a cosas de carácter general, no se mostró, ni mucho menos, receloso de la historia de los Hill ni de los muchos casos de apariciones de objetos volantes no identificados que habían ido acumulándose en aquella zona durante 1965. La conferencia tuvo lugar el 8 de noviembre de ese mismo año, y cientos de personas tuvieron que volverse a casa por falta de sitio en la iglesia, llena a pesar del frío y la lluvia.

Lo concurrida que estuvo la conferencia y la reacción de la gente hicieron comprender a los Hill que el tema de los objetos volantes no identificados era de considerable interés público y, quizás, hasta de importancia histórica, en vista del creciente número de informes fidedignos sobre apariciones de esos objetos que llegaban de todas las partes del mundo. La importancia que había tenido su caso en sus propias vidas era profunda y trascendente. Reflexionando detenidamente sobre esto, los Hill llegaron a la conclusión de que su recuerdo de haber sido raptados por aquellos seres era posiblemente real, pero, así y todo, se daban perfecta cuenta de que, por su carácter increíble y fantástico, la gente no aceptaría fácilmente la historia, de la misma manera que ellos mismos tampoco creyeron sin dificultad sus propias revelaciones cuando las oyeron durante la segunda parte del tratamiento.

Por fin, los Hill, después de pensarlo mucho, llegaron a la conclusión de que era preciso escribir un libro sobre su caso, con todo detalle, y dejar que los lectores decidieran por sí solos si era importante o no lo era, sin otra base que los datos de que disponían.

—Filosóficamente, he ampliado mi perspectiva del Universo

—dice Barney Hill—. Después del incidente, Betty y yo hemos ido muchas veces al «Planetarium» de Hayden y oído las conferencias que se dan allí. Cuanto más aprendemos sobre él, tanto más nos fascina el Universo. Hemos comprado libros sobre las estrellas y los planetas, y nuestra mente se ha ampliado mucho. Me he vuelto más tolerante y acepto la posibilidad de que haya vida en otros planetas o en otros sistemas solares.

»He tratado de analizar nuestra experiencia, con objeto de ver si caben otras posibilidades, es decir, si podría no tratarse, después de todo, de un vehículo volante de origen extraterrestre. En cierta época, reflexioné sobre la posibilidad de que aquel objeto fuera un avión extranjero de reconocimiento, de modelo muy avanzado, pero no pude tomar muy en serio esta suposición, no puedo creer que otros seres humanos sintieran tanto interés por Betty y por mí, que nos hicieran un reconocimiento físico como aquél, si hubieran sido humanos como nosotros. Podrían haber examinado a sus propios congéneres, si experimentaban tanto interés.

»Aunque ni a Betty ni a mí nos seduce la idea de ser tomados por excéntricos, tampoco tenemos por qué estar pendientes de las opiniones que tengan los demás de nosotros. Si no fuese así, nuestras vidas habrían cambiado mucho más. Yo, por ejemplo, quizás estaría tratando de convencer a la gente, diciéndoles: «¡Miren lo que me pasó! ¡Tienen que creerme, porque pasó de verdad!» Pero no tengo excesivo interés en convencer a nadie contra su voluntad y buen juicio. El asunto varía cuando se trata de hablar a gente que está interesada en escucharme. Estoy dispuesto a ello y no les exijo que me crean. Comprendo que nuestro caso, hasta que tengamos más pruebas, seguirá siendo discutido, eso lo acepto. Ahora, estoy convencido, contra lo que yo mismo pensaba antes, de que hemos pasado por una experiencia que será sumamente difícil de probar. Lo único que puedo decir, por mi parte, es que tengo una clarísima sensación de que el incidente pudo haber ocurrido. Ahora usted puede opinar lo que quiera. Si quiere creerlo, créalo, si no, a mí me parece bien. Pero le ruego que tenga en cuenta que he pensado mucho en esto, por resistirme yo mismo a creerlo, y he llegado a la conclusión de que existe una gran probabilidad de que haya ocurrido. Desde luego, yo preferiría estar completamente seguro de que todo ello ha sido una ilusión, pero no puedo refugiarme en esto, por mucho que me gustase, porque la verdad es que no puedo eliminar la posibilidad de que haya ocurrido, posibilidad que me resultó evidente cuando oí mi propia voz en las cintas magnetofónicas.

»El período anterior a la amnesia es una realidad innegable, tanto para Betty como para mí. Pero precisamente antes de que nos diera la amnesia yo estaba ya convencido de haber visto personas en el interior del objeto volante. Betty, en cambio, aún no. Yo tenía la impresión de haber experimentado la sensación de que aquellos seres establecían comunicaciones conmigo. Betty, no. Esto hace que me parezca algo difícil aceptar la explicación de que los sueños de Betty fueron absorbidos por mí, aunque el verdadero problema de este asunto es que cualquier explicación resulta tan difícil de creer como las otras.

»Cuando Betty se ponía a contar sus sueños a Walter Webb o a nuestros amigos, yo lo encontraba mal, porque me parecían completamente absurdos. Pero, ahora, después de haber oído las cintas magnetofónicas ya no estoy tan seguro. Cuando me oí a mí mismo describir lo ocurrido, me pareció que no había diferencia alguna entre lo que yo estaba contando y lo que pudo haber ocurrido en realidad. No sé si tendré razón o no, pero la historia, en su conjunto, me parecía cierta, tanto la parte anterior a la amnesia, como la posterior a ella.

»Hay una cosa de la que estoy seguro, y es de que ya no siento ese temor, miedo más bien, que experimenté después de la experiencia de Indian Head. Era una vaga sensación que nunca había tenido yo hasta entonces, y me alegro de que el tratamiento del doctor Simon parezca haberme liberado por completo de ella, ahora.

»Supongo que esto resume bastante bien lo que pienso de mi propia historia. Pero, en todo caso, sólo son convicciones mías, con las que cualquiera es muy dueño de no estar de acuerdo. Lo principal es que sepa que no he formado esas convicciones a la ligera, sino después de largos y penosos análisis.

—Creo que lo más importante para mí es que se ha ampliado mi visión del mundo —resume, a su vez, Betty Hill—. ¿A dónde iremos desde aquí? Y para contemplar el futuro es preciso conocer el pasado. Ahora, me interesa mucho todo lo que se relaciona con teorías o ideas sobre el pasado de la Humanidad. Pensábamos que el hombre era relativamente reciente, pero ahora nos hemos enterado de que existe desde hace muchos años, millones

de años, quizá. No hago más que preguntarme cuál habrá sido el motivo de que, súbitamente, hayamos progresado tanto. En estos últimos cuarenta años parece ser que hemos vencido más obstáculos que en todo el transcurso de nuestra Historia. Parece que, realmente, estamos en el umbral de un nuevo concepto de la ciencia y que seguiremos progresando a un ritmo cada vez más rápido, si el hombre no se destruye antes a sí mismo.

»A mí, de pequeña, me enseñaron a creer en lo que supongo se llama el "método científico": no hay que creer en nada sin analizarlo y clasificarlo antes. Yo no creo en los fantasmas. Antes de nuestra experiencia, creía que los que creen en cosas que no comprenden y los que fantasean están mal de la cabeza. Ahora, he aprendido a ser más tolerante con las ideas nuevas, aunque yo, personalmente, no las tome en serio.

»Cuando el doctor Simon me sugirió por primera vez la idea de que quizá fuera posible que yo hubiera convertido mis propios sueños sobre el período amnésico en una especie de falsa realidad pensé: "¡Qué curioso!" Me sentía perfectamente dispuesta a aceptar esto. Más aún, quería creer que tal cosa fuese posible, porque mi experiencia del objeto volante era muy molesta. Quiero decir que, en realidad, ejerció una tremenda presión sobre mi personalidad. Y por eso, después de la sesión en que el doctor Simon me expuso su teoría sobre los sueños, fui a casa y me dije: "Olvidémoslo, sólo es un sueño." Ya me entiende... Una se siente muy aliviada porque es posible negar que esto o aquello haya ocurrido en realidad. Y yo pasé por un período en que hice esto. Cada vez que me ponía a pensar en ello, acababa diciéndome: "Vaya, no es más que un sueño. Lo mejor es olvidarlo." Así me liberaba de todo el peso y ponía fin a la cuestión.

»Así, pues, todas las noches, cuando iba a acostarme, me decía: "No es más que un sueño." Cuando terminé el tratamiento, creo que seguí así durante dos semanas, más o menos. Hasta que, una mañana, me levanté pensando: "¿Por qué trato de engañarme a mí misma?" Y me encontré de nuevo como antes. Desde entonces, no he podido volver a persuadirme de que se trataba de un sueño.

Los Hill advierten que habrá gente que interpretará de diversas maneras parte del contenido de sus sueños.

—Esto es de esperar —dice Barney Hill—. Yo no soy técnico en estas cuestiones. En mi caso, no existen sueños relacionados

con la experiencia del objeto volante hasta después de comenzar las sesiones hipnóticas. Mis recuerdos del incidente no guardan ninguna relación con sueños o con símbolos oníricos. Guardan relación con la sensación clarísima de que lo que recordé en estado hipnótico tiene la posibilidad de haber ocurrido. Esto que acepto ahora no pude aceptarlo durante varios años. Soy, o creo ser, hombre realista y no lo sería si tratase de interpretar lo que ocurrió durante el período amnésico como mero sueño o mero símbolo onírico.

En el transcurso de sus estudios sociológicos y psicológicos, Betty Hill pudo examinar las diversas interpretaciones que se dan a los sueños, pero ella dice que incluso los que teorizan sobre la estructura de los sueños están en desacuerdo entre sí.

—Lo que a mí me interesa es que los incidentes que he visto en sueños y los incidentes de la historia que me revelé a mí misma en estado hipnótico son casi idénticos. Y no creo que en este caso las interpretaciones de los símbolos oníricos puedan decidir si nuestra experiencia fue o no fue real. Esta es precisamente la parte de la circunstancia que más nos importa ahora a nosotros... ahora que nuestras angustias han sido aliviadas.

Aun cuando la experiencia de los Hill en Indian Head fuera un incidente completamente aislado seguiría siendo importante y digna de estudio científico, aunque sólo fuera con objeto de esclarecerla.

Pero no es, ni mucho menos, un incidente aislado. Desde comienzos de la primavera de 1965 ha ido aumentando constantemente el número de informes, procedentes de observadores competentes, sobre apariciones de objetos volantes no identificados, muchos de los cuales parecen ser vehículos cuya estructura es muy parecida a la que describieron los Hill. Se trata, con frecuencia, de policías, oficiales militares, técnicos y hombres de ciencia y, desde comienzos de 1966, ha podido observarse que los hombres de ciencia han convertido su anterior escepticismo en interés y curiosidad. Ya no está de moda ser escéptico. Algunos hombres de ciencia dicen, incluso, que si el fenómeno es puramente psicológico, el problema se vuelve aún más importante que si estos objetos fueran, en efecto, vehículos de origen extraterrestre.

En una conferencia científica que tuvo lugar en junio de 1966, el doctor J. Allen Hynek, presidente del departamento de astronomía de la Universidad del Noroeste, se refirió con cierta cautela a una reunión regional de la Sociedad Óptica de Norteamérica, en la que se discutió la cuestión de los objetos volantes no identificados; Hynek dijo que había sido muy importante porque supone un cambio en la actitud de la ciencia ante este fenómeno. Dicho esto, fue al grano:

—Los objetos volantes no identificados merecen seria e inmediata atención por parte de la ciencia. Digo esto al principio a fin de que no se dejen ustedes embaucar por los excéntricos, los chiflados y los crédulos que han hecho que resulte muy difícil estudiar racionalmente este fenómeno. Los objetos volantes no identificados son una verdadera incógnita. El mito no ha sido descifrado y la ciencia tiene que tomar nota de su existencia. Ya no podemos encogernos de hombros e ignorarlo.

Además de ser presidente del departamento de astronomía de esa Universidad, el doctor Hynek dirige el programa de localización de satélites del observatorio astrofísico smithsoniano de Cambridge, Estado de Massachussetts, y es director científico del proyecto *Stargazer*[1], de la Aviación militar norteamericana. Lleva dieciocho años como asesor científico de la Aviación norteamericana sobre cuestiones relacionadas con los objetos volantes no identificados y ha examinado más de diez mil casos que constan en los archivos de las Fuerzas Aéreas, muchos de ellos, personalmente.

En la conferencia que pronunció ante hombres de ciencia, ingenieros y técnicos en la Sociedad Óptica, el doctor Hynek dijo:

—Yo creía que este fenómeno perdería interés, como la moda de comer peces de colores o el problema de cuánta gente cabe en una cabina telefónica. Pero no, continúa teniéndolo: cada vez hay más personas de importancia que afirman haber visto objetos volantes no identificados de manera explícita y racional. A los que no conocen esta cuestión con detalle (y no será en la Prensa donde puedan informarse fidedignamente sobre ella) mis conclusiones quizá les parezcan muy extrañas, pero conste que he llegado a ellas después de pensarlo mucho.

[1] Literalmente, «contemplador de estrellas»; por extensión, «astrónomo». El *Stargazer* es un globo-observatorio de satélites artificiales. — *(N. del T.)*

El doctor Hynek reveló, también, que un importante hombre de ciencia de una Universidad de primera fila había examinado algunos de sus datos sobre los objetos volantes no identificados, censurándole de forma severa por no afirmar pública y valientemente que esos objetos tenían por fuerza que ser de origen extraterrestre.

—¿Cómo es posible que ustedes no acepten esto? —le preguntó el hombre de ciencia en cuestión.

El doctor Hynek recordó, entonces, a su colega que, en esto, él estaba aislado en el mundo científico.

—Después de dieciocho años de escepticismo —dijo en su conferencia el doctor Hynek— he tenido, por fin, que rendirme ante las pruebas, que son abrumadoras. Ya en 1953 recomendé que esta cuestión fuese objeto de un estudio científico definido, pero ésta es la primera vez que hago una proposición categórica. Lo que yo recomiendo en mi programa es: primero, un estudio inmediato y profundo por equipos universitarios; segundo, un análisis de tendencias con cerebros electrónicos basado en cuantos datos haya disponibles; tercero, que se funde un centro de investigación de objetos volantes no identificados con un personal de hombres de ciencia competentes. Cuando existe la posibilidad de investigar científicamente un misterio, es propio de irresponsables no procurar hacerlo, explorando, por lo menos, cada una de sus facetas. Tomarlo a broma ya no es solución adecuada.

En vista del creciente número de apariciones de objetos volantes no identificados, la experiencia sufrida por Barney y Betty Hill es un indicio más de la necesidad de explorar más a fondo este misterio, para ver la posibilidad de resolverlo.

Hay muchas preguntas que requieren respuesta, que son producto del «caso Hill», que han ido saliendo a la superficie en el transcurso de las sesiones hipnóticas y, también, en el plano consciente. La historia revelada por los Hill fue publicada por ellos muy en contra de su voluntad, cinco años después del suceso y tan sólo por haber servido antes de tema a una serie de artículos aparecidos en un periódico de la localidad. Los Hill no buscaban publicidad y consiguieron mantener secreta su historia durante varios años, hasta que, a pesar de sus protestas, fue,

por fin, presentada al público. Sus opiniones sobre la experiencia de Indian Head son resultado de un largo y penoso período de inteligente estudio y reflexión, tanto durante el tratamiento médico como después de él. Su actitud a este respecto es racional y, al tiempo, cauta.

El misterio principal de su experiencia es que cualquier teoría basada en los datos revelados por ellos es forzosamente difícil de concebir o comprender. Ser raptados por seres humanoides inteligentes, procedentes de otro planeta, a bordo de un objeto volante, es cosa que siempre fue considerada como de ciencia ficción. Inventar un cuento de ciencia ficción de este calibre requeriría gran habilidad y capacidad de colaboración. Los Hill encuentran tan difícil, como cualquier persona inteligente, creer que el rapto sucedió en realidad; la actitud de los Hill es ésta: «Nosotros no fuimos a buscar ningún objeto volante, ni esperábamos que se nos apareciera. Barney se resistió y persistió en tratar de negar su existencia; no teníamos la menor idea de lo sucedido durante las dos horas y cincuenta y seis kilómetros de distancia hasta que oímos nuestras propias voces en las cintas magnetofónicas; lo que oímos entonces nos resultó tan difícil de creer como le resultaría a cualquiera; lo único que sabemos es que, a partir de entonces, las piezas que le faltaban al rompecabezas comenzaron a encajar en su sitio y que empezó a tomar forma en nosotros la idea de que esas experiencias pudieron haber sucedido en realidad, ser tan reales como cualesquiera otros recuerdos válidos y ciertos de nuestra memoria.

La suposición de que los sueños de Betty fueron absorbidos por Barney, creando en la mente de éste un supuesto recuerdo de haber sido raptado, es también difícil de concebir o comprender. Si el sueño de Betty fuera la única fuente de información sobre los seres humanoides, cabría preguntar cómo es que Barney vislumbró seres vivos a bordo del objeto volante, recordándolos en estado consciente, justo antes de oír el «bip-bip». ¿Y qué decir de los detalles del supuesto rapto que Barney recordó y Betty no? ¿Cómo podrían Betty y Barney inventar tanto detalle, notablemente idéntico, y atenerse a lo inventado con tanta fidelidad?

De nuestra larga e intensa exploración de este caso destacan, sin embargo, ciertos puntos que son casi irrefutables:

I. Tuvo lugar una aparición.

Las dos principales alternativas en este caso quedan casi completamente refutadas:

1. Que se trate de una cuidadosa invención, cotejada con todo detalle, un mes después de la aparición del objeto y, nuevamente más de dos años después; esto requeriría una precisión inconcebible de planificación, memoria y previsión de un futuro bastante incierto. De muchas fuentes, así como de dos psiquiatras, tenemos prueba de que los Hill son gente honrada e íntegra.

2. No existe prueba alguna de que los Hill, en ninguna época de sus vidas, hayan sufrido alucinaciones psicóticas.

Cualquier teoría (incluso la de que se trata de sueños) que excluya estas dos alternativas tiene que aceptar que se les apareció cierto objeto o fenómeno.

II. El objeto aparecido debió haber sido un vehículo volante.

Lo que vieron los Hill fue un vehículo volante parecido a muchos otros descritos antes y después por gente que ha visto objetos volantes no identificados.

III. La aparición produjo en ellos una fuerte impresión emocional.

Buena parte de esta reacción emocional directa fue reprimida y suprimida, exteriorizándose tan sólo en forma de angustias vagas, sueños y pesadillas y síntomas físicos, hasta que pudo ser liberada durante el tratamiento hipnótico. Parte de las experiencias emocionales llegaron al plano consciente sólo estando el paciente en estado hipnótico.

IV. La angustia y el temor producidos en Barney por su susceptibilidad racial sirvieron para hacer más violenta aún su reacción.

Durante todo el viaje, desde Montreal hasta el lugar del incidente, Barney Hill estuvo poseído de un temor y un recelo cada vez mayores, ante la posibilidad de reacciones hostiles al color de su piel, aunque luego resultaron infundados. Esta sensación opresiva pudo haberle hecho más sensible a cualquier experiencia extraña o inusitada, intensificando, por lo tanto, la violencia de sus reacciones

V. Los Hill no tenían ningún motivo ulterior para inventar tal historia. Durante cuatro años, sólo la contaron a un grupo reducido de gente.

Los Hill sólo contaron su historia a algunos amigos íntimos y a investigadores y gente científica interesada en ella. El tratamiento médico fue solicitado por ellos, con objeto de aliviar sus inquietudes emocionales, y sólo accedieron a dar publicidad al suceso cuando fue publicado, cinco años después de ocurrido, sin permiso suyo.

VI. El caso fue investigado por varias personas, gente técnica y científica, que cree en la posibilidad de que haya sucedido de verdad.

Las investigaciones llevadas a cabo por Hohman, Jackson y Webb, basadas en su conocimiento de otros casos semejantes, dan verosimilitud a que el caso de los Hill sea una experiencia válida, merecedora de la atención de la ciencia.

VII. Existen ciertas pruebas circunstanciales directas que apoyan la validez de la experiencia.

No ha sido posible explicar el origen del círculo brillante que apareció en la parte posterior del coche y que hizo oscilar la aguja de la brújula; tampoco se ha explicado el motivo de que los relojes de pulsera de los Hill cesaran de funcionar después del incidente. La correa rota de los gemelos de Barney Hill y el cuello dolorido parecen indicar la extremada agitación de que había sido víctima.

VIII. En estado hipnótico, y tratados por un psiquíatra conocido, los Hill contaron historias casi idénticas de lo que había sucedido durante su período amnésico.

Una psicosis doble idéntica *(folie à deux)* no tiene cabida aquí, por faltar otras características de esta rara psicosis; tampoco existe ninguna otra prueba de psicosis. Es muy difícil admitir que sea una invención de los Hill. Las otras dos posibilidades parecen, pues, ser:

1. Que la experiencia sea real y totalmente verdadera.
2. Que la experiencia haya sido afectada por sus propias consecuencias emocionales, hasta el punto de producir interpretaciones erróneas perceptivas e ilusorias, como sugiere la hipótesis del sueño.

No hay solución definitiva. Al principio del caso sólo había un problema, pero ahora han surgido otros en su lugar. Pero si cabe pensar, aunque sea provisionalmente, que el incidente es real, resulta evidente que sus consecuencias pueden afectar a la Historia del mundo.

Tal incidente justificaría una revisión a fondo de nuestras ideas religiosas, políticas, científicas y hasta literarias. Es evidente que urge un estudio y un informe científico y minucioso

sobre esta cuestión. De hecho, parece ser que las Naciones Unidas están estudiando la posibilidad de llevar a cabo una investigación de alcance mundial sobre el fenómeno.

Ni Barney ni Betty Hill tenían la menor idea de que iban a verse envueltos en tales sucesos, cuando salieron del pequeño restaurante de Colebrook, en el Estado de New Hampshire, a las diez y cinco de la noche, el 19 de setiembre de 1961. No son dos misioneros ni tratan de convertir a los incrédulos, aunque abrigan la esperanza de que surjan pruebas o pistas que contribuyan al esclarecimiento de las extrañas circunstancias de su experiencia. Ellos se contentan, por ahora, con comunicar cuantos datos poseen sobre su caso, dejándoles que hablen por sí solos.

Pero, como dijo Tennyson:

Quizá los sueños más improbables no sean, después de todo, más que los preludios necesarios de la verdad.

APÉNDICE

Lo que sigue es el resumen de los sueños de Betty, escrito por ella para su uso personal después del incidente de Indian Head. Como se verá, son fundamentalmente iguales a sus recuerdos de lo ocurrido durante el período afectado por la amnesia. No es raro que los sueños que resultan de una experiencia violenta sean literales, es decir, reproducción completa de lo que sucedió de verdad. Por otra parte, estos sueños no sirven de prueba a favor o en contra de que el suceso sea real.

Las notas detalladas de Betty Hill se incluyen aquí a modo de apéndice para los lectores que deseen comparar el contenido de sus sueños con lo que ella recordó del período amnésico, estando en estado hipnótico.

Las coincidencias son notables.

(Sueños que tuve a consecuencia de haber visto un objeto volante no identificado, en White Mountains, durante la noche del 19 al 20 de setiembre de 1961.)

Sucedieron dos cosas que tengo claramente fijas en la mente: ambas intervienen también en mis sueños. El primer suceso fue que vimos un enorme objeto que brillaba con una luz anaranjada y que parecía estar posado en tierra. Delante de él vi la silueta de unos árboles. Nuestra reacción fue decir: «¡Dios mío, otra vez!» Y, luego, nos tranquilizamos diciéndonos que tenía

que ser la Luna. En este momento, en la carretera, nuestro coche tuvo que torcer bruscamente a la izquierda. El segundo suceso fue al final de todo esto. Pregunté a Barney si creía en los platillos volantes ahora y él replicó: «No digas tonterías, claro que no.» Trataré de describir mis sueños por orden cronológico, aunque no los tuve de esa manera. En realidad, el primer sueño mencionado aquí fue el último que tuve. Experimenté entonces mucho terror, más terror del que hubiera creído posible sentir (Betty Hill recuerda que casi se cayó de la cama mientras soñaba esto).

Íbamos a casa en coche, después de haber visto el objeto, cuando vimos la forma volante anaranjada y reluciente; vimos que la carretera describía una curva a la derecha. En este momento, vi a ocho u once hombres en pie, en plena carretera. Barney aminoró la velocidad, para darles tiempos a que se apartaran, pero el motor, entonces, se caló. Mientras él trataba de ponerlo en marcha, los hombres rodearon el coche. Barney y yo seguimos allí, inmóviles y mudos; yo estaba aterrada. Entretanto, los otros abrieron las puertas del coche, uno a cada lado, alargaron las manos y nos cogieron por el brazo.

(Éste es el primer sueño que tuve.) Estoy forcejeando, tratando de despertarme; estoy en el fondo de un pozo profundo y tengo que salir de él. Todo está negro; me esfuerzo por recobrar mis sentidos; lenta y gradualmente, comienzo a sentirme dueña de ellos, me esfuerzo por abrir los ojos un instante y, luego, los cierro de nuevo; sigo forcejeando, estoy como atontada y tengo una extraña sensación de estar lejos. Por fin, gano la batalla: mis ojos se abren, estoy asombrada. Voy andando por una vereda, en el bosque, árboles altos a ambos lados, pero a cada lado mío, muy cerca de mí, hay un hombre; delante de mí, hay dos hombres; detrás de mí, hay dos hombres; luego, viene Barney con un hombre a cada lado; detrás de él, hay otros hombres. Vuelvo a sentirme aterrorizada y me vuelvo a Barney y digo su nombre, pero él está como sonámbulo, no me oye y no parece advertir lo que está sucediendo. El hombre que va a mi izquierda me habla y me pregunta si su nombre es Barney; rehúso responderle. Él, entonces, trata de tranquilizarme: no tengo nada que temer, Barney está perfectamente bien, no nos harán ningún daño. Sólo quieren hacer ciertos experimentos; cuando terminen, que será en seguida, nos volverán al coche y podremos seguir

con toda tranquilidad nuestro camino. No tenemos nada que temer.

Durante este tiempo, me doy cuenta conscientemente de varias cosas. (Aquí, Betty se está refiriendo a su sueño, como en todo lo que sigue.) Primero: sólo uno de los hombres habla en inglés, con acento extranjero, pero muy comprensible. Los otros no dicen nada. Observo su apariencia física. Casi todos ellos tienen la misma altura que yo, aunque no recuerdo exactamente si los tacones de mis zapatos son muy altos. Ninguno de ellos es tan alto como Barney, de modo que medirían de metro cincuenta a metro sesenta y cinco. Tienen el pecho más ancho que nosotros; sus narices son más grandes (quiere decir más largas) que las humanas normales, aunque he visto a gente con narices como las de estos hombres, Jimmy Durante, por ejemplo.

Son de un color grisáceo; como la pintura gris mezclada con algo de blanco; sus labios eran azulados. Tenían el pelo y los ojos oscuros; probablemente, negros.

Los hombres todos iban vestidos igual; sin duda, llevaban uniforme; era de un color azul marino claro, con un matiz gris. Llevaban pantalones y chaquetas cortas que parecían de esas de *sport* con cremallera, pero no recuerdo haberles visto cremalleras ni botones. Los zapatos eran bajos, sin cordones, parecidos a botas. No recuerdo que llevasen joyas ni insignias. Todos llevaban gorros que parecían de tipo militar, como los de los aviadores, pero no tan anchos en la parte superior.

Su aspecto era muy bueno, no terrorífico. Parecían muy tranquilos, afables y precisos; no se apresuraban ni perdían el tiempo.

Después de tranquilizarme diciéndome que no tenía nada que temer, el «jefe» dejó de hacerme caso y seguimos andando. Yo me volvía de cuando en cuando a Barney, que seguía sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Diré aquí que siguió en este estado hasta que todo terminó y volvimos al coche.

Llegamos a un pequeño claro. Delante de nosotros había un disco, casi tan ancho como mi casa e igual de largo. No estaba iluminado, pero parecía metálico. No vi ni luces ni ventanas y tuve la impresión de que nos habíamos acercado a él por la parte posterior. Subimos un peldaño o dos y nos vimos en una rampa, que conducía a una puerta. En este momento, volví a sentirme asustada y me negué a seguir andando. El jefe me habló, suavemente, pero con firmeza, tranquilizándome y diciendo

que no había motivo de miedo y que cuanta más demora les ocasionase negándome a cooperar, tanto más tardaríamos en volver al coche. Me encogí de hombros y accedí a entrar para acabar de una vez; en aquella situación, no parecía haber otra alternativa.

Entramos en el disco. Me encontré en un pasillo curvo como el disco. Nos disponíamos a entrar en el primer cuarto, con puerta al pasillo, cuando vi que llevaban a Barney pasillo adentro. Protesté y les pregunté por qué no nos examinaban a los dos en el mismo cuarto. Al jefe parecieron impacientarle mi pregunta y mis protestas, pero empezó a explicarme, como quien habla con una criatura, que, de esa forma, tardarían el doble, porque en cada cuarto sólo tenían instrumentos para examinar a una persona cada vez, y que él creía que yo quería acabar lo antes posible. En vista de eso, accedí a entrar.

Cuatro o cinco de los hombres entraron con nosotros, pero, luego, entró otro más y los otros se fueron. Este que entró era el médico y también hablaba inglés. Era muy afable y tranquilizador. Me hizo preguntas, algunas de las cuales comprendí con dificultad, porque su inglés no era tan perfecto como el del jefe. Mis respuestas, a veces, le sorprendían. Me preguntó mi edad y también la de Barney. Movía la cabeza, como si pusiera en duda la veracidad de mis respuestas. Me preguntó lo que comía y, cuando se lo dije, me hizo más preguntas: «¿Qué aspecto tienen las hortalizas? ¿Cuál es la que más le gusta?» La calabaza. «¿Qué aspecto tiene la calabaza? ¿Cómo se come?» Le dije que había que pelarla, cocinarla, hacerla puré, echar sal y pimienta y mantequilla... Me miró perplejo. Traté de explicarle el color de la calabaza y me puse a buscar en el cuarto algo que fuera amarillo, pero no había nada. Traté de explicarle lo que es la carne y la leche, pero no comprendía el significado de las palabras de que yo me servía.

Entonces, el médico dijo que quería hacer ciertos experimentos, para averiguar las diferencias básicas entre ellos y nosotros; que no me haría el menor daño ni sentiría dolor alguno. Además, me aseguró que me iría explicando sobre la marcha lo que me hiciera. Sólo unos experimentos sencillos. El jefe volvió a entrar y estuvo con nosotros todo el rato que pasé yo allí. Mientras efectuaban los experimentos, se limitó a observar. Primero, me hicieron sentarme en un taburete y el médico se situó frente a mí; una luz brillante me iluminaba desde arriba. Examinó cuidadosamente mi pelo y arrancó, primero unos pocos pelos y, luego, me cortó un mechón en la parte de la nuca, a la izquierda. No vi con qué me lo cortaba. Luego, me examinó la boca, la garganta, las orejas, y me sacó un poco de cerumen o lo que fuese. Después, me miraron las manos y las uñas, y me cortaron un pedazo de uña. Me quitaron los zapatos y me miraron los pies. Se fijaron mucho en mi piel, que pareció interesarles, y sacaron una especie de aparato que pusieron junto a la parte superior de uno de mis brazos, por el lado del costado. Parecieron ajustarlo; me pregunté si sería un microscopio o una máquina fotográfica. El médico sacó, luego, un instrumento largo y fino, parecido a una plegadera, y con él me raspó el brazo. Las muestras que me arrancaba se las pasaba al jefe, quien las ponía cuidadosamente en una cosa clara que parecía cristal o plástico, lo cubría con otra cosa igual y, luego, lo envolvía en un pedazo de tela. Lo mismo que hacen en los laboratorios.

Luego, acercó una máquina y me dijo que me echara en una mesa. La máquina parecía los alambres de un electroencefalógrafo, con el que se graban las ondas eléctricas del cerebro, pero no vi ningún aparato registrador. Al final de cada alambre, había una aguja. Me explicó que quería examinar mi sistema nervioso y me tranquilizó diciéndome que no sentiría dolor alguno. Muy suavemente, fue aplicando las agujas, de punta, a diversas partes de mi cuerpo. Empezó con la cabeza, las sienes, el rostro, el cuello, detrás de las orejas, la parte posterior del cuello, toda la espina dorsal, los sobacos, todo alrededor de las caderas y, con más minuciosidad aún, las piernas y los pies. A veces, me tocaba con una sola aguja; en otras ocasiones, con dos o con varias al mismo tiempo. Unas pocas, al tocarme, me hicieron sobresaltarme o produjeron movimientos reflejos en un brazo o una pierna, pero muy ligeros. Los dos hombres parecían muy interesados en este experimento y yo creo que se sirvieron de alguna máquina capaz de registrar datos y reacciones, aunque no vi ninguna. También, durante este reconocimiento, me hicieron quitar el vestido, porque dificultaba su tarea.

Me dijeron que el experimento siguiente consistiría en ver si estaba embarazada. El médico cogió una aguja muy larga, de unos nueve a trece centímetros de longitud. Le pregunté qué iba a hacer y me dijo que era un experimento sumamente sencillo,

nada doloroso, pero que a ellos les sería muy útil. Le pregunté qué clase de experimento pensaba hacer con la aguja. No me contestó, pero, con un movimiento brusco, me hincó la aguja en el ombligo. De pronto, sentí un dolor muy intenso y me puse a agitarme y a gemir. Ambos parecieron muy sorprendidos por esto, y el jefe se inclinó sobre mí y me pasó la mano por delante de los ojos. Inmediatamente, el dolor cesó por completo y me sentí bien. En aquel momento, me sentí llena de gratitud hacia el jefe, perdí todo el miedo que me había inspirado y me dije que era un amigo. Le repetí las gracias por haberme quitado el dolor y él me dijo que ignoraban que aquel experimento iba a dolerme; de haberlo sabido, no lo habrían hecho. Advertí que le preocupaba y comencé a confiar en él.

Decidieron terminar los experimentos. El médico salió del cuarto y el jefe reunió las muestras y las guardó en un cajón mientras yo me ponía el vestido y los zapatos. Le pregunté a dónde había ido el médico y me contestó que tenía que terminar los experimentos con Barney, que Barney les costaba más tiempo que yo, pero que pronto volveríamos al coche.

Seguí esperando y charlando con el jefe, y dando vueltas por el pequeño cuarto. En el cuarto no había colores y era de construcción metálica, como acero inoxidable o aluminio. En el lado curvo había una puerta y armarios; las otras dos paredes se juntaban en triángulo. Había una luz, que salía del techo, como de color azul. En un rincón, tenían los instrumentos que se habían empleado para los experimentos. Cuando el jefe lo hubo guardado todo, nos pusimos a hablar junto al lado derecho de la puerta. Yo dije que aquello había sido una experiencia insólita, pues nunca me había ocurrido nada semejante. Él sonrió y dijo que estaba de acuerdo, aunque, naturalmente, al principio me había asustado mucho. Sintieron que me hubiera asustado y dijo que habían hecho cuanto les fue posible por aliviar mi miedo. Confesé que ya se me había pasado el miedo y que, ahora, estaba contenta por la oportunidad que se me presentaba de hablar con él, pues tenía muchas preguntas que hacerle. Él me dijo que estaba dispuesto a contestar a todas.

En este momento, entraron apresuradamente varios de los hombres. Era evidente que estaban muy agitados y se pusieron a hablar con el jefe, aunque yo no comprendí una palabra de lo que dijeron. No se servían de palabras o tonos familiares. El jefe

salió del cuarto con ellos y me asusté, pensando que le hubiera ocurrido algo a Barney. El jefe se ausentó poquísimo tiempo; me abrió la boca y me tocó los dientes, tratando de moverlos. Después, muy perplejo, me dijo que estaban sorprendidos, porque los dientes de Barney se podían quitar y los míos no. ¡Era un descubrimiento sorprendente! El médico volvió y me miró los dientes. Yo me eché a reír con todas las ganas y les expliqué que Barney tenía dentadura postiza. Les expliqué, también, el motivo de que la tuviera, añadiendo que, aunque yo aún no la necesitaba, me haría falta cuando envejeciera. Esto les sorprendió mucho y no hacían más que ir al cuarto de Barney y volver para mirarme otra vez los dientes y comprobar las diferencias. No me creían, y movían la cabeza como si dudasen.

Cuando se fueron los otros, el jefe me preguntó qué es envejecer. Le dije que la vida humana se calcula en unos cien años, pero que lo normal era que la gente se muriera entre los sesenta y cinco y los setenta, por enfermedades o desgaste; otros morían por accidentes o enfermedades en cualquier edad. Traté de explicarle lo que es la vejez, las arrugas, el pelo gris, etcétera. Me preguntó qué es cien años y yo no sabía cómo explicárselo: una forma de medir el tiempo.

Entonces, volví a decirle que aquella experiencia me parecía increíble hasta a mí, que nadie me creería que había ocurrido en realidad, que todos dirían que me había vuelto loca. Le dije que me hacía falta una prueba que les convenciera, algo que pudiera llevarme de allí y enseñar a la gente. Accedió a dármela y me preguntó qué quería llevarme. Miré por el cuarto y vi un grueso libro. Le pregunté si me lo podía llevar y me dijo que sí. Me sentí contentísima y le di las gracias. Abrí el libro y vi que tenía símbolos escritos en columnas largas y estrechas. Me preguntó en broma si sabía leerlo, pero le dije que no, que era imposible, que nunca había visto nada parecido, pero que no me lo llevaba para leerlo, sino como prueba irrefutable de aquella experiencia y que siempre me acordaría de él, por mucho que viviera.

Entonces, le pregunté de dónde era él y me contestó preguntándome a su vez si yo sabía algo del Universo. Le respondí que no, pero que me gustaría aprender. Fue a la pared y sacó un mapa que me pareció muy extraño. Pensé que sería un mapa del cielo. Era un mapa de los cielos, con numerosas estrellas

de diversos tamaños, y planetas, algunos grandes, otros meros puntos. Entre muchos de ellos había líneas, unas de puntos, otras continuas, unas más gruesas que otras. No eran derechas, sino curvas. Algunas iban de un planeta a otro y de éste a otro, formando series de líneas. Algunos planetas no estaban unidos por líneas. El jefe me dijo que las líneas eran rutas de expediciones y que señalase la Tierra en el mapa, pero yo le confesé que no tenía la menor idea de dónde pudiese estar la Tierra en aquel mapa. Él, entonces, adoptó un tono ligeramente sarcástico y me dijo que si no sabía ni siquiera dónde estaba la Tierra, él no podría decirme de dónde era él; y guardó el mapa de nuevo en su sitio. Yo le respondí que no había querido ofenderle y que ya le había dicho que no sabía nada de aquellas cosas, pero que en el mundo había mucha gente que sí sabía, y yo estaba convencida de que a todos les encantaría hablar con él y comprenderle. Entonces, le sugerí la posibilidad de organizar una reunión entre él y esa gente, y le dije que sería una reunión histórica; una reunión entre él y los hombres de ciencia y la gente importante del mundo. Mientras le decía todo esto, yo me estaba preguntando si podría organizar una reunión como aquélla, pero me dije que, de una forma o de otra, podría hacerse. Él me preguntó por qué, y yo le respondí que la mayoría de los seres humanos no creían en la existencia de seres como él. Sonrió y no dijo nada. Yo seguía tratando de convencerles, cuando aparecieron varios hombres llevando a Barney, que aún estaba como dormido. Le hablé, pero no me contestó. Le pregunté al jefe cuándo se despertaría, y me dijo que en cuanto estuviera de nuevo en el coche.

Nos dirigimos hacia la puerta, y uno de los hombres dijo algo que yo no entendí. Todos se pararon y empezaron a hablar con agitación. El jefe volvió y les habló. Se había producido un desacuerdo y el jefe parecía estar en minoría. Se me acercó y me quitó el libro. Yo protesté, diciéndole que el libro era mi única prueba; él dijo que ya lo sabía y que precisamente por eso me lo quitaba. Dijo que a él no le parecía mal dejarme el libro, pero que se había tomado la decisión de que lo mejor era que nadie se enterase de nuestra experiencia y que ni siquiera yo me acordaría de ella. Me enfadé al oír esto y le dije que como fuera, donde fuera, lo recordaría y que nada podría forzarme a olvidarlo. Él rió y admitió que quizá me fuera posible esto...

recordarlo, pero que él haría cuanto estuviese en su poder para impedírmelo, ya que ésa había sido la decisión general. Añadió que, aunque yo consiguiera recordarlo, nadie me creería; que Barney no guardaría el menor recuerdo de todo el incidente, y que, aun en el caso, muy poco probable, de que se acordase, se acordaría de las cosas de manera distinta a la mía y esto crearía confusión, duda, desacuerdo. De modo que, aunque yo me acordase, lo mejor sería olvidarlo, porque, de otra manera, sólo conseguiría crearme inquietudes.

Salimos del objeto y nos adentramos en el bosque. Esta vez, el paseo me pareció corto. No dejé de repetirme que me acordaría siempre y de pedir que volviese: por favor, por favor, vuelvan.

El jefe dijo que no era él quien tenía que decidirlo, que no sabía si podría volver; yo le dije que me sentía muy contenta de haberle conocido y que era un honor para mí y que le agradecía lo amable que había sido. Nos acompañaban todos.

Llegamos al coche y el jefe nos dijo que esperáramos a verles despegar. Dijimos que bueno. Barney pareció ir despertándose a medida que nos acercábamos al coche y no dio muestras de emoción alguna, como si todo aquello fuera una de esas cosas que ocurren a diario. Estábamos en el lado derecho del coche, Barney apoyado en el capó, y yo junto a la puerta. Mientras esperábamos, me acordé de *Delsey*. Abrí la puerta del coche y vi que *Delsey* estaba debajo del asiento delantero. Temblaba como una hoja y la acaricié un momento. Salió y la cogí en brazos, teniéndola así y apoyándome, como antes, contra la puerta del coche.

De pronto, el objeto volante se convirtió en un disco reluciente y pareció rodar como una pelota, dando tres o cuatro vueltas; luego, se lanzó cielo arriba. Desapareció en un instante, como si hubiera apagado sus luces. Me volví a Barney; me sentía llena de energía. Le dije que aquélla era la experiencia más maravillosa e increíble de toda mi vida; acaricié a *Delsey* y dije:

—Se van, y nosotros seguimos igual que antes.

Subimos al coche y Barney arrancó. No dijo nada sobre lo sucedido. Pero yo me dirigí a él y le pregunté:

—¿Qué? ¿Crees ahora en los platillos volantes, o no?

Él replicó:

—No digas tonterías.

Entonces, oímos de nuevo el «bip-bip», que sonaba contra el coche, y yo pensé: «Buena suerte, adiós. Voy a olvidarme de vosotros. Si queréis que os olvide, os olvidaré, y no hablaré a nadie de vosotros.»

EN ESTA MISMA COLECCION

EL RETORNO DE LOS BRUJOS

por

LOUIS PAUWELS y JACQUES BERGIER

Leer este libro es como volar en un cometa:

Y, sin embargo, se trata de un importante estudio, en el que se manifiesta una inteligencia lúcida que se expresa a través de un estilo de contenido lirismo.

¿Será la sociedad secreta el sistema de gobierno del futuro? ¿Desaparecieron civilizaciones técnicas en épocas inmemoriales? ¿Existen puertas abiertas sobre universos pararelos? ¿Derivamos hacia alguna forma de supra-humanidad?

Aparentemente, se trata de preguntas disparatadas. Pero para Louis Pauwels, que desde hace seis años milita con Jacques Bergier en las avanzadillas del conocimiento, resulta indispensable plantearlas hoy. Estas, y otras mucho más desconcertantes. Contemplamos las realidad a través de nuestros prejuicios, antiguos o modernos. Pero hay otra manera de contemplarla, y esta manera nos parece fantástica: el método de investigación que los autores denominan realismo fantástico. La historia de los descubrimientos, la historia de las ideas desde el siglo XIX hasta nuestros días, adquieren proporciones fabulosas. Todo lo que solemos pensar de los poderes de la inteligencia, de los estados de conciencia, de las facultades de nuestro cerebro, del genio, de la intuición, de la memoria o del sueño, es barrido por un viento prodigioso, y nos hallamos sumidos en un bosque de hipótesis pavorosas o mágicas. Y, sin embargo, no se trata de especulaciones gratuitas. Se trata de reflexiones sobre hechos concretos, de conocimientos puestos al día mediante un método revolucionario y expresados con lúcida pasión.

EN LAS FRONTERAS DE LO IRRACIONAL

por

JACQUES A. MAUDUIT

Se conocen textos del siglo XVI que predicen la Revolución francesa. La telepatía pertenece tan poco al terreno de la brujerío que el Ejército americano se interesa vivamente en las experiencias de Rhine a ese sujeto. Experiencias realizadas con todas las precauciones necesarias han permitido constatar el desplazamiento de objetos pesados sin intervención de fuerza material. Cada vez nos vemos obligados a admitir un conjunto de fenómenos que contradicen la imagen racional, tranquilizadora, que queríamos conservar, del Universo. El Universo es fantástico. Tradiciones milenarias han aportado el eco —deformado, y a veces ridículo— de que el hombre posee ciertos poderes que la ciencia negó en un momento dado, pero que la ciencia actual, más libre, empieza a considerar sin prevenciones. La labor de nuestro tiempo consiste en restablecer este saber perdido. Mauduit ha procurado destacar los dominios casi prohibidos de estas tierras vírgenes del conocimiento, en el que encontramos los vestigios del pasado de lejanos antecesores. En la vanguardia de la curiosidad científica, este libro despertará el interés de todos aquellos que creen que estamos en el principio de la aventura intelectual y que es vano imponer fronteras al saber y al poder del hombre.

EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES

por

FULCANELLI

EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES es un tratado de alquimia en forma de investigación estética debido a la pluma de un escritor desconocido, adepto de la alquimia y la doctrina hermética, y que se ocultó bajo el nombre de Fulcanelli. No se sabe quién es Fulcanelli, ni si vive todavía: él mismo plantea su libro como destinado a los adeptos e iniciados, aunque, en general, pueda ser leído con indudable interés por el público aficionado. EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES es una minuciosa descripción de los motivos alquímicos y herméticos existentes en las catedrales góticas, especialmente en la de Notre-Dame de París, la de Amiens, el palacio de Jacques-Coeur y la mansión Lallemant de Bourges y la cruz cíclica de Hendaya: Fulcanelli aduce fotografías de la imaginería de dichos templos, describe los motivos argumentales y los relaciona con textos de la alquimia o el ocultismo. Asimismo, su descripción constituye un catálogo de los procedimientos y significaciones de dichas doctrinas y prácticas medievales. Toda esa vertiente cultural dejó su impronta en el arte de su tiempo, eminentemente cristiano, pero sujeto a las formas y temas que su coetaneidad exigía.

Este libro se imprimió en los talleres
«Composición Mecánica Saturno»,
Andrés Doria, 29-31, Barcelona.